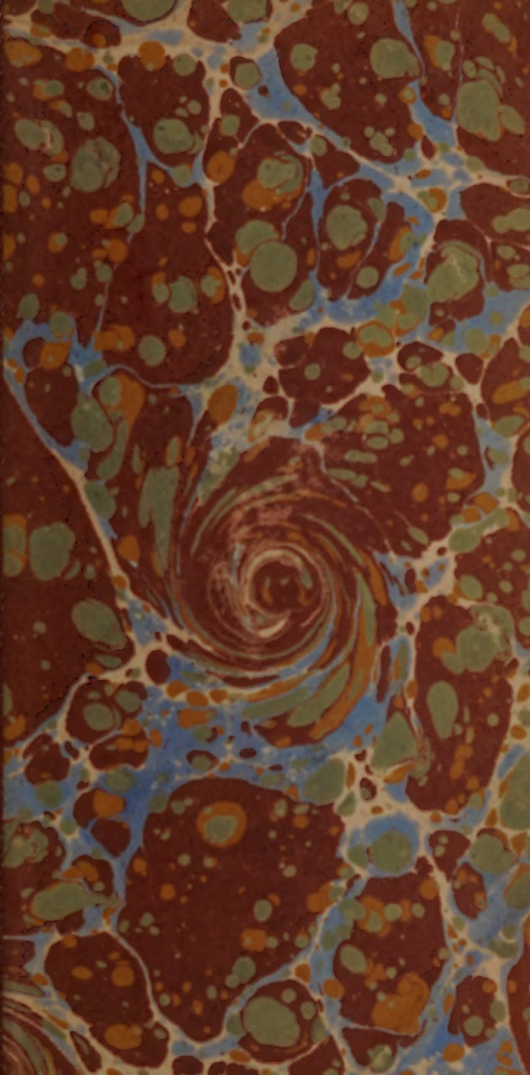

PRESENTED TO THE D.160a.65
v.2

Public Library of the City of Boston

SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS.

BOSTONIA
CONDITA A.D.
1630,

CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822.

By George Ticknor, Esq.

Received _____ No. _____

TESORO
DEL
PARNASO ESPAÑOL,
Ó
POESÍAS SELECTAS,

Desde el tiempo de Juan de Mena,
hasta el fin del Siglo XVIII,

RECORDAR Y ORDENADAS
POR D. MANUEL JOSEF QUINTANA.

TOMO SEGUNDO.

Sup. 3104/1

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE J. ALGINE.
1817.

TESORO

DEL

PARNASO ESPAÑOL,

Ó

POESÍAS SELECTAS,

Desde el tiempo de Juan de Mena,
hasta el fin del Siglo XVIII,

RECOGIDAS Y ORDENADAS

POR D. MANUEL JOSEF QUINTANA.

TOMO SEGUNDO.

Dup. 3104.19

PERPIÑAN,
EN LA IMPRENTA DE J. ALZINE.
1817.

D.160a.65
v.2

C 192.542
Feb. 15, 76

POESÍAS

DE VARIOS AUTORES.

CANCION

De Don Diego de Mendoza. (*)

Ya el sol revuelve con dorado freno
os ligeros caballos nuestra via,
cabando la mas corta carrera:
a calienta, ya da nueva alegría
e la estrella mas fria el tibio seno:
a las nubes esparce por defuera:
a parte mas afuera
el cielo, y apartada
e la luz demasiada:
o cautivo que muero, quiere amor
ue de mí huya el claro resplandor;
que siempre le siga como loco,
eniendo al sol en poco,
que muriendo busque mi dolor.

(*) Nació en Granada por los años de 1500, y murió
Valladolid en 1575. Mas que por sus poesías es cono-
do por su *Historia de la Rebelion de los Moriscos de*
anada.

La ira del cruel y duro invierno
Huye so tierra, y los rabiosos vientos
No suenan ya por bosque ni montaña:
El cielo da los dias ya contentos,
Ya muestra la montaña el rostro tierno,
Ya sale á retozar por la campaña
La sabrosa compaña
Del viento delirado.
Yo ausente y olvidado
No mengua mi tristeza y desconsuelo;
Antes rompo las peñas con mi duelo,
Y los montes de duelo suspirando;
Mas poco cura el cielo
Que viva el triste desamado amando.

La verde yerba coronando viene
De varias flores la pintada tierra,
Que al estrellado cielo se parece:
Los tiernos ramos no tienen mas guerra
Con el soberbio viento, ni conviene
Temor del duro yelo que entorpece.
Ya ninguna parece
De las espesas hojas:
Y tú, fortuna, arrojas
Tanto dolor en mí, tanta agonía
Quanto ellos hora tienen de alegría.
Cada cosa en su tiempo fin alcanza:
Y en la tristeza mia
No hay tiempo que remedie mi esperanza.

En el mar sosegado al manso viento
Tiende la vela alegre el marinero,
Seguro ya de la cruel tormenta;
En alta popa con navío ligero
Corta agua espumosa y va contento,
Sin tener con las ciegas nubes cuenta,
Ni espera mas afrenta:
Y en mi vida importuna
Qualquier tiempo es fortuna;
Siempre me veo cubierto de cuidados
Que en lágrimas quebrantan sus nublados.
O enemiga fortuna! ó cruda suerte!
No son unos pasados,
Quando me llegan otros á la muerte.

El pastor amoroso embebecido
En la cumbre del monte está cantando,
O en la fresca arboleda y verde prado,
Y con sabrosa flauta remedando
La viva voz, ó ya el dulce sonido
Del agua clara y viento delicado,
Presente su ganado
Que escucha sus querellas:
Yo triste que con ellas
Vivo solo en lugar adonde oidas
No pueden ser de nadie, ni sentidas,
Paso mi vida en doloroso llanto;
Y si hubiese mil vidas
Todas las pasaria en otro tanto.

Bien sabes tú, cancion, que primavera,
Que sol es el que espera
Mi alma en esta ausencia:
Que males en presencia
Me pueden dar mas conocido daño,
Y en tanta soledad aborrecer,
Huyendo como extraño
Todo aquello que á todos da placer.

Del mismo Autor.

LETRILLA.

Esta es la justicia
Que mandan hacer
Al que por amores
Se quiso prender.

Engañó al mezquino
Mucha hermosura,
Faltó la ventura,
Sobró el desatino.
Errado el camino
No pudo volver,
El que por amores
Se quiso prender.

Mándenle escribir
Aunque no contente,
Y si se arrepiente
Que no ha de huir,
Que quiera morir,

Y no pueda ser:
Que esta es la justicia
Que mandan hacer
Al que por amores
Se dexó prender.

Entró simple y ciego,
Mas no sin razon,
Hizose aficion
De lo que era juego.
El encendio el fuego
En que habia de arder,
Quando por amores
Se quiso prender.

Sufra disfavores
Hechos por antojo,
Háganse del ojo
Sus competidores;
Y los miradores
Echenlo de ver;
Que esta es la justicia
Que mandan hacer
Al que por amores
Se quiso prender.

Si acaso algun dia
Habla con su dama,
Mire ella al que ama,
Y con él se ria.
De envidia y porfia

Se ha de mantener
El que por amores
Se quiso prender.

Diga su cuidado,
No sea creido;
Antes que sea oido
Sea condenado.
Quiera ser mirado,
No le quieran ver
Al que por amores
Se dexó prender.

POESÍAS

DE FRANCISCO DE FIGUEROA. (*)

ÉGLOGA.

TIRSI.

Tirsi, pastor del mas famoso rio
Que da tributo al Tajo, en la ribera
Del glorioso Sebeto, á Dafne amaba
Con ardor tal, que fué mil veces visto
Tendido en tierra en doloroso llanto
Pasar la noche; y al nacer del dia,
Como suelen tornar otros del sueño
Al exercicio usado, así del llanto
Tornar al llanto, y de una en otra pena
Rompiendo el ayre en semejantes voces.

Fiero dolor, que del profundo pecho
De este tu propio antiguo usado nido
Sacas tan abundante y larga vena,
Afloxa un poco; ó dolor fiero! afloxa,
Fiero dolor, un poco, y de las lágrimas
Que en mis ojos cuajadas hacen turbia

(*) Natural de Alcalá de Henáres: floreció despues de mediado el siglo 16.

Mi débil vista, alguna parte enxuga.
Porque con este hierro, que algun dia
Ha de dar fin á mi cansada vida,
En este tronco escriba mis querellas:
Do por ventura la engañosa Dafne
Tornando de la caza calurosa
Y sedienta á buscar ó sombra ó agua,
Vuelva acaso los ojos y los lea:
O si esto no, serán piadoso exemplo
A amorosos pastores. . . . Dafne ingrata,
Que miéntras vas con sol nuevo alegre
Del espacioso mar las bravas ondas
Que crecen con mis lágrimas mirando,
O en jardin deleytoso, al manso viento,
De cuidados de amor libre pescas;
Tu Tirsi, ay Dios! tu Tirsi un tiempo, yace
Solo con su dolor en esta selva:
Que ya ni el verde prado, o fresca sombra,
Ni olor suave de diversas flores,
Ni dulce murmurar de clara fuente,
Le es dulce ó cara sino el llanto solo.

¡Quantos pastores, quantas pastorcitas
Amorosas oyendo mis gemidos
Conmigo consolándome han llorado!
¡Que me dixo una vez la blanca Alcea
Movida á compasion! ¡que dixo Clori,
La rubia Clori, amor de mil pastores!
Que quando yo cantando, ella vencida
Del amor que me tiene entre estas ramas

Escondida, tu nombre oyó en mis versos,
Dixo: ¡ay amargas voces, quan impresas
Os tiene el corazon! Hermoso Tirsi,
De tus riberas no pequeña gloria,
¿Qual estrella cruel, qual hera saña
Te mueve contra tí? tú mismo buscas
Tu presto fin en tus mas tiernos años...
¿No te ví, Tirsi, yo, ¡ah que bien debo
Acordarme del dia! en las solemnes
Bodas de Alcipe estar, qual prado en Mayo
De guirnaldas ganadas en mil pruebas
Cercado en derredor, ufano y ledo?
¿Que tienes ya de aquel, de aquel que pudo
A mi misma robarme? ¿a donde es ida
Tu gracia? ¿a donde la color del rostro?
¿A donde está la fuerza de tus ojos
Amorosos ó airados? ¿quien te tiene
Parado tal, que si tu imagen viva,
Desde aquel para mi cuitado dia,
Esculpida en mi pecho no estuviera,
Te conocera apénas? Mira, Tirsi,
Mira, cruel, que el justo amor debido
A tu Clori tan mal en Dafne empleas.
Mas asi va, son estos los misterios
De la diosa cruel, Reyna de Cipro,
Que desiguales animas y formas
Se deleyta enlazar con crudo yugo.
Alcipe ama á Damon: Damon a Clori:
Arde Clori por Tirsi: Tirsi ingrato

Por Dafne: Dafne está entregada á Glauco:
En Glauco no hay amor.... apénas pude
Escuchar hasta aqui, que airado en vista,
Y muy mas dentro el corazon, la dixe:
Huye, huye de mi, malvada Clori,
No me fatigues mas con falsas nuevas.
Ella se fué, mas levantó primero
Los ojos lagrimosos hácia el cielo,
Y no sé si pidió de mi venganza.
Pero bien se la doy: desde aquella hora
Imaginando estoy el como sea
Que por amar á Glauco, á Tirsi olvides.
De secreta virtud pequeña yerba,
No nace planta en este prado ó valle,
De quien no tenga yo cierta noticia,
Y la sepa apropiar á sus efetos.
¿Quando nació jamas por aqui en torno
Contienda pastoril, que yo no fuese
Elegido juez por ambas partes?
¿Quando en fiesta quedé sin algun premio?
Testigos son esta zampoña y vaso,
Y ese collar que cuelga de tus pechos.
Pues si versos se precian, ya te diéron
Otro tiempo loor mis dulces versos.
¿Mis ovejas que van presas del lobo
No te diéron un tiempo de sus partos?
¿No te diéron mis huertos fruta y flores?
¿Por que me ha de vencer, pastor ageno,
Y si no vil, que yo ménos famoso?

¿En que me excede Glauco? ¡Ah Dafne ingrata,
Ah Dafne desleal, perjura Dafne!
¿Por que quiero esperar que venga á pasos
Perezosos la muerte? aunque esta cerca,
Yo quiero apresurarla. En esto prueba
A levantarse; pero no sostienen
Los pies débiles carga tan pesada.
Torna á caer, y con dolor de verse
Estorbar el morir, corre á la muerte
Perdiendo los espíritus vitales.
Mas presto torna á su pesar la vida,
Y torna juntamente el llanto amargo.

DE JORGE DE MONTEMAYOR. (*)

CANCION.

Ojos, que ya no veis quien os miraba
Quando érades espejo en que él se via,
¿Que cosa podeis ver que os dé contento?
Prado florido y verde do algun dia
Por el mi dulce amigo yo esperaba,
Llorad conmigo el grave mal que siento.
Aquí me declaró su pensamiento;
Oíle yo cuitada,
Mas que serpiente airada,
Llamándole mil veces atrevido:
Y el triste allí rendido,
Parece que es ahora y que le veo,
Y aun ese es mi deseo.
¡Ay si ahora le viese, ay tiempo bueno!
Ribera umbrosa, ¿que es de mi Sireno?

Aquella es la ribera, este es el prado,
De allí parece el soto, el valle umbroso,

(*) Portugues: natural de Montemor: floreció á mediados del siglo 16: fué el que con su *Diana* introduxo el gusto de las novelas pastorales.

Que yo con mi rebaño repastaba;
Veis el arroyo dulce y sonoroso
Do pacia la siesta mi ganado,
Quando mi dulce amigo aqui moraba:
Debaxo de aquella haya verde estaba,
Y veis allí el otero,
A do le ví primero,
Y do me vió: dichoso fué aquel dia
Si la desdicha mia
Un tiempo tan dichoso no acabara.
O haya! ó fuente clara!
Todo está aqui, mas no por quien yo peno,
Ribera umbrosa, ¿que es de mi Sireno?

Aquí tengo un retrato que me engaña,
Pues veo á mi pastor, quando lo veo,
Aunque en mi alma está mejor sacado:
Quando de verle llega el gran deseo,
De quien el tiempo luego desengaña,
A aquella fuente voy que está en el prado.
Arrímomele al sauce, y á su lado
Me siento ¡ay amor ciego!
Al agua miro luego,
Y veo á él, y á mí como le via
Quando él aquí vivia:
Esta invencion un rato me sustenta,
Despues caygo en la cuenta,
Y dice el corazon de ansias lleno,
Ribera umbrosa, que es de mi Sireno?

Otras veces le hablo, y no responde;
Y pienso que de mí se está vengando,
Porque algun tiempo no le respondia:
Mas dígole yo triste, así llorando:
Hablad, Sireno, pues estais adonde
Jamas imaginó mi fantasía.
No veis, decí, que estais en la alma mia?
Y él todavía callado
Y estarse allí á mi lado.
En mi seso le ruego que me hable,
¡Que engaño tan notable,
Pedir á una pintura lengua ó seso!
¡Ay tiempo, en que en un peso
Estaba mi alma, y en poder ageno!
¿Ribera umbrosa, que es de mi Sireno?

No puedo jamas ir con mi ganado
Quando se pone el sol en nuestra aldea,
Ni desde allí venir á la majada,
Sino por donde, aunque no quiera, vea
La choza de mi bien tan deseado,
Ya toda por el suelo derribada.
Allí me siento un poco descuidada
De ovejas y corderos,
Hasta que los vaqueros
Me dan voces diciendo: ola pastora!
¿En quien piensas ahora?
Y el ganado paciendo por los trigos:
Mis ojos son testigos

Por quien la yerba crece al valle ameno,
¿Ribera umbrosa, que es de mi Sireno?

Razon fuera, Sireno, que hicieras
A tu opinion mas fuerza en la partida,
Pues que sin ella te entregué la mia:
¿Mas yo de quien me quejo ya, perdida?
¿Pudiera alguno hacer que no partiera
Si el hado ó la fortuna lo queria?
No fué la culpa tuya, ni podria
Creer que tú hicieses
Cosa con que ofendieses
A este amor tan llano y tan sencillo;
Ni quiero presumillo,
Aunque haya muchas muestras y señales:
Los hados desiguales
Me han anublado un cielo muy sereno:
¿Ribera umbrosa, que es de mi Sireno?

Cancion, mira que vayas donde digo:
Mas quédate conmigo,
Que puede ser te lleve la fortuna
A parte do te llamen importuna.

DE GIL POLO. (*)

CANCIONES PASTORILES.

I.

En el campo venturoso
Donde con clara corriente
Guadalaviar hermoso,
Dexando el suelo abundoso
Da tributo al mar potente;

Galatea desdeñosa
Del dolor que á Licio daña,
Iba alegre y bulliciosa
Por la ribera arenosa
Que el mar con sus ondas baña.

Entre la arena cogiendo
Conchas y piedras pintadas,
Muchos cantares diciendo
Con el son del ronco estruendo
De las ondas alteradas:

Junto al agua se ponia,
Y las ondas aguardaba,

(*) Valenciano: autor de *La Diana enamorada*: floreció despues de mediado el siglo 16.

Y en verlas llegar huia;
Pero á veces no podia,
Y el blanco pie se mojaba.

Licio, al qual en sufrimiento
Amador ninguno iguala,
Suspendió allí su tormento
Miéntras miraba el contento
De su pulida zagala.

Mas cotejando su mal
Con el gozo que ella habia,
El fatigado zagal
Con voz amarga y mortal
De esta manera decia:

Ninfa hermosa, no te vea
Jugar con el mar horrendo,
Y aunque mas placer te sea
Huye del mar, Galatea,
Como estás de Licio huyendo.

Dexa ahora de jugar,
Que me es dolor importuno,
No me hagas mas penar,
Que en verte cerca del mar
Tengo zelos de Neptuno.

Causa mi triste cuidado,
Que á mi pensamiento crea,
Porque ya está averiguado,
Que si no es tu enamorado,
Lo será quando te vea.

Y está cierto; porque amor
Sabe desde que me hirió,
Que para pena mayor
Me falta un competidor
Mas poderoso que yo.

Dexa la seca ribera,
Do está el alga infructuosa,
Guarda que no salga afuera
Alguna marina fiera
Enroscada y escamosa.

Huye ya, y mira que siento
Por tí dolores sobrados,
Porque con doble tormento
Zelos me da tu contento
Y tu peligro cuidados.

En verte regocijada
Zelos me hacen acordar
De Europa, Ninfa preciada,
Del Toro blanco engañada
En la ribera del mar.

Y el ordinario cuidado
Hace que piense contino
De aquel desdeñoso Alnado,
Orilla el mar arrastrado,
Visto aquel monstruo marino.

Mas no veo en ti temor
De congoja y pena tanta,

Que

Que bien sé por mi dolor
Que á quien no teme al amor
Ningun peligro le espanta.

Guarte pues de un gran cuidado,
Que el vengativo Cupido
Viéndose menospreciado,
Lo que no hace de grado,
Suele hacerlo de ofendido.

Ven conmigo al bosque ameno,
Y al apacible sombrío
De olorosas flores lleno,
Do en el dia mas sereno
No es enojoso el Estío.

Si el agua te es placentera,
Hay allí fuente tan bella,
Que para ser la primera
Entre todas, solo espera
Que tú te laves en ella.

En aqueste raso suelo
A guardar tu hermosa cara
No basta sombrero ó velo,
Que estando al abierto cielo,
El Sol morena te para.

No escuchas dulces concentos
Sino el espantoso estruendo
Con que los bravosos vientos

Con soberbios movimientos
Van las aguas revolviendo.

Y tras la fortuna fiera
Son las vistas mas suaves
Ver llegar á la ribera
La destrozada madera
De las anegadas naves.

Ven á la dulce floresta,
Do natura no fué escasa,
Donde haciéndo alegre fiesta
La mas calorosa siesta
Con mas deleyte se pasa.

Huye los soberbios mares;
Ven, verás como cantamos
Tan deleytosos cantares,
Que los mas duros pesares
Suspendemos y engañamos;

Y aunque quien pasa dolores,
Amor le fuerza á cantarlos,
Yo haré que los pastores
No digan cantos de amores,
Porque huelgues de escucharlos.

Allí, por bosques y prados,
Podrás leer todas horas,
En mil robles señalados
Los nombres mas celebrados
De las ninfas y pastoras.

Mas seráte cosa triste
Ver tu nombre allí pintado,
En saber que escrita fuiste
Por el que siempre tuviste
De tu memoria borrado.

Y aunque mucho estés airada,
No creo yo que te asombre
Tanto el verte allí pintada,
Como el ver que eres amada
Del que allí escribió tu nombre.

No ser querida y amar,
Fuera triste desplacer,
¿Mas que tormento ó pesar
Te puede, Ninfa, causar
Ser querida y no querer!

Mas desprecia quanto quieras
A tu pastor, Galatea:
Solo que en estas riberas
Cerca de las ondas fieras
Con mis ojos no te vea.

¿Que pensamiento mejor
Orilla el mar puede hallarse
Que escuchar el ruiseñor,
Coger la olorosa flor,
Y en clara fuente lavarse?

Pluguiera á Dios que gozaras
De nuestro campo y ribera,

Y porque mas lo preciaras,
Oxala tú lo probaras,
Antes que yo lo dixera.

Porque quanto alabo aquí
De su crédito lo quito,
Pues el contentarme á mí
Bastará, para que á tí
No te venga en apetito.

Licio mucho mas le hablara,
Y tenia mas que hablalle,
Si ella no se lo estorbara,
Que con desdeñosa cara
Al triste dice que calle.

Volvió á sus juegos la fiera
Y á sus llantos el pastor,
Y de la misma manera
Ella queda en la ribera,
Y él en su mismo dolor.

CANCION II.

Quando con mil colores divisado
Viene el verano en el ameno suelo,
El campo hermoso está, sereno el cielo,
Rico el pastor, y próspero el ganado:
Filomena por árboles floridos
Da sus gemidos,
Hay fuentes bellas
Y en torno de ellas
Cantos suaves

De Ninfas y aves;
Mas si Elvinia de allí sus ojos parte,
Habrá contino invierno en toda parte.

Quando el helado cierzo de hermosura
Despoja yerbas, árboles y flores,
El canto dexan ya los ruiseñores,
Y queda el yermo campo sin verdura.
Mil horas son mas largas que los dias
Las noches frias.
Espesa niebla
Con la tiniebla
Oscura y triste
El ayre viste;
Mas salga Elvinia al campo, y por do quiera
Renovará la alegre primavera.

Si alguna vez envia el cielo airado
El temeroso rayo ó bravo trueno,
Está el pastor de todo amparo ageno,
Triste, medroso, atónito y turbado:
Y si granizo ó dura piedra arroja,
La fruta y hoja
Gasta y destruye,
El pastor huye
A paso largo
Triste y amargo;
Mas salga Elvinia al campo, y su belleza
Desterrará el recelo y su tristeza.

Y si acaso tañendo estó ó cantando,
A sombra de olmos ó altos valladares,
Y está con dulce acento á mis cantares
La mirla y la calandria replicando;
Quando suave espira el fresco viento,
Quando el contentò
Mas soberano
Me tiene ufano,
Libre de miedo,
Lozano y ledo;
Si asoma Elvinia airada, así me espanto
Que el rayo ardiente no me aterra tanto.

Si Delia en perseguir silvestres fieras,
Con muy castos cuidados ocupada
Va de su hermosa esquadra acompañada
Buscando sotos, campos y riberas,
Napeas y Hamadríadas hermosas
Con frescas rosas
Le van delante,
Está triunfante
Con lo que tiene:
Pero si viene
Al bosque donde caza Elvinia mia,
Parecerá menor su lozanía.

Y quando aquellos miembros delicados
Se lavan en la fuente esclarecida,
Si allí Cintia estuviera, de corrida
Los ojos abaxara avergonzados:

Porque en la agua de aquella transparente
Y clara fuente,
El mármol fino
Y peregrino,
Con beldad rara,
Se figurara,
Y al atrevido Actéon si la viera,
No en ciervo, pero en mármol convirtiera.

Cancion, quiero mil veces replicarte
En toda parte,
Por ver si el canto
Amansa un tanto
Mi clara estrella
Tan cruda y bella;
¡Dichoso yo si tal ventura hubiese,
Que Elvinia se ablandase, ó yo muriese.

DE PEDRO DE ESPINOSA. (*)

IDILIO.

Fábula del Genil.

TAMBIEN entre las ondas fuego enciendes,
Amor, como en la esfera de tu fuego,
Y á los Dioses de escarcha tambien prendes,
Como á Vulcano con lascivo juego:
Del sacro Olimpo á Júpiter desciendes,
Y á Febo dexas (sin su lumbre) ciego,
Y á Marte pones con infame prueba,
Que de tu madre las palabras beba.

El claro Dios Genil sintió tus lazos,
Que á la Náyade Cínaris adora;
Ella le hace el corazon pedazos,
Y él crece con las lágrimas que llora:
Corta las aguas con los blancos brazos
La Ninfa, que con otras Ninfas mora
Debaxo de las aguas cristalinas
En aposentos de esmeraldas finas.

(*) Natural de Antequera; murió en 1650. Fué el que recogió varias poesías de su tiempo con el título de *Flores de poetas ilustres.*

El despreciado Dios, su dulce amante
Con las Náyades vido estar bordando,
Y por enternecer aquel diamante,
Sobre un pescado azul llegó cantando:
De una concha una cítara sonante
Con destrísimos dedos va tocando:
Paró el agua á su queja, y por oilla
Los sauces se inclináron á la orilla.

Vosotras, que mirais mi fuego ardiente,
Seréis (dice) testigos de mi pena,
Y del rigor y término inclemente
De la que está de gracia y desden llena:
Neptuno fué mi abuelo, y de una fuente,
Que es de una sierra de cristales vena,
Soy Dios, y con mis ondas fuera Tétis,
Si no atajara mi camino el Bétis.

Vestida está mi márgen de espadaña,
Y de viciosos apios y mastranto,
Y el agua clara, como el ámbar, baña
Troncos de mirtos y de lauro santo:
No hay en mi márgen silvadora caña,
Ni adelfa, mas violetas y amaranto,
De donde llevan flores en las faldas,
Para hacer las Hénides guirnaldas.

Hay blandos lirios, verdes mirabeles,
Y azules guarnecidos alelíes;
Y allí las clavellinas y claveles
Parecen sementera de rubíes:

Hay ricas alcatifas, y alquiceles
Roxos, blancos, gualdados y turquies,
Y derraman las auras con su aliento
Ambares y azahares por el viento.

Yo, quando salgo de mis grutas hondas
Estoy de frescos palios cobijado,
Y entre nácares crespos de redondas
Perlas mi márgen veo estar honrado:
El sol no tibia mis cerúleas ondas,
Ni las enturbia el balador ganado;
Ni á las Napeas, que en mi orilla cantan
Los pintados lagartos las espantan.

Allí del olmo abrazan ramo y cepa
Con pámpanos arpados los sarmientos,
Falta lugar por donde el rayo quepa
Del sol, y soplan los delgados vientos:
Por flexibles tarayes sube y trepa
La inexplicable yedra, y los contentos
Ruiseñores trinando, allí no hay selva,
Que en mi alabanza á responder no vuelva.

¿Mas que aprovecha, ó lumbre de mis ojos,
Que conozcas mis padres y riqueza,
Si despreciando todos mis despojos,
Te contentas con sola tu belleza?
Dixo, y la Ninfa de matices roxos
Cubrió el marfil, y vuelta la cabeza
Con desden, da á entender que el Dios la enoja,
Y arroja el bastidor, y el oro arroja.

Quedó elevado así como se encanta
El que escuchó la voz de la sirena:
Helósele su voz en la garganta,
Como cercado de engañosa hiena:
No tanto á vírgen temerosa espanta
Serpiente negra, que pisó en la arena,
Ni al yerto labrador en noche triste
Rayo veloz, que de temor le embiste.

En sí volvió del ya pasado espanto,
Quando quiso el contrario del contento,
Y halló que ya las aguas de su llanto
Le llevaban nadando el instrumento:
La libertada cólera entre tanto
Le obligó á que dixese, y el tormento:
¡O tú, hija de montes y de fieras!
Por fuerza has de quererme, aunque no quieras.

Dixo así, y codicioso del trofeo,
Al alcázar del viejo Bétis parte,
Cuyo artificio atras deva el deseo,
Que á la materia sobrepuja el arte:
No da tributo Bétis á Nereo;
Mas, como amigo sus riquezas parte
Con el; que es rey de rios, y los Reyes
No dan tributos, sino ponen leyes.

Vé que son plata lisa los umbrales,
Claros diamantes las lucientes puertas,
Ricas de clavazones de corales,
Y de pequeños nácares cubiertas:

Vé que rayos de luces inmortales
Dan, y que están de par en par abiertas,
Y los quiciales de oro muy rollizo,
Que muestran el poder de quien los hizo.

Colunas mas hermosas, que valientes,
Sustentan el gran techo cristalino:
Las paredes son piedras transparentes,
Cuyo valor del Ocidente vino:
Brotan por los cimientos claras fuentes,
Y con pie blando en líquido camino
Corren cubriendo con sus claras linfas
Las carnes blancas de las bellas Ninfas.

De suelos pardos, de mohosos techos,
Hay doscientas hondísimas alcobas,
Y de menudos juncos verdes lechos,
Y encima colchas de pintadas tobas:
Maldicientes arroyos por estrechos
Pasos murmuran entre juncias y ovas,
Donde á los Dioses el profundo sueño
Cubre de adormideras y beleño.

Vido, entrando Genil, un vírgen coro
De bellas Ninfas de desnudos pechos,
Sobre cristal cerniendo granos de oro
Con verdes crivos de esmeraldas hechos:
Vido, ricos de lustre y de tesoro,
Follages de carámbano en los techos,
Que estaban por las puntas adornados
De racimos de aljófares helados.

Un

Un rico asiento de diamante frio
Sobre gradas de nácar se sustenta,
Donde preñadas perlas de rocío
Al alcazar dan luz, al sol afrenta:
El venerable viejo, Dios del rio,
Aquí con santa magestad se asienta,
Reclinado en dos urnas relucientes,
Que son dos caños de abundantes fuentes.

Ya que huyó la admiracion del fuego,
Que abrasaba al amante despreciado,
Su queja al padre Bétis cuenta luego,
No sé si mas lloroso que turbado:
Dió luz á su justicia, estando ciego
De lágrimas, que amor habia brotado;
Y no hubo menester el Dios amigo
Ni mas informacion, ni mas testigo.

No será tu aficion con desden rota,
Le dice Bétis, que tambien tu orilla
Mereció á Febo, como el sacro Eurota,
Por quien desprecia Júpiter su silla:
Granada de tus templos es devota,
Si hecatombe á mis templos da Sevilla,
Y por tí gozo ilustres vasallages
Desde el Hidáspes dulce al negro Aráxes.

En Cólcos, junto á un ancho promontorio,
Hay unas grutas de alabastro fino,
Donde nació, entre arenas de abalorio,
Un Triton, que á servir á Bétis vino:

A este manda llamar á consistorio
A todos los del reyno cristalino,
Los quales, al sagrado mandamiento,
Vienen venciendo por el agua el viento.

Ricas garnachas de riqueza suma
Unos visten de tiernas esmeraldas:
Otros, como á la Garza fácil pluma,
Cubren de escama de oro las espaldas
Con ropas blancas de cuajada espuma:
Otros vienen ceñidos con guirnaldas,
Brotando olor los cristalinos cuernos
De tiernas flores, y de tallos tiernos.

Quantas viven en fuentes Ninfas bellas
(Que burlan los satíricos silvanos,
Que arrojándose al agua por cogellas,
El agua aprietan con lascivas manos)
Viniéron, y á una parte las doncellas,
A otra los mozos, y á otra los ancianos,
Se sientan, qual conviene á tales huéspedes,
En blandas sillas de mojados céspedes.

Ya que corrió el silencio las cortinas,
Dando angosto camino al blando asiento,
Y las vistas suspensas y divinas,
A Bétis fuéron penetrando el viento,
Y entre los labios de esmeraldas finas
Paráron, él con grave movimiento
Sacudió la cabeza sobre el pecho,
Y perlas sudó el suelo, y llovió el techo.

No con el mar de España tengo guerra,
Dice, ó saliendo de mi márgen corva,
Quiero cubrir las faldas de la tierra,
Miéntras teme dudosa que la sorba:
Ni pardo monte, ni cerulea sierra
De mi profundidad el paso estorba;
Mas hoy se casa un claro Dios divino,
Que ha merecido á Bétis por padrino.

Tú, Genil, á quien ciñen mirto y lauro
(No cañaveras frágiles, tus sienes,
Y, como el Cindo del nevado Tauro,
Montes de plata por principio tienes:
Tú, aquel potente Dios, á quien el Dauro
Señor te hace de mayores bienes,
Pues que sus Ninfas en liviano coro,
Para darte tributo ciernen oro:

Hoy gozarás de Cínaris los brazos;
Y tú, Ninfa, el valor de ser su Esposa,
Y en legítimo fuego, y dulce lazos,
Dexaréis á Cidálida envidiosa.
Dixo; y ella, huyendo los abrazos,
Volvió turbada la cerviz de rosa,
Naciendo al tierno llanto, que comienza,
Roxo color de virginal vergüenza.

No hay Dios, á quien el llanto no recuerde,
Si con la compasion hace su tiro;
Y así el aljófar, que la Ninfa pierde,
Costó mas de un sollozo y de un suspiro;

Y hubo alguno, que el crin del sauce verde
Tendió sobre la frente de safiro;
Mas los arroyos, que á la puerta estaban,
Del desden de la Ninfa murmuraban.

Como quando en solícitos tropeles,
Por mayor magestad de sus castillos
Ricos de olor, vestidos de doseles,
Entre selvages cercas de tomillos,
Guardando rubias perezosas mieles
En urnas de panales amarillos,
Se oyéron las abejas en esquadra,
Así el rumor por la soberbia quadra.

Lágrimas tibias de tus luces bellas
Llueves en tanto que Génil te imita,
¡O Cínaris! mas todas tus querellas
Bétis mirando, el caso facilita:
Que el melindre, que es dádo á las doncellas,
Piensa que el libre espíritu te quita;
Y así, queriendo hacer un monte llano,
La mano de Genil puso en tu mano.

Llenos de envidia noble se levantan
Los Dioses del sagrado coliseo,
Y con las lenguas de agua dulce cantan
Alegres: Himeneo, Himeneo:
Mas de improviso, sin pensar, se espantan,
Porque la Ninfa, viendo el caso feo,
Y su virginidad así oprimida,
Quedó llorando, en agua convertida.

DE LUIS BARAHONA DE SOTO. (*)

ÉGLOGA.

Silvana, Fenisia, Silveria, Pilas, Poeta.

POETA.

Las bellas Hamadríades, que cria
Cerca del breve Dauro el bosque umbroso,
En un florido y oloroso prado,
En un tan triste dia,
Quanto despues famoso,
Por ser del pastor Pilas celebrado,
Hiciéron que el ganado
De este pastor y de otros, que abrevando
Al mal seguro pie de la nevada
Sierra halláron, estuviesen quedos,
Los versos y canciones escuchando,
Que en loor cantáron de una mal lograda
Ninfa, despues que con mortales bledos,
Tomillos y cantuesos
Cubriéron la preciosa carne y huesos.

(*) Natural de Lucena: floreció á fines del siglo 16.

De cedros, mirras, bálsamos y palmas,
De incienso y cinamomo desgajando
Flexîbles varas, que despues texidas
Por las hermosas palmas,
Se fuéron transformando
En blandos canastillos, do las vidas
De sus tallos partidas
Las frescas rosas fuéron despidiendo:
Y juntamente de un olor precioso,
Ellas y el mirto, y lirio azul y blanco,
Un aura delicada enriqueciendo,
Porque el Favonio, al tiempo presuroso
No pareciese en solo voces franco,
De olor, sonido y lumbre
Poniendo al mundo en celestial costumbre.

Silveria, de Felicio celebrada,
Y la que celebró el pastor Silvano,
Reformador del bético Parnaso,
Y la que fué cantada
Del que ya gozó ufano
Del ayre y cielo libertado y raso,
Dolidas mas del caso,
Las hebras de brocado á las espaldas
Sueltas, por sus gargantas despidiendo
La corriente, que dan á sus pastores,
Ceñidas por las sienes con guirnaldas
Vagas y bellas, al amor prendiendo
Con nueva aljaba y nuevos pasadores,

Honráron con su acento
Y enriqueciéron el delgado viento.

No preste aliento en olmos y avellanos
El zéfiro apacible, ni nos siembre
De aljófar cristalino el verde suelo,
Ni nos hincha las manos
El meloso Septiembre
Con dorado racimo ternezuelo,
Ni nos otorgue el cielo
Los madroños, bellotas y castañas,
Dulces manzanas y sabrosas nueces,
Ni alegres flores de la primavera,
Ni á las silvestres cabras las montañas,
Los verdes ramos den (qual otras veces),
Y la manada de hambrienta muera,
Si no fuere aplacada
Con humos la alma de la Ninfa amada.

La oscura selva de árboles texidos,
Cubierta de alcornoques y quexigos,
A quien la inexplicable yedra abraza,
Serán de mis gemidos
Fielísimos testigos,
Y del dolor que el alma me embaraza.
La parlera picaza,
Diversa en paso de las otras aves;
Y desde aquellos troncos la corneja,
Que solo mal agüero nos pregona,
Dirán que alegres versos y suaves

Por este siglo no ocupó su oreja
En quanto abraza nuestra obliqua zona,
Ni se retumba el llano
Con mas que Tirsa, freqüentada en vano.

SILVANA.

Pues que sus fuerzas y calor refrena
El encendido Febo, y la villana
Gente no teme de sufrir su lumbre,
Ni ronca voz resuena
De la cigarra vana
Que añade en los calores pesadumbre,
Y sobre la alta cumbre
El seco y frio temporal asoma,
Ocasionando túmulos funestos,
Y á Tirsa nos da el cielo helada y yerta,
Mostremos el dolor que al alma doma
En las palabras y los tristes gestos,
Y la alegría con la Ninfa muerta,
Siempre sea este dia
Honrado en llanto, y falto de alegría.

Solemnes pompas, versos funerales
Honren cada año la dichosa tierra,
Que oculta y guarda los amados huesos:
Las castos animales
Y la blanca becerra
Con sangre ablanden los terrones tiesos:
Violetas y cantuesos,

Ligustres, blancos lirios y azucenas,
Alelíes, rosas, trébol, madre-selva,
Aquí marchitos dexen lustre y vida,
Y aqueste dia ofrezcan tristes penas,
No solo al rio, sierra, campo y selva,
Mas á la gente oculta y escondida
En Galos y Britanos,
Y quantos hace el sol meridianos.

FENISA.

Si con sus rayos el noveno dia
La blanca Aurora el mundo oscuro diere,
Las nubes con su rostro destruyendo,
Una novilla mia
Al que mejor corriere,
Y dos al que luchare dar pretendo;
Y al otro, que blandiendo
El recio brazo, abarca mayor trecho,
Un toro de cerviz macizo y duro;
Y un buey hermoso al que mejor cantare;
Y al que de versos epitafio hecho
Sobre el sepulcro me escribiere, juro
Darle lo que él en mi manada amare;
Y lo que es mayor gloria,
Nombre inmortal, y palma de victoria.

Vendrá vermejo el Dios de los pastores,
Con vermellon y fina sangre ungido,
Que en vivas conchas se produce y cria,
Por ámbos derredores

De sus sienes ceñido
Con las monteses ramas que solia:
Y vendrán á porfía
Pastores fuertes diestros y zagales,
Qual por correr, qual por luchar, llevando
Dulce victoria, premio victorioso;
Pues los marchitos versos funerales,
Las largas faldas ornarán pintando
El túmulo funesto y doloroso,
Lleno de cipres verde,
Que enteramente su color no pierde.

Pon casta oliva y olorosa tea,
Con la sabina yerba y el incienso,
En sacros fuegos, quemaré el redaño
De no manchada ó fea
Cordera, cuyo censo
A tal sepulcro pagaré cada año.
Despues por fértil caño
De los colmados vasos la caliente
Leche, con sangre viva entreverada,
Haré mojar la víctima humosa,
Y la yema del vino, que la gente
De la rica Lucena da á Granada,
La triste faz de la terrestre diosa
Vertida humedeciendo,
Vendrá los sacrificios consumiendo.

SILVERIA.

Si les es á las almas concedido,
Desnudas ya de corporales cargas,

Prestar oreja á los piadosos llantos,
Divina Tirsa, oido
Habrás nuestras amargas
Querellas, que suspensos tiene á tantos
Frutales, fieras, cantos:
Mas donde quiera que las tristes voces
Nuestras te hallen, ó en el cielo ilustre,
O al derredor de robles y manzanos,
O ya que elíseos aposentos goces,
Pasada el agua lóbrega y palustre,
O junto al olmo de los sueños vanos,
Rogamos que recibas
En voces nuestras intenciones vivas.

Tu alma bella nuestras selvas, creo,
Hermosa Ninfa, que andará lustrando
Con sosegado y saludable vuelo,
así de mi deseo
Las voces escuchando
Os has de ver culpar de injusto al cielo.
Verás el verde suelo
Se vergonzoso y triste no dar flores,
Ni los frutales apacibles frutos,
Ni claras aguas las delgadas fuentes,
Ni los zagales publicar amores,
Ni nuestros ojos sin dolor enxutos,
Ni las cabrillas, ni las de dos dientes
Hacer la tierna grama,
responder al hijo, si las llama.

Pues si las voces tristes comprehendes,
Y ves que el humo de las piedrazufres
No purga el hato y recental rebaño,
Y nuestro mal entiendes,
¿Por que, mi Tirsa, sufres
Vivir los tuyos en notable engaño?
Pues uno y otro daño
Con solo respondernos sanarias,
O con mostrarnos tu hermosa cara,
O con dexarte ver por do pasares.
Pues tú eres, Tirsa, que en placer solias
Dar á la noche y reducirla clara,
Con rostro alegre y lícitos cantares;
Mas ya tu cantilena
Nos dexa sola su memoria en pena.

SILVANA.

Tú con palabras dulces y elegantes
A las contiendas término pusiste:
Mil veces inclinabas á victoria,
Pastores litigantes,
De suerte que saliste,
Contentos ellos, tú con igual gloria.
Y aun tengo en la memoria,
Que á veces en las ondas cristalinas
Mostraste tu cabeza orlada de oro,
Cantando versos del pastor Silvano:
A cuyo son debaxo las encinas
El ganado de Filas y Peloro

Rumió

Rumió la yerba el uno y otro en vano:
Mil veces se arrojáron
Al agua, mas tus carnes no tocáron.

Yo vide al tiempo que la Aurora muestra
En este dia su rosada lumbre
Al triste Pílas húmedas mexillas,
A quien la mano diestra
De la doliente cumbre
Era coluna, y de ella las rodillas:
Que de estas florecillas
Con sus lamentos marchitó tal suma,
Y desgajó de robles tanta rama,
Rompiendo de las peñas tanta parte,
Qual suele Bóreas en la helada bruma;
Y qual el ciervo, que herido brama,
Con ardientes suspiros á invocarte
Se compelió, y cantados
Aquestos versos dixo mal limados.

PILAS.

Sin tu presencia, Tirsa, el fresco viento
Helado quema las fragantes yerbas,
Y el rubio trigo, que en el suelo echamos,
Perece en el momento:
Las uvas son acerbas
Que de las tiernas vides desgajamos,
Y en el lugar hallamos
De trigo, avena, y de cebada blanca
Ballico inútil, y del lino grama,

Y de lechuga dulce amargo cardo.
Ni nos alegran ya con mano franca
Céres y Baco, y en perpetua llama
En todo tiempo me consumo y ardo,
Hasta que venga el dia
Que goce de tu eterna compañía.

Dos blancas reses, de vedejas llenas,
De cada quatro quartos poderosas,
Exercitadas al palestre oficio,
De lirios y azucenas
Las frentes, y de rosas
Coronadas he puesto al sacrificio:
Y siempre es mi exercicio
Honrar con premios el sepulcro amado,
Haciendo fiestas, ya con tallos tiernos,
Ya con sus flores, ya con dulces frutos.
Los toros y novillos he apartado
De sus becerras, que con los internos
Mugidos cercan los fúnebres lutos,
Al tiempo temeroso
Que el trabajado cuerpo va al reposo.

Descansa en paz, hermosa, casta y bella,
Y tierna carne; que el dorado Apolo
Con sacros versos te eterniza y canta;
Y la nocturna estrella,
Que rige el primer polo,
Tu tierra huella con piadosa planta:
Y el Tauro se levanta

Antes que el sol, y de apio, pino y lauro,
Y de quejigo, premios virtuosos,
Guirnaldas hechas en tu fiesta ofrecen;
Y sus divinas aguas nuestro Dauro,
De leche y miel, y de oro muy precioso
Sobre sus faldas siembra y enriquece,
Quedando el suelo honrado,
Que fué á tus huesos por sepulcro dado.

Loable envidia en las vecinas Ninfas
Forzó á seguir de aquestos las pisadas,
Que en compas de alabastro y vidrio hechas
Las cristalinas linfas,
Con azahar templadas,
Con rosas y violetas contrahechas,
Y en cestas nada estrechas
De casia y amaranto y mirabeles,
Y de alheña y sauco tristes flores;
Y los cogollos brotadores tiernos
De plátanos, naranjos y laureles,
Presentan por los anchos derredores
De tu sepulcro, á quien por mil iviernos
Los genios apacibles
Harán tus blancos huesos inmovibles.

POETA.

El roxo Apolo entónces transmontando
Sembró de varias nubes el Poniente,
Ya azules, ya violadas, ya sangrientas,
Ya aquestas despintando,

Con tal de la aparente
Color de aquestas; y otras mal contentas,
Al rostro suyo atentas,
Así imitaban el metal bruñido
Del mismo Febo con las limbrias de oro,
Quando otras de la plata el lustre claro;
Y así las Ninfas, el cantar rompido,
Volviendo al campo, do el oculto Moro
Riquezas guarda con el puño avaro,
Desnudas se metiéron
En las encinas huecas do salieron.

DE VICENTE ESPINEL (*)

FRAGMENTO DE UNA EPÍSTOLA.

Incendio y rebato en Granada.

¿A quien no hizo remover la planta
El gran terror de la ciudad famosa,
Que de Juan honra la reliquia santa?

¿Quien no temblo de ver una rabiosa
Ira del suelo; y aun quizá de arriba
Amenaza á los hombres espantosa?

Rompe y asuela, y al romper derriba
De la polvora el ronco trueno el muro
En que la miserable casa estriba.

Vuelan maderos por el ayre escuro
Sobre el humoso remolino, y vueltos
Del grave golpe, arrebatado y duro,

(*) Nació en Ronda en 1544, y murió en Madrid en 1624. Introdujo en la vihuela la cuerda quinta, y fue inventor de las décimas, que se llamaron de su nombre *Espinelas*.

A quales dexan en su sangre envueltos
Entre los brazos de la esposa amada,
A quales del troncon los miembros sueltos.

Húndense casas al temblar Granada,
Vela, sonaba, en el Alhambra, vela,
Traycion, toca á rebato, hay ordenada.

Disparan todos: huye el mozo y vuela,
El viejo corre, la parida enfalda
Al niño, y lleva en brazos la hijuela:

Huye esparcido el oro por la espalda,
La doncelluela, en lo demas desnuda;
Que á nadie mueve el nacar, ni esmeralda.

Un confuso alarido, ayuda, ayuda,
Suena de gritos: nadie, á nadie llama,
Que no hay quien por salvarse al otro acuda.

Crece la sorda y tragadora llama:
Traspasa á Darro, y de un horrible estruendo
Paso al molino, y dió la nueva á Alhama,

Piedras de nuevo, y leños esparciendo,
Que amenazaban la soberbia cumbre,
Y á trechos van las torres combatiendo.

Baxan vigas de inmensa pesadumbre,
Ladrillo y planchas por el ayre vago,
Y espesos globos de violenta lumbre;

Y en el Alhambra hacen tal estrago,
Que las Reales Casas, qual Numancia,
De fuego y humo parecieron lago.

Del Rey Chiquito la encantada estancia,
De alabastro, azul, y oro inestimable
Cayó, como del dueño la arrogancia.

¡Mas que mucho, si el trueno incomportable
Parte asoló de la del gran Monarca,
Del gran Machuca fabrica admirable!

Vense rayos de toda la comarca,
Que el Etna ardiente con la noche escura,
Manifiesta y descubre quanto abarca.

Dura el hambriento fuego, el daño dura,
Tiembla el Consejo, que al mayor le falta,
Que la Audiencia Real no está segura.

Cada qual de la dulce cama salta
A reparar los daños generales,
Aunque á hijos y esposa haga falta.

¿Mas quien repara repentinos males,
Que los famosos y altos edificios
De Troya parecian ser señales?

Las puertas rotas, la clausura y quicios
De las vírgenes sacras, que al esposo
Christo hacen perpetuos sacrificios.

Que de una laxa el golpe ponderoso
De Catalina en el convento santo,
El quarto abrió del virginal reposo.

No atemoriza á las ovejas tanto
En el aprisco del cuidoso dueño,
Nocturno rayo del mortal espanto,

Como la arrojadiza piedra y leño
De Dios á las ovejas encerradas
Puso terror en lo mejor del sueño.

Cruzan las calles gentes á manadas,
Pasan y encuentran, sin saber por donde,
Del sin vida enemigo mal guardadas,

Que al uno en las entrañas se le esconde:
Tropella al uno, al otro desbarata,
Da en el primero, y al de atras responde:

Derriba, rompe, hiende, parte y mata;
Trastorna, arroja, oprime, estrella, asuela,
Envuelve, desparece y arrebata.

Consume, despedaza, esparce y vuela
Traga, desliaze, y sin piedad sepulta
A quien del daño ménos se revela.

¿Que te movió, que no dexaste oculta,
Homicida sangriento, la endiablada
Invencion de que tanto mal resulta?

Que esa ánima cruel descomulgada
(En desenlaces la polvora) no pudo
Con aparente bien ser engañada.

Que un ánimo feroz, áspero y crudo,
Y un ódio de Timon á los humanos
Movió el bestial entendimiento rudo:

Que sin ella vencieron los romanos,
Y engrandecieron sus excelsos nombres,
Con esfuerzo, valor, industria, y manos.

Quando del infernal hedor te asombres
Del azufre, y la pólvora, el infierno
Veras que disfrazaste entre los hombres;

Que por tu daño en el tormento eterno
Quiza (ó me engaño) llevará la nueva
De tanto lloro y sentimiento tierno.

Si Falaris hiciera en tí la prueba
De tu invencion ganára mayor gloria,
Que por el Toro maldiciones lleva.

DE DON JUAN DE ARGUIJO. (*)

SONETOS.

I.

A Baco.

A tí de alegres vides coronado
Baco, gran padre domador de Oriente,
He de cantar, á tí que blandamente
Templas la fuerza del mayor cuidado;

Hora castigues á Licurgo airado,
O á Penteo en tus aras insolente;
Hora te mire la festiva gente
En sus convites dulce y regalado.

O ya de tu Ariadna al alto asiento
Subas ufano la mortal corona;
Ven facil, ven humano al canto mio:

Que si no desmerezco el sacro aliento,
Mi voz quebrantará la opuesta zona,
Y al Tibre inundará el Hispalio rio.

(*) Natural de Sevilla, y Veintequatro de esta Ciudad: fue el protector mas generoso de los poetas de su tiempo: floreció á fines del siglo 16.

II.

Júpiter á Ganimedes.

No temas ¡ó bellísimo Troyano!
Viendo que arrebatado en nuevo vuelo
Con corvas uñas te levanta al cielo
La feroz ave por el ayre vano.

¿Nunca has oido el nombre soberano
Del alto Olimpo? ¿la piedad y el zelo
De Júpiter, que da la pluvia al suelo,
Y arma con rayos la tonante mano,

A cuyas sacras aras humillado
Gruesos toros ofrece el Tenero en Ida,
Implorando remedio á sus querellas?

El mismo soy, no al Aguila eres dado
En despojo; mi amor te trae, olvida
Tu amada Troya, y sube á las estrellas.

III.

Del Tiempo.

Mira con quanta priesa se desvía
De nosotros el sol al mar vecino,
Y aprovecha, Fernando, en tu camino
La luz pequeña de este breve dia,

Antes que en tenebrosa noche fria
Pierdas la senda, y de buscarla el tino,

Y aventurado en manos del destino
Vagues errando por incierta via.

Hágante agenos casos enseñado,
Y el miserable fin de tantos pueda
Con fuerte exemplo aperchibir tu olvido.

Larga carrera, plazo limitado
Tienes, veloz el tiempo corre, y queda
Solo el dolor de haberlo mal perdido.

IV.

Las Estaciones.

Vierte alegre la copia en que atesora
Bienes la Primavera, da colores
Al campo, y esperanza á los pastores
Del premio de su fe la bella Flora:

Pasa ligero el sol, adonde mora
El Cancro abrasador, que en sus ardores
Destruye campos, y marchita flores,
Y el orbe de su lustre descolora.

Sigue el húmedo Otoño, cuya puerta
Adornan Baco de sus dones quoque,
Luego el Invierno en su rigor se extrema.

¡O variedad comun! mudanza cierta!
¿Quien habrá que en sus males no te espere?
¿Quien habrá que en sus bienes no te tema?

V.

V.

Apolo á Dafne.

Victorioso laurel, Dafnes esquiva,
En cuyas verdes hojas la memoria
De tu rigor, y de mi triste historia
Quiere el amor que eternamente viva;

La antigua palma y abundante oliva,
A ti de hoy mas inclinarán su gloria;
Tú ceñirás en premio de victoria
Del fuerte vencedor la frente altiva.

Dixo el burlado Cinno, y á la dura
Corteza asido la contempla, y luego
Repite: Dafne fiera! mármol frio!

Del rayo ardiente vivirás segura,
Que no es bien que consienta ageno fuego,
Quien pudo resistir el fuego mio.

VI.

Sisifo.

Sube gimiendo con mortal fatiga
El grave peso que en sus hombros lleva
Sisifo al alto monte, y quando pueda
Pisar la cumbre, á mayor mal se obliga.

Cae el fiero peñasco, y la enemiga
Suerte cruel su nuevo afan renueva;

Vuelve otra vez á la difícil prueba,
Sin que de su trabajo el fin consiga.

No iguala aquella á la desdicha mia;
Pues algun tiempo alivia en su tormento
Los hombros á tal carga desiguales.

Sufro peso mayor á tal porfía,
Que un punto no perdona al pensamiento
La importuna memoria de mis males.

VII.

Lucrecia.

Baña llorando el ofendido lecho
De Colatino la consorte amada,
Y en la tirana fuerza disculpada
Si no la voluntad, castiga el hecho.

Rompe con yerro agudo el casto pecho,
Y abre camino al alma, que indignada
Baxa á la oscura sombra; do vengada
Aun duda si su agravio ha satisfecho.

Venció al paterno llanto endurecida,
Y de su esposo el ruego, que no basta,
Menospreció con un fatal desvío.

Ceda al debido honor la dulce vida,
Que no es bien, dixo, que otra ménos casta
Ose vivir con el exemplo mio.

VIII.

La Avaricia.

Castiga el cielo á Tántalo inhumano
Que en impia mesa su rigor provoca,
Medir queriendo en competencia loca
Saber divino con engaño humano.

Agua en las aguas busca, y con la mano
El árbol fugitivo casi toca;
Huye el copioso Erídano á su boca,
Y en vez de fruta aprieta el ayre vano.

Tú que espantado de su pena admiras
Que el cercano manjar en largo ayuno
Al gusto falte, y á la vista sobre:

¿Como de muchos Tántalos no miras
Exemplo igual? y si codicias uno,
Mira al avaro en sus riquezas pobre.

IX.

Artemisa.

Labra Artemisa el grande mausoleo,
Que los altos pirámides afrenta
Del Egipcio soberbio, y no contenta
Busca á su ilustre fe mayor trofeo.

Del tierno y casto pecho en nuevo empleo
Hacer sepulcro al nuevo esposo intenta,
Cuyas cenizas de su amor sedienta
Bebe con ansias de inmortal deseo.

En vano, dice, pretendió la muerte
De ti, dulce Mausolo, dividirme,
Y en largo olvido sepultar tu gloria.

Que de su injuria puede defenderte
Mi pecho mas que el bronce y mármol firme
Y eternizar mi amor y tu memoria.

X.

Ariadna.

¿A quien me quejaré del cruel engaño
Arboles mudos, en mi triste duelo?
Sordo mar! tierra estraña! nuevo cielo!
Fingido amor! costoso desengaño!

Huye el pérfido autor de tanto daño,
Y quedo sola en peregrino suelo,
Do no espero á mis lagrimas consuelo,
Pues no permite alivio mal tamaño.

Dioses, si entre vosotros hizo alguno
De un desamor ingrato amarga prueba,
Vengadme os ruego del traydor Teseo.

Tal se quejaba Ariadna en importuno
Lamento al cielo, y entretanto lleva
El mar su llanto, el viento su deseo.

XI.

Orfeo.

Desiertas selvas, monte yerto y frio,
Ródope que en el cielo tocar osas,
Vosotras de Estrimon ondas hermosas,
A quien vencer presume el llanto mio:

Sereis testigos largo tiempo, fio,
De mi dolor, y quejas lastimosas
Que en vano esparzo al ayre, y con piadosas
Voces al Rey del lago obscuro envio.

Asi cantando llora el Tracio amante,
Y á sus blandos acentos enmudece
El viento, y la agua su corriente enfrena;

Y enternecidas truecan el semblante
Las fieras ¡ corto alivio! miéntras crece
Del ya perdido bien la justa pena.

XII.

La Tempestad y la Calma.

Yo ví del roxo sol la luz serena
Turbarse, y que en un punto desfallece
Su alegre faz, y en torno se obscurece
El ayre con tiniebla de horror llena:

El austro proceloso airado suena,
Crece su furia, y la tormenta crece,

Y en los ombros de Atlante se estremece
El alto Olimpo, y con espanto truena.

Mas luego vi romperse el negro velo
Deshecho en agua, y á su luz primera
Restituirse alegre el claro dia;

Y de nuevo esplendor ornado el cielo
Mire, y dixe: ¿quien sabe si le espera
Igual mudanza á la fortuna mia?

XIII.

Horacio Cocles.

Con prodigioso exemplo de osadía
Un hombre mozo en el Romano puente,
Resistir solo de la Etrusca gente
El grueso campo que pasar porfia.

Ni la enemiga fuerza le desvia,
Ni de su vida el cierto fin presente,
Que su valor dexar no le consiente
La dificil empresa en que insistia.

Oygo del roto puente el son fragoso,
Quando al Tibre el varon se precipita
Armado, y sale de él con nueva gloria;

Y al mismo punto escucho del gozoso
Pueblo las voces, que aclamando grita:
Viva Horacio! de Horacio es la victoria.

XIV.

Al Guadalquivir.

Tú á quien ofrece el apartado polo,
Hasta donde tu nombre se dilata,
Preciosos dones de luciente plata,
Que envidia el rico Tajo y el Pactolo;

Para cuya corona, como a solo
Rey de los rios, entretexe y ata
Palas su oliva con la rama ingrata,
Que contempla en tus márgenes Apolo;

Claro Guadalquivir, si impetuoso
Con crespas ondas y mayor corriente
Cubrieres nuestros campos mal seguros;

De la mejor Ciudad, por quien famoso
Alzas igual al mar la altiva frente,
Respeta humilde los antiguos muros.

DE BALTASAR DE ALCAZAR. (*)

REDONDILLAS.

En Jaen, donde resido
Vive Don Lope de Sosa,
Y direte, Ines, la cosa
Mas brava de el que has oido.

Tenia este caballero
Un criado Portugues. . . .
Pero cenemos, Ines,
Si te parece primero.

La mesa tenemos puesta,
Lo que se ha de cenar junto,
Las tazas del vino á punto;
Falta comenzar la fiesta.

Comienze el vinillo nuevo,
Y echale la bendicion;
Yo tengo por devocion
De santiguar lo que bebo.

Franco fué, Ines, este toque;
Pero arrójame la bota:

(*) Sevillano: vivia á principios del siglo 17, y se ignoran las demas circunstancias de su vida.

Vale un florin cada gota
De aqueste vinillo aloque.

¿De que taberna se traxo?
Mas ya.... de la del Castillo:
Diez y seis vale el quartillo,
No tiene vino mas baxo.

Por nuestro Señor que es mina
La taberna de Alcocer:
Grande consuelo es tener
La taberna por vecina.

Si es ó no invencion moderna,
Vive Dios que no lo sé;
Pero delicada fué
La invencion de la taberna.

Porque alli llego sediento,
Pido vino de lo nuevo,
Midenlo, dánmelo, helo,
Págolo, y voyme contento.

Esto, Ines, ello se alaba,
No es menester alaballo:
Sola una falta le hallo,
Que con la priesa se acaba.

La ensalada y salpicon
Hizo fin, ¿que viene ahora?
La morcilla, gran señora,
Digna de veneracion.

¡Que oronda viene y que bella!
Que traves y enxandia tiene,
Parecerme, Ines, que viene
Para que demos en ella.

Pues sus, encojase y entre,
Que es algo estrecho el camino...
No eches agua, Ines, al vino,
No se escandalice el vientre.

Echa de lo tras añejo,
Porque con mas gusto comas:
Dios te guarde, que asi tomas,
Como sábia, el buen consejo.

Mas di ¿no adoras y precias
La morcilla ilustre y rica?
¡Como la traydora pica!
Tal debe tener especias.

¡Que llena está de piñones!
Morcilla de cortesanos,
Y asada por esas manos
Hechas á cebar lechones.

El corazon me rebienta
De placer: no sé de ti.
¿Como te va? yo por mi
Sospecho que estás contenta.

Alegre estoy vive Dios:
Mas oye un punto sutil;
¿No pusiste alli un candil?
¿Como me parecen dos?

Pero son preguntas viles,
Ya sé lo que puede ser:
Con ese negro beber
Se acrecientan los candiles.

¡ Probemos lo del pichel,
Alto licor celestial,
No es el aloquillo tal,
Ni tiene que ver con él.

¡ Que suavidad ! que clareza !
¡ Que rancio gusto y olor !
Que paladar ! que color !
Todo con tanta fineza.

Mas el queso sale á plaza,
La moradilla va entrando,
Y ámbos vienen preguntando
Por el pichel y la taza.

Prueba el queso, que es extremo.
El de Pinto no le iguala,
Pues la aceytuna no es mala,
Bien puede vogar su remo.

Haz pues, Ines, lo que sueles,
Daca de la lata Reina
Seis tragos: hecha es la cena,
Levántense los manteles.

Ya, Ines, que hablemos cenado
Tan bien, y con tanto gusto,
Parece que será justo
Volver al cuento pasado.

Pues sabrás, Ines hermana,
Que el Portugues cayo enfermo....
Las once dan, yo me duermo,
Quédese para mañana.

Otras redondillas del Mismo.

Deseais, Señor Sarmiento,
Saber en estos mis años,
Sujetos á tantos daños,
Como me porto y sustento.

Yo os lo diré en brevedad,
Porque la historia es bien breve,
Y el daros gusto se os debe
Con toda puntualidad.

Salido el sol por Oriente
De rayos acompañado,
Me dan un huevo pasado
Por agua, blando y caliente,

Con dos tragos del que suelo
Llamar yo néctar divino,
Y á quien otros llaman vino,
Porque nos vino del cielo.

Quando el luminoso vaso
Toca en la meridional,
Dividiendo por un igual
Del oriente y del Ocaso;

Me dan asada y cocida
De una gruesa y gentil ave,
Con tres veces del suave
Licor que alegra la vida.

Despues que cayendo viene
A dar en el mar Esperio,
Desamparando el imperio
Que en este orizonte tiene;

Me suelen dar á comer
Tostadas en vino mulso,
Que el enflaquecido pulso
Restituyen á su ser.

Luego me cierran la puerta,
Yo me entrego al dulce sueño:
Dormido soy de otro dueño,
No sé de mi nueva cierta.

Hasta que habiendo sol nuevo,
Me cuentan como he dormido,
Y así de nuevo les pido,
Que me den néctar y huevo.

Ser vieja la casa es esto,
Veo que se va cayendo,
Voyle puntales poniendo,
Porque no caya tan presto.

Mas todo es vano artificio:
Presto me dicen mis males,
Que han de faltar los puntales,
Y afinarse el edificio.

DE GUTIERRE DE CETINA.

MADRIGAL.

Ojos claros serenos,
Si de dulce mirar sois alabados,
¿Por que si me mirais, mirais airados?
Si quanto mas piadosos
Mas bellos pareceis á quien os mira,
¿Por que á mi solo me mirais con ira?
Ojos claros serenos,
Ya que asi me mirais, miradme al ménos.

DE LUIS MARTIN.

MADRIGAL.

Iba cogiendo flores;
Y guardando en la falda
Mi Ninfa, para hacer una guirnalda;
Mas primero las toca
A los rosados labios de su boca,
Y les da de su aliento los olores.
Y estaba (por su bien) entre una rosa
Una abeja escondida,
Su dulce humor hurtando;
Y como en la hermosa
Flor de los labios se hallo, atrevida
La picó, saco miel, fuése volando.

SIGLO XVII.

POESÍAS

DE LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA.

CANCION.

A Felipe II en la canonizacion de San Diego.

En estas santas ceremonias pias,
Adonde tu piedad, Filipo augusto,
Con admirables rayos resplandece,
Verás como dexândo el cetro justo
Despues de largos y felices dias
Al nuevo tronco que á tu sombra crece,
Nuestra Madre santísima te ofrece
Los mesmos cantos, y la mesma palma;
Y ya nos muestra como en cierta idea,
Que tal quiere que sea
La gloria entónces de tu cuerpo y alma:
Y que al inmenso templo que dedicas
Al gran Levita, que en la ardiente llama
Exâminó la de su amor divino,
Ha de venir devoto el peregrino,

No solo convidado de su fama
Por contemplar las aras de oro ricas,
Sino á probar si á su congoja aplicas
Saludable remedio desde el cielo,
Como lo das á todos en el suelo.

Tú enseñado á escuchar humanos ruegos,
Y á ser comun defensa de los hombres,
Serás de todos ellos invocado,
Y justamente uniéndose los nombres
Tendrémos dos Filipos y dos Diegos,
Y un altar solo á entrámbos dedicado:
Que pues has con tu mano levantado
El primero que á Diego se dedica,
Aquí y allá serás su compañero,
Y exemplo verdadero
De como Dios tambien se comunica
Debaxo de la púrpura preciosa
Como debaxo el áspero vestido;
Que no son abreviadas no sus manos.
¿Mas de qual de tus hechos sobre-humanos
Te darémos entónces apellido?
¿Si lucirá la espada rigorosa?
¿O retorcido en tu corona hermosa
Sus hojas tenderá el olivo sacro,
Por propia insignia de tu simulacro?

¿O si quando la trompa horrible diere
Señal en los exércitos, y tienda
La roxa Cruz el viento en las banderas;

Y de la muerte la vision horrenda
Envuelta en polvo y humo discurriere
Por medio las esquadras y armas fieras,
Tu nombre ha de sonar en las primeras
Voces, que diere la española gente
Pidiendo por tu medio la victoria?
¿O si querrás la gloria
De ser en los concilios Presidente
Donde se trate del gobierno humano,
Del qual nos dexas admirable exemplo?
¿O si será mas propio que el piloto
Quando luchare con el Euro y Noto
Prometa ronco visitar tu templo,
Y allí colgar las velas por su mano?
¿O que en tu proteccion el rubio grano
El labrador envuelva, y te suplique
Que por tu medio Dios lo multiplique?

Primero vivirás felices años,
Introduciendo por el ancho mundo
La santa paz, y la justicia unidas,
Y gemirá Pluton en el profundo
De ver por tí deshechos los engaños,
Y á Dios tantas naciones convertidas.
Y que las escrituras no entendidas
Como el otro Filipo les declaras.
Teme tambien, y no sin causa, viendo
Lo que hoy estás haciendo,
Que á mayores empresas te preparas,
Y que si por honrar la sepultura

De Diego, das de tu piedad tal muestra,
Por quitar al tirano la de Christo
Has de dar un exemplo nunca visto,
Y derribar sus ídolos tu diestra,
Venciendo en medio de la noche obscura
Como el gran Gedeon, pues en tí dura
La insignia del vellon, con que Dios quiso
Darle de la victoria cierto aviso.

Cancion, el ser humilde no te espante,
Que es hoy fiesta de humildes, y se precia
De ser su amparo el Rey mayor del suelo;
Bien puedes atreverte, pues el zelo
Hace precioso el don, y se desprecia
Aunque raro y costoso el arrogante.
Mas pues se me permite que yo cante
Entre los cisnes del famoso Henáres,
Mucho harás si de humilde te preciares.

TERCETOS.

Descripcion de Aranjuez.

Hay un lugar en la mitad de España
Donde Tajo á Xarama el nombre quita,
Y con sus ondas de cristal lo baña:

Que nunca en él la yerba vió marchita
El sol, por mas que al Etíope encienda,
O con su ausencia hiele al duro Scita.

O que naturaleza condescienda,
O que vencida deje obrar al arte,
Y serle en vano superior pretenda:

Al fin jamas se ha visto en esta parte
Objeto triste, ni desnudo el suelo,
O cosa que de limite se aparte.

Contrarias aves en confuso vuelo
Los ayres cortan, y en iguales puntas
Las plantas suben alabando al cielo.

Las fieras enemigas aqui juntas
Forman una república quieta,
Mezclándose en sus pastos y en sus juntas;

Sin temer que el lobo el ciervo acometa,
O lleve el ploman con terrible estruendo,
O con mortal silencio le sorta.

Las fuentes cristalinas, que subiendo
Contra su curso y natural costumbre
Están los claros ayres dividiendo,

Rondan de los árboles la cumbre,
Y bajan, á las nubes imitando,
Forzadas de su misma pesadumbre

Sobre las bellas flores, que adornando
El suelo, como alfombras africanas,
Las están con mil lazos esperando.

Las calles largas de alamos y llanas
Libertad pueden dar á las ciudades,
Que están hoy de las suyas más ufanas.

¿Pues quien podrá contar las amistades
Con que las plantas fertiles se prestan,
Y templan sus contrarias calidades?

Y como no se impiden, ni molestan
Por ver su fruta en extrangeras hojas,
Ni del agravio apelan y protestan;

Como tu, fragil hombre, que te enojas
Si tener ves al otro lo que es tuyo,
Y con rabia lo usurpas y despojas.

Comunica el gran Tajo el humor suyo
A qualquier de los arboles de llega,
Sin atender si es hijo propio, ó cuyo:

Al Zuesqued no sus alimentos niega,
Ni al natural desecha, y así hace
Corona rica de su hermosa vega.

Si la region remota ve, que aplace
Alguna planta suya en esta, luego
La envia, y á su dueño satisface.

Y así la que se jacta de que al fuego
De los templos da olores, no es mas rica,
Ni la fragil ningun Latino ó Griego.

Qualquiera aqui su condicion aplica,
Aunque su origen traya de otra parte,
Do el sol menos, ó mas se comunica.

Suple la falta de la tierra el arte,
Y del calor con limite, y del hielo
Aquello que conviene les reparte.

Hay planta que miró en su patrio suelo
El sol al mismo tiempo que la luna
En este mira en la mitad del cielo:

Y no por esto siente falta alguna
De la virtud, que tuvo allá en su tierra,
Como si aquella y esta fuesen una:

La qual en senos cóncavos encierra
Las aguas usurpadas al gran rio,
Donde los peces viven sin ver guerra.

Pudiera en cada qual un gran navio
De aquellos que á Neptuno son mas graves,
Navegar sin temor de hallar baxio:

Mas solamente aquí navegan aves
De aquellas que á la muerte se aperciben
Con cantos apacibles y suaves.

Aquí redes y engaños se prohiben,
Y así discurren sin temor las fieras,
Y á los hombres pacíficas reciben.

La hermosura y la paz de estas riberas
Las hace parecer á las que han sido
En ver pecar al hombre las primeras.

Alzase al lado del jardin florido
Con quatro hermosas fuentes una casa,
Que nunca el sol su semejante ha herido.

Del alto chapitel hasta la basa
Ninguna imperfeccion hallarse puede,
Si el gran Vitruvio vuelve, y la compasa.

Pues lo interior, que á lo exterior excede
En materia y en arte, que tal sea
Con esto solo declarado quede:

Que nuestro gran Filipo dió la idea,
Y en ella sus cuidados deposita,
Quando su corte dexa y se recrea.

Que puesto que los hombros jamas quita
Del peso, con que Atlante desmayara,
Con eso lo aligera y facilita.

Los árboles, las aves, la agua clara
En este verde sitio son testigos
De las heroycas obras que prepara:

Del modo con que traza los castigos
A la cerviz, que huyó del yugo santo,
El premio regalando á los amigos.

Las aves mezclan su acordado canto
Entre los dulces y ásperos decretos,
Que han de poner despues al mundo espanto.

Y aquellos profundísimos secretos,
Que á los ausentes Príncipes desvelan,
Y les tienen los ánimos inquietos;

Aqui con los Ministros se rebelan,
Y el tiempo del gran Jano se abre ó cierra,
Los pueblos se castigan ó consuelan;

Y la espantable y poderosa guerra
Aguarda que de aqui le den materia
Para cubrir de sangre el mar y tierra.

Mas no dentro los límites de Iberia,
Donde la paz y la justicia santa
Previenen con cuidado á tal miseria.

Aqui se engendra el rayo, mas no espanta
Sino al loco Nembrot, que contra el cielo
Muros de barro fragiles levanta.

Filipo, tú tambien, que del abuelo
Y padre, emulacion gloriosa al mundo
Prometes, y en su perdida consuelo;

Miéntras tu padre con saber profundo,
Y tu niñez te escusan del trabajo,
Entre esas flores andas vagabundo.

Tiempo vendra que no te ofrezca Tajo
En su ribera coches, mas caballos,
De aquellos que lo beben mas abaxo:

Y que tú y esos niños tus vasallos
Armados convirtais en gruesas lanzas
Las que agora jugais de tiernos tallos.

Entónces cumpliras las esperanzas,
Que das de tu valor, dexando libres
A los que dan agora dél fianzas;

Y ya la Grecia espera que la libres,
Que abras el paso del sepulcro santo,
Y que la espada en su defensa vibres:

¡O temeraria lira! ¿porque tanto
El punto subes, que entre el son horrendo
De las trompetas suena ya mi canto?

Vuélven

Vuélveme á la ribera, donde viendo
Estaba con el Príncipe á su hermana
Rayos de luz y flechas despidiendo:

Tal en el monte Cintio á su Diana
Rodeada de vírgenes hermosas
Fingió la antigüedad en forma humana.

No huyen, no, las fieras temerosas;
Más ántes como víctimas sagradas,
Se ofrecen á sus flechas poderosas.

Las flores del divino pie pisadas
Ya miran con desprecio á las estrellas,
Y son de las estrellas envidiadas;

Y puesto que la esperan gozar ellas,
Y saben que en el mundo su presencia
Las hace con los hombres ménos bellas:

La detienen acá con su influencia,
Y proponen su daño y su deseo
Forzadas de la eterna Providencia.

¿Pero qué mar inmenso es el que veo,
¡O divina Isabel! de tus virtudes,
Donde pierde las fuerzas Himeneo?

Que tanto á todos sobras, que sacudes
El yugo dulce y fuerte, que pesura
Que á llevar con tu cuello hermoso ayudes!

Y Febo, como Fénix, tu hermosura
Al dichoso Aranjuez se comunica
Entre sus claras aguas y verdura...

SONETOS.

I.

Tanto mi grave sentimiento pudo
Que en la mano de bárbara violencia
Hizo dando lugar á la clemencia
Volver el filo del cuchillo agudo.

¿Hay por ventura de diamante escudo
Que pueda hacer tan firme resistencia,
Como de un alma para la inocencia
Que ofrece el pecho al vencedor desnudo?

Yo vi, yo vi los ojos, no es mentira,
Que muerte amenazaban, detenerse
Con blando afecto en la miseria mia;

Y desbaratarse las saladas de ira,
Y la santa piedad apoderarse;
Que todo es fácil si en la fe se fia.

II.

Este proloso y tenebroso dia,
El cual con piedra negra notar quiero,
Merecerá dignamente del primero
De mi vida, si es vida aquesta mia.

Entonces la llorada en proferia,
Y de su soledad tomando agüero,
En tanto que viviere ya no espero
Tener en el sucesos de alegria.

Odioso me será, y odioso sea
Al cielo y á la tierra eternamente,
Pues en él se me esconde Galatea;

Entre las noches lóbregas se oculte,
Y en el ninguna noche jamas se vea
Digna de que la fama la sustente.

III.

Tras importunas lluvias amanece
Coronando los montes el sol claro,
Salta del lecho el labrador avaro
Que las horas ociosas aborrece.

La corva frente al duro yugo ofrece
El animal, que á Europa fue tan caro:
Sale de su familia firme amparo,
Y los surcos solícito enriquece.

Vuelve de noche á su muger honesta,
Que lumbre, mesa y lecho le aparella,
Y el enxambre de hijuelos le rodea.

Fáciles cosas cena con gran fiesta,
El sueño sin envidia le recibe:
Oh corte! ¡ó confusion, quien te desea!

IV.

Yo os quiero confesar, Don Juan, primero,
Que aquel labrero y cercano de Doña Elvira
No tiene de ella mas, si bien se mira,
Que el haberle costado su dinero.

Pero también que me confieses quiero,
Que es tanta la beldad de su mentira,
Que en vano á competir con ella aspira
Belleza igual de rostro verdadero.

¿Mas qué mucho que yo perdido ande
Por un engaño tal, pues qué sabemos
Que nos engaña así naturaleza?

Porque ese cielo azul que todos vemos
Ni es cielo, ni es azul. ¡Lástima grande
Que no sea verdad tanta belleza!

V.

Lleva tras sí los pámpanos Octubre,
Y con constantes aguas insidente
No sufre libre margenes ni puente,
Mas antes los vecinos campos cubre.

Montayo como suele ya descubre
Coronada de nieve la alta frente,
Y el sol apénas vemos en Oriente
Quando la opaca sombra nos le cubre.

Sienten el mar y selvas ya la saña
Del aquilon, y encierra su bramido
Gente en el puerto, y gente en la cabaña:

Y Fabio en el nublosal de Lais tendido
Con vergonzosas lágrimas le baña,
Deplorándolas al tiempo que ha perdido.

VI.

Imagen espantosa de la muerte,
Sueño cruel, no turbes más mi pecho,
Mostrandome cortado el nudo estrecho,
Consuelo solo de mi adversa suerte.

Busca de algun tirano el muro fuerte,
De jaspe las paredes, de oro el techo;
O al rico avaro en el angosto lecho
Haz que temblando con sudor despierte.

El uno vea el popular tumulto
Romper con furia las herradas puertas,
O al sobornado siervo el hierro oculto.

El otro sus riquezas descubiertas
Con llave falsa, ó con violento lazo;
Y dexale al amor sus glorias vuestras.

POESÍAS

DE BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA

CANCION.

De los campos y mares se apodera
Céfiro tu ministro á su albedrio
Formando el tiempo, amor, que mas te agrad
Pues con máquinas vuelve ya el navío,
Que cuanto reposaba en la ribera
A la tranquilidad tiranizada;
Y cruzando las olas á su entrada
Tiende los brazos al favor del cielo.
El prado ríe, y su virtud fecunda
De cien mil partos fértiles abunda,
Que blanqueaba rígido del hielo:
Mas con el blando vuelo
Del pacífico soplo abre los poros,
Y pródigo descubre sus tesoros.

Tu, armado de ternuras y suspiros
En los silvos de céfiro te arrojas,
Y en su espacioso diáfano sereno
Oyes dulces querellas y congojas,
Y se encuentran recíprocos los tiros,

Que de nectar bañaste y de veneno.
Tal vez acudes al amado seno
De Ericina, la quel te abraza y prende,
Y en su carro sentada, y tu en sus faldas
Sembrando varias flores y guirnaldas,
Dexa volar sus Cisnes, y desciende
Donde Adónis atiende
A la robusta caza, y con mil bellas
Ninfas lo busca y lo regala entre ellas.

Todo es amor y paz, las piedras aman
Dando suspiros mudos, y las vides
En alegre silencio amor las casa,
Con los soberbios árboles de Abídes:
Las flores se entretexen y se llaman,
Y tu flecha las hiela y las abrasa.
El mismo sol enamorado pasa
Tan risueño el viage, que parece
Que persigue la Ninfa de Peneo:
Y para ostentacion de su deseo,
La pompa de la luz con que amanece
Trémula resplandece
Sobre las ondas, y las rosas dora
Que pintó con su púrpura la aurora.

Las rosas quando delias mas compuesta
Su abril adorna la nativa espina:
Que una sus hojas quel belleza oculta
Confiada dilata, otra se inclina
Dentro en si misma tímida y modesta.

Con virginal vergüenza medio oculta;
Algunas en niñez menos adulta
Dentro el materno manto se aperciben
Para salir tambien á competencia
De toda la olorosa diferencia:
A quien las aves, que á su sombra viven,
La gloria que reciben
¡ Cambio divino ! abriendo su armonía,
La recompensan en sintiendo el dia, etc.

EPÍSTOLA.

Yo quiero, mi Fernando, obedecerte,
Y en cosas leves discurrir contigo
Como quien de las graves se divierte.

Por lo qual será bien, que las que digo
No salgan fuera del destrito nuestro,
Que al fin van de un amigo al otro amigo.

Y no soy tan soberbio ni tan diestro
En dar preceptos, ni advertir enmiendas
Que aspire á proceder como maestro.

Digo pues que me place el ver que atiendas
Tanto á las filosóficas verdades,
Que siempre de sus órdenes dependas.

Pero que alguna vez te desenfades
De aquel rigor, y el gusto no apremiado
Se cebe en mas benignas facultades.

Que si ellas guardan su nativo agrado,
No será menester que lo compelas
A seguir lo que yo le persuado.

Que allí no hay que ocurrir á las cautelas
Que por ventura un tiempo exercitabas,
Como lo enseñan hoy nuestras escuelas.

Quando para probar tu intento andabas
Afirmando entimemas, que volantes
Salen de las dialécticas alabas.

Porque á lo ya pacífico levantes
Por diversion el gusto con las nueve
Pierides ingenuas y elegantes.

Y la cansada historia que nos debe,
A pesar de la muerte, exemplos vivos
Por los vestigios de la edad te lleve.

Y saliendo despues de sus archivos,
Al poético ardor se ofrezca el pecho
Dispuesto á pensamientos mas altivos.

Esta excelente inclinacion sospecho,
Sin que preceda rigoroso exámen,
Que es la que mas te dexa satisfecho.

Siguela pues: por mas que la desmera
La inconsideracion y la fortuna,
No alejes con violencia tu dictámen.

Y quando en la sazon mas importuna
Sigue aquel en la selva unos horridos
Al resplandor escasa de la luna;

Y el otro rinde al juego los sentidos,
O en indignos sugetos que no ignoras
Andan nuestros patricios divertidos;

Tú retirado las nocturnas horas
Escribe á vigilante lamparilla,
O en la estudiosa luz de las auroras;

Contra el rapaz que la razon humilla
Remedios nuevos, con primor juntando
En los versos deleyte y maravilla.

Y si te instiga mas, dulce Fernando,
La fama de magnánimas acciones,
Costumbres y Provincias explorando;

O si á canto mas digno te dispones,
Inquiriendo el concurso de los siete
Planetas y sus varias impresiones;

Resuélvete al designio y acomete,
Que á seguir sus estímulos resueltos
El orbe encerrarás en tu retrete.

Pero si no te hallares desenvuelto
En consonar nuestro lenguage, fia
La empresa al generoso verso suelto:

Porque la libertad de la armonía,
Como solo sus números respeta
De emparentar las voces se desvía.

Y el que atiende á la parte mas perfeta,
Ponderando y midiendo consonantes
A ridículo estorbo se sujeta.

El ser forzoso que apercibas ántes
Lo ménos sustancial verbos y nombres
Que suenen con acentos semejantes ;

Y que si ha de acabar la estanza en hombres,
Como si te mostrase alguna fiera,
Diga el verso anterior que no te asombres.

Por esto apénas oyes rima entera,
Con ámbas partes fáciles y llanas,
Y excluyes por ociosa la primera :

Como para guisar palustres ranas,
Que sospechoso el cuerpecillo todo
Las piernas solo nos ofrecen sanas.

Y quando aplaya el Nilo, de este modo
Causa el fecundo sol generaciones
En las grasezas del informe lodo :

Que organiza los húmedos terrones,
Escarban ya los pies, gruñen las testas,
Sin darles forma entera de ratones.

Desde que llevan consonante acuestas
Miran su trabazon los versos ruda,
Con voces no importantes ni dispuestas.

Concedo que á las veces nos ayuda,
Y apoya la sentencia si lo ablanda
El arte, ó á mejor lugar lo muda.

La fuerza del dinero, ó sirve ó manda,
Y la del consonante, que igualmente
Por uno de estos dos extremos anda.

Mas quien por una cláusula eloqüente,
Para un final escrita de antemano;
Pasa inculta la parte precedente;

¿En que se diferencia de un tirano,
Que por medios injustos encamina
Alguna utilidad del trato humano?

Perezca la política doctrina
Que por sacar de la maldad ganancia
La ley de las virtudes arruina;

Pero sí acomodar la consonancia
Con liberalidad ó con miseria,
Es en las rimas caso de importancia;

El escritor abunde en la materia,
Para que se le vengan á la pluma
Quantas palabras vuelan en Iberia.

Mas el furor nativo no presuma
Reducirlas á número y concierto
Sin sumo estudio y sin industria suma.

Homero en estas ondas tan experto,
Que sobre trozos de animosas naves
Responde como oráculo en el puerto,

Para ser mas acepto á las suaves
Musas, surcó primero luengos dias,
Profundos golfos de otras ciencias graves.

Si tú para las dos filosofías
Ya por Platon, de Sócrates conoces
Las siempre misteriosas ironías;

Y prender te dexaste de las voces
Con que suele el sutil Estagirita
Dar caza á los espíritus veloces;

Por esta docta antigüedad escrita
Dexa correr tu ingenio y sin recelo,
Conforme á su eleccion roba ó imita.

Suelta despues al voluntario vuelo
Pomposa vela en golfo mas remoto
Que no descubra sino mar y cielo:

No navegante ya, sino piloto
Intrépido á las olas insolentes,
Tanto como á los ímpetus del Noto.

Quiero decir que quando en los corrientes
Métodos varios te hayas dado filos,
Con destreza ya propia los freqüentes.

Porque los dos genéricos estilos
Mas de un naufragio nuevo nos avisa,
Que no por freqüentados son tranquilos.

Obliga el uno á brevedad concisa,
Que aunque la demasiada luz desama
Precia la elocucion peynada y lisa;

Y no solo el honor del epigrama
Recibe calidad de este precepto,
Sino la lira con que amor nos llama:

El trágico favor puesto en aprieto,
Y la sátira en este caso amiga
Siempre del panegírico perfecto.

El émulo de Píndaro lo diga
Por quien Venosa el título recibe,
Que á venerar á Tebas nos obliga.

Y en el Romano autor, que en prosa escribe
Desde que falleció su Augusto anales,
El compendioso laconismo vive.

A Trajano sus dotes inmortales
Refiere Plinio en este acento puro,
Sin voces tenebrosas ni triviales.

¿De las primeras quien corrió seguro,
Si el Presbítero docto de Cartago
Aspirando á ser breve quedó escuro?

Mas quien el genio floreciente y vago
De Séneca llamó cal sin arena
No probó los efectos de su alhago.

No niego yo que de sentencias llena
La agudeza sin límites congoja,
Y al rigor con que hiere nos condena.

Como la nieve que granizo arroja
Sobre esperanzas rústicas floridas
Que aquí destronca, y acullá deshoja.

Y al golpe de las recias avenidas
Mira el cultor su industria defraudada
Que yace entre las ramas esparcidas.

La fuerza que nos venga arrebatada
En esta brevedad yaculatoria
Si quieres que deleyte y persuada;

Aunque por ambicion de mayor gloria,
Fleche cada palabra una sentencia,
Y obre cada sentencia una victoria.

Que en el segundo estilo hay eloqüencia
Que entre la igual corriente del progreso
Anima su fervor con la freqüencia:

Y en su mediocridad lleva gran peso,
Pues sin que lo envilezca, ni lo encumbre,
Le suele dar mas próspero suceso.

Pruébase por razon y por costumbre,
Que, aunque no influye en término tan breve,
Insta con mas vigor la mansedumbre:

Como en invierno descender la nieve
Tan sosegada vemos, que al sentido
Parece que ni baxa ni se mueve;

Pero en valles y montes recibido
De la cándida lluvia el humor lento,
Los cubre, y fertiliza sin ruido.

Con la perseverancia de este aliento
Canta Homero las iras juveniles,
Y el orbe escucha atónito ó atento.

Y Maron los afetos pastoriles,
El culto agreste, y el varon Troyano
Que el cielo arrebató al furor de Aquiles

Este que llama el vulgo estilo llano
Encubre tantas fuerzas, que quien osa
Tal vez acometerle suda en vano.

Y su facilidad dificultosa
Tambien convida, y desanima luego
En los dos cocíceos de la prosa.

Fulmina la retórica del Griego;
Pero desea aquel vigor divino
En la igualdad frequente con sosiego.

No ménos el Demóstenes Latino
Para cuya riqueza usurpa el oro,
Que nació en minas Áticas, Arpino.

Yo ha mucho que lo hurté para el decoro
De algun poema, y hecho el aparato
Me asenté sobre el arca del tesoro.

Porque me profanó el cuidado ingrato
De gran causa civil, á pesar mio,
Y es menester purgarme de su trato.

Que al fin no sufre la altivez de Clio,
Que canto venerable se medite
Sino en la soledad de su desvío.

Demas de esto, no falta quien me incite
A que si ornarme de laurel deseo,
Los números latinos exercite;

Porque gusta de ver aquel museo
La ostentacion del dactilo gallarda
Tropellar la quietud del espondeo.

Y quando aquel prosigue, y este tarda,
Mas gracia de esta priesa y deste espacio
Que de los pies de nuestro verso aguarda.

Mas yo sé bien el sueño, con que Horacio,
Antes el mismo Rómulo, me enseña,
Que llevar versos al antiguo Lacio,

Fuera lo mismo que á los bosques leña,
Y trastornar en Bétis ó en Ibero
Una vasija de agua muy pequeña.

Nuestra patria no quiere, ni yo quiero
Abortar un poema colecticio
De lenguage y espíritu extrangero:

Pues quando me quisiera dar propicio
Maron para su fabrica centones,
¿Quien sabe qual surgiera el edificio?

Con mármoles de nobles inscripciones,
(Teatro un tiempo y aras) en Sagunto,
Fabrican hoy tabernas y mesones.

Ya me parece pues que al mismo punto,
Que me retiro a vida libre y sola,
Imitaciones y advertencias junto.

Y que mi Musa fiel, como española,
A venerar nuestras banderas viene,
Donde la religion las enarbola.

Que en los silvosos montes de Pirene,
En ningun tiempo infieles ni profanos,
Las espadas catolicas previene:

Para que las reciban de sus manos
Los heroes, que escogio por lidiadores
Contra los esquadrones Africanos:

Quando por dar señal de sus favores
Sobre uno de los árboles, fué vista
Cándida Cruz vibrando resplandores.

Con lo qual dió principio á la conquista
El Rey, en los fervores de la guerra,
Por su velocidad llamado *Arista*;

Porque al ímpetu horrible con que cierra
Como de flor de sacudidas ramas,
Se cubre de arcos púnicos la tierra.

Acero en limpias órdenes de escama
Texe á nuestros campeones las lorigas,
Que ilustradas del sol arrojan llamas.

Y en ambas huestes fieles y enemigas
Héctores, Turnos, Nisos, Telamones
Exercitan las bélicas fatigas:

Ni con esfuerzo de ínclitos varones
Faltáran otras vírgenes guerreras
Como en Frigios y en Tuscos esquadrones.

Aquí verás Pentesileas fieras,
Camilas fuertes, que dexada el arte
De Arachne, siguen trompas y banderas.

Ní caerá ocioso el arco en esta parte,
De cuyos tiros nacen los deseos
Con que amor solicita el mismo Marte.

Las ramos de los robles pirineos
Desgajará el honor de las hazañas;
Y en tanto que lo viste de trofeos,

Sonará el abolorio en sus montañas
Progenitor de tantos graves nietos,
Que hoy veneramos en las tres Españas.

No guardaré el rigor de los precetos
En muchas partes, sin buscar escusa
Ni perdon por justísimos respetos.

Y si algun Aristarco nos acusa,
Sepa que los precetos no guardados
Cantarán alabanzas á mi Musa:

Que si sube mas que ellos ciertos grados
Por obra de una fuga generosa,
Contentos quedarán y no agraviados.

Así habrás visto alguna Ninfa hermosa
Que desprecia el ornato ó le modera
Quizá con negligencia artificiosa:

Que es mucho de hermosura verdadera,
A veces consultar con el espejo,
Mas por la adulacion que de él espera,
Que por necesidad de su consejo.

FRAGMENTO DE OTRA EPÍSTOLA.

Apólogo de los dos Ratones.

Quiero oponerme al tráfago injurioso,
Cansador de improvisas turbaciones,
Para que no me asalten el reposo.

Aquello de los dos cautos ratones,
Que en Horacio con gusto habrás leido,
Oye, aunque el repetirlo me perdones.

Rústico vivio el uno, y conocido
Del otro, al qual, si bien fué cortesano
Le convidó en su campo al pobre nido.

Y siendo escaso, ó próvido el villano
A conservar su provision atento,
A honor del huésped alargó la mano.

Derramó sus legumbres, bastimento
De que guardaba su despensa llena,
Y los trozos de lardo macilento.

De pasas, de garbanzos, y de avena,
Ufano entresacó lo mas reciente,
Y con los labios lo sirvió en la cena.

Mas hecho el cortesano á diferente
Gusto, de sus manjares fingió agrado
Y probó algunos con soberbio diente.

En paja muelle entónces recostado
(Próspero lecho) el gran raton yacia
Dueño de aquel vivar afortunado:

Que royendo unos tronchos se abstenia
De lo bueno y repuesto, porque el hijo
Se acreditase con la demasía.

Al qual, riendo, el cortesano dixo:
¿No me dirás, amigo, por que pasas
La vida en este mísero escondrijo?

¿Antepones las selvas á las casas,
Y al sabor de los mas nobles manjares
Unas legumbres débiles y escasas?

Ruégote que este yermo desampares:
Vente conmigo á mejorar tu suerte,
Donde venzas los últimos pesares.

Que todos somos presa de la muerte,
Y quanto ella mas lazos apercibe,
Con mas cautela el sabio los divierte.

Este pues breve espacio, que se vive,
¿Quien tan sin arte sirve á su destino,
Que de alimento substancial se prive?

Persuadido con esto el campesino,
Sale tras él por el boscaje escuro,
Y hácia la corte siguen el camino.

Llegados entran por el roto muro,
Y en casa de uno de los mas felices
Magnates se pusiéron en seguro:

En cuyos aposentos los tapices
Por la paciencia bélgica texidos
Mostraban sus figuras de matices.

Sobre los lechos de marfil bruñidos
Los carmesíes adornos de la China,
A la púrpura tiria preferidos.

Aquí el raton campestre se reclina,
Y sin que el caro amigo se lo evite
La quadra y sus adornos contamina.

Y en los platos, reliquias de un convite,
Que una fiel mesa le ofreció, procura
Que el vientre de su ayuno se desquite.

Muy hallado tras esto la figura
Hace de alegre huesped, discurriendo
Por la pieza con libre travesura.

Pero cesó el placer por el estruendo,
Con que cierran las puertas principales,
Por no esperado entónces, mas horrendo.

Los canes luego (honor de los umbrales)
Como acostumbran con ladridos altos
De su fidelidad diéron señales.

Aquí de tino los ratones faltos,
Huyen hasta subir por las paredes,
Y ambos cayendo, chillan, y dan saltos.

Mas luego el campesino, tú que puedes,
Le dice al cortesano, llevar esto,
Podrá bien ser, que en su vivienda quedes:

Que yo á tentar la fuga estoy dispuesto,
Y con celeridad tan proseguida,
Que á mi quietud me restituya presto:

Donde no hay asechanza que la impida;
Por incapaz del trato, ó por indigno,
Volveré á la escaseza de mi vida.

Todo quanto me ofreces, te resigno:
Con tu abundancia á tu placer te dexo
Por un hoyo sin luz, pero benigno.

Este el suceso fué, y este el consejo,
Que yo venero, con haberlo dado
Un tímido y silvestre animalejo.

SONETO I.

Ya el oro natural crespes, ó estiendas,
O á componerlo con industria aspires:
Lucir sus lazos, ó sus ondas mires,
Quando libre á tus damas lo encomiendas:

O ya, por nueva ley de amor, lo prendas
Entre ricos diamantes y zafires,
O baxo hermosas plumas lo retires,
Y el trage varonil fingir pretendas:

Búscate Adónis por su Vénus ántes,
Por su Adónis te tiene ya la Diosa;
Y á entrámbos los engañan tus cabellos:

Mas yo en la misma duda milagrosa,
Miéntras se hallan en tí los dos amantes,
Muero por ámbos, y de zelos de ellos.

SONETO II.

Dime, Padre comun, pues eres justo,
Por que ha de permitir tu providencia,
Que, arrastrando prisiones la inocencia,
Suba la fraude á tribunal augusto?

¿Quien da fuerzas al brazo, que robusto
Hace á tus leyes firme resistencia?
Y que el zelo, que mas las reverencia,
Gima á los pies del vencedor injusto?

Vemos, que vibran victoriosas palmas

Manos iniquas; la virtud gimiendo
Del triunfo en el injusto regocijo.

Esto decia yo, quando riendo
Celestial Ninfa apareció, y me dixo:
¿Ciego, es la tierra el centro de las almas?

EPIGRAMA I.

Viéndose en un fiel cristal
Ya antigua Lice, y que el arte
No hallaba en su rostro parte
Sin estrago natural,
Dixo: hermosura mortal,
Pues que su orígen lo fué,
Aunque el mismo amor le dé
Sus flechas para rendir,
Viva obligada á morir;
Pero á envejecer ¿porqué?

EPIGRAMA II.

Quatro dientes te quedáron,
(Si bien me acuerdo) mas dos,
Elia, de una tos voláron,
Los otros dos de otra tos.

Seguramente toser
Puedes ya todos los dias,
Pues no tiene en tus encías
La tercera tos que hacer.

NOTICIAS DE LOS ARGENSOLAS.

Lupercio nació en la ciudad de Barbastro en 1563; estudio Filosofia y Leyes en Huesca, y despues en Zaragoza Historia, Eloqüencia y Lenguas. Vino por los años de 1558 á Madrid de Secretario del Duque de Villahermosa, y al instante se hizo conocer por sus talentos. En Madrid compuso las tres tragedias *Filis*, *Isabela* y *Alexandra*, representadas con sumo aplauso, si creemos á Cervantes La viuda del Emperador Maximiliano II, le hizo su Secretario, y su hijo el Archiduque Alberto, Gentil-hombre de su cámara. Este nuevo empleo le obligo á fixarse en Madrid, quando á poco despues, entrando á reynar Felipe III, se le nombró Cronista del Reyno de Aragon. En cumplimiento de este encargo emprendio escribir los Anales de aquel pais, y aunque llego á tener bastante adelantando este trabajo, se ignora si le concluyó, y que paradero tuvo. Entonces vivia en Zaragoza entregado al estudio y á los placeres del campo: mas vuelto á Madrid á tiempo que el Conde de Lemos partia de Virrey á Nápoles, se le llevó de Secretario del Virreynato; en cuyo empleo vivio Lupercio hasta el año de 1613, que fué el de su muerte, acaecida en Nápoles, teniendo cincuenta de edad. Su crédito y los aplausos que disfruto como hombre publico, como literato y poeta fueron muy grandes. Se ignora por que capricho quemo en una ocasion todos sus versos; habiendo quedado solamente los que estaban en poder de sus amigos, impresos despues con las poesias de su hermano.

Bartolomé Leonardo de Argensola, un año mas jóve que su hermano Lupercio, siguio la carrera eclesiástica y puede decirse que en todo lo demas fue comun suerte de los dos. Unos fuéron sus estudios: al influx de su hermano debió ser Rector de Villahermosa Capellan de la Emperatriz, y seguir á Nápoles al Cond de Lemos. Muerto Lupercio, debio al Pontifice u Canonicato de Zaragosa, y á los Estados de Arago que le nombrasen Cronista del Reyno. Dedicado a estudio y al retiro vivio en aquella ciudad hasta el añ de 1633 en que murio de setenta y quatro de edad. Su obras son: *la Historia de las Molucas*, publicad en 1610, los *Anales de Aragon*, impresos en 1630, las *Rimas*, recogidas y publicadas por el hijo de Lu percio juntamente con las de este en 1634.

POESÍAS

E D. ESTEVAN MANUEL DE VILLEGAS.

IDILIO.

Dafne *Damétas.* *Poeta.*

POETA.

J INIÉRONSE á juntar Dafne y Damétas,
stor de cabras uno, otro vaquero,
ientras las unas pacen inquietas,
las otras el sol huyen severo,
ıales por las roturas mas secretas,
quales, al soplar cierzo ligero,
r las amenas sombras distraidas,
on paz gozadas, con piedad movidas.

Era robusto, sí, Dafne y mancebo,
exercicio duro entonces dado:
metas mozo, pero no tan nuevo
el oficio de guardar ganado:
gen cayados de taray y acebo,
cada qual sombrero coronado
acebuche y laurel, y al cabo de ellos
rrones pardos sobre blancos cuellos.

La floxa ociosidad, y el grave estío
De la pesada siesta, entónces grave:
El susurrar de zéfiro y el rio,
Fresca la sombra, querellosa el ave:
La vacada extendida, y el cabrío
Aun no cansado de pacer suave,
En Dafne ocasionáron voz dispuesta,
Y en Damétas despues voz y respuesta.

DAFNE.

¿No ves, ó Polifemo, como tira
La blanca Galatea á tu ganado,
Con muestras de retozo, no de ira,
Manzanas libres desde el mar salado?
Vuelve, gigante: pues, el rostro, y mira
Con qnanta desnudez, con quanto agrado
Del pecho de cristal perlas derrama,
Y con su boca de coral te llama.

Llámate duro, y amador grosero:
Y tú, cantando al son de tu cicuta,
Mísero no la ves; ántes austero
Huyes el cuerpo á la tirada fruta:
Solo tu mastinillo lisongero
La sigue jugueton, que se reputa
Por digno del favor de Galatea;
Y ella se lanza al mar, y él la rastrea.

Pero ya desde allá vuelve lozana,
Como el acanto enmedio del Estío,

Quando las verdes hojas engalana,
Quando al fin de arrebol purpúra el brio:
Ella pues, bien quisiera serte humana,
Sin darte á conocer su desvario:
Que en las cosas de amor siempre acontece
Que lo que no es hermoso lo parece.

Respetos vence, y honras destituye
Solo por conmover tu pecho duro:
Y si otras veces tus alhagos huye,
Hoy les promete paces de seguro:
Postra pues esta vez, postra y destruye
Las altiveces de su enhiesto muro:
Que amor al que se atreve da saetas: —
Pero escuchad al bárbaro en Damétas.

DAMÉTAS.

Víla, no hay duda, víla, cabrerizo,
Sí, por el Pan que rige mi manada,
Desde el instante que en mis cabras hizo
Tiro burlon con fruta colorada;
Y aunque su desnudez me satisfizo,
No por eso de mí será obligada:
Que la miré, no hay duda, y con deseo;
Sí, por el reluciente con que veo

Sol de mi frente, que será en mis dias
Luz á mis pasos, lumbre á mi camino,
Si ya no son verdad las profecías
Del mísero Telemo el adivino:

Que plegue al cielo que en sus canas frias
Se vengue el odio del infausto sino,
Y desmintiendo el juicio de Telemo,
Ciegue á sus hijos, dexe á Polifemo.

Soy, si me adviertes, cuerdo enamorado,
Y en extremo sagaz, pues porque sea
De su loca pasion mas estimado,
Desden hago al amor de Galatea:
Zelos la doy, y finjo que el agrado
De Kénife me abrasa y me espolea:
Celebro su hermosura, y ella entónces
Pierde el color, y queda qual los bronces.

Otras veces rabiosa con los zelos
Sale del hondo mar, como la loba
Que vá desalentada á sus hijuelos
En busca del villano que los roba:
Luego mis atos escudriña, y vé los
Negros rincones de mi parda alcoba;
Y yo por mas encarecer su yerro,
Hago al descuido que la ladre el perro.

Ella con esto se halla tan rendida
De la tierna pasion que Vénus fabra,
Que ya esté vergonzosa, ya rendida,
Agora zelo, agora se desabra,
Siempre busca mi amor de amor herida,
Como el cabrito el paso de la cabra
Quando en el monte con furor violento
Oye la rama sacudida al viento.

Verás que ya el regalo, ya el mensage
Me envia cuidadosa, á quien yo luego
Cierro las puertas, dándole hospedage,
Si no á su amor, á la aficion que niego:
Otras veces al fin digo á su page,
Que si pretende mejorar su fuego,
Jure de darme por Neptuno y Doris
Fin á mis gustos, gusto á mis amores.

Y que en la siempre verde cabellera
De esta, que miras, vega caudalosa,
Me mulla lecho conyugal siquiera,
Pues hijo soy de dios, si ella es de diosa.
Con esto parte el nuncio y se aligera;
Y aunque, qual vírgen, la halla vergonzosa,
Rayo que Vénus despeñó en mi seno,
Bien sé que en ella sembrará veneno.

No soy tan fiero, no soy tan deforme
Como dicen de mí los que me afean;
Antes al buen dictámen soy conforme,
Si las aguas del mar no lisongean:
Donde una siesta, quando mas enorme
El sol las dora, y ellas le platean,
Pude mirarme bien, porque su espejo
Del rostro que me hurtó sacó un reflexo.

Víme robusto en él, no femenino,
Y aunque robusto, por extremo hermoso,
Erguido como el álamo y el pino,
Y mas que el ciervo corredor brioso:

Pero del suelto que á mis manos vino,
Con que ayer era céfiro ganchoso
La de Zeusipo mal casada nuera
Gozó una espalda, y la cabeza entera.

Víme este sol tambien, que es por Apolo
Igual al que de luz nace en Oriente:
Solo le tengo porque aquel es solo,
Y esto conviene al cielo de mi frente:
No peyno crin, no cejas alcoholo,
Pero de barba y crin hago un torrente
Que desgajado por espalda y pecho,
Con ser inmenso mar, les vengo estrecho.

El blanco diente que alimenta y cria
El elefante asiático y tardío,
Negro parece mas que noche umbría,
Si llega á compararse con el mio:
Y porque de Rotitaris sabia
Una leccion que tengo á desvarío,
Al mirarme tan plácido y sereno,
Luego tres veces me escupí en el seno.

POETA.

Esto apénas cantó Damétas, quando
Dafne beso su faz, y él á su beso,
Respondió con abrazos, engendrando
Amor en ellos amoroso exceso:
Y qual su flauta á citara trocando,
Poco á poco se van del monte espeso,

Con su vacada el uno al fresco rio,
Y el otro á su redil con su cabrío.

ODA I.

En alabanza de Garcilaso.

Si al apacible viento,
Eterno huésped de este prado umbrío,
Regalado instrumento,
Dulce tal vez, y secretario mio,
Hemos cantado á solas
Tu dulces ojos, yo sangrientas golas;

Ea, de aquel famoso,
De aquel ilustre mayoral cantemos,
Que con pie generoso
Pisó del Tajo márgenes y extremos,
Hasta que la Garona
Le vió blandir las armas de Belona.

¡Quan cubierto de acero
El Aquitano conoció sus brios
En el asalto fiero,
Y desatando manantiales rios
De galicanas venas,
Murallas inundó, coloró almenas!

Mas luego que al sosiego,
Del trance duro retiraba el brazo,
Venus le ardia en fuego,
Dócil al yugo, facil al regazo,

Y él cantaba su espuma
Tomando ora la espada, ora la pluma.

Así como solia
Al ampararse de su voz postrera
El cisne que á porfia
Aguas paró del Isco en la ribera,
Que fuéron á sus males
Rocas de yelo, ó yelos de cristales.

Bien lo dirá la fuente,
Dígolo amor tambien, que amor lo sabe,
Si quando en su corriente
Cantando á veces tierno, á veces grave,
Maldixo su fatiga,
Y el casto engaño de su dulce amiga.

Mas ay! detente un poco,
Detente, lira, pues que aqui Salicio
Desalentado y loco,
Cuerdo en perder entónces el juicio,
Tambien paró su canto,
Colgó su lira, y empezó su llanto.

ODA II.

Al Céfiro.

Dulce vecino de la verde selva,
Huesped eterno del Abril florido,
Vital aliento de la madre Vénus,
Céfiro blando,

Si de mis ansias el amor supiste,
Tú, que las quejas de mi voz llevaste,
Oye, no temas, y á mi Ninfa dile,
Dile que muero.

Fílis un tiempo mi dolor sabía,
Fílis un tiempo mi dolor lloraba,
Quísome un tiempo; mas agora temo,
Temo sus iras.

Así los Dioses con amor paterno,
Así los cielos con amor benigno
Nieguen al tiempo que feliz volares,
Nieve á la tierra.

Jamas el peso de la nube parda,
Quando amanece en la elevada cumbre,
Toque tus hombros, ni su mal granizo
Hiera tus alas.

CANTILENAS Y ANACREÓNTICAS.

I.

Como rosa que nace
En el jardin cercado
No sujeta al arado
Ni al ganado que pace,
Cuyo primer aumento
El sol, el agua, el viento
Crece, cria y albaga,

Con cuya vista paga
Del dueño amado el zelo,
A quien promete el cielo
De piedad cada dia,
Cristal que la rocía;
Que miéntras no es tocada
Crece su lozanía
Y es de todos amada;
Mas si en agena mano
Pierde el lustre lozano,
Y á desdecir comienza
La nativa vergüenza,
Al paso que es amada
Viene á ser desdeñada;
Así la vírgen bella
En tanto que es doncella
Es de todos querida,
Con el alma y la vida:
Mas quando se ve falta
De dignidad tan alta,
Si busca quien la quiera,
Es mas aborrecida
Que ponzoñosa fiera.

II.

Amada Filomena,
Que entre aquestos laureles,
Con doliente armonía

Significas

Significas la pena,
Que los brazos crueles
Del infame Tereo
Obráron aquel dia:
Pues la terca porfía
Que aviva tu deseo
En cantar mil pesares
Por desiertos lugares,
Al son de la corriente,
Que despeña esta fuente,
En tí qual siempre veo;
Ya con gemido triste
Querelláudote al cielo,
Ya con tácito vuelo
Recelando la injuria,
Que por tus ojos viste;
Deten, deten la furia
En derramar querellas,
Y á las altas estrellas
Que se nos muestran pias,
Dexa las tuyas bellas,
Canta las tristes mias.

III.

Yo ví sobre un tomillo
Quejarse un paxarillo,
Viendo su nido amado,
De quien era caudillo,
De un labrador robado:

Víle tan congojado,
Por tal atrevimiento,
Dar mil quejas al viento,
Para que al cielo santo,
Lleve su tierno llanto,
Lleve su triste acento.
Ya con triste armonía
Esforzando el intento,
Mil quejas repetia,
Ya cansado callaba,
Y al nuevo sentimiento
Ya sonoro volvia:
Ya circular volaba,
Ya rastrero corria,
Ya pues de rama en rama
Al rústico seguia,
Y saltando en la grama,
Parece que decia:
Dame, rústico fiero,
Mi dulce compañía:
Y que le respondia
El rústico: no quiero.

IV.

Lleguen esos rubíes
Con que graciosa ries,
Bella Lidia, á mi boca,
Pues amor los provoca,
Y espárzanse sus mieles

Como esparcirlas sueles.
Lleguen : que amor lo quiere ;
Amor que sana y hiere ;
Amor, hijo de Marte,
Que reyna en toda parte ;
Amor que si atosiga,
Luego cura y mitiga ;
Amor niño y gracioso,
Que con fuego amoroso
Nos hizo en todo iguales.
Lleguen pues tus corales,
Lidia, ¿ quien te acobarda?
¿ No ves que si se tarda
Un punto, un solo instante
Tu regalado beso,
Perderás un amante,
Y yo perderé el seso?

V.

En tanto que el cabello
Resplandeciente y bello
Luce en tu altiva frente
De cristal trasparente,
Y en tu blanca mexilla
La púrpura que brilla ;
La púrpura que al labio,
No quiso hacerle agravio ;
Goza tu abril, Drusila,
En esta edad tranquila.

Coge, coge tu rosa,
Muchacha desdeñosa,
Antes que ménos viva;
Vejez te lo prohiba.
Porque si te rodea
Y en ti su horror emplea,
Quizá lo hará de suerte,
Que llegues á no verte,
Por no verte tan fea.

VI.

Lidia, Amor y yo estando,
¡O dulce y claro dia!
Cogiendo tiernas flores,
La beldad contemplando,
De aquella que allí via;
En sus varios colores,
Sentí nuevos olores,
Derramarse en mi alma;
Sentí dichosa calma
Esparcirse en mis venas;
Y libre de las penas,
Que hasta allí amor tirano
En sujecion eterna,
Obró con llama interna
Y con ingrata mano.
Lidia amorosa y tierna
Embebecida estaba:
Amor que la miraba

Con señas que me hacia,
Mis ánimos movia,
Y al hecho me llamaba.
Yo de amor incitado,
Por fin de mis congojas,
En sus mexillas roxas
Libre mi boca añado:
Mas ella que usurpado
Su néctar vió sabroso,
Y en el trance forzoso,
Su clavel en mi labio,
Por vengar tal agravio
De amor la flecha toma,
Con que las almas doma,
Y asi vengar intenta
Esta suave afrenta:
Pero amor que la mira,
Piadoso á mis querellas,
Hirió sus carnes bellas
Con la indomable vira.
Lidia bañada en ira,
Viendo rotos los bronces
Que imaginó inmortales,
Y con la esfera iguales,
Dixo; pierda la vida
Quien vive inadvertida,
Niño, de tu centella.
Quedando desde entónces

Ella de amor herida,
Y yo de amores della

VII.

Miraba Lidia atenta
Las flores que le ofrece
Su jardin heredado,
Cuyos pies humedece
El cristal desatado,
De una fuente sedienta:
Amor, que solo intenta
Darle algunos pesares,
En unos colmenares,
Principios deste daño,
Con ligeros talares
A robar fué sus mieles:
Las abejas crueles,
Movidas del engaño
A gozar la venganza,
Sin ninguna tardanza
Con puntas de diamantes
Se aprestan susurrantes:
Mas viéndose burladas,
Unas se vuelven luego
A sus dulces moradas
Otras con vago juego
A gustar los licores
De las nativas flores,
Se esparcen revolando.

De aqueste iniquo bando,
Una, la mas traviesa,
Se llega á Lidia hermosa,
Y pensando que es rosa
La boca le atraviesa.

VIII.

Sobre el márgen de un rio,
De árboles tanto umbrío,
Quanto de linfas claro,
Donde se halla reparo
Contra el can del estío,

Dormido yace el ciego
Cuyo blando sosiego
En éxtasis tenia
Todo quanto solia
Arder en vivo fuego.

Tambien yace su aljaba,
Que no ya le colgaba,
Del hombro reluciente;
Ni del brazo pendiente
El arco le agravaba.

El yace al fin dormido,
Y Lidia que le vido
Despierta, y levantada,
Qual tigre estimulada
Al cazador rendido,

A la aljaba arremete,
Y al vendado acomete,
Que ya entonces decia,
Viéndola que tenia
La ocasion del copete;

Lidia, mal te aprovechas
Si con armas bien hechas
Quieres vengar enojos;
Donde tienes tus ojos
No has menester mis flechas.

IX.

Al son de las castañas,
Que saltan en el fuego
Echa vino, muchacho,
Beba Lesbia, y juguemos.
Si quiera el Capricornio
Tire lanzas de yelo,
Mal agüero á casados,
Buen auspicio á solteros.
Enemigo de Baco,
Quando estaba en el suelo,
Destrozándole vides,
Rumiándole sarmientos,
Y agora no tan dócil,
Que no procure vernos,
Aguados con mil aguas,
Y helados con mil hielos.
Yo apostaré, mi Lesbia,

Que si le diese el cielo
Poder en causa propia,
Que nos hiciese yermos.
¡O como el insolente
Diera fin al viñedo,
Y juntamente en Darro
Con todos los sedientos!
Porque daños mayores
Se le siguen al cuerpo
Beber tus aguas, Tajo,
Que echarse en las del Ebro.
Pero ya que los astros
Mejor que esto lo hicieron;
Echa vino, muchacho,
Beba Lesbia, y juguemos.

X.

Aquellos dos verdugos
De las flores y pechos,
El amor y la oveja
A un rosal concurrieron.
Lleva armado el muchacho
De saetas el cuello,
Y la bestia su pico
De aguijones de hierro.
Ella va susurrando,
Caracoles haciendo,
Y el criando mil risas,
Y cantando mil versos,

Pero diéron venganza
Luego á flores, y á pechos,
Ella muera quedando,
Y él herido volviendo.

XI.

Ya de los altos montes
Las encumbradas nieves,
A valles hondos baxan
Desesperadamente.
Ya llegan á ser rios
Las que ántes eran fuentes,
Corridas de ver mares
Los arroyuelos breves.
Ya las campañas secas
Empiezan á ser verdes,
Y porque no beodas,
Aguadas enloquecen.
Ya del Liceo monte
Se escuchan los rabeles
Al paso de las cabras,
Que Titiro defiende.
Pues ea, compañeros,
Vivamos dulcemente,
Que todas son señales,
De que el verano viene.
La cantimplora salga;
La cítara se temple,
Y beba el que baylare,
Y bayle el que bebiere.

XII. (*)

Quiero cantar de Cadmo,
Quiero cantar de Atridas,
¡Mas ay! que de amor solo
Solo canta mi lira.
Renuevo el instrumento,
Las cuerdas mudo aprisa,
Pero si yo de Alcides,
Ella de amor suspira.
Pues, heroes valientes,
Quedaos desde este dia;
Porque ya de amor solo,
Solo canta mi lira.

XIII.

En medio del silencio,
Quando la Ursa corre
Veloz hácia la mano
De la estrella Boótes;
Quando el piadoso sueño
Esparce sus licores,
Suspendiendo el trabajo
De los cansados hombres;
Amor á mis umbrales,
Llegó acaso una noche,
Y llamando á las puertas,

(*) Estas y todas las siguientes son traducciones é imitaciones de Anacreonte.

Del sueño despertóme;
¿Quien es el atrevido,
Airado dixe entónces,
Que á tales horas llama,
Y al que duerme interrompe?
Abre, piadoso huesped,
Las puertas, me responde,
Y dexa el miedo, amigo,
Que mi llamar te pone.
Porque soy un muchacho
Que ando toda la noche
Perdido por ser ciego,
Y helado por ser pobre.
Yo movido á sus ruegos,
Y amigable á sus voces,
Las puertas abrí luego,
Porque entre el que las rompe.
Quando ví un niño ciego
Al modo de los Dioses,
Con alas en sus hombros
Y en su carcax arpones.
Subíle á mi aposento,
Encendí mis carbones,
Enxugué sus cabellos,
Y apagué sus temblores.
Sus manos con las mias
Le apreté, y él entónces,
Viéndose redimido
Del hielo y sus rigores;

Probemos,

Probemos, dice, el arco,
Por si el nervio se encoge,
Y estirando la cuerda
El pecho atravesóme.
Luego con mil risadas
De mi casa salióse,
Diciendo al despedirse;
Huesped, queda á los dioses:
Pero primero advierte,
Que tras hacer tal golpe,
Mis arcos quedan sanos,
Y tú con mil dolores.

XIV.

La rosa de Cupido
Juntemos á Lieo,
Y della laureados,
Bebamos y juguemos.
La rosa que á las flores
Es suave ornamento,
Y del verano alegre
El cuidado primero;
La rosa que á los dioses
Es deleyte, y por esto,
De rosas coronado
Danzas sigue el de Vénus.
Haz pues, ó padre Baco,
Que de rosas compuesto,
Y de lira adornado,

Me reciba tu templo.
Suaves daré olores,
Suaves diré versos,
Y juntos yo y mi dama
Suaves baylarémos.

XV.

Amada palomilla,
¿De donde, dí, ó á donde
Vienes con tanta priesa,
Vas con tantos olores?--
¿Pues á ti, que te importa?
Sabrás que Anacreonte
Me envia á su Batilo,
Señor de todo el orbe:
Que como por un himno
Me emancipó Dione,
Nombróme por su page,
Y él por tal recibióme.
Suyas son estas cartas,
Suyos estos renglones,
Por lo qual me promete
Libertad quando torne.
Pero yo no la quiero,
Ni quiero que me ahorre;
¿Porque de que me sirve
Andar cruzando montes,
Comer podridas vacas,
Ni pararme en los robles?

A mí pues me permite
El mismo Anacreonte,
Comer de sus viandas,
Beber de sus licores:
Y quando bien brindada
Doy saltos voladores,
Le cubro con mis alas,
Y él dulce las recoge.
Su citara es mi cama,
Sus cuerdas mis colchones,
En quien suavemente
Duermo toda la noche.
Mi historia es esta, amigo;
Pero queda á los Dioses,
Que me has hecho parlera,
Mas que graja del monte.

XVI.

Una taza me forja
De plata; pero en ella,
Vulcano, no me pintes
Armadas ni peleas.
¿Porque yo que con Marte?
Solo harás que ella sea,
Ya que no la mas ancha,
La mas honda que puedas.
Ni tampoco me esculpas
Las lucientes estrellas,
Ni el carro de las Osas,

Ni el Orion que hiela.
¿Que á mí las Plyeadas
O el Boótes me prestan?
Pero grábame vides
Con racimos que pendan,
Y á Baco juntamente
Que los esprima en ella,
Con Amor y Batilo
Mas bello que las bellas.

XVII.

Si alargarse pudiera
Nuestra vida con oro,
Sin duda le buscara
Por un mundo ó por otro;
Y así luego á la muerte
En el dia forzoso,
Le diera una gran suma,
Porque volviera el hombro.
Pero ya que es vedado
Hacer del hado logro,
¿De que sirve el gemido?
¿De que sirve el sollozo?
Tambien si inescusable,
Es la via del Orco,
¿Para que las riquezas?
¿Para que los tesoros?
Pues ea, venga el vino
Que me salte á los ojos,

Que entre mis camaradas
Quiero hacerme beodo.
Y tambien la muchacha
Con risadas y gozos,
Y deme mil abrazos,
Que yo le daré otros.

XVIII.

Al amor descuidado
Cogiéron las Pimpleas,
Y con grillos de flores
Al Decoro le entregan.
Luego para el rescate,
La misma Citerea
Previene muchos dones,
Y da grandes riquezas.
Pero quando lo libre,
Tenga por cosa cierta,
Que amor tarde se arranca
Si á ser esclavo empieza.

XIX.

Si eres hombre que vales,
Quantas la selva verde
Contiene breves hojas
A contar doctamente;
O quantas, sin errarte,
Arenas el mar tiene,
A tí solo encomiendo,
Que mis amores cuentes.

Y quanto á lo primero,
De Atenas cuenta veinte,
A quien añade quince,
Por número siguiente.
Luego los de Corinto,
Caterva nada estéril,
Que es Corinto en Acaya
De asaz bellas mugeres.
Los de Lesbos tras estos
Con los Ionios refiere,
Y los de Caria y Rodas,
Que son mas de cien veintes.
Pues dí ¿tanto has amado?
O! si advertirme quieres,
Aun no cuento los Siros,
Ni los de Egipto alegres;
Ni ménos los de Candia,
Cuya viciosa gente
Está debaxo el yugo
Del amor que enloquece.
¿Pero que? no es posible
Sin cansarte, que acierte
A nombrar los de Cádiz,
Que yace en el poniente,
O los de Bactria é India
Tierra en aromas fertil;
Todos, todos calores,
Que mis pechos encienden.

X X.

Agora que suave
Nace la primavera
¿No ves como las Gracias
De rosas mil se llenan?
¿No ves como las ondas,
Del ancho mar quietas,
Afloxan los furores,
Y amigas se serenan?
¿No ves como ya nada
El ánade, y empieza
La grulla á visitarnos,
Y el sol á barrer nieblas?
Los trabajos del hombre
Ya lucen y ya medran,
La vega pare gramas,
La oliva flores echa,
Las cepas se coronan
De pámpanos que engendran,
Y de bullentes hojas
Los campos y alamedas.

X X I.

Amor entre las rosas,
No recelando el pico,
De una que allí volaba
Abeja, salió herido;
Y luego dando al viento,

Mil dolorosos gritos,
En busca de su madre
Se fué qual torbellino.
Hallóla, y en su gremio
Arrojado esto dixo:
Madre, yo vengo muerto,
Sin duda, madre, espiro,
Que de una sierpecilla
Con alas vengo herido,
A quien todos abeja
Llaman, y es basilisco.
Pero Vénus entónces
Le respondió á su niño.
Si un animal tan corto
Da dolor tan prolixo,
Los que tú cada dia
Penetras con tus tiros,
¿Quanto mas dolorosos
Que tú estaran, Cupido?

ROMANCE.

A mejorar la vendimia
Saliéron Filis la bella,
Y Amor y Baco, deidades
Uno en uvas, y otro en flechas.
Las Grecias tres desceñidas
Van con las Ninfas compuestas,
Y entre las aras del gusto

La lascivia y la belleza.
¡Ay Dios, quan dulce camina
Entre la pompa soberbia
La tigre! ¡Mal haya, Celio,
Quien mas parare en la aldea!
Toma el sombrero de rua,
Dame la parda montera,
Que amor, con ser cortesano,
Ya canta toscas endechas.
Ay, si me permite el cielo,
Llegar adonde me veas,
Con quanto gusto al trabajo
Daré, muchacha, mis fuerzas!
Por tres labradores diestros,
El alma se fia en ellas,
Trabajaré sin cansarme,
Como yo presente os tenga.
¡O quantas cepas viudas,
Serán por mis manos hechas,
Quando caygan sus racimos
Desde el cuchillo á la cesta!
Usar acciones villanas,
No lo tendré por afrenta,
Que el sol las usó en Afriso,
Entre las vacas y ovejas.
¡Que poco le aprovecháron
Sus astutas diligencias,
Ni el dulce son de su lira,
Ni el oro de sus madejas!

Contra la pasion del alma
Nada valiéron sus yerbas,
Que al arte de medicina
Venció de amor la saeta.
Del gran mayoral Admeto
Trató las anchas dehesas,
Llevando el zurron al lado
Con la lira y la merienda,
Texiendo mimbres estaba
Miéntras las vacas le dexan,
Y de la leche esprimida
Natas cuaja, y queso encella.
¡O quantas veces la hermana
Le vió bañada en vergüenza,
Con el becerro en los brazos
Subir las ásperas cuestas!
¡Y quantas veces los toros,
Quando él cantaba en las peñas,
Interrumpiéron sus voces
Con bramidos de fiereza!
Y ni por eso olvidaba
La dulce imágen de aquella
Que por ser laurel sin alma,
Le dió la suya á sus huellas.
Desmayado en su memoria,
O pensativo en su idea,
Tal vez pagáron las vacas
Su descuido y negligencia.
Animo pues al trabajo,

Saca el ganado á la vega,
Llévale al agua en paciendo,
Y al redil quando anochezca,
Y sepa el amor en ámbos,
Yo en mi viña, y tú en tu selva,
Que un labrador y un vaquero
Sirven mas, quando mas penan.

NOTICIAS DE D. ESTEVAN MANUEL DE VILLEGAS.

Natural de Nagera, en la Rioja, nacio en 1595, y paso los primeros años de su vida en Madrid, de donde á los catorce fue á estudiar Leyes á la Universidad de Salamanca. Entonces fue quando escribió sus Cantilenas á que dio el nombre de *Delicias*, limadas, segun el mismo dice, á los veinte años, y que acompañadas de sus traducciones y demas poesias publico en 1618 con el titulo de *Eróticas*. Pero puede decirse que sus estudios poéticos acabáron al mismo tiempo que acabo su juventud. Los cuidados domesticos le ocuparon en adelante, y la escasez de su hacienda le obligo á pretender largo tiempo algun empleo con que suplirla. Todos sus deseos en esta parte se malograron. El resto de su vida le paso en su patria, dedicado á tareas de erudicion que tampoco le consiguieron utilidad ninguna. En su vejez traduxo la obra de *Consolatione* de Severino Boecio, reimpresa con las Eróticas de nuestros dias, y murió en Nagera en 3 de Setiembre de 1669, á los 74 años de su edad.

APÉNDICE (*)

DE LUPERCIO DE ARGENSOLA.

SATIRA.

Contra la Marquesilla.

Muy bien se muestra, Flora, que no tienes
Desta mi condicion noticia cierta,
Pues piensas enmendalla con desdenes.

Tú pensarás que guardaré tu puerta
Desde que se recogen las gallinas,
Hasta que el ronco gallo las despierta:

Y que quando á las horas matutinas
Se levantan los Frayles, y durmiendo
Tus émulos están y tus vecinas,

Me estaré yo en la calle consumiendo,
Y por el agujero de la llave
Lo que en tu casa tienes inquiriendo.

(*) Por un descuido, que no pudo remediarse á tiempo, se traspapelaron estas tres composiciones, y ha sido preciso colocarlas en este lugar.

Y

Y que te sufriré despues muy grave
Pidiéndote perdon, porque me seas
Afable como sueles, y suave.

Pues porque si lo crees, no lo creas,
Y sepas que no ignoro con quien trato,
Es bien que mis odiosos versos leas.

Aquí verás un natural retrato
De nuestras diferentes condiciones,
Por mas que tú lo encubras con recato.

Agora me parece que te pones
Mucho mas colorada que tu saya,
Y me das un millon de maldiciones.

Diciendo que primero que me vaya,
Quedarás satisfecha de la injuria,
Aunque dificultades cien mil haya.

Y yo por todo el oro, que Liguria
A España con usuras arrebata,
No quiero hacerme digno de tu furia:

Ni quiero dar mi vida tan barata,
Ni ver del Africano la frontera,
Cosa que por tu causa alguno trata.

Escríbate pues sátiras quien quiera,
Que yo alabanzas solas quiero darte,
Hasta que tú te canses, ó yo muera.

Ya, ya me tienes, Flora, de tu parte,
Que, como tus costumbres amo tanto,
Mudable soy tambien por imitarte.

Quiero dexar la pluma, que me espanto
De ver ese furor tras ordinario,
Y dar de contricion señal con llanto.

Pero tengo conmigo un tu contrario,
Que tiene prometido defenderme
Contra el poder de Xerxes y de Dario:

Y no me da lugar de recogerme,
Antes con amenazas me provoca:
Dios sabe si ofenderte es ofenderme.

Pero no puedo mas, mi fuerza es poca;
Tú no me defendieras del que digo
Siquiera con el ayre de la boca.

Y pues he de cobrar un enemigo,
Escojamos, de dos, el menor daño:
Demas, que la razon, y verdad sigo.

En el mas fértil mes de todo el año,
O Flora, yo te vi, que no debiera,
Aunque no ha resultado dello engaño.

Y luego, como frágil y ligera,
Antes de conocerme, ni yo hablarte,
Me descubriste ser tu pecho cera.

Mas, como sé de Ovidio mal el arte,
No procuré poner en Troya el fuego,
Aunque te vi contenta descuidarte.

Hubo manjares, y tras ellos juego;
Y como vi colgar allí la yedra,
El vino reputé por malo luego.

A todo estuve qual si fuera piedra,
Tan fuera de pensar en tus amores,
Como Hipolito estuvo en los de Fedra.

Mil veces repetiste mis loores,
Que en ti los engendro mi negra fama,
(Diceslo asi, y es bien que asi lo dores:)

Y para declararme que eres dama
Tan grave, que la corte señorea,
O por mejor decir, quema tu llama;

Como quien confesar algo desea,
Y lo quiere decir por negativa,
Para que lo contrario se le crea;

Asi me declaraste, quan esquiva
Con grandes cortesanos habias sido,
A quien de libertad tu valor priva.

Tras esto me juraste haber venido
Al lugar donde estabas, por hablarme,
Y la visita falsa haber fingido.

Pensaste, no lo dudo, colocarme
Encima de los cuernos de la luna,
(Y aun por ventura dellos adornarme.)

Jamas infante tierno de la cuna
Oyó tan dulces nombres repetidos
De su madre con besos importuna;

Como yo los oí, pero fingidos,
Solo para cubrir las cautas redes,
Con que a tantos enredas los sentidos.

Sin preceder servicio hacer mercedes
Dará que sospechar, á quien no sea
De los con quien hacer tu labor puedes.

Créame quien lo oyere, ó no me crea,
Digo, que sospeché, sospeché, digo,
Viéndote tan afable, sin ser fea.

Mas soy de ingratitud tan enemigo,
Que, por corresponder al beneficio,
Agradecido me mostré contigo.

Hubo tambien en ello su artificio;
Porque sé que resbala fácilmente
En tales ocasiones el juicio.

Y tú te imaginabas suficiente
A poderme llevar, como de rienda,
A todos tus antojos obediente.

Así lo creo yo, porque mi hacienda
En ménos que el tesoro veneciano,
Y otro tanto ha de dar quien te pretenda.

Al fin, como si fuera yo aldeano,
Que se admira de ver con perlas y oro
La gorra del soberbio cortesano,

Así me descubriste tu tesoro,
(Esto disimulando, como acaso,
Y sin perder allí de tu decoro).

¿Hubo baxilla por ventura, ó vaso,
Que delante de mí no te sirviese,
Buscando tú ocasion á cada paso?

Y porque tus esclavas todas viese,
Y que son siervas libres, ó prestadas,
Como soy malicioso, no creyese;

Todas delante mí fuéron llamadas,
Y por cierto descuido no muy grande
Con ásperas palabras afrentadas.

No hay mayordomo necio, que así mande
En casa de un Señor á los sirvientes,
Y en guerra con aquellos y estos ande;

Como tú con tus siervas diligentes,
Solo para mostrar tu preeminencia,
Haciendo ostentacion con los presentes.

Mandábaste traer en mi presencia
(Sin haber menesterlas) tus arquillas
De ménos oro llenas, que apariencia.

Estaba la esclavilla de rodillas,
En tu imaginacion, de mí notada
Por una de las siete maravillas.

¡O Flora, como estabas engañada!
Que entónces el Eunuco revolvia,
(Comedia de Terencio celebrada);

El qual en sus exemplos me decia,
Que desean las damas de tu trato
Las Esclavas tener, que Tays tenia:

Y que soleis comprarlas muy barato;
Que un ignorante Fedria las presenta
En competencia de un Trason bravato.

¡ Mira quan al reves salió tu cuenta !
Que lo que tú por honra descubrias,
En mí se convirtió para tu afrenta.

Y quando mas compuesta te ponias,
Como quien va mirándose la sombra,
Conmigo de tu crédito perdias.

No pienses, si lo piensas, que me asombra
Un lecho de damasco granadino,
Y á un lado y á otro la morisca alfombra:

Que soy, si no lo sabes, adivino,
Y no tienes un clavo, ni una hebilla,
Que no sepa de donde, y como vino.

Véote santiguar con maravilla
De esto que voy diciendo; pues no dudes,
Que fábula serás en esta villa.

Sabrá, quien no las sabe, tus virtudes,
Las quales te sustentan todo el año,
Aunque ya vendrá tiempo en que las sudes.

Quiero vender al mundo desengaño,
Que, aunque es poca la gente, que lo entienda,
Sé que te puedo hacer no poco daño:

Y que si, por tu mal, abro mi tienda,
La tuya quedará tan abatida,
Que un ochavo en un año no se venda.

Mas tengo condicion tan comedida,
Que no quiero quitarte la ganancia,
Contando los enredos de tu vida.

En tí tienda sus redes la ignorancia,
Para los que pidieren á sus padres
De su porcion debida la sustancia.

A estos muerdas, y á los otros ladres:
Y por ver á sus hijos lastimados,
Te den su maldicion doscientas madres.

Tengas mil hombres viejos engañados,
En sus canudas barbas te regales,
Haciendo rica presa en sus ducados:

Y á otros, que se precian de leales,
Con vanos favorcillos entretengas,
Y pesques mas de espacio sus reales.

Con los que veas ardientes, te detengas,
Y con los que veas tibios, te apresures,
Y á todos en comun enredo tengas.

Delante de tu madre te mesures,
Fingiendo que la temes, y que ignora
Los favores que das, y así lo jures.

Y si te vieres sola, bella Flora,
Y el necio sin pagarte se desmanda,
Di luego, ¡ay Dios, que sale mi señora!

Y quando veas al triste que se ablanda,
Lleguen el Portugues con el Joyero,
Este con oro, el otro con holanda.

Dirás, como los Médicos, no quiero,
Alargando la mano á la presea,
Con que te esté rogando el majadero.

Y dirás, como sueles, si desea
Ser tu favorecido, que dé muestra,
En donde su aficion mejor se vea.

Ayúdete tu madre ó tu maestra,
Dándote mil recaudos al oido,
(Leccion de todo punto propia vuestra).

Estése el otro necio sin sentido,
Miéntras hablais vosotras, muy compuesto,
O, como acá decimos, muy corrido:

Que no me quiero yo poner en esto,
Ni descubrir tus faltas en la calle,
Pues se descubrirán por sí tan presto.

Pero no será bien que sufra y calle
Cierto tributo, censo, ó alcabala,
Pues tu no te avergüenzas de cobralle.

Quando sale quien digo de la sala,
Le vuelves á llamar con gran caricia,
O sales tú con él hasta la escala:

Y allí disimulando tu codicia,
Le pides un catálogo de cosas,
Como si las debiera por justicia.

El, ámbas las mexillas hechas rosas,
Arrepentido ya de verse en ello,
Y de emprender empresas tan costosas,

No sabe que decir, que tiene el cuello
Ceñido con tus brazos, y los ojos
Clavados, por su mal, en tu cabello.

Quiere satisfacer á tus antojos;
Y quisiera tambien a ménos costa
Comprar, pues que se venden, los despojos.

Imagínasle tú la bolsa angosta,
O por ser muy avaro, ó por ser pobre,
Personas de quien huyes por la posta:

Y para hacer sudar por fuerza al robre,
O como buen artífice en la piedra
Tocando, conocer si es oro, ó cobre,

Enmarañaste dél qual verde yedra,
(No te comparo mal, pues que se dice,
Que nunca el árbol que la tiene medra),

Diciendo, buena prueba, Señor, hice
De vuestra fe, si no fingida, tibia,
Con que, para mi mal, me satisfice.

Si yo os mandara humedecer la Libia,
Si oponer vuestros hombros á la carga,
Que en los de Atlante nunca el tiempo alivia;

Si peregrinacion pidiera larga,
Donde estuviera en duda el volver vivo,
O cierta en el progreso vida amarga;

¿Pudiérades estar mas pensativo?
¿Pudiérades dudar de tal manera,
Y mostraros conmigo mas esquivo?

Pues yo sé bien alguno, que quisiera,
Y como que quisiera, que pagara,
Porque lo que a vos pido, le pidiera:

Que ni tan pobre soy, ni tan avara,
Que por necesidad, ó por codicia
En cosa tan pequeña reparara.

Mal de mi condicion teneis noticia:
Que, aunque no lo truxérades tan presto,
No os sacara yo prendas por justicia.

Pero no reparemos mas en esto:
Solo vivid seguro de que os amo,
Y que no me seréis jamas molesto.

El triste ya qual pece asido al hamo,
O como ciego páxaro, que viene
Llamado con el son de su reclamo,

Ni en dudas, ni en peligros se detiene;
Quiere tomar prestado, ó con usura;
Sin ver si de pagarlo modo tiene.

Promete allí sin tasa, ni cordura,
Y niega, que jamas dudase en algo,
Y aun, para ganar crédito, lo jura.

Así lo creo yo de un noble hidalgo,
Respondes tú, soltando la cadena,
Que quisiera yo mas la de mi galgo.

Atraviésase luego Magdalena,
Pide para chapines, ó una toca,
Y tu page de lanza pide estrena.

A aquella tú le dice, calla loca,
Y á este otro, tú, rapaz, tambien te atreves:
Y por detras les señas con la boca.

Ni á la carne se da tal priesa el juéves ;
Como le dais vosotras entre dientes ,
Diciendo , pagarás lo que no debes.

O tú , que con pagarlo no lo sientes ,
Y cansarás , pidiéndoles prestado ,
Despues á tus amigos y parientes :

Si alguna vez , ó veces has pasado
De Aragon á Castilla , y en los puertos
Del uno , y otro reyno registrado :

Adonde los derechos hacen tuertos ,
Y con decreto , y órden de justicia
Roban en los poblados y desiertos :

Adonde puede tanto la codicia ,
Que no son tan mudables Venecianos ,
Quando á alguno prometen su amicicia :

Como aquellos ladrones , y villanos
En olvidar al Rey , si el caminante
Les pone de sus armas en las manos :

Conocerás agora , ó adelante ,
Que es mayor el trabajo , que se pasa
Con Flora , de quien andas ciego amante.

Y tú , Flora : tambien modera , y tasa
Los derechos tiránicos , que llevas
De entradas y salidas de tu casa ;

Pues solamente deben ropas nuevas
Al entrar por los puertos el derecho ,
Y no será razon que á mas te atrevas.

No quieras descubrir tu avaro pecho,
Ni como mercader tener oreja
Abierta solamente á tu provecho.

Y no digo con esto, que eres vieja;
Mas téngote por ropa tan traida,
Que descubres la hilaza por la ceja.

Pues quien te ve fingir la recogida,
Ha de soltar á su pesar la risa,
Si sabe, como yo, tu buena vida.

Verte salir con tu Señora á Misa,
Como Frayle novicio, que no mira
Acá, ni allá mas suelo del que pisa.

¿A quien tu gravedad allí no admira?
¿Quien no dirá, que puedes llevar palma,
Y que á las once mil tu intento aspira?

Quien sepa como yo, que en esa calma
Suceden por momentos torbellinos,
Que anegan las agenas, y tu alma.

Ni lo dirán tampoco tus vecinos,
Que ven salir, y entrar en tu posada
Los recien emplumados palominos,

Ni lo dirá tu hermana, que se enfada
De estar labrando soliman y mudas,
Ella desnuda, y tú muy enjoyada.

Ni el que suele soltarme cien mil dudas,
(Si se lo preguntase), cuyo nombre
Es del que sucedió en lugar de Judas.

Ni

Ni lo dirá, bien sabes, aquel hombre,
Que en darte, y abstenerse tal anduvo,
Que le doy Alexandro por renombre.

Ni lo dirá tampoco quien estuvo
De Mantua, por tu causa, foragido,
Y el perdon por dineros despues hubo.

Ni ménos lo dirá quien ha leido
Lo que con apariencia va cubierto,
Si con la vista pasa del vestido.

Yo digo de vosotras (y es lo cierto)
Que sois de las fantasmas y visiones,
Que vido San Antonio en el desierto.

Debaxo de esas ropas y jubones
Imagino serpientes enroscadas,
Uñas de grifos, garras de leones.

Si sois fuera de casa convidadas,
Desechais mil viandas, que son buenas,
Solo para fingiros delicadas.

Tomaislas con dos dedos, y aun apénas,
Ni dellas exhibis mas que á un doliente
Le dan nuestros modernos Avicenas.

Fingis os muy honestas juntamente,
Y á la palabra equívoca no clara
Le dais luego el sentido maldiciente;

Y puestas ámbas manos en la cara
Llamais al que la dixo torpe y necio,
Quizá porque mejor no se declara.

Y con desden, y grande menosprecio
Burlais de algun galan, que por ventura
Os tuvo en su poder á poco precio.

Pues quien del mal de amor sanar procura,
En vuestras casas, si pudiere, os vea
Sin tanta gravedad y compostura:

Y verá convertir la que desea
En un fiero demonio, poco digo,
Si cosa se pudiese hallar mas fea.

Y mas si no teneis allí testigo,
Y salis de la cama descompuestas,
Mostrando de los pies hasta. . . . .

¡Que fieras pareceis! ¡que deshonestas!
Con los ojos hinchados, y sobre ellos
Dos negras, y tendidas nubes puestas;

Revueltos en vedijas los cabellos,
Como los de las furias infernales,
O largos, como colas por los cuellos.

Torciendo cuerpo y brazos, dais señales
Mezclados con bostezos, del deseo
Que mueve vuestros ánimos bestiales.

Pues para transformar el rostro feo,
No vais á fuente clara, ó rio santo,
Adonde fué Naaman por Eliseo.

Tampoco lo mudais con mago canto,
Ni buscando las yerbas fabulosas,
Quando la noche tiende el negro manto:

Antes lo transformais con otras cosas,
Poniendo las cabezas en arquillas,
Yo no digo que bien, pero olorosas.

¿Quien podrá numerar las garrafillas
Dedicadas al sucio ministerio,
Unguentos, botecillos, y pastillas?

Aquí para enrubiar el sahumerio
De aqueste mismo aceyte, que blanquea
Los huesos de la boca, ó cimenterio.

Allí la miel mezclada, que se emplea
Con mostaza y almendras en ser muda,
Para mudar color á la que es fea.

En otra parte ya la vereis ruda,
En otra ya en aceyte convertida,
Que dicen que al cabello el color muda.

La leche con xabon vereis cocida,
Y de varios aceytes composturas,
Que no sabré nombrarlos en mi vida.

Aceyte de lagartos, y rasuras
De ajónjoli, jazmin y adormideras,
De almendras, nata y huevos, mil mixturas.

Aguas de mil colores y maneras,
De rábanos y azucar, de simiente
De meion, calabazas y de peras.

El aceyte de enebro propiamente
Para curar el mal á las ovejas,
Aqui sirve de oficio diferente.

Agua de alumbre, buena para viejas,
Que quita las arrugas, que los años
Les cargan, como fuelles, en las cejas:

Y ellas (ó ceguedad!) con darse baños,
Qual parche de atambor tiran el cuero,
Como si no venciese el tiempo á engaños.

Pero debiera yo nombrar primero
Al magno soliman tan vuestro amigo,
Como lo fué de Francia el otro fiero,

El qual os da justísimo castigo,
Pues solo por salir con vuestro intento,
Os valeis del veneno y enemigo:

Y mudándole nombres ciento á ciento,
Quereis arrebozallo, como usura,
Con nombre de mohatra, ó quitamiento.

Agora lo vendeis por agua pura,
En pasas con azucar, piedra luego,
Mudándole de especies y figura.

Y que pondréis las manos en un fuego,
Decis, si no os lavais con agua sola,
Pudiendo lo contrario ver un ciego.

Quan mal se cubre el gato con la cola,
Quan mal se cubre el fuego sin dar humo,
Así la que se afeyta y arrebola.

Otros afeytes hay, que no los sumo:
Porque en imaginallos tanto hieden,
Que de congoja y rabia me consumo.

Ni ser nombrados todos aquí pueden,
Porque como se inventan cada dia,
En infinito número proceden.

Y porque me parece, que seria
Afrenta, de sus nombres acordarme,
Y que á los que me hablasen oleria:

Así he determinado prepararme,
Y por haber tratado de estas cosas,
En una fuente líquida purgarme.

Ni son en sus manjares mas curiosas,
Puesto que allá en lo público pregonan,
Que sin ellos se pasan como diosas.

Encima de los platos se amontonan,
Y hoy comen lo que ayer quedó fiambre,
Que ni por ser helado lo perdonan.

Diréis, que son las hijas de la hambre,
O quales avestruces suficientes
A digerir el hierro, y el arambre.

Aquí no se comprehenden las prudentes,
Que siguen las virtudes: que las tales
No llevan composturas aparentes.

No son todas las leyes generales:
Que muchas excepciones hay en ellas;
Ni las cosas del mundo son iguales.

En las tinieblas lucen las estrellas,
A vueltas de los cardos nacen flores,
Y entre agudas espinas rosas bellas.

Destas despues yo cantaré loores:
Que no se han de mezclar con las profanas
Las cosas excelentes, y mayores.

Tú, Flora, y otras damas cortesanas
Sois estas enemigas, de quien trato,
Perdidas por comer, y andar galanas.

Con esto le doy fin á tu retrato,
Y parécete tanto, que me afrento
De haberlo concertado tan barato.

Pero tengo por premio tu contento,
Del qual, por ser yo causa, participo,
Y el nombre de mis obras acreciento.

Así creció de Apéles y Lisipo
La fama, solos ellos retratando
Al hijo venturoso de Filipo.

Agora con razon estoy dudando,
Pues he de retratarme, donde, y como
Me puedo yo estar viendo, é imitando.

La mano mas pesada, que de plomo,
Inobediente al arte desatina,
Si el cansado pincel en ella tomo.

Parece (y es posible) que adivina,
Que (como siempre el conocerse ha sido
Cosa dificultosa y peregrina),

Yo de mi propio gusto persuadido,
Como pienso que soy, querré pintarme,
Por falta de no haberme conocido.

Yo mismo no sabré vituperarme,
Y, aunque verdad dixese, ménos puedo
(Si ya no es defendiéndome) alabarme.

Si como quando vine de Toledo
Me supiese pintar, en testimonio
De tocar las verdades con el dedo:

O como me pintaba Don Antonio,
(Puesto que es al reves), yo juraria,
Que te espantases ménos de un demonio.

Alguno con razon me culparia,
Si me pintase mal, y tu figura
Por obra de otra mano juzgaria.

Y quien tener buen crédito procura,
(Segun dice Caton) jamas lo cobra,
Si le pierde una vez por desventura.

A mí no me hace falta, ni me sobra:
Quiero, pues, conservarle como cuerdo,
Alzando, como dicen, mano de obra.

Ya fué un pintor (del nombre no me acuerdo,
Y de que no me acuerde no te espante,
Que ya de la memoria mucho pierdo):

Ni sé bien si fué Zéusis, ó Timántes,
(Yo me fatigo poco de estas cosas,
Por ser disputas propias de pedantes):

Este pintor pintando las tres diosas,
Delante del pastor Troyano puestas,
Desnudas, y del oro codiciosas,

(Que suelen muchas veces las honestas
Al rústico por él así mostrarse,
Y á los que no lo tienen muy compuestas):

En Juno y en Minerva señalarse
Tan de véras mostró, que no podia
Para pintar á Vénus mejorarse:

Y viendo que pintarla convenia,
Para no ser culpado, mas hermosa,
Lo qual, aunque quisiese, no sabia:

Al arte socorrió con ingeniosa
Astucia, sus defectos encubriendo,
Y pintando de espaldas á la Diosa.

Yo, pues, la misma falta conociendo,
De poder retratarme desconfio,
Si al discreto pintor no voy siguiendo.

Y pues has de llevar retrato mio,
Verás por las espaldas mi retrato;
Que con volverlas, Flora, me desvio
De tu conversacion, favor y trato.

CANCION DEL MISMO.

Alivia sus fatigas
El labrador cansado,
Quando su yerta barba escarcha cubre,
Pensando en las espigas
Del Agosto abrasado,
Y en los lagares ricos del Octubre:

La hoz se le descubre
Quando el arado apaña,
Y con dulces memorias le acompaña.

Carga de hierro duro
Sus miembros, y se obliga
El jóven al trabajo de la guerra:
Huye el ocio seguro;
Trueca por la enemiga
Su dulce, natural y amiga tierra;
Mas quando se destierra,
O al asalto acomete,
Mil triunfos y mil glorias se promete.

La vida al mar confia,
Y á dos tablas delgadas
El otro, que del oro está sediento;
Escóndesele el dia,
Y las olas hinchadas
Suben á combatir el firmamento:
El quita el pensamiento
De la muerte vecina,
Y en el oro le pone y en la mina.

Dexa el lecho caliente
Con la esposa dormida
El cazador solicito y robusto:
Sufre el cierzo inclemente,
La nieve endurecida,
Y tiene de su afan por premio justo
Interrumpir el gusto,

Y la paz de las fieras
En vano cautas, fuertes y ligeras.

Premio, y cierto fin tiene
Qualquier trabajo humano,
Y el uno llama al otro sin mudanza:
El invierno entretiene
La opinion del verano,
Y un tiempo sirve al otro de templanza.
El bien de la esperanza
Solo quedó en el suelo,
Quando todos huyéron para el cielo.

Si la esperanza quitas,
¿Que le dexas al mundo?
Su máquina disuelves y destruyes:
Todo lo precipitas
En olvido profundo,
Y del fin natural, Flerida, huyes:
Si la cerviz rehuyes
De los brazos amados,
¿Que premio piensas dar á los cuidados?

DE BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA.

SATIRA

Contra los vicios de la Corte.

Decirme, Nuño, que en la corte quieres
Introducir tus hijos, persuadido
A que asi te lo manda el ser quien eres.

Que ya la obligacion, con que han nacido,
Concede a su primera edad licencia,
Para que intenten á volar del nido.

Que en los umbrales de la adolescencia
Poniendo acibar junto de la leche,
O el pedagogo evitas, ó su ciencia;

No porque como inútil se deseche,
Sino porque les des la que él no alcanza,
Que al trato humano mas les aproveche.

Supuesto, dices, que han de hacer mudanza,
A donde ocurriran como á la corte
Unica perfeccion de su crianza?

Si estás resuelto de seguir su norte,
Precediendo consulta, no me atrevo
A estorbarlo, por mucho que te importe.

Mas si en virtud de otro consejo nuevo
Quisieres ver que el tuyo es peligroso,
Mira quan sin efugios te lo pruebo.

Bien que si huyendo el paternal reposo
Al espanto te expones, ó á la ira
Por algun caso, ó grave, ó afrentoso;

Si tus amadas prendas (á quien mira
Como á su luz tu patria) ver deseas
Despojos de la pública mentira;

Y si cebarse en las mohatras feas
(Habiéndo el patrimonio trastornado)
Te persuade alguno que los veas;

Si ciegos al honor, y del cuidado
Del gobierno político incapaces,
Y de las calidades de su estado;

Si viciosos, al fin, y contumaces,
En luxuria, y en gula; vengan presto,
Tráelos á la corte, muy bien haces.

Mirándo estoy, que te santiguas desto,
Y que enojado quedas, ó risueño,
Llamándome filosofo molesto:

Pues enfrena la risa; ó templa el ceño,
Y en mi defensa escúchame entretanto,
Que estas proposiciones desempeño.

Si está en verdad, que no nos mueve tanto
Docta declamacion, Griega ó Latina,
Como el exemplo vivo, ó torpe, ó santo;

De

Del padre, que á sus hijos disciplina
Con mal exemplo, ¿ quien dirá que es prueba
De la águila, que al sol los exàmina?

¿ Pues dar rienda á la edad ferviente y nueva,
No es culpa de indiscreto amor paterno,
Que á manifiesta perdicion la lleva?

El diestro agricultor al árbol tierno
De recientes raices no lo expone
Luego á las inclemencias del invierno:

Que hasta que su virtud se perfeccione,
De hojosas ramas entretexe setos,
Cuya defensa en torno le corone.

Así con Preceptores, y precetos
Lucirán esos niños, pues los crias
Para que excedan á los mas perfetos.

Y ordénales que busquen muchos dias
La mas útil verdad en las Historias,
Y aprendan de las dos filosofías,

Con que medio se alcanzan las vitorias,
Y se guarda la paz; y al fin que apliquen
El pensamiento á verdaderas glorias.

Para esto harás que siempre comuniquen
Con tales hombres, que seguramente
A imitar sus costumbres se dediquen,

Y porque hay enemigos en Oriente,
Y en Africa los hay, y el siglo nuestro
Acá produce ocasionada gente;

Tomen espadas negras, y algun diestro
A enseñarles con modo á herir comience,
(Solo en aquella facultad maestro.)

Mas al trabajo (el qual si abunda, vence,)
Suceda el ocio; pero no tan largo,
Que contra la virtud se desverguence.

Y así en el ayo, que los tiene á cargo,
Cubra mas que las canas el bonete,
Sepa ser dulce, y si conviene, amargo.

Goce los mismos gajes, que él decrete:
Que, en bien de tus caballos si pagaste
Precio tan excesivo por Amete;

No has de juzgar que el ordinario baste,
Para el que de tus hijos trayga cuenta,
A quien como á segundo padre honraste.

Haz que en sus aposentos no consienta
Un page disoluto; ni allí suene
Cancion de las que el vulgo vil frequenta:

Cancion, que de Indias con el oro viene
Como él á afeminarnos, y perdernos,
Y con lasciva clausula entretiene.

Al curioso inventor de usos modernos,
Copete, y goma, que lo carguen de heno,
Como al buey coceador sobre los cuernos.

El quadro, que no fuere casto y bueno,
En ningun caso por sus puertas entre,
Porque parece almibar, y es veneno.

Y haz que tanto concierto se guarde entre
Sus pages, que un descuido, un desaliño
En bufete, ó en silla no se encuentre.

Gran reverencia se le debe á un niño:
En los principios su salud consiste;
Por esto á su observancia le constriño.

Porque en su edad con tanta fuerza embiste
Las sencillas potencias el objeto,
Que ninguna un momento le resiste:

Antes agarran del primer concepto,
Y andan como los ojos de la sierva
Atendiendo á sus manos con respeto.

El vaso nuevo así el olor conserva,
Que la primera vez le cupo en suerte,
Ya ministrando á Baco, ya á Minerva.

Pues si en lo que le aplican se convierte
Un niño, ¿puede hacerla mayor tiro
Quien de sanos principios le divierte?

Mi opinion es al fin (porque no aspiro
A caminar por senda tan andada,
Formando con preceptos otro Ciro)

Que quando les conozcas arraygada
Con la eleccion, que al ciego error condena,
La fuerza á proseguir determinada;

Que entónces vengan muy en hora buena,
Para que con su exemplo nos refrenen
De lo que aquí nos turba, y desordena.

Pero si agora en este tiempo vienen,
¿Que piensas que hallarán, sino ocasiones
Adonde pierdan el candor, que tienen?

¿Que Fabios toparán, ó que Cipiones?
¿A que Lacedemonia los envias
Rígida formadora de varones?

Nuño, si á los leones los confias,
La inocencia una vez sola en su lago
Fué recibida con entrañas pias.

Y así el punto, en que lleguen, por aciago
Con carbon nota; como quien confiesa,
Que juzga por certísimo su estrago.

Tienen aquí jurisdiccion expresa
Todos los vicios, y con mero imperio
De ánimos juveniles hacen presa:

Juego, mentira, gula, y adulterio,
Fieros hijos del ocio, y aun peores
Que los vió Roma en tiempo de Tiberio,

Y los de sus horribles sucesores:
Las noches de Calígula, y de Nero
Son á nuestros portentos inferiores.

De Síbaris el trato hallo severo,
Su juventud viciosa penitente,
Si con la desta corte la confiero.

Aquí es tenido en poco quien no miente,
Quien paga, quien no debe, quien no adula,
Y quien vive á las leyes obediente:

Y admitido al honor, quien disimula
En pacífica piel hambre de fiera,
Que con modesto nombre la intitula.

Pasea el que en su patria no pudiera
Fiarse á su muger, y por insultos
Quebró los grillos, y la cárcel fiera:

Religiosos apóstatas ocultos
En mentiroso trage de seglares,
Sediciosos, y autores de tumultos.

De semejantes monstruos, que á millares
Nuestro teatro universal admite,
De Príncipes amigos familiares,

Los nocturnos solaces del convite
En indecentes casas celebrado
¿Hay aquí autoridad que los evite?

¿Pues mira tú si un jóven, freqüentado
De los tales, podrá salir modesto,
Aunque de tres aceros venga armado?

Ninguno fué torpísimo de presto:
Que el agua poco á poco le combate,
Mas quando acuerda, se halla descompuesto.

Andad acá, señor, que es disparate
Estar leyendo, dice un Ganimédes
Destos, que andan perdidos á remate.

Si habeis venido á estar entre paredes,
Y á no ser visto, claven esa puerta,
Y pongan campanilla, torno, y redes.

Como si no viniese en él cubierta
La mas perjudicial, que le embaraza
La vida, y la salud le desconcierta.

Salen juntos al Prado, que es la plaza
De armas, donde la gran Reyna de Gnido
La gente alista, y sus facciones traza.

Queda el bisoño ya persuadido
A freqüentar los árboles, saeta,
De que (sin que lo sienta) quedó herido.

Los Narcisos lo admiten á la Seta,
Que mas por randas, y almidon suspira,
Que por la perdicion de la Goleta.

Luego que el bozo á dar bigote áspira,
No diré yo si lo arma, ó si lo aflige
Con pegajoso baño de alquitira;

Rindese á un fiel Acátes, que lo rige,
A cuya risa, y voz, que desentona,
Cosa, que hubiera de imitar, corrige.

Este á sus meretrices le aficiona,
Y en el error del laberinto ciego
Sin prevencion le empeña, y le aprisiona.

Otro en cuevas sacrílegas de juego,
Donde suenan blasfemias exquisitas
Dignas de celestial vengador fuego.

Parecen mesas bárbaras de Scitas,
Y su estruendo el del címbalo, ó tinaja,
Donde habitaba el Tarentino Archîtas.

Cállase aquí quien forma la ventaja,
La industria del artífice, que juega,
O la suerte, que yace en la baraja.

Al fin qualquier novel, que se le allega,
O le reduce la virtud á ménos,
O alguna grave enfermedad le apega.

Convídale otro á visitar los senos
Desta gran poblacion, de seda y oro,
Y de pinturas admirables llenos,

Que á ley de ingenio valen un tesoro;
En la de Dios, él sabe lo que cuesta
Leda en el cisne, Europa sobre el toro,

Vénus pródigamente deshonesta,
Sátiros torpes, ninfas fugitivas,
Y entre las suyas Cintia descompuesta.

Que las tendria por figuras vivas,
Quien juzgarlo á sus ojos permitiese,
Tanto como las juzga por lascivas.

¡Mas que ni un cortes pámpano creciese
El favor del pincel, ni otro piadoso
Velo, que á nuestra vista se opusiese!

En esta sala el Genoves vicioso
Bañado en ámbar las usuras vierte,
O en juego, ó en convite delicioso.

Tiene nuestra Española con tan fuerte
Mágica preso al Ligurino bravo,
Que en la lluvia de Dánae lo convierte.

Conservas, que navegan desde el cabo
De Zeylan, toman puerto en su posada,
Sin que Neptuno quiera ser su esclavo.

Y allí en brocado envuelta la casada
Por ignoto portillo introducida,
Del yugo maridal se desenfada.

Su esposo es noble, y ella bien nacida;
¿Pero aquella paréntesis que importa
En un discurso largo entremetida?

Demas que otra madama, y no de corta
Fortuna, no desdeña el hurto mismo,
Y un grave exemplo, si no manda, exhorta.

Deste y otros secretos es abismo
El confidente amor de una vecina,
Que nunca ha cometido solecismo.

Esposa fué de un César Mesalina,
Y lámparas de bálsamo dexaba,
Techos de oro en la cumbre Palatina:

Y al candíl, que en su casa un Lenon daba,
Augusta meretriz. . . . . .
. . . . . por vil precio acariciaba.

Pensó, que hurtando el nombre y el postigo,
Que abre y cierra á sus cómplices Licisca,
Evitara la infamia, y el castigo.

Harto mas cauta á su interes se arrisca
Nuestra Godeña, si al galan secreto
Los cambios por injustos le confisca.

No admiten la moneda del decreto
Su coche, sus tapices y sus galas,
Que presupones paga con efeto.

No todas estas fáciles zagalas
Lleva tras sí la liviandad del sexo,
Que de otras causas cobran fuerza y alas.

Pues quizá es omision, si no es consejo,
De benignos maridos, y de tias
De sagaz y compuesto sobrecejo.

Reciben al principio unas bugías;
Mas luego anhelan al metal mas grato,
Y en figura de ninfas son Harpías.

El Mayorazgo es corto, el aparato
Abundante de joyas y de telas,
Para servir al Idolo de ornato.

¿Quien nos dirá (dexadas sus cautelas
Mayores) lo que cuestan sus encaxes,
Sus cadenetas, randas y arandelas?

¿Quien las ciegas mudanzas de los trages?
Que yo por no decirlas, ó por solo
No verlas, habitara entre salvages,

Adonde miran por Zenith el Polo,
O en la Barbaria, que hacen no habitable
Onzas y Tigres, ó el fervor de Apolo,

El ornato á su antojo es variable,
El culto, que les bruñe, y hace tersas
Las mexillas, ni limpio, ni mudable.

Ya en los tocados no andan muy diversas
De las bárbaras mitras, que traian
Sobre el cabello las mugeres Persas.

En cultivarse unánimes porfian:
El ornato sin causa, y así á bulto,
Hasta las mas honestas lo varian.

Gran diferencia va de ornato á culto,
Este lascivia, aquel soberbia arguye,
De una sola atencion distinto insulto.

La humilde sumision del ornato huye,
Como la castidad deste segundo,
Que del ánimo es cierto que la excluye.

Y si aquel pide perlas á otro mundo,
¿Este para sus baños y sus mudas
Anda ménos curioso y vagabundo?

O tú, qualquier que seas, la que sudas,
Arando surcos en los materiales,
Que en la tez natural del rostro engrudas;

Si destilas con esto los metales,
Que taladran las sienes, ¿que deleyte,
O que esplendor te infunden baños tales?

¿Goma tenaz, y avenenado aceyte
Podránte preservar de las arrugas,
Que anticipa el abuso del afeyte?

¿Que tan mohina contra Dios madrugas
A enmendarle su hechura, y del espejo
Al arbitrio aquí mojas, y allí enxugas?

Y el dedo (ya pincel) cúrte el pellejo,
Donde extiende con líquidos barnices
Las manchas, ó las nubes de un bosquejo.

Risa á la vista, hedor á las narices,
Mentira aborrecible á todo el cielo,
Y á los que dél cayéron infelices.

¿Piensas que añaden gracias al cerbelo
Esas piedras, y perlas que le aplicas?
¡O siglo atroz, de abominable zelo!

¡Que monstruos de otros monstruos multiplicas!
¿Que dixera el severo Tertuliano
A vista de costumbres tan inicas?

¿Quanta se engendra en el distrito humano
Hermosura odorífera, ó luciente,
Das al antojo de un adorno vano?

La piedra, que el Dragon cria en su frente,
Pones, Lice, en la tuya: ¡ó quantas veces
Le das sucio lugar no diferente!

¿Mas las que en los celebros de los peces
Naciéron, no podrán quejarse, viendo
A quan mas leve casco las ofreces?

Pero al lugar donde salí, volviendo,
Porque de divertido no me acuses
(Bien que no sin gran causa) ya me enmiendo:

Y digo, caro Nuño, que rehuses
Tu gusto, y á tus tiernas palomillas
El vuelo peligroso les escuses:

Que andan muchos Azores por asillas,
De cuyas uñas penden los despojos
De otras aves incautas y sencillas.

¿Quien en la corte volverá los ojos
Sin topar un objeto, que los venza,
Que abone, y acaricie sus antojos?

Es un mañoso engaño, que comienza
Con título de honesto regocijo,
Y entre manos se os vuelve desvergüenza.

El proverbio vulgar corte ó cortijo,
En mi opinion fué loco, ó fué blasfemo,
Digno de una mordaza quien lo dixo.

El sábio en medio de uno y otro extremo,
Desengañado, estableció vivienda,
Y es todo lo demas vivirla al remo.

Que en Madrid ni hay paciencia ni hay hacienda,
Para vivir al uso; y ménos malo,
Si aquí esperar pudiéramos la enmienda:

Pero entre los peligros que señalo,
No hay quien sin vicios ande, ó sin la fuerza,
Que los produce todos, del regalo.

Este es voraz, que en recordando almuerza
Y dexa seno para tres comidas,
Aunque por donde entró salga la berza.

El otro entre comadres conocidas,
Que saben mil secretos, reprehende
Entre sus almohadillas nuestras vidas:

Y

Y como ocioso de sus labios pende,
Al blando taburete se acomoda,
Y á los chismes inútiles desciende.

Otro, gastada ya su hacienda toda
Con Lesbia, hace el postrero desconcierto,
Y la conduce en clandestina boda.

Al panal de sus labios inexperto
Corrió, para lograr la miel primera,
Con risa del que sabe lo mas cierto.

Y el padre, como Crémes por la nuera,
Que tañe y canta, contra el hijo brama,
Aunque al fin se conforma y se modera.

Hay quien modernas invenciones ama,
Peynado siempre, y limpio como arminio,
Que su hacienda, y su crédito derrama;

Y en perdiendo el dinero, hace desinio
Sobre el de los amigos no advertidos,
En quien por esto tiene predominio.

¡Que diré del que suelta los sentidos
Solo al olor de la primera rosa.
Y acomoda familias y maridos?

Es gran tesoro aquí una hija hermosa,
Aunque ande con su madre tan asida,
Que sin su voluntad no intente cosa.

¿Y habrá en los que profesan esta vida
Alguno, que se precie de amor puro,
Que eleve el alma al dulce objeto unida?

¿Que salga en los alientos del seguro
Pecho, que con fineza heroyca ahuyenta
La inclinacion del apetito escuro?

Todo es torpeza, imperfeccion y afrenta,
Que estraga la salud, y en tiempo breve
La vida, que en sus gustos apacienta.

Otro verás, que á acrecentar se atreve,
Cercado de valientes y crueles,
El número famoso de los nueve.

Al sol nos muestra horrendos sus lebreles,
Bien que á la luna él sabe si acometen
La riña tan ligeros, como fieles:

Y para que estos mismos le respeten,
Finge la voz, ó barbara, ó robusta,
Porque á inhumanidad se lo interpreten.

No de caballos generosos gusta,
Para correr los montes y los valles
Del Belgio helado, y de la Libia adusta:

Pero alaba sus brios, y sus talles,
Para sacar centellas de guijarros,
Quando nos desempiedran nuestras calles.

Y no se correrán de andar bizarros
Con rostros opilados y sutiles,
Y quizá de comer cascos de barros.

¿No fuera gran vergüenza ver, que Aquíle
Y el gran Hector trataran con ahinco
En estas travesuras femeniles?

En comprar dixes, en feriar un brinco
Traen cinco sentidos ocupados,
Si no carecen del comun los cinco);

Y aunque el uso los tenga disculpados,
Pero saben tan poco de otras cosas,
Que es risa (ántes dolor) ver sus cuidados.

Sus motes, sus empresas amorosas
Honor de sus adargas en las fiestas)
Te lo dirán, si exâminarlas osas:

O en la ocasion urgente sus respuestas
Envueltas en sofística doctrina,
Aun á los nuevos lógicos molestas.

Discrecion, que afectada determina
La voz ántes pacífica en su quicio,
Primero aguardaré una culebrina.

¡O quantos hallarás, que (á su juicio)
No influyen otras partes esenciales
En la nobleza, que ignorancia y vicio!

¿No ves llorar las artes liberales,
(Que este nombre les dieron, porque en ellas
Se exercitaban hombres principales)

De que hagan sacrilegio el recogellas,
Ni en un zaguan? Y así como en estraña
Region vierten en vano sus querellas.

El gran Cipion solia en la campaña
Peleando, oponerse al sol y al hielo,
Como lo saben Africa y España:

Y se preciaba de saber del cielo
Causas y efectos, y la agreste ciencia,
Que fructífero vuelve el rudo suelo.

Los triunfos que adquirió en su adolescencia
Vió Roma; y en el cómico Proscenio,
Por él edificado, su eloqüencia:

Con quien sus convidados Lelio y Enio,
Al tiempo que en la olla hervian las coles,
Conferian en pláticas de ingenio.

Y entre nuestros preciados Españoles,
No robustos, ni dados al trabajo,
Ni curtidos por hielos, ni por soles;

El que con traza escribe, es hombre baxo,
Y estiman por ilustre al que figura
Por letras unos pies de escarabajo,

Que el diablo (á quien semeja su escritura)
No las descifrará, si en quince dias
Con diabólica industria lo procura:

Sus caractéres son, pero vacias
Señales; y así no las interpretes,
Como ellas lo merecen, por impias.

Mas piensa la frialdad, que en sus billetes
Desta letra verá Madamisela,
Que vocablos trocados, que juguetes!

Anda el confiadillo en centinela
Por lograr un conceto, ó dicho bueno;
Y alábolo, si en esto se desvela:

Pero vino á acostarse el vientre lleno
De pavo, y el celebro se le abrasa
Del gran licor, que se avivó al sereno.

Porque hizo media noche en cierta casa:
Hubo mimos, bayló la Histrionisa,
(Turba, que en fiesta las tinieblas pasa.)

Duerme, y ántes que pida la camisa,
Ya son las doce, y pasará buen rato,
Y perdone el precepto de la Misa.

¡Pues quan digno es de ver el aparato,
La priesa y ceremonia, que anda entre ellos,
Quando se está vistiendo el mentecato!

Un ministro le crespa los cabellos,
Miéntras que al otro allá formas inventa
(Mas que las del panal) de abrir los cuellos.

¿Di, el brasero y los hierros que calienta,
No le condenarán por Cirujano,
Que apercibe cauterios, legra y tienta?

Todos andan vistiendo á Don Fulano,
Porque él de floxo y lánguido no puede
A tales usos alargar la mano:

O piensa que es grandeza, y finge adrede
No saberse vestir; porque el aseo
Solamente á los siervos se concede.

Pone el rostro á lo Turco ó Nabateo,
Mostachos y aladares se perfila,
(Que es belleza tener algo de feo.)

Luego su Consejero, ó su Sibila
¡Que calumnias, que pláticas secreto
En sus orejas fáciles destila!

Háblale, ó con denuedo, ó sin respeto,
(Dominio viene á ser, mas que privanza,
Que tiene mas de un Príncipe sujeto)

Y como executor de su esperanza,
(Odio comun de los demas criados)
A todos sus antojos se abalanza.

Pero su industria es tal, que los pescados,
Como á su Antonio los sirvió Cleopatra,
Del agua se los da en la red guisados.

Traza el empeño á cambio, la mohatra
En el ayre acomoda, y siempre flecha
Al que en las mismas aras idolatra.

Y aunque á su dueño el corazon le estrecha
Por una parte la molesta usura,
Por otra á nuevas fraudes se pertrecha.

Al son de los doblones asegura
Con las fuerzas que pide al que los presta,
Y se dexa enlazar de la escritura:

Que la tardanza sola es la molesta,
Y así con sus privados clandestinos,
A vista de la cédula hace fiesta:

Como de algun electo los sobrinos,
Que arribando las bulas, que tardaban;
Besan aquellos sacros pergaminos.

Pues ver quando los plazos se le acaban,
Con que cauto desvío arma la treta,
A los que ántes sin ley le desarmaban:

Que si engañado el acreedor le aprieta,
Por mas que le persiga diligente,
Le entretiene, le burla, y le sujeta;

De suerte, que agraviado y obediente
Le da otros plazos, y contemporisa,
Aunque conoce que otra vez le miente:

Y quando á judicial rigor le atiza,
Le ruega, y turba y del concierto escrito,
Proteo en formas mil se le desliza.

En efecto en la ley de su apetito
No hay palabra, no hay fe, no hay gentileza;
Antes cobrando fuerzas del delito,

No atiende mas á fueros de nobleza,
Que un Juez perquisidor, que acelerado
Se opone á Dios, y á la Naturaleza.

Destos niños Madrid vive logrado,
Y de viejos tan frágiles como ellos,
Porque en la misma escuela se han criado:

Que quando el tiempo, al fin, para vencellos,
Con no previsto hibierno se incorpora,
Sus barbas plateando y sus cabellos;

Este les pone luto, aquel los dora
Con fuego, baño, y peyne fementido,
Resistiendo á la fuerza vencedora,

Como si fuera injuria haber vivido,
O al sol pudiesen detener las riendas,
O infundir en sus animos olvido.

Ni á vosotras, ó tocas reverendas,
Autoridad y norte de la casa,
Ha de negar mi musa sus ofrendas.

Por vuestras manos su comercio pasa,
Los lechos conyugales, y aun las cunas
Mancilla vuestra industria, ó las abrasa.

El agraz virginal de las alumas
En las prensas arroja aun no maduro,
Sin aguardar tardanzas importunas.

Descoyunta el candado, humilla el muro,
En la familia toda infunde sueño,
Introduce al adúltero seguro.

Ni un fiel ladrido, ni un rumor pequeño
A su eficaz supersticion se opone,
De las potencias absoluto dueño.

Pero no he de negar, que aunque aficione
La inclinacion al gusto, hay otra rueda
Superior, que esta máquina compone:

La grave autoridad de la moneda,
Del áspero desden nunca ofendida,
Porque jamas oyó respuesta aceda.

Arbitro de la muerte y de la vida,
Que fisga del valor, y del derecho,
Porque del trato humano se despida.

Y así todo es venal, no hay sano pecho:
Cada qual Epicuro, ó Aristipo,
Su deleyte pretende, ó su provecho.

Si tú pudieses ver, como el Menipo
De Luciano, en los ayres sostenido,
Quando hierve esta corte de Filipo;

De su desórden, trafago y ruido,
Sin otros argumentos importantes,
Quedarias asaz persuadido.

Como aquí de Provincias tan distantes
Concurren, ó por gracia, ó por justicia,
Diversas lenguas, trages y semblantes;

Necesidad, favor, zelo, codicia
Forman tumulto, confusion, y priesa
Tal, que dirás, que el orbe se desquicia.

Tropel de litigantes atraviesa,
Con varias quejas, varios ademanes,
Sus causas publicando en voz expresa.

Entre mil estropeados Capitanes,
Que ruegan y amenazan todo junto,
Quando nos encarecen sus afanes;

Los vivanderos gritan, y en un punto
Cruzan entre los coches los entierros,
Sin que á dolor ni horror mueva el difunto.

Las voces, los ladridos de los perros,
Quando acosan la fiera, aquí resuenan,
Y aquí forjan los Ciclopes sus hierros.

Todos esperan, y discordes penan,
Segun la disonancia de los fines,
Y prosiguen lo mismo que condenan.

Mas dirás, que no todos son ruines,
Que entre los vicios las virtudes nacen,
Como entra yedras, rosas y jazmines.

¿Pues eso no está claro? Que aunque yacen
Sordas, tal vez avivan las acciones,
Y á su nobleza misma satisfacen.

Mas basteme mostrar las ocasiones,
Y peligros, que vencen las mas veces,
Y el grande riesgo á que tus hijos pones.

Y digo al fin, que si los aborreces,
Y no admitiendo el parecer segundo,
Constante en el primero permaneces;

Que si en tu casa hay pozo bien profundo,
O alta ventana, allá los precipita:
Que en los castigos no desplace al mundo
Quien por clemencia el mas horrendo evita.

ROMANCERO.

PARTE I.

ROMANCES MORISCOS.

I.

Sale la estrella de Vénus
Al tiempo que el sol se pone
Y la enemiga del dia
Su negro manto descoge:
Y con ella un fuerte Moro
Semejante á Rodamonte
Sale de Sidonia armado:
De Xerez la vega corre
Por do entra Guadalete
Al mar de España, y por donde
De Santa Maria el puerto
Recibe famoso nombre,
Desesperado camina,
Que aunque es de linage noble,
Le dexa su dama ingrata
Porque se sueña que es pobre.
Y aquella noche se casa

Con un Moro feo y torpe,
Que es Alcayde de Sevilla
Del Alcázar y la Torre.
Quexábase gravemente
De un agravio tan enorme,
Y á sus palabras la vega
Con el eco le responde.
Zayda, dice, mas airada
Que el mar que las naves sorbe,
Mas dura é inexôrable
Que las entrañas de un monte;
¿Como permites, cruel,
Despues de tantos favores,
Que de prendas que son mias
Agenas manos se adornen?
¿Es posible que te abraces
A las cortezas de un roble,
Y dexes el árbol tuyo
Desnudo de fruto y flores?
¿Dexas un pobre muy rico,
Y un rico muy pobre escoges,
Y las riquezas del cuerpo
A las del alma antepones,
¿Dexas al noble Gazul,
Dexas seis años de amores,
Y das la mano á Albenzayde
Quando apénas le conoces?
Alá permita, enemiga,
Que te aborezca y le adores,

Que

Que por zelos le suspires,
Y por ausencia le llores.
Y que de noche no duermas,
Y de dia no reposes,
Y en la cama le fastidies,
Y que en la mesa le enojes:
Y en las fiestas y en las zambras
No se vista tus colores,
Ni aun para verle permita
Que á la ventana te asomes.
Y menosprecie en las cañas
Para que mas te alborotes;
El almayzar que le labres,
Y la manga que le bordes,
Y se ponga el de su amiga
Con la cifra de su nombre,
A quien le dé los cautivos
Quando de la guerra torne.
Y en batalla de Christianos
De velle muerto te asombres,
Y plegue á Alá que suceda
Quando la mano le tomes.
Y si le has de aborrecer
Que largos años le goces,
Que es la mayor maldicion
Que pueden darte los hombres.
Con esto llegó á Xerez
A la mitad de la noche,
Halló el palacio cubierto

De luminarias y voces,
Y los Moros fronterizos
Que por todas partes corren
Con mil hachas encendidas
Y las libreas conformes.
Delante del desposado
En los estribos se pone,
Que tambien anda á caballo
Por honra de aquella noche.
Arrojado le ha una lanza,
De á parte á parte pasole:
Alborotóse la plaza,
Desnudó el Moro su estoque,
Y por en medio de todos
Para Medina volvióse.

II.

Aunque ausente de Ocaña
Llora, blasfema, se aflige,
Y aunque ausente y olvidado,
Pero siente, pues que vive.
Jurando está por su amor,
Y por la espada que ciñe,
Que tiene en la guarnicion
Cintas de aquella á quien sirve,
De no volver á Toledo
Hasta que del Tajo al Tiber
Sus animosas hazañas
En las mezquitas se pinten.
Celidaxa de mis ojos,

¿Quien te habla, quien te escribe?
¿A quien escribes y hablas,
Que mis memorias impide?
Siendo tú de sangre Real,
¿Como fue posible, dime,
Que tan presto quebrantases
La palabra que me diste?
Acuérdate, Mora ingrata,
Que paseando en tus jardines,
Por darme tu blanca mano,
Que tropezabas hiciste;
Y que alzándote del suelo
Hechas de ambar y de almizcle
Unas cuentas me entregaste,
Porque me mostraba libre.
Y al despedirte de mí,
Dando suspiros terribles
Me dixiste: ten, Azarque,
Cuenta con que no me olvides.
Tu Rey entró de por medio,
No supe lo que me dixe,
Entre tu justa mudanza,
Que con la luna compites.
Que si ya á decir verdad,
No hay Rey humano que obligue
A que no se acuerde el alma
De la memoria en que vive.
Con él te quedaste ufana,
Sin tí muriendo me vine,

A mí me abrasan tus zelos,
Y él tus abrazos recibe.
Contarásle por baldon,
Que pocas fiestas te hice,
Que malos motes saqué,
Porque mas tu gusto estime.
Quando diga si me amaste,
Yo apostaré que le dices,
Que tan infame baxeza
De tu valor no imagine.
Y que tu esquiva arrogancia,
Y tu condicion terrible
Apénas la vencen Reyes,
Quanto mas hombres humildes.
El tiempo lo trueca todo,
Yo me acuerdo que te vide
Tan regaladora mia,
Como del Rey á quien sirves.

III.

El Alcayde de Molina
Manso en paz y bravo en guerra
Con sus Capitanes todos
Llegó á la vista de Atienza,
De dó volvió victorioso
Sin daño y con grande pena,
De cautivos bautizados
Y de Christianas banderas.
Entró por la puerta el Moro,
Y corriendo á media rienda

A la orilla de su dama
Soberbio y contento llega.
Dos vueltas por ella dió,
Y al dar la tercera vuelta,
Desterrando sus temores
Celinda salió á la rexa,
Diciendo furiosa y loca:
Si tú tuvieras vergüenza,
No corrieras por mi calle,
Ni pararas á mi puerta.
Mal haya, Celinda Mora,
Tan determinada ó necia,
Que para vivir en paz
Se aficionó de la guerra.
Por ser tu alfange temido,
Mas que no por tu nobleza
Ofrecí á tu nombre solo
Lo que ves en tu presencia.
Sin considerar primero,
Que es claro que no concuerdan,
Con entrañas de diamante,
Entrañas que son de cera.
¿Que importa que mis regalos
En paz y en amor te tengan,
Si al son del pífano ronco
En furia y odio los truecas?
No niego yo que no acudes
Con voluntad á mis quejas,
Pero acudes con mayor

Al ruido de una escopeta.
Pues esas cosas estimas,
Justo es que esas cosas quieras,
Que pues en tanto las tienes
Ménos soy yo que son ellas.
Ciñete tu corvo alfange,
Embrázate tu rodela,
Y llama tu fiel Acátes
Que te lleve las saetas.
Sal á hacer escaramuzas
Por el monte y por la vega
En tu caballo tordillo,
Y en tu fronteriza yegua.
Tala los campos christianos,
Roba las christianas tiendas,
Desde el campo de Almazan
Hasta el monte de Sigüenza.
Dexa á Celinda del todo,
Pues tantas veces la dexas,
Y acude á tus obras vivas,
Pues que me haces obras muertas.
No te llamarán mis ojos,
Aunque viendo su miseria,
Llorarán sin ver los tuyos
Mi soledad y tu ausencia.
Esto dixo, y al momento
Cerró del balcon las puertas,
Sin tener lugar el Moro
De poderla dar respuesta.

IV.

No en azules tahalíes,
Corvos alfanges dorados,
Ni coronados de plumas
Los bonetes africanos,
Sino de luto vestidos
Entráron de quatro en quatro
Del malogrado Aliatar
Los afligidos soldados,
Tristes marchando,
Las trompas roncas,
Los atambores destemplados.

La gran empresa de Fénix,
Que en la bandera volando,
Apénas la trató el viento
Temiendo el fuego tan alto,
Ya por señas de dolor
Barre el suelo, y dexa el campo,
Arrastrado con la seda
Que el Alferez va arrastrando.
Tristes marchando, etc.

Salió el gallardo Aliatar
Con cien Moriscos gallardos
En defensa de Motril,
Y socorro de su hermano;
A caballo salió el Moro,
Y otro dia desdichado
En negras andas le vuelven.

Por donde salió á caballo.
Tristes, etc.

Caballeros del Maestre,
Que en el camino encontráron
Encubiertos de unas cañas,
Furiosos le salteáron;
Hiriéronle malamente,
Murió Aliatar malogrado,
Y los suyos aunque rotos,
No vencidos se tornáron.
Tristes, etc.

¡O como lo siente Zayda!
¡Y como vierten llorando
Mas que las heridas sangre,
Sus ojos aljofar blanco!
Dilo tú, amor, si lo viste;
¡Mas ay! que de lastimado
Diste otro nudo á la venda,
Por no ver lo que ha pasado.
Tristes, etc.

No solo le llora Zayda,
Pero acompáñanla quantos
Del Albaicin á la Alhambra
Beben de Genil y Darro.
Las damas como á galan,
Los valientes como á bravo,
Los Alcaydes como á igual,
Los plebeyos como á amparo.
Tristes marchando, etc.

V.

Bàtiéndole las hijadas
Con los duros acicates,
Y las riendas algo floxas,
Porque corra y no se pare;
En un caballo tordillo,
Que tras de sí dexa el ayre,
Por la plaza de Molina
Viene diciendo el Alcayde:
Al arma, Capitanes,
Suenen clarines, trompas y atabales.

Dexad los dulces regalos,
Y el blando lecho dexadle;
Socorred á vuestra patria,
Y librad á vuestros padres.
No se os haga cuesta arriba
Dexar el amor suave,
Porque en los honrados pechos
En tales tiempos no cabe.
Al arma Capitanes, etc.

Anteponed el honor
Al gusto, pues ménos vale,
Que aquel, que no le tuviere,
Hoy aquí podrá alcanzalle.
Que en honradas ocasiones
Y en peligros semejantes
Se suelen premiar las armas
Conforme al brazo pujante;

Al arma, Capitanes, etc.
Dexad la seda y brocado,
Vestid la malla y el ante,
Embrazad la adarga al pecho,
Tomad lanza y corvo alfange,
Haced rostro á la fortuna,
Tal ocasion no se escape,
Mostrad el robusto pecho
Al furor del fiero Marte.
Al arma, Capitanes, etc.

A la voz mal entonada
Los ánimos mas cobardes
Del honor estimulados
Ardiendo en cólera salen,
Con mil penachos vistosos
Adornados de turbantes,
Y siguiendo las banderas
Van diciendo sin pararse:
Al arma, Capitanes, etc.

Qual tímidas ovejuelas
Que ven el lobo delante,
Las bellas y hermosas Moras,
Llenan de quejas el ayre;
Y aunque con femenil pecho
La que mas puede mas hace,
Pidiendo favor al cielo
Van diciendo por las calles:
Al arma, Capitanes, etc.

Acudiéron al asalto
Los Moros mas principales,
Formándose un esquadron
Del vulgo y particulares;
Y contra dos mil christianos,
Que están talando sus panes,
Toman las armas furiosos,
Repitiendo en su lenguage:
Al arma, Capitanes,
Suenen clarines, trompas y atabales.

VI.

Recoge la rienda un poco,
Para el caballo que aguija
Medroso del acicate
Con que furioso le picas;
Que sin uso de razon,
A mi parecer te avisa
De aquel venturoso tiempo,
Que tú, desleal, olvidas:
Quando ruabas mi calle,
Midiendo de esquina á esquina
Con tus corbetas el suelo,
Mis ventanas con tu vista.
¡O cruel á mi memoria!
Pues por ella me castigas,
Abrasando mis entrañas
Con esas entrañas frias.
¡Que de prendas que fiaba
De tu voluntad fingida!

¡ Que de verdades me debes !
¡ Y yo á ti, que de mentiras !
Ayer temiste á mis ojos,
Hoy vences á quien temias;
Que amor y tiempo en mil años
No están iguales un dia.
Pensaba yo que en tu nombre
Mi esperanza fuese rica
En prendas de quien tú eres,
Y de quien son mis caricias.
¿ A donde enseñan engaños?
Por merced que me lo digas:
Defenderéme del tiempo,
Y de tí no tendré envidia.
Mas bien pudiera saberlo,
Si yo saberlo queria,
Quando escuché tus razones,
Y ví tus quejas escritas.
Disculpas pensabas darme,
No quiero que me las digas,
Para la dama que engañas
Será mejor que te sirvan.
Ya te cansas de escucharme,
Bien es ya que te despidas
De mi alma y de mis ojos
Como de mis zelosías.
Esto dixo al Mero Azarque
La bella Zayda de Olias,
Y cerrando su balcon

Dió

Dió principio á sus desdichas.
El Moro picó el caballo
Y hácia el terrero le guia,
Murmurando de su estrella,
Que á mil mudanzas le inclina.

VII.

Diamante falso y fingido
Engastado en pedernal,
Alma fiera en duro pecho,
Que ninguna fiera es mas;
Ligero como los vientos,
Mudable como la mar,
Inquieto como el fuego
Hasta hallar su natural;
Si las lágrimas que vierto
Fueran lenguas para hablar,
Injurias me faltarian
Para culpar tu maldad.
¡Que injurias podré decirte!
Mas no te quiero injuriar,
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.

A todas dices que son
Las que contento te dan
Para tu gusto mentira,
Y que yo soy tu verdad.
Y con esto piensan todos
Que debo á tu voluntad

Quantos caminos emprendes,
Para que te deba mas.
Si como yo conociesen
Tu condicion natural,
A otro blanco mirarian
Adonde tus flechas van.
Yo sé, traydor, que estas quejas
Muy poca pena te dan,
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.

Cansada estoy, enemigo,
De sufrir y de llorar
Causa agena y propios daños,
Tu placer y mi pesar.
Mis enemigos acoges;
Porque al fin conoces ya,
Que quando no puedan obras,
Palabras me matarán.
Sospechas dudosas fuéron
Causa de todo mi mal,
Y zelos averiguados
Convaleciéndome van.
Al cielo quiero dar voces;
Pero mejor es callar,
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.

Así Fátima se queja
Al valiente Reduan
En el jardin de la Alhambra,

Al pie de un verde arrayan.
El Moro que está sin culpa,
Aunque no sin pena está,
Asióle la blanca mano
Y así comienza á hablar:
Cesad, hermosas estrellas,
Que no es bien que lloreis mas,
Que si á mi me llamais piedra,
En piedras haceis señal.
Y no penseis que me agravio
De que injurias me digais,
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.

VIII.

Mira, Zayde, que te aviso,
Que no pases por mi calle,
Ni hables con mis mugeres,
Ni con mis cautivos trates:
Ni preguntes en que entiendo,
Ni quien viene á visitarme,
Ni que fiestas me dan gusto,
Ni que colores me placen.
Basta que son por tu causa
Las que en el rostro me salen,
Corrida de haber mirado
Moro que tan poco sabe.
Confieso que eres valiente,
Que rajas, hiendes y partes,

Y que has muerto mas Christianos
Que tienes gotas de sangre :
Que eres gallardo ginete,
Y que danzas, cantas, tañes,
Gentilhombre, bien criado,
Quanto puede imaginarse :
Blanco, rubio por extremo,
Esclarecido en linage,
El gallo de las bravatas,
La gala de los donayres :
Que pierdo mucho en perderte,
Que gano mucho en ganarte,
Y que si nacieras mudo,
Fuera posible adorarte.
Mas por este inconveniente
Determino de dexarte,
Que eres pródigo de lengua,
Y amargan tus libertades.
Y habrá menester ponerte,
Quien quisiere sustentarte,
Un Alcazar en el pecho,
Y en los labios un Alcayde.
Mucho pueden con las damas
Los galanes de tus partes,
Porque los quieren briosos
Que hiendan y que desgarren.
Y con esto, Zayde amigo,
Si algun banquete les haces,
El plato de tus favores

Quieres que coman y callen.
Costoso fué el que hiciste,
Venturoso fueras, Zayde,
Si conservarme supieras,
Como supiste obligarme.
Pero no saliste apénas
De los jardines de Tarfe,
Quando hiciste de tus dichas
Y de mi desdicha alarde;
Y á un Morillo mal nacido
Me dixéron que enseñaste
La trenza de mis cabellos,
Que te puse en el turbante.
No pido que me la des,
Ni que tampoco la guardes,
Mas quiero que entiendas, Moro,
Que en mi desgracia la traes.
Tambien me certificáron,
Como le desafiaste,
Por las verdades que dixo,
Que nunca fueran verdades.
De mala gana me rio,
¡Que donoso disparate!
Tú no guardas tu secreto,
¿Y quieres que otro lo guarde?
No quiero admitir disculpa,
Otra vez vuelvo á avisarte;
Esta será la postrera,
Que me veas y te hable.

Dixo la discreta Mora
Al altivo Abencerrage,
Y al despedirle replica,
Quien tal hace que tal pague.

IX.

Di, Zayda, ¿de que me avisas?
¿Quieres que muera y que calle?
No des crédito á mugeres,
No fundadas en verdades.
Que si pregunto en que entiendes,
O quien viene á visitarte,
Son fiestas de mi contento
Las colores que te salen.
Si dices son por mi causa,
Consuélate con mis males,
Que mil veces con mis ojos
Tengo regadas tus calles.
Si dices que estás corrida
De que Zayde poco sabe;
No supe poco, pues supe
Conocerte y adorarte.
Conoces que soy valiente,
Y tengo otras muchas partes;
No las tengo, pues no puedo
De una mentira vengarme.
Mas ha querido mi suerte,
Que ya en quererme te canses:
No pongas inconvenientes
Mas de que quieres dexarme.

No entendí que eras muger
A quien novedad aplace,
Mas son tales mis desdichas,
Que ya aun lo imposible hacen.
Hánme puesto en tal estrecho,
Que el bien tengo por ultrage,
Y alábasme por hacerme
La nata de los pesares.
Yo soy quien pierdo en perderte,
Y gano mucho en ganarte,
Y aunque hablas en mi ofensa,
No dexaré de adorarte.
Dices que si fuera mudo
Fuera posible adorarme;
Si en mi daño yo lo he sido,
Enmudezco en disculparme.
¿Hate ofendido mi vida?
¿Quieres, señora, matarme?
Basta decir que yo hablé
Para que el pesar me acabe.
Es mi pecho calabozo
De tormentos inmortales;
Mi boca la del silencio
Que no ha menester Alcayde.
El hacer plato y banquete
Es de hombres principales,
Mas de favores hacerlo
Solo pertenece á infames.
Zayda cruel, hasme dicho,

Que no supe conservarte,
Mejor supe yo quererte,
Que tú supiste pagarme.
Mienten los Moros y Moras,
Y miente el villano Atarfe,
Que si yo le amenazara,
Bastara para matarle.
Este perro mal nacido,
A quien yo mostré el turbante,
No le fio yo secretos
Que en baxo pecho no caben.
Yo he de quitarle la vida,
Y he de escribir con su sangre,
Lo que tú, Zayda, replicas,
Quien tal hace que tal pague.

X.

Si tienes el corazon,
Zayde, como la arrogancia,
Y á medida de las manos
Dexas volar las palabras,
Si en la vega escaramuzas,
Como entre las damas hablas,
Y en el caballo revuelves
El cuerpo, como en las zambras;
Si el ayre de los bohordos
Tienes en jugar la lanza,
Y como danzas la toca,
Con la cimitarra danzas;

Si eres tan diestro en la guerra
Como en pasear la plaza,
Y como á fiestas te aplicas,
Te aplicas á la batalla:
Si como el galan ornato,
Usas la lucida malla,
Y oyes el son de la trompa,
Como el son de la dulzayna:
Si como en el regocijo
Tiras gallardo las cañas,
En el campo al enemigo
Le atropellas y maltratas;
Si respondes en presencia,
Como en ausencia te alabas;
Sal á ver si te defiendes,
Como en el Alhambra agravias.
Y si no osas salir solo,
Como lo está el que te aguarda;
Alguno de tus amigos
Para que te ayuden saca.
Que los buenos Caballeros
No en palacio ni entre damas
Se aprovechan de la lengua,
Que es donde las manos callan;
Pero aquí que hablan las manos,
Ven, y verás como habla
El que delante del Rey
Por su respeto callaba.
Esto el Moro Tarfe escribe

Con tanta cólera y rabia,
Que donde pone la pluma,
El delgado papel rasga.
Y llamando á un page suyo,
Le dixo, vete al Alhambra,
Y en secreto al Moro Zayde
Da de mi parte esta carta,
Y dirásle que le espero
Donde las corrientes aguas
Del cristalino Genil
Al Generalife bañan.

XI.

Así no marchite el tiempo
El abril de tu esperanza,
Que me digas, Tarfe amigo,
Donde podré ver á Zayda.
La forastera te digo,
Aquella recien casada,
La de los rubios cabellos,
Y mas que cabellos gracias.
Aquella que en menosprecio
De las damas cortesanas
Celebran los Moros nobles,
Con gloriosas alabanzas.
Voy por ella á la mezquita,
Por ella voy á las zambras,
Y aunque tan caro me cuesta
No puedo velle la cara.

Encúbrese de mis ojos,
Cierta señal que me agravia,
Y aunque mas, Tarfe, me digas,
No tengo zelos sin causa.
Despues que á Granada vine,
¡ Nunca viniera á Granada!
Sale mi Alcayde de noche,
Y aun no viene á la mañana.
Enfádanle mis caricias,
Y estar conmigo le enfada,
No es mucho que yo le canse
Si en otra parte descansa.
Si está en el jardin conmigo,
Si está conmigo en la cama,
No solo las obras niega,
Mas me niega las palabras.
Si le digo, vida mia,
Me responde, mis entrañas;
Pero con una tibieza
Y un yelo que me las rasga.
Y miéntras mas le regalo,
Como trae vestida el alma
De pensamientos traydores,
Enséñame las espaldas.
Si me enlazo de su cuello
Baxa los ojos, y baxa
La cabeza, y de mis brazos
Da vuelta y se desenlaza;
Arrojando unos suspiros

Del infierno de sus ansias,
Que mis sospechas enciende,
Y mis contentos abrasa.
Si la causa le pregunto,
Dice que yo soy la causa;
Y miente, que allí me tiene
Ociosa y enamorada.
Pues decir que le he ofendido;
En infiernos de amor arda,
Si despues que le conozco
Me he asomado á la ventana,
Si he tomado mano agena,
Si he visto toros ni cañas,
Y si en parte sospechosa
Se han estampado mis plantas.
Y Mahoma me maldiga,
Si por guardarse en mi casa
La ley de su gusto sola
Las del Alcoran se guardan.
¿Mas para que gasto tiempo
En darte cuentas tan largas,
Si el alcance que le he hecho
Tú lo sabes y lo callas?
No jures, que no te creo:
¡Aquella muger mal haya,
Que de vuestros juramentos
Redes para el gusto labra!
¡Que traydores son los hombres!
¡Como sus promesas falsas,

Muerto

Muerto el fuego, desparecen
Como escritas en el agua!
¡Ay Dios! que me acuerdo quando...
Aquí el aliento me falta,
Una congoja me viene,
Tenme, Tarfe, no me cayga.
Dixo llorando Adalifa
Zelosa de su Abenamar,
Y en brazos del Moro Tarfe
Se ha quedado desmayada.

XII.

Por la plaza de San Lucar
Galan paseando viene
El animoso Gazul
De blanco, morado y verde.
Quiere partirse gallardo
A jugar cañas á Gelves,
Que hace fiestas su Alcayde
Por las paces de los Reyes.
Adora una Abencerrage,
Reliquia de los valientes
Que matáron en Granada
Los Zegríes y Gomeles.
Por despedirse y hablalle
Vuelve y revuelve mil veces,
Penetrando con los ojos
Las venturosas paredes.
Al cabo de una hora de años,

De esperanzas impaciente,
Vióla salir al balcon
Haciendo los años breves.
Arremitió su caballo
Viendo aquel sol que amanece
Haciendo que se arrodille,
Y el suelo en su nombre bese.
Con voz turbada le dice:
No es posible sucederme
Cosa triste en esta ausencia,
Viendo así tu vista alegre.
Allá me llevan sin alma
Obligacion y parientes;
Volveráme mi cuidado
Por ver si de mí le tienes.
Dame una empresa en memoria,
Y no para que me acuerde
Sino para que me adorne,
Guarde, acompañe y esfuerce.
Zelosa está Lindaraxa,
Que de zelos grandes muere
De Zayda la de Xerez,
Porque su Gazul la quiere.
Y de esto la han informado
Que por ella ardiendo muere,
Y así á Gazul le responde:
Si en la guerra te sucede
Como mi pecho desea,
Y el tuyo falso merece,

No volverás á San Lúcar
Tan ufano como sueles
A los ojos que te adoran,
Y á los que mas te aborrecen.
Y plegue á Alá que en las cañas,
Los enemigos que tienes
Te tiren secretas lanzas,
Porque mueras como mientes.
Y que traygan fuertes xacos
Debaxo los alquiceles,
Porque si quieres vengarte,
Acabes y no te vengues.
Tus amigos no te ayuden,
Tus contrarios te atropellen,
Y que en hombros de ellos salgas
Quando á servir damas entres.
Y que en lugar de llorarte
Las que engañas y entretienes,
Con maldiciones te ayuden,
Y de tu muerte se huelguen.
Pienza Gazul que se burla,
(Que es propio del inocente),
Y alzándose en los estribos,
Tomarle la mano quiere.
Miente, le dice, Señora,
El Moro que me revuelve,
A quien estas maldiciones
Le vengan, porque me venguen.
Mi pecho aborrece á Zayda,

De que la amó se arrepiente,
Malditos sean los años,
Que la serví por mi suerte:
Dexóme á mí por un Moro,
Mas rico de pobres bienes.
Esto que oye Lindaraxa,
Aquí la paciencia pierde;
A este punto pasó un page
Con sus caballos ginetes,
Que los llevaba gallardos
De plumas y de jaeces.
La lanza con que ha de entrar
La toma y fuerte arremete,
Haciéndola mil pedazos
Contra las mismas paredes:
Y manda que sus caballos
Jaeces y plumas truequen,
Los verdes truequen leonados
Para entrar leonado en Gelves.

XIII.

De los trofeos de amor
Coronadas ámbas sienes,
Muy gallardo entra Gazul
A jugar cañas á Gelves,
En un overo furioso
Que al ayre en su curso excede,
Y su pujanza y rigor
Un leve freno detiene.

Llegado á do están las damas,
En los arzones se mete,
Y en pie se pusiéron todas
Bien ciertas que mas merece.
Entre ellas estaba Zayda,
De quien un tiempo doliente
Fué favorecido el Moro,
Aunque agora la aborrece.
Y como vido á Gazul,
Renovóse el accidente,
Y tanto quanto le mira,
Mas le adora y mas le quiere.
Y así qual puesta en balanza
Dando el alma mil vayvenes
Zelosa y arrepentida
Diversas cosas revuelve.
Alminda que vido á Zayda
Que de nuevo se entristece,
Para divertir, la dixo,
Le descubra lo que siente.
Tomó Zafira la mano,
Y la plática suspende
El alboroto y estruendo
De los que á las cañas vienen.
Estaban ya las quadrillas
Dentro del cerco y palenque
Con berberiscas naciones
Y marlotas diferentes.

Al son de bárbaras trompas
Los caballos impacientes
Con relinchos y bufidos
Por medio la turba hienden.
Revuélvense unos con otros,
Y con ánimos valientes
Con leves cañas procuran
Ofenderse quanto pueden.
Duró gran rato la fiesta,
Pero fué como sucede,
Que todo á la fin se acaba,
Todo se acaba y perece.
Daba priesa el cano tiempo
A Apolo porque detiene
Su velocísimo carro
De su tardanza impaciente:
Y quando llegó al ocaso,
Su contrario que lo siente,
Con no menor movimiento
Bate las alas y viene.
A cuya venida todos
Por medio el campo arremeten,
Y de su esfuerzo pagados
Mandáron cesar los Jueces.

XIV.

No es razon, dulce enemiga,
Si acaso me quieres bien
Que por dar contento á Zayde,

Tan sorda á mi llanto estés.
¿Que aspid de Libia, señora,
Te ha enseñado á ser cruel?
¿Quien te dió entrañas tan duras,
Que amorosas solian ser,
Que la gloria que en un año
Con pura aficion compré,
Quieres con alma traydora
Tiranizarla en un mes?
Dícenme que ese envidioso
La causa de mi mal es,
Y que son tus ojos fuentes
El tiempo que no le ves.
Pues no es justo, hermosa Laura,
Que con tan rico laurel,
Y á fuerzas de fe ganado,
Se adorne un traydor sin ley.
Vuelve con piedad los ojos,
Verás rendido á tus pies
Como se queja Floriardo
Por el rigor de un desden.
Con lisonjas me entretienes,
Y con engaños tambien,
Hete sido fiel en todo,
Y en nada me has sido fiel.
Pues ya mis quejas te enfadan,
¿A quien, tigre hircana, á quien
De mi dolor daré cuenta
Sino es á la causa de él?

Y si por pobre me dexas,
Y te mueve el interes,
Si has menester lo que valgo,
Tu esclavo soy, véndeme.

XV.

Reduan, anoche supe,
Que un vil Atarfe me ofende,
Y en un infierno insufrible
Trocado mi gloria tiene.
Que un pecho que fué diamante
En blanda cera lo vuelve,
Mis contentos en pesares,
Y en favores sus desdenes.
Tanto pudo su porfía,
Y mi ausencia tanto puede,
Que es ya lo que nunca ha sido,
Y yo no lo que fuí siempre.
¡Que de abrazos que la debo!
¡Que de suspiros me debe!
¡Que ardiendo van de mi pecho,
Y se hielan en su nieve!
Gloria la daban mis prendas,
Y consuelo mis papeles,
Lo que mi lengua decia,
Eran inviolables leyes.
Pasó este tiempo dichoso,
Por ser dichoso, tan breve,
Y en mil pesares y enojos

Se trocáron mis placeres.
¡Quien tal creyera! olvidóme,
Y olvidado me aborrece
Por un moro advenedizo,
Que no sé de quien desciende.
Huélgate, Mora enemiga,
Aunque á mi pesar te huelgues,
Entra ufana en Vivarrambla,
Donde mis penas te alegren.
Aquese infame Morillo,
Que aborrezco y favoreces,
Atale al brazo tu toca,
Para que las cañas juegue.
Que por Alá que has de verla
Teñida en su sangre aleve,
Y en la tuya la tiñera;
Mas soy hombre, y muger eres.
Por Mahoma, que estoy loco,
Mi sangre en las venas hierve,
La paciencia se me acaba,
Y mi juicio se pierde.
Pero no me tenga el mundo
Por el Alcayde de Velez,
Ni me favorezca el cielo,
Ni la tierra me conserve,
El mas cobarde me mate,
Sin que tenga quien me vengue,
Si á esta ciudad, si á este infierno
Adonde mi honra muere,

No la escandalizo, y vengo
Mis agravios con la muerte
De ese Morillo cobarde,
Que es infame y se me atreve;
A quien quitaré la vida,
Y mil vidas, si mil tiene.
Resuelto estoy, Reduan,
De vengarme, ó de perderme;
Que un noble si está ofendido,
Fácilmente se resuelve.

XVI.

Al lado de Sarracina
Xarife está en una zambra
Hablando en su amor primero
De que fué la secretaria.
¿Sois vos, le dice la Mora,
Xarife aquel de Daraxa,
Aquel de fe templo, aquel
Monstruo de perseverancia?
Tres años ha, caballero,
Que os llora, por muerto España;
¿Si muerto, como en el mundo?
¿Si vivo, como sin alma?
El enamorado Moro
Por satisfacer la Dama
Ni en voz humilde ni altiva
Así su lengua desata:
El hilo de nuestras vidas

En mano está de las parcas :
Ellas le rompen y tuercen,
Que fuerza de amor no basta.
Si hubiera querido el cielo,
Que para mas mal me guarda,
Puerta han dado mis empresas
A mas de un morir de fama.
Mas de una vez el Maestre
Midió conmigo su lanza,
Mas de un golpe de los suyos
Guarda por blason mi adarga.
En la traycion de Muley,
Y en la libertad de Zayda
Si no derramé la vida,
Fué culpa de mi desgracia.
Aunque fué (si bien se mide)
Cosa por razon guiada,
Que no es justo pueda el hierro,
Lo que no puede la rabia.
Ví triunfar á mi enemigo
De quien me venció sin armas,
Yo el cuello puesto en cadena,
Él su frente coronada :
Ví adornados sus trofeos
De mil laureles y palmas,
Y el ave de Ticio fiera
Cebarse de mis entrañas.
Entónces, entónces, muerte,
A buena sazon llegaras,

Tuviera el sepulcro el cuerpo
Do tuvo su cielo el alma.
Muriera donde á lo ménos
Supiera el mundo la causa,
Donde mis placeres, donde
Muriéron mis esperanzas.

XVII.

Aquel valeroso Moro
Rayo de la quinta esfera,
Aquel nuevo Apolo en paces,
Y nuevo Marte en la guerra;
Aquel que dexó memoria
De mil hazañas diversas,
Antes de apuntarle el bozo
Por punta de lanza hechas;
Aquel que es tal en el mundo
Por su esfuerzo y por su fuerza,
Que sus mesmos enemigos
Le bendicen y le tiemblan;
Aquel por quien á la fama
Le importa que se prevenga
Para contar sus hazañas
De mas alas y mas lenguas;
Zulema al fin, el valiente
Hijo del fuerte Zulema,
Que dexó en la gran Toledo
Fama y memoria perpetua;
No amando, sino galan,

Aunque

Aunque armado mas lo era,
Fué á ver en Avila un dia
Las fiestas como de fiesta.
En viéndole, la gran plaza
Toda se alegra y se altera,
Que en ver en fiestas al Moro
Les parece cosa nueva.
En los andamios Reales
Los Adalifes le ruegan,
Que se asiente, aunque se temen
Que á todas los escurezca.
Bendiciéndole mil veces
Su venida y su presencia,
Le dan las damas asiento
Dentro en sus entrañas mesmas.
Pero al fin Zulema en medio
De los Alcaldes se sienta,
Que lo fuéron por entónces
De la mayor fortaleza.
Quando mas breve que el viento,
Y mas veloz que cometa
Del celebrado Xarama
Un toro en la plaza sueltan.
De aspecto bravo y feroz,
Vista enojosa y soberbia,
Ancha nariz, corto cuello,
Cuerno ofensible y piel negra.
Desocúpale la plaza
Toda la mas gente de ella,

Solo algunos de á caballo,
Aunque le temen, le esperan.
Piensan hacer muerte en él,
Mas fuéles la suya adversa,
Pues siempre que el toro embiste
Los maltrata y atropella.
No osan mirar á las damas
De pura vergüenza de ellas,
Aunque ellas tienen los ojos
En otra fiera mas fiera.
A Zulema miran todas,
Y una disfrazada entre ellas,
Que hace á todas la ventaja
Que el sol claro á las estrellas,
Le hizo señas con el alma,
De quien son los ojos lengua,
Que esquite aquellos azares
Con alguna suerte buena.
La suya bendice el Moro,
Pues gusta de que se ofrezca
Algo que á la bella Mora
De sus deseos dé muestra.
Salta del andamio luego,
Mas no salta, sino vuela;
Que amor le prestó sus alas
Como es suya aquesta empresa.
Quando ve que á un hombre el toro
Con pies y manos le huella,
Y siendo sujeto al hombre

Agora al hombre sujeta.
A pie se parte á librarle,
Y aunque todos le vocean,
No lo dexa porque sabe
Que está su victoria cierta.
Llega al toro cara á cara,
Y con la indomable diestra
Esgrime el agudo alfange
Haciéndole mil ofensas.
Retírase el toro atras,
Líbrase el que estaba en tierra,
Grita el pueblo, brama el toro,
Vuelve á aguardarle Zulema.
Otra vez vuelve á embestille,
Y mejor que la primera
Le acierta, y riega la plaza
Con la sangre de sus venas.
Brama, bufa, escarva, huele,
Anda al rededor, patea,
Vuelve á mirar quien le ofende,
Y de temelle da muestra.
Tercera vez le acomete,
Echando por boca y lengua
Blanca y colorada espuma
De corage y sangre hecha
Pero ya cansado el Moro
De verle durar, le acierta
Un golpe por do á la muerte
Le abrió una anchurosa puerta.

Levanta la voz el vulgo,
Cae el toro muerto en tierra,
Envidianle los mas fuertes,
Bendícenle las mas bellas.
Con abrazos le reciben
Los Azarques y Vanegas,
Las damas le envian el alma
A darle la enhorabuena.
La fama toca su trompa,
Y rompiendo el ayre vuela,
Apolo toma la pluma,
Yo acabo, y su gloria empieza.

XVIII.

Ocho á ocho, diez á diez
Sarracinos y Aliatares
Juegan cañas en Toledo
Contra Alarifes y Azarques.
Publicó fiestas el Rey
Por las ya juradas paces
De Zayde, Rey de Belchite,
Y del Granadino Atarfe.
Otros dicen que estas fiestas
Sirviéron al Rey de achaques,
Y que Zelindaxa ordena
Sus fiestas y sus pesares.
Entráron los Sarracinos
En caballos alazanes,
De naranjado y de verde,

Marlotas y capellares.
En las adargas traian
Por empresas sus alfanges
Hechos arcos de Cupido,
Y por letra: *Fuego y sangre.*
Iguales en las parejas
Les siguen los Aliatares
Con encarnadas libreas
Llenas de blancos follages.
Llevan por divisa á un cielo
Sobre los hombros de Atlante
Y un mote que así decia,
Tendrélo hasta que me canse.
Los Alarifes siguiéron
Muy costosos y galanes
De encarnado y amarillo,
Y por mangas almaizales.
Era su divisa un nudo,
Que le deshace un salvage,
Y un mote sobre el baston,
En que dice: *Fuerzas valen.*
Los ocho Azarques siguiéron,
Mas que todos arrojantes
De azul, morado y pagizo,
Y unas hojas por plumages.
Sacáron adargas verdes,
Y un cielo azul en que se asen
Dos manos, y el mote dice:
En lo verde todo cabe.

No pudo sufrir el Rey,
Que á los ojos le mostrasen
Burladas sus diligencias,
Y su pensamiento en valde.
Y mirando á la quadrilla,
Le dixo á Selin su Alcayde,
Aquel sol yo le pondré,
Pues contra mis ojos sale.
Azarque tira bohordos,
Que se pierden en el ayre,
Sin que conozca la vista
A do suben, ni á do caen.
Como en ventanas comunes
Las damas particulares,
Sacan el cuerpo por verle
Las de los andamios Reales:
Si se alarga ó se retira,
Del mitad del vulgo sale
Un gritar, Alá te guie,
Y del Rey, un muera, dadle.
Zelindaxa sin respeto
Al pasar por rocialle,
Un pomo de agua vertia,
Y el Rey gritó paren, paren.
Creyéron todos que el juego
Paraba por ser ya tarde,
Y repite el Rey zeloso:
Prendan al traydor de Azarque.
Las dos primeras quadrillas

Dexando cañas á parte,
Piden lanzas, y ligeros
A prender al Moro salen,
Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un Rey amante.

Las otras dos resistian
Si no les dixera Azarque;
Aunque amor no guarda leyes,
Hoy es justo que las guarde.
Rindan lanzas mis amigos,
Mis contrarios lanzas alcen,
Y con lástima y victoria
Lloren unos, y otros callen:
Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un Rey amante.

Prendiéron al fin al Moro,
Y el vulgo para libralle
En acuerdos diferentes
Se divide y se reparte;
Mas como falta caudillo,
Que los incite y los llame,
Se deshacen los corrillos
Y su motin se deshace:
Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un Rey amante.

Sola Zelindaxa grita,
Libradle, Moros, libradle,
Y de su balcon queria

Arrojarse por librarle.
Su madre se abraza de ella,
Diciendo, loca ¿que haces?
Muere sin darlo á entender,
Pues por tu desdicha sabes,
Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un Rey amante.

Llegó un recado del Rey,
En que manda, que señale
Una casa de sus deudos,
Y que la tenga por cárcel.
Dixo Zelindaxa, digan
Al Rey que por no trocarme,
Escojo para prision
La memoria de mi Azarque,
Y habrá quien baste
Contra la voluntad de un Rey amante.

PARTE II.

ROMANCES PASTORILES.

I.

El tronco de ovas vestido
De un álamo verde y blanco
Entre espadañas y juncos
Bañaba el agua del Tajo,
Y las puntas de su altura
Del ardiente sol los rayos,
Y todo el arbol dos vides
Entre racimos y lazos:
Al son del agua y las ramas
Heria el céfiro manso
En las plateadas hojas
Tronco, punta, vides y árbol.
Este con llorosos ojos
Mirando estaba Belardo,
Porque fué un tiempo su gloria
Como ahora es su cuidado.
Vió de dos tórtolas bellas
Texido un nido en lo alto,
Y que con arrullos roncos
Los picos se están besando.
Tomó una piedra el pastor,

Y esparció en el ayre vano
Ramas, tórtolas y nido,
Diciendo alegre y ufano:

Dexad la dulce acogida
Que la que el amor le dió
Envidia me la quitó,
Y envidia os quita la vida.
Piérdase vuestra amistad
Pues que se perdió la mia,
Que no ha de haber compañía
Donde está mi soledad.

Esto diciendo el pastor,
Desde el tronco está mirando
Adonde irán á parar
Los amantes desdichados.
Y vió, que en un verde pino
Otra vez se están besando;
Admiróse y prosiguió
Olvidado de su llanto:

Voluntades que avasallas,
Amor, con tu fuerza y arte
¿Quien habrá que las aparte
Si apartallas es juntallas?
Pues que del nido os eché,
Y ya teneis compañía,
Quiero esperar que algun dia
Con Filis me juntaré.

II.

De las africanas playas
Alejado de sus huertas
Mira el forzado hortelano
De España las altas tierras.
Mira las golosas cabras
En las peladas laderas,
Que apénas se determina
Si son cabras ó son peñas.
Tiende la envidiosa vista
Por las abundosas vegas
Y comarcanas cabañas,
Que casi á la par humean.
Miraba por Gibraltar
Las heladas rocas yertas
Azotadas de las ondas,
Y arrancadas de la arena.
Mira el estrecho cubierto,
Y las hervientes arenas,
Que le parece que braman,
Y por mil partes resuenan.
O sagrado mar, le dice,
Haz con mis suspiros treguas;
Perdona si ellos ó el viento,
Son causa de tu tormenta.
Pásame en esotra playa;
Que si en ella me presentas,
Te ofreceré un blanco toro
El mejor de mis dehesas.

No quiero que mis deseos
Vayan á terras agenas ;
Da vida á un nuevo Leandro,
Que en tus manos se encomienda.
Esto diciendo el forzado ,
En las blandas ondas se echa
Con los brazos á remar ,
Hiende, rompe, rasga y huella.
Mas allá á la media noche
Quando los miembros le aquejan
Temeroso de su daño
Habló así á las ondas fieras :
Queridas y amadas ondas,
Pues determinais que muera,
Dexadme salir amigas ,
Que yo os pagaré esta deuda.
Fuéle el viento favorable,
Oyó fortuna sus quejas,
Y á nacer el rubio sol,
Hizó pie sobre la arena.
Dió gracias al mar piadoso,
Al viento, norte y estrellas,
Y con ceremonia humilde
Besó y adoró la tierra.

III.

Al dulce y sabroso canto
De las aves placenteras,
Ya recaudaba la aurora

La

La escura nube desierta,
Quando un pastor desdichado
De ningun sueño recuerda,
Porque quien cuidados tiene,
¿Como es posible que duerma?
Y por hacer compañía
A las aves que se quejan
De algun agravio de amor,
Así tambien se querella:
Ingrato amor, Silvia ingrata,
Ciego amor, hermosa fiera
Mas que las selvas doblada,
Y mas que las selvas bella;
Quien te dió de Silvia el nombre
Bien dixo, pues que la selva
Las fieras bestias produce,
Osos y tigres alberga.
Tú dentro tu pecho hermoso
Desden y crueldad encierras,
Fieras mas duras y esquivas
Que tigres y que otras fieras
Pues estas suelen moverse
A mansedumbre y clemencia,
Mas á tu rigor no pueden
Vencer mis dones y ofertas.
Triste! que quando te envio
Flores hermosas y nuevas,
Tú las desdeñas quizá
Porque en tí las hay mas bellas.

Y si escogidas manzanas
Te llevo, tú la desechas,
Quizá porque mas hermosas
Las de tu seno se muestran.
Triste! que quando te ofrezco
La dulce miel la desprecias,
Quizá por ser mas sabrosa
La que tus labios encierran;
Pero si no puedo darte
Otros dones de mas cuenta,
Y aquestos en tí se hallan
Con mas dulzura y belleza;
A mí mesmo te he entregado,
Y aun este don menosprecias,
Que en otro tiempo estimaste,
Mas al fin todo se trueca:
Con esto acabó el pastor,
Para no acabar sus quejas,
Hasta que acabe la vida,
O la razon que hay en ellas.

IV.

Presta la venda que tienes,
Amor, á la bella niña
Para que cubra los ojos,
Con que da muerte y da vida.
Los mas libres corazones
Prende con sola una vista,
Los mas soberbios sujeta,

Y los mas firmes derriba.
Y aunque muriendo viva,
Goza de gloria el alma que cautiva.

Si no quieres de tus flechas
Gozar solas las cenizas,
Y que de tus tiernos brazos
Te quite el arco y se rinda,
Déxale la venda y huye,
De ella te oculta y te libra;
Que no hay quien hoy se le escape
De quantos sus ojos miran.
Y aunque muriendo, etc.

No hay zagal en el aldea
De noble ó de baxa estima
Que la señal de su hierro
No trayga en su rostro escrita
De lo que las almas sufren
Salen al rostro las pintas,
Y por los ojos descubren
Lo que los suyos lastiman,
Y aunque muriendo, etc.

V.

En tanto que la tormenta
Del airado mar se amansa,
Y que se enxugan las redes
Y mi barquilla descansa;
Al son de las olas fieras,
Que en estas peñas desbravan,

A cuyos golpes se mueven
Mas que á mis males mi ingrata;
Quiero hacer un discurso
De mi vida lastimada,
Y cantar con voz de cisne,
Si es verdad que el cisne canta.
Agora pises la arena,
Soberbia y hermosa Glauca,
Desdeñando la tormenta
Como desdeñas mi alma;
Agora con tus amigas
Sobre las redes sentada
Cuentes de los pescadores
Las enamoradas ansias;
Escucha las que padezco,
Hermosa ingrata, á tu causa,
Que bastarán á ablandarte
A no ser de piedra helada.
Apénas supo la lengua
Articular las palabras
Quando sembré por el ayre
Mis quejas y tu alabanza.
Y tú sabes bien que apénas
Eché las redes al agua,
Quando me enredé en tus hebras
Que son redes de esta playa.
Creciéron en mí los años,
Y subiéron las desgracias
Al peso de mis desdichas

Que fuéron siempre pesadas.
Nunca las puertas de Oriente
Abrió tan hermosa el alba
Quando saca de alelíes
Las bellas sienes ornada,
Que á los ojos de tu Albano
No le hicieses tú ventaja
Con salir ella á dar luz,
Y tú á lastimar entrañas:
Ni jamás llegó la noche
Envuelta en sus negras alas,
Que de mis llorosos ojos
No quedases obligada.
Para obligarte á querer,
Mil exemplos hay que bastan,
No solo en los pescadores,
Mas en las silvestres plantas.
El mirto quiere á la oliva,
Y la palma ama á la palma,
La yedra y la vid al olmo
Con tiernos brazos le abrazan.
Sola tú, homicida mia,
Que tienes de roca el alma,
A los golpes amorosos
Ni te humillas ni te ablandas,
No hay piedra en estas riberas
En cuyas duras entrañas
No estén por mi mano escritos
Los nombres de Albano y Glauca.

No hay piedra en ella tan dura
Como tu condicion brava,
Pues me dan el acogida
Que en tus entrañas me falta.
Desterráronme desdichas,
Que siempre son mis contrarias,
Cadenas ciñen el cuerpo,
Y tus desdenes el alma.
En la fe que te tenia
He vivido sin quebralla,
Que no desatan prisiones
Los nudos que atan el alma.
Pero si aquí me acabaren
Mis ausencias y tu saña
Dexando á mis enemigos
En las manos la venganza;
A tí, desdeñosa mia,
Quiero suplicar que vayas
A hallarte en mis exêquias,
Pues de ellas fuiste la causa.
Y con un suspiro mudo,
Con una lágrima falsa
Sobre el helado sepulcro
Honres la ceniza helada.
Esto está diciendo Albano
En tanto que el mar se amansa,
Que con enrizado cerro
Las estrellas amenaza.

VI.

Por un dichoso favor,
Que ayer me atreví á pedir,
De zelos me hacen morir
Estando muerto de amor.

Vivia tan avariento
Mi deseo que buscaba
Quando en un contento estaba
Otro segundo contento:

Entendiéronme el humor,
Y porque aprenda á pedir,
De zelos me hacen morir
Estando muerto de amor.

Esto cantaba Riselo
Despues de haber escuchado
Las quejas de un ruiseñor
Que llora y está cantando.
Maldice sus pensamientos
Porque voláron tan alto,
Maldice memorias tristes
Nacidas de agravios caros:
Maldice el verde laurel
Que en aquel siglo dorado
Ciñó sus dichosas sienes
Riberas del Tormes claro:
Maldice la grama verde
Que paciera su ganado,

Maldice el cencerro nuevo
De su conocido manso.
Maldice una corderuela
A quien ha querido tanto
Que la crió en su zurron
Llevándola siempre en brazos:
Y maldice á quien amase
Favor alguno negado,
Que si amor anda desnudo
Es porque el vestido ha dado.
Por su Narcisa lo dice,
Que en la villa y en el prado
Por tasa le da los gustos,
Y los zelos no tasados.
Fuése tras esto el pastor
Huyendo de su cuidado,
Pero luego le alcanzó,
Y volvió á penar doblado.

VII.

Por los jardines de Chipre
Andaba el niño Cupido
Entre las rosas y flores
Jugando con otros niños:
Qual trepa por algun sauce
Presumiendo buscar nidos,
Qual cogiendo el fresco viento
Por coger los paxarillos.
Qual hace jaulas de juncos,
Qual hace palacios ricos
En los huecos de los fresnos

Y troncos de los olivos.
Quando cubiertas de abejas
Halló el travieso Cupido
Dos colmenas en un roble
Con mil panales nativos.
Metió la mano el primero
Llamando á los otros niños,
Picóle en ella una abeja,
Y sacóla dando gritos.
Huyen los niños medrosos,
El rapaz pierde el sentido,
Vase corriendo á su madre
A quien lastimado dixo:
Madre mia, una avecita
Que casi no tiene pico,
Me ha dado mayor dolor
Que pudiera un basilisco.
La madre que lo conoce
Vengada de verle herido
De quando la hirió de amores
De Adónis, que tanto quiso;
Medio riendo le dice:
De poco te admiras, hijo,
Siendo tú y esa avecita
Semejantes en el pico.

VIII.

Noche templada y serena,
Que como madre piadosa
Das á mis quejas silencio,

Entre los vivos tú sola;
Oye despacio y no temas;
Pues no ménos que tu sombra
Recelan mis ojos tristes
La venida de la aurora.
En tanto que á estas murallas,
Do mi enemiga reposa,
Dan asalto mis suspiros
Y combaten mis congojas.
¡Cuitado del que llora
A lenguas mudas, y paredes sordas!

No duermas, fiera enemiga,
Segura de tu victoria,
Que no hay victoria segura
Donde hay fortuna dudosa.
No soy tan flaco contrario
Que mi razon mucha ó poca,
A contrastar no bastara
La tigre mas espantosa.
¡Cuitado del que llora, etc.

Goza, cruel, tu sosiego,
Que está mi voz temerosa
Poco te ofende en quejarse
Si con su daño te gozas.
Den voces por mí las piedras,
Llamándote rigurosa,
Que si de serlo te precias,
Tus enemigos te honran:

Y si por yerro me vieres,
Haz que de verme te asombras,
Que si el pecado es cobarde
Con razon vives medrosa.
¡Cuitado del que llora
A lenguas mudas, y á paredes sordas!

IX.

Apolo con su laurel,
Y el Dios Marte con su roble
Corona de plumas y armas,
De sabios y fuertes hombres,
La memoria de su padre
Tan glorioso entre españoles,
Y la fama que le espera
Con sus eternos loores,
Todos llaman á la guerra
A Lisardo, ilustre jóven,
Que está durmiendo seguro
Sobre la yerba de un bosque.
A la guerra, dice el rio,
Que junto á sus plantas corre;
Las aves sobre los sauces,
Los ganados en los montes.
Parece qne todos juntos
Al son de los atambores,
Dicen á la guerra, guerra,
A la guerra, mozo noble,
Despierta metiendo mano,

Ya voy, ya parto, responde:
Y encontró que era cayado
Lo que imaginaba estoque.
No importa, dice el mancebo,
Que aqueste pellico pobre
Riberas del Tajo tiene
Espadas para los hombres.
Sobre tu vega famosa
Tengo yo famosas torres,
Envidiadas por ventura
De los que mandan las Cortes.
Adonde las voces suenan,
A caminar se dispone;
Quando siente que le tiran
Llamándole por su nombre.
Volvió los ojos airados,
Y vió los de Alcida, donde
Llorando perlas, hacia
Oriente la tierra entónces.
¿A donde te vas sin mí,
O capitan de traydores?
Pero Lisardo le dice:
No te lastimes, amores;
Que voy á ver una garza,
Que volaba, y despertóme.
Pues llévame allá contigo,
Primero que se remonte;
Que yo te tendré la flecha,
Miéntras tú la cuerda pones.

Quemaráte

Quemaráte el sol, mis ojos,
Envidioso de tus soles;
Por detenerte, las zarzas
Herirán tus pies si corres.
No importa, le dice Alcida,
Porque ya el sol me conoce;
Y tú me súeles decir,
Que quando me ve, se esconde.
Y otra vez me aseguraste
Huyendo tus ocasiones,
Que á las zarzas, por dó iba,
Mudaban mis pies en flores.
Mas Lisardo le replica:
A la guerra voy, amores,
Apolo, Marte, y la Fama
Me llaman, que bien los oyes.
Alcida entónces turbada
Su rubio cabello rompe,
Diciendo, enemigo mio,
Allá vayas, y no tornes.
Mas vete en paz á tu guerra,
Que á buen seguro te acoges,
En llevar el alma mia
Por defensa de los golpes.
Mal podrán mis tiernos años
Detener tus pies veloces,
Y mas si llevan en ellos
Mis obras y mis razones.
Llegó Belardo en aquesto,

Y con algunos pastores
Sobre el pellico de seda
Le vistiéron armas dobles.

X.

Una estatua de Cupido,
Que al templo de unos pastores
De dios de amor le servia,
Siendo dios de sinrazones;
Colgaba el pastor Belardo
De la alta rama de un roble,
Que quiere, que lleve el fruto
A su dureza conforme.
Desciñéndose la honda,
De un arroyo piedras coge,
Y resonando los valles,
La dorada imágen rompe,
Ahí te quedarás, le dice,
Persecucion de los hombres,
Maestro de hacer agravios,
Inventor de trayciones,
Aspid fiero que se cria
Dentro de los corazones,
Que su propia sangre bebe,
Y de sus entrañas come,
Locura en que dan las almas,
Alegre mal y bien pobre,
Enfermedad sin remedio,
Que con él se aumenta al doble.

Padre de zelos y olvido,
Ladron de puertas y torres,
Afrentador de linages,
Ingeniero de traydores.
Mejor estarás ahí,
Donde te echen maldiciones,
Que no en los sacros palacios
Adonde necios te adoren.
La estatua solo te afrento
Por si á los cielos te acoges,
Para que viéndote infame,
De allá te arrojen los dioses.
En esto vió que baxaban
Al valle algunos pastores,
Y contándoles el caso
Les ruega que le perdonen.
Por mi parte, dixo Albanio,
No hayas miedo que me enoje,
Que allá me tiene diez años
De mi vida los mejores.
Sinrazon es, dixo Alcino,
Que entónces amaba á Flóris,
Sacar al dios de su templo,
Y deshonralle en el monte.
El amor en sí no es malo,
Mire el hombre lo que escoge;
Que si sus ojos le engañan,
Es justo que ellos le lloren.
Miéntras ellos argüian,

Se fué acercando la noche,
Y Fílis con otras damas
Baxó de secreto al bosque.
Llegó piadosa á Cupido,
Y de la rama quitóle;
Como aquella que tenia
Mayores obligaciones.
Que no es bien, dixo llorando,
Que por un villano torpe
Un dios tan bello se afrente,
Y que de infame le noten.
Este hizo á mi hermosura
Celebrada en todo el orbe,
Y que ya en mi edad postrera
Descanso y oro me sobre.
Con esto muy triste Fílis
De la soga desatóle,
Haciéndole sepultura
Entre jasmines y flores.

XI.

Continuacion del anterior.

¿Quando cesarán las iras
De tus injustos desdenes,
Cobarde enemiga mia,
Que no perdonas y puedes?
Yo confieso que venciste:
¿Que Alcídes piensas que vences
Sino á un hombre que te llama,

Siendo flaca, muger fuerte?
¿Quando riberas del Tajo
Miraré del sol la frente,
Sin que me queme tu lumbre
Porque de mí no te vengues?
Cansada tengo la noche
De llamarla para verte,
La ventura de ayudarme,
Y la luna de esconderse
Yo que no me contentaba
Con tus brazos muchas veces,
Ya me consuelo, enemiga,
Con ver tu calle, y volverme.
Los hierros de tu ventana
Quiere amor que adore y bese,
A devocion de tu alma
De quien su dureza aprenden.
¡O larga desdicha mia!
Mas no es razon que me queje,
Bien es yerro que te adore,
Quien anduvo errado siempre.
Estas piedras son testigos,
De que cubierto de nieve
Me halló mil veces el sol,
Antes que el tuyo saliese.
Y agora por no aguardar
A que tu nieve me queme,
Paso el puerto temeroso
De que á tu puerta me quede.

Para que no me conozcan
Has mudado las paredes,
De quien era yedra amada,
Miéntras estabas ausente.
Quizá porque escrito estaba
El nombre que tú aborreces;
Que lo borrado en el alma,
En las paredes ofende.
Quando, ingrata, me querias
No habia quien no truxese
Los dos nombres en la boca,
Que ahora enfadan la gente.
Y así enfada el tiempo mismo,
De que no puede vencerme,
Aunque yo lo canto, y digo,
Que tu hermosura me vence:
Que miéntras fueres hermosa;
No dexaré de quererte,
Y seráslo siempre, ingrata.
Porque pene eternamente.
Vengaste tu estatua, amor,
Afloxa el cordel, no aprietes
Ofensor mártir del alma,
Dexa el cuerpo que no siente.
Tu estatua colgué de un roble;
Todo se sufre á quien pierde;
Viva Fílis. venció Fílis,
Vive amor, Belardo muere.
Con esto orilla del Tórmes

Sus aguas llorando crece
El mas verdadero amante,
Y el mas agraviado siempre.

XII.

Quando las sagradas aguas
Del ancho y sagrado Bétis
Con la multitud de barcos
Con dificultad parecen;
Quando entoldadas las popas
De juncia y de ramas verdes
En el agua escaramuzan
A pesar de sus corrientes;
Quando mil alegres cantos,
Que los sentidos suspenden,
Interrumpen á los vientos
Y enamoran á los peces;
Quando en las torres mas altas
Mil luminarias parecen,
Y qual veloces cometas
Atraviesan los cohetes;
Entónces, mi Jacinto, amor me tiene
Sin tí, sin mí, sin libertad, sin verte.
Envidiosos de mi bien
Fortuna y amor me tienen,
El uno en prision el cuerpo,
El otro el alma en sus redes.
En vez del ligero barco
Entoldado de laureles

Tengo un triste calabozo,
Do mis pensamientos remen.
El agua por do navega,
Es la que mis ojos vierten;
Que aunque á mi fuego no basta
Basta para que me anegue.
Y del implacable fuego,
Que en mis entrañas se enciende,
Qual los cohetes veloces
Salen suspiros ardientes.
Ecos de suspiros tristes
Son mis canciones alegres:
Tal estoy que quando el cielo
Su favor al mundo ofrece,
Entónces, mi Jacinto, amor me tiene
Sin tí, sin mí, sin libertad, sin verte.

XIII.

Escóndete en tu cabaña,
Serrana, y cierra la puerta,
Que viene sin venda el ciego
Desde la Corte á la aldea.
Ningun Serrano se escapa,
Ni Serrana en toda ella,
Si él con la vista le alcanza,
Que no le hieran sus flechas;
Y en haciendo la presa,
El arco y alas bate con presteza.

No tiene fuerza el acero,
Ni aprovecha resistencia;
Que trae puntas de diamante,
Y en el arco cuerda nueva:
Y si una vez él te tira,
Guárdate, Serrana bella,
Que en blanda cera convierte
Pechos de bronce y de piedra:
Y en haciendo la presa, etc.

El mas bravo corazon
Con el mas humilde mezcla;
Y con bravo pecho abate
Las cervices mas enhiestas.
Es cazador tan seguro,
Que quien mas huye su diestra,
Con mas presteza le alcanza,
Y mas presto de él se venga;
Y en haciendo la presa, etc.

Zagala, páguete el cielo,
Dixo la Serrana bella,
El aviso, y en tus cosas
Dichoso suceso tengas.
Ya conoce aqueste pecho
Con tiempo sus falsas tretas;
Mil véras mezcla con burlas,
Y entre las burlas mil véras:
Y en haciendo la presa, etc.

Del centro de mis cuidados
Robó la mas rica prenda,
Arrojada en el olvido
Con guerra de falsas presas.
Dentro en mil memorias vivas
Están las cenizas muertas;
Paga al fin como traydor;
Quien le sirve poco medra;
Y en haciendo la presa,
El arco y alas bate con presteza.

XIV.

Peñas del Tajo deshechas
Del curso eterno del agua,
¿Como el de los ojos mios
Un pecho tierno no ablanda?
Bien parece que se rie
Entre vosotras la ingrata,
Que me ha desterrado el cuerpo,
Y me ha perseguido el alma.
Gozosa Fílis se goza
De quien me destruye y mata
Como si el vencer un muerto
Diese victoria tan alta.
Humilde sufriendo estoy
El cuchillo á la garganta,
Y con ser sentencia injusta
No le replico palabra.
Mis agravios me dan voces,

Para que tome venganza ;
Yo acállolos, con decirles
Que poca vida me falta.
Aconséjoles que sufran ,
Y respóndenme que osaran
Si como ella tiene el pecho ,
Tuviera yo las entrañas.
¿ A quien se humilla el leon ?
¿ Quien con ser fiera le agravia ?
Y á mí me mata de zelos
Una muger enojada.

XV.

Quien dixese que la ausencia
Causa olvido en quien bien ama ,
Mi firmeza lo desmiente ,
En quien verá que se engaña.
Ausente en el Tajo vivo ,
Y allá me tiene mi alma
En sus fértiles riberas
La salobre Guadiana.
Crecen mas con el ausencia
Mi fuego y mi confianza ;
Que la memoria importuna
Mas mi sentido levanta.
Ayuda la soledad
Entre estas sierras ingratas
A mis voces y á mi llanto ,
A mis quejas y á mis ansias.

Solo con voz mentirosa
Me responden y me engañan,
Formada en hondas cavernas
Y entre peñas erizadas.
Si amor digo, amor responden,
Si alma digo, dicen alma,
Si Tirsi, responden Tirsi,
Y si la llamo, la llaman.
Amanecerá tu sol,
Hará mayo mi esperanza,
A mis prados ya sin flores,
Y á mis agostadas ansias.
Entónces los falsos ecos,
Y con ellos las montañas
Callarán y serán mudos,
O rebentarán si hablan.
Viendo entónces yo mis glorias
En aquel dia que aguardan,
Por entre confusas voces
Daré la vuelta á mi patria.
Rompiendo montes inciertos
Dificultades contrarias,
Iré á tus brazos, Señora,
Por mil sendas no pisadas,
Vendráste tú á mí corriendo
De gozo y gritos bañada,
Mirarás firme mis ojos,
Miraré alegre á tu cara,
Colgaráste de mi cuello,

Pender

Penderé de tu garganta,
Harémos los dos alegres
Una vida de dos almas.
Ansí cantaba Menalio,
Dándose triste esperanza,
Respirando de sus penas,
Porque quien llora descansa.

XVI.

Soledad que aflige tanto,
¿Que pecho habrá que te sufra?
Libertad preciosa y cara,
Mal haya quien no te busca.
Por una parte paredes,
Por otra rejas tan juntas,
Que ni el sol por ellas entra,
Ni las penetra la luna.
En los balcones candados,
En las puertas llaves duras,
Y dura la condicion,
Que nos cierra y que nos culpa.
El invierno en lo sombrío,
En verano en las estufas,
Medio encantados los ojos,
Y la lengua casi muda,
De pesares todo el año,
De placer hora ninguna.
Soledad que aflige tanto,
¿Que pecho habrá que te sufra?

A los discretos nos niegan,
Y quando necios nos buscan,
Nos sacan á que nos muelan
Con razones importunas.
Eternos son nuestros males,
Nuestros bienes de fortuna:
Libertad preciosa y cara,
Mal haya quien no te busca.
Aquesto cantaban
A sus almohadillas
Dos niñas labrando
Pechos de camisa.
Cerrólas su madre,
Fuese por la villa
A dar parabienes,
Y á consolar viudas.
¿Que ha visto en el tiempo,
Dixo la mas chica,
Señora, que cierra
Lo que no solia?
¿Quien canta de noche?
¿Quien habla de dia?
¿Quien hay que nos lea?
¿Quien que nos escriba?
Estrechura tanta
Plegue á Dios nos sirva
De que el sufrimiento
Desespere aprisa.
En corrillos andan

Todas las vecinas
Sembrando sospechas,
Cogiendo malicias.
El gusto pasado
Se trocó en acíbar,
La soltura en cárcel,
En llanto la risa.
A lo que es recato
Llamarán caida,
Que ha dado el honor
Ligera y altiva.
Madre la mi madre,
Miedo guarda viña,
Mas hace quien ruega,
Que no quien castiga.
Si la planta nace
De suyo torcida,
Tarde la enderezan
Varas que la arriman.
Escuchais consejas
De dueñas valdías,
Que en la Iglesia pasan
Cuentas y mentiras.
Y sobre nosotras,
Vuestras enemigas,
Pareceis nublado,
Que atruena y graniza.
Yo de mi cosecha
Me soy Teatina,

Medrosa de engaños,
Y esperanzas tibias.
No echeis tantas llaves,
Porque no se diga,
Que no hay que fiar
De quien no se fia.

XVI I.

Escuchad, las que de amor
La falsa ley adorais,
Y veréis en mis desdichas
Su gloria y cielo infernal.
Mal digo, no me escucheis,
Que si de véras amais,
En amantes corazones
El desengaño es mortal.
Un basilisco adoré
Cárcel de mi libertad
Que mataba con los ojos,
Y daba vida en matar.
Enamoréme qual niña,
Supe como vieja amar,
Que amor sus iguales busca,
Y en las almas no hay edad.
Díle el alma de mi pecho
Lo mas que le pude dar,
Que el niño amor, como es dios,
Nunca ménos que almas da.
Quísome mas que á sus ojos,
Yo le gané en la mitad;

Mas si es igual el amor,
Nunca es la ventura igual.
Engañóme con palabras,
Que no faltarán jamas,
Mas quando se carga mucho,
Son fáciles de quebrar.
Dexóme como tirano,
A otra sirve, y quiere mas:
Las que amais, mirad si es pena,
Si acaso podeis mirar.
Dos años contenta estuve
Sin temor de aqueste afan,
Que quando se goza el bien,
Nunca se recuerda el mal.

XVIII.

Deten tu curso, fortuna,
De perseguirme te cansa,
Que para tan fieros golpes
Tan flacas fuerzas no bastan.
Mas si nací sin ventura,
Y sujeto á tus mudanzas,
Sin remedio á mis desdichas
Anda con su rueda varia.
Solo el tiempo me consuela,
Que tiene ligeras alas,
Y nada en él permanece,
Porque al fin todo se cansa.
Y así aunque me falta el bien,

No he perdido la esperanza;
Que el mal temprano ó tarde
Por mas que me atormente, ha de acabarse.
Corre, fortuna enemiga,
De mis bienes descuidada,
Sube á todos en tu cumbre,
Y á mí hasta el centro me baxa.
Triunfa á priesa de mis males,
Ríete de mis desgracias,
Enmudece en mi provecho,
Y para mi daño habla.
Dame disgustos sin cuenta,
Y ponme á los gustos tasa;
Que yo en el tiempo confío;
Y así, aunque el bien me falta,
No he perdido del todo la esperanza.

Dicen que ve muchas penas,
El que tiene vida larga;
Mas yo bien poco he vivido
Y en tan poco he visto hartas.
Nada sino penas tengo,
Las glorias de mí se apartan,
Hallo en cosas ciertas dudas,
Sonme las propias contrarias.
Mas de la recia tormenta
Salgo asido como á tabla,
Del tiempo que es mi defensa,
Porque al fin todo lo acaba.
Y asi, aunque el bien me falta,
No he perdido, etc.

Tengo un noble pensamiento,
Que me defiende y me guarda;
Si me derriban desdichas
En sus honores me levanta.
De ordinario está conmigo,
Nunca de mi pecho falta,
Memorias tristes me cercan,
Y él solo las desbarata.
Alégrame en mis tristezas,
Pero no lo estimo en nada,
Sino que le ayude el tiempo,
Porque al fin todo lo acaba,
Y así, aunque el bien me falta, etc.

A orillas de Manzanáres
Un ausente de su patria
Esto á su fortuna dice,
Que con él ha sido avara.
Y entre suspiros y quejas
Se volvió á mirar el agua,
Y cesando el llanto tierno
Le dixo aquestas palabras:
El curso llevas ligero,
Corres aprisa, y no paras;
Pero acabarate el tiempo,
Que el tiempo todo lo acaba.
Y así, aunque el tiempo me falta,
No he perdido del todo la esperanza:
Que el mal temprano ó tarde
Por mas que me atormente, ha de acabarse.

XIX.

Enemiga de mis glorias,
Hártate de mis agravios,
Que mas sufrimiento tengo,
Que rigor tu pecho ingrato.
Tu hermosura me ha vencido;
Pero no tus desengaños,
Que quanto mas me aborreces
Mas en tu yelo me abraso.
¿Como puede ser posible
En mí y en tí tal milagro,
Que tú me mates el alma,
Y que yo te adore tanto?
Por ser de mi fe testigos
Estas paredes de mármol,
Ya con mi llanto deshechas
Solo con ellas descanso:
Pero si viviste dentro
Seránme testigos falsos,
Que encantas con la belleza
Como otro Orfeo cantando.
Mi remedio está en la muerte,
Pero mi vida en tus manos;
Que porque jamas descanse
Vive mi muerte á tu cargo.
Pues no te cansa olvidarme,
No puedo cansarme amando,
Aborréceme riendo,

Que yo te amaré llorando.
Y en esta eterna porfía
Eternamente vivamos,
Porque no triunfe la muerte
De dos extremos tan altos.

PARTE III.

ROMANCES HEROYCOS.

I.

Belleza de Elena.

Desde una soberbia torre
De aquellas que al fuerte alcázar
De la inexpugnable Troya
Sirven de adorno y de guarda;
Los mas ancianos varones
Sobre cuyos hombros carga
Todo el peso de la guerra
Que es mayor que el de las armas;
Estaban mirando un dia
Una reñida batalla
Que fuera del ancho muro
Troyanos y Griegos traban.
Ven que de una parte y otra
La tierra en su sangre bañan,
Y que alaridos y polvo
Hasta el cielo se levantan.
Que unos se encuentran furiosos
De tal suerte, que las astas

En piezas al ayre suben,
Y ellos á la tierra baxan.
Que otros firmes en la silla
Ponen mano á las espadas,
Y dan y reciben golpes
Hasta dar tambien las almas:
Que los caballos sin dueño
Relinchan, corren y saltan,
Y á muchos de los de á pie
Atropellan, hieren, matan:
Y que dentro en la ciudad
Las miserables Troyanas
Cuyos maridos pelean
En defensa de la patria,
Con ansia mortal se afligen
Rostro y cabellos maltratan,
Y los ojos en el cielo
Le piden justa venganza.
Hijas por sus padres lloran
Por sus hermanos y hermanas,
Cuyas lamentables voces
Lastiman duras entrañas.
Todo es confusion y estruendo,
Alaridos, golpes, rabia,
Al fin como en cruda guerra
Del tirano amor causada.
Viendo tan triste tragedia
Los que tristes la miraban,
Y de ver buen fin teniendo

Poca ó ninguna esperanza;
Bañan lágrimas sus ojos,
El dolor su pecho rasga,
Y á voces llaman la muerte
Que los libre de ver tantas.
Un rayo á Júpiter piden
Contra la que ha sido causa
De una guerra tan prolixa
Por hermosa y por liviana.
En esto viéron que Elena,
Principio de estas desgracias,
A la misma torre sube
A ver los males que causa.
Y viendo que su hermosura
Es mas divina que humana
Pues con ser tal la de Vénus,
Le hace notable ventaja;
Juzgándola poderosa
Para rendir libres almas
Sin que desden aproveche
Ni otras prevenciones valgan;
A una voz dicen llevados
De una fuerza extraordinaria
Que tiene en sí la belleza
Contra quien fuerzas no bastan;
¡Dichoso el que en esta guerra
Alcanza ventura tanta,
Que por tu defensa muere
Para que viva su fama!

Si yerros de amor nacidos
Es justo el perdon que alcanzan,
¿Quien á Páris se le niega
Siendo su ocasion tan alta?
Grecia y Troya en esta empresa
Ambas están disculpadas,
Con razon te pide aquella,
Y esta con razon te guarda:
Los que teniéndote ausente
Con injuriosas palabras
De tí al cielo dímos quejas,
Presente le damos gracias.
No caygamos de la tuya,
Que si tanto nos levantas,
Ni Marte podrá ofendernos
Ni ser fortuna contraria.
Diosa de hermosura, vive,
Y con tu vista regala
A este Troyano pueblo
Que te defiende y te ampara.
Esto diciendo, advirtiéron
Que el Rey Priamo los llama
Para oir los no creidos
Pronósticos de Casandra.

II.

Al Rey Rodrigo.

Quando las pintadas aves
Mudas están, y la tierra

Atenta escucha los rios
Que al mar su tributo llevan;
Al escaso resplandor
De qualquiera luciente estrella,
Que en el medroso silencio
Tristemente centellea;
Teniendo por mas segura
De trage humilde la muestra,
Que la acechada corona
Ni la envidiada riqueza;
Sin las insignias reales
De la magestad soberbia,
Que amor, y temor de muerte
Junto á Guadalete dexa;
Bien diferente de aquel,
Que ántes entró en la pelea
Rico de joyas, que al God•
Dió la victoriosa diestra;
Tintas en sangre las armas
Suya alguna y parte agena,
Por mil partes abolladas,
Y rotas algunas piezas;
La cabeza sin almete,
La cara de polvo llena,
Imágen de su fortuna
Que en polvo se ve deshecha;
En Orelia su caballo
Tan cansado ya, que apénas
Mueve el presuroso aliento,

Y á veces la tierra besa;
Por los campos de Xerez,
Gelboé llorosa y nueva,
Huyendo va el Rey Rodrigo
Por montes, valles y sierras.
Tristes representaciones
Ante los ojos le vuelan,
Hiere el temeroso oido
Confuso estruendo de guerra.
No sabe donde mirar,
De todo teme y recela,
Si al cielo, teme su furia,
Porque hizo al cielo ofensa;
Si á la tierra, ya no es suya,
Que la que pisa es agena.
¿Pues que, si dentro en sí mismo
Con sus memorias se encierra?
Mayor campo de batalla
Dentro el alma le apareja;
Y entre sollozo y suspiros
Asi el Rey Godo se queja:
¡Desventurado Rodrigo!
Si esto en otro tiempo hicieras,
Y huyeras de tus deseos
Al paso que agora llevas;
Y á los asaltos de amor
No mostraras la flaqueza,
Tan indina de hombre Godo,
Y mas de Rey que gobierna,

Gozara su gloria España,
Y aquella fuerte defensa
Que ya por el suelo y ce,
Y el color cambia á las yerbas.
Amada enemiga mia,
De España segunda Elena,
¡O si yo naciera ciego!
¡O tú sin beldad nacieras!
Maldito sea el punto y hora
Que al mundo me dió mi estrella,
Pechos que me diéron leche
Mejor sepulcro me dieran.
Pagara á la tierra el censo,
Y en su soledad durmiera
Con los Cónsules y Reyes,
O con los plebeyos de ella.
Quitárale á la fortuna
Carro en que triunfar pudiera,
Y un Rodrigo para España
Materia de tantas quejas.
Traydor Conde Don Julian,
Si uno solo es el que yerra,
¿Por que tan injustamente
Hiciste comun la pena?
No ofendí yo al Africano,
¿Por que Africano te venga?
¡Oh si este agudo puñal
Rasgara tus falsas venas!
Mas iba á decir Rodrigo;

Pero las palabras medias
Las arrebató el enojo,
Y entre los dientes las quiebra.
Y diciendo á Dios España
Que el Bárbaro señorea;
Junto su Orelia querido
La luz enemiga espera.

III.

Roldan, y Bernardo del Carpio.

El invencible Frances,
Fuerte Senador Romano,
Aquel que al bravo Agrican
Le venció y tornó Christiano;
Y ganó del fiero Almonte
El rico cuerno preciado,
Con que hizo desafíos,
Que al mundo puso en espanto;
Aquel que en Albraca solo
Venció todo un campo armado
Y nunca siendo vencido
Venció las hadas y el hado;
Qual suele mostrar mas luz
La luz que se está acabando,
Está en la guerra postrera
Postrera fuerza mostrando.
Y no le basta el orgullo,
La buena espada y caballo,
Que lo ha el Señor de Brava

Con el que nació en el Carpio
El qual habiendo ya hecho
De sangre Francesa un lago,
Y que al fin de aquella empresa
Estaba el Roldan gallardo;
El gran sobrino de Alfonso
Furioso busca al de Carlos:
Hállale en sangre teñido,
Y él viene en ella bañado.
Los mas bravos corazones
Que humano pecho ha encerrado,
Juntos á batalla vienen
Con fuerza y ánimo osado.
Para verla se suspende
La del uno y otro campo,
Entre la esperanza y miedo
Los corazones temblando.
El cielo que á Orlando espera,
Fortuna que se ha cansado,
Dan y quitan la victoria
De un Frances á un Castellano.

IV.

Detente, buen mensagero:
Que Dios de peligros guarde,
Si acaso eres Albanes
Como lo muestra tu trage;
Y dime de aquel tu dueño
Que perdido en Roncesvalles,

Los Moros de Zaragoza
Presentáron á Amurátes.
¿En que entretiene los dias
De la mañana á la tarde?
Aunque todo es de noche
Para quien vive en la cárcel.
Y dime, si está muy triste,
Que no es posible que baste
Su valor y su paciencia
Para destierro tan grande.
Y si es verdad, como dicen,
Que libertad quieren darle,
Para que vuelva otra vez
A cautivar libertades.
Que despues que aquí se trata
Su libertad y rescate,
Dos mil albas han salido,
Y nunca la suya sale.
No sé que tiene de bueno,
Que en toda Alemania y Flandes
No hay muger que no le adore,
Ni hay hombre que no le alabe.
Siendo su sangre tan buena,
Que nadie iguala su sangre,
Vale mas él por sí solo,
Que por su nobleza vale.
Yo soy á quien no conoce,
Y quien de solo miralle
Matar los toros un dia,
No hay gusto que no me mate;

Y con saber que en viniendo
Ha de acabar de matarme,
Ruego á Dios que presto sea
Aunque él me remedie tarde.
Ese cautivo, Madama,
Que fué de los Doce Pares,
Le responde el mensagero,
Cerca está de rescatarse.
Bravas galas se aparejan
De vestidos y plumages,
Para de España salir
Y entrar en Francia galanes.
Pero no espero, Señora,
Vuestro remedio ni aun tarde,
Que aunque ahora libre el cuerpo,
Tiene el alma en otra parte.
Muchos tiempos ha que adora
A la hermosa Bradamante,
Tan justamente perdido,
Que llama gloria sus males.
La Francesa que esto oyó
Sin que mas razon aguarde,
Cerró la ventana, y fuése
Rompiendo á voces los ayres.

V.

Regalando el tierno vello
De la boca de Medoro,
La bella Angélica estaba
Sentada al tronco de un olmo.

Los bellos ojos le mira
Con los suyos piadosos,
Y con sus hermosos labios
Mide sus labios hermosos.
¡Ay Moro venturoso,
Que á todo el mundo tienes envidioso!

Convaleciente del cuerpo
Estaba el dichoso Moro,
Y tan enfermo del alma,
Que al cielo pide soccoro.

Enternecida á las quejas
Angélica de Medoro,
Le cura con propia mano,
Y queda sano del todo.
¡Ay Moro venturoso,
Que á todo el mundo tienes envidioso!

A las quejas y dulzuras,
Que los dos se dicen solos,
Descubriéndoles el eco
Orlando llegó furioso;

Y viendo á su yedra asida
Del mas despreciado tronco,
Pone mano á Durindana
Lleno de zelos y enojo.
¡Ay Moro venturoso,
Que á todo el mundo tienes envidioso!

VI.

Aquí gozaba Medoro
De su bella deseada,
A pesar del Paladino
Y de los Moros de España:
Aquí sus hermosos brazos
Como yedra que se enlaza,
Ciñiéron su cuello y pecho,
Haciendo un cuerpo dos almas.
Estas palabras de fuego
Escritas con una daga
En el mármol de una puerta
El Conde Orlando miraba;
Y apénas leyó el renglon
De las postreras palabras,
Quando con voces de loco
Echo mano á Durindana,
Y dando sobre las letras
Una y otra cuchillada,
Con el encantado acero
Piedras y centellas saltan.
Que de palabras de amor
No solamente en las almas,
En las piedras entra el fuego,
Y de ellas sale la llama.
La columna dexa entera,
Como lo está su esperanza,
Que confiesa ser mas firme,

Que no el valor de sus armas.
Entrando la casa adentro,
Vió pintada en una quadra
La amarilla y fiera muerte,
Que á los pies de un niño estaba.
Conoció que era el amor
En las flechas y la aljaba,
Y unas letras que salian
De las manos de una dama.
Lo que decian repite,
Como quien no entiende nada,
Que en males que vienen ciertos
Es gloria engañar al alma.
Los letras dicen: *Medoro*,
El grande amor de tu esclava
Ha de vencer á la muerte,
Que aun muerto vive quien ama.
No tiene el Conde paciencia,
Que alborotando la sala,
Despedaza quanto mira,
¡De amor injusta venganza!

VII.

Don Pedro el Cruel.

A los pies de Don Henrique
Yace muerto el Rey Don Pedro
Mas que por su valentía
Por voluntad de los cielos.
Al envaynar el puñal

El pie le puso en el cuello,
Que aun allí no está seguro
De aquel invencible cuerpo.
Riñiéron los dos hermanos
Y de tal suerte riñiéron,
Que fuera Cain el vivo
A no haberlo sido el muerto.
Los exércitos movidos
A compasion y contento,
Mezclados unos con otros
Corren á ver el suceso.
Y los de Henrique
Cantan, repican y gritan,
Viva Henrique.
Y los de Pedro
Clamorean, doblan, lloran
Su Rey muerto.
Unos dicen que fué justo,
Otros dicen que mal hecho,
Que no es Rey cruel, si nace
En tiempo que importa serlo.
Y que los yerros de amor
Son tan dorados y bellos,
Quanto la hermosa Padilla
Ha quedado por exemplo.
Que nadie verá sus ojos,
Que no tenga el Rey por cuerdo,
Miéntras como otro Rodrigo
No puso fuego á su Reyno.

Los

Los que con ánimos viles
O con lisonja ó por miedo
Siendo del bando vencido,
Al vencedor siguen luego;
Valiente llaman á Henrique,
Y á Pedro tirano y ciego,
Porque amistad y justicia
Siempre mueren con el muerto.
La tragedia del Maestre,
La muerte del hijo tierno,
La prision de Doña Blanca,
Sirven de infame proceso.
Algunos pocos leales
Dan voces pidiendo al cielo,
Justicia pidiendo al Rey,
Y miéntras que dicen esto;
Los de Henrique, etc.

Llora la hermosa Padilla
El desdichado suceso
Como esclava del Rey vivo,
Y como viuda del muerto.
¡Ay Pedro! que muerte infame
Te han dado malos consejos,
Confianzas engañosas,
Y atrevidos pensamientos!
Salió corriendo á la tienda,
Y vió con triste silencio
Llevar cubierto su esposo
De sangre y de paños negros.

Y que en otra parte á Henrique
Le dan con aplauso el cetro;
Campanas tocan los unos,
Y los otros instrumentos.
Como acrecienta el dolor
La envidia del bien ageno,
Y el ver á los enemigos
Con favorable suceso;
Así la triste Señora
Llora y se deshace, viendo
Cubierto á Pedro de sangre,
Y á Henrique de oro cubierto.
Echó al cabello la mano
Sin tener culpa el cabello,
Y mezclando perlas y oro,
De oro y perlas cubrió el cuello.
Quiso decir, Pedro, á voces,
Villanos, vive en mi pecho;
Mas poco la aprovechó;
Y miéntras lo está diciendo;
Los de Henrique, etc.
Rasgó las tocas, mostrando
El blanco pecho encubierto,
Como si fuera cristal
Por donde se viera Pedro.
Desmayóse ya vencida
Del poderoso tormento,
Cubriendo los bellos ojos,
Muerte, amor, silencio y sueño.

Entre tanto el campo todo
Aquí y allí van corriendo,
Vencedores y vencidos,
Soldados y caballeros.
Y los de Henrique, etc.

VIII.

Desafío del Cid. (*)

Non es de sesudos homes
Ni de infanzones de pro
Facer denuesto á un fidalgo,
Que es tenudo mas que vos.
Non los fuertes barraganes
Del vueso ardid tan feroz
Prueban en homes ancianos
El su juvenil furor.
Non son buenas fechorías
Que los homes de Leon
Fieran en el rostro á un viejo,
Y no el pecho á un infanzon.
Cuidaras que era mi Padre
Del Lain Calvo sucesor,
Y que no sufren los tuertos
Los que han de buenos blason.
¿Mas como vos atrevísteis

(*) Este y los siguientes están sacados del Romancero del Cid.

A un home, que solo Dios,
Siendo yo su fijo, puede
Facer aquesto, otro non?
La su noble faz nublásteis
Con nube de deshonor,
Mas yo desfaré la niebla
Que es mi fuerza la del sol;
Que la sangre despercude.
Mancha, que finca en la honor,
Y há de ser, si bien me lembro,
Con sangre del malhechor.
La vuestra, Conde tirano,
Lo será, pues su furor
Os movió á desaguisado
Privándovos de razon.
Mano en mi padre pusísteis
Delante el Rey con furor,
Cuidá que lo denodásteis,
Y que soy su fijo yo.
Mal fecho ficísteis, Conde,
Yo vos reto de traydor,
Y catad si vos atiendo,
Si me causarás pavor.
Diego Laínez me fizo
Bien cendrado en su crisol;
Yo probaré en vos mis fuerzas,
Y en vuesa mala intencion
No vos valdrá el ardimiento
De mañero lidiador;

Pues para me combatir
Traygo mi espada y troton.
Aquesto al Conde Lozano
Dixo el buen Cid Campeador,
Que despues por sus fazañas
Este nombre mereció
Dióle la muerte y vengóse,
La cabeza le cortó,
Y con ella ante su padre
Contento se afinojó.

IX.

Quejas de Doña Ximena.

Sentado está el Señor Rey
En su silla de respaldo,
De su gente mal regida
Desavenencias juzgando:
Dadivoso y justiciero
Premia al bueno y pena al malo,
Que castigos y mercedes
Hacen seguros vasallos.
Arrastrando luengos lutos
Entráron treinta fidalgos,
Escuderos de Ximena,
Fija del Conde Lozano,
Despachados los maceros,
Quedó suspenso el palacio,
Y así comenzó sus quejas

Humillada en sus estrados.
Señor, hoy hace tres meses
Que murió mi padre á manos
De un muchacho, que las tuyas
Para matador criáron.
Quatro veces he venido
A tus pies y todas quatro
Alcancé prometimientos,
Justicia jamas alcanzo.
Don Rodrigo de Vivar
Rapaz, orgulloso y vano
Profana tus justas leyes,
Y tú amparas un profano.
Tú le celas, tú le encubres
Y despues de puesto en salvo,
Castigas á tus Merinos,
Porque no pueden prendallo.
Si de Dios los buenos Reyes,
La semejanza y el cargo,
Representan en la tierra
Con los humildes humanos;
Non debiera de ser Rey
Bien tenido, y bien amado,
Quien fallece en la justicia
Y esfuerza los desacatos.
Mal lo miras, mal lo piensas;
Perdona si mal te fablo,
Que la injuria en la muger
Vuelve el respeto en agravio.

No haya mas, gentil doncella,
Respondió el primer Fernando,
Que ablandaran vuestras quejas
Un pecho de acero y mármol.
Si yo guardo á Don Rodrigo,
Para vueso bien le guardo,
Tiempo vendrá que por él
Convirtais el gozo en llanto.
En esto llega á la sala
De Doña Urraca un recado,
Asióla del brazo el Rey,
Donde está la Infanta entráron.

X.

Contestacion entre el Cid, y el Abad Bernardo.

Fablando estaba en el claustro
De San Pedro de Cardeña
El buen Rey Alfonso al Cid
Despues de Misa una fiesta:
Trataban de las conquistas
Da las mal perdidas tierras
Por pecados de Rodrigo,
Que amor disculpa y condena.
Propuso el buen Rey al Cid
El ir á ganar á Cuenca;
Y Rodrigo mesurado
Le dice de esta manera:
Nuevo sois, el Rey Alfonso,

Nuevo sois Rey en la tierra :
Antes que á guerras vayades
Sosegad las vuesas tierras.
Muchos daños han venido
Por los Reyes que se ausentan,
Y apénas han calentado
La corona en la cabeza.
Y vos no estais muy seguro
De la calumnia propuesta
De la muerte de Don Sancho
Sobre Zamora la Vieja;
Que aun hay sangre de Bellido,
Magüer que en fidalgas venas,
Y el que fizo aquel venablo,
Si le pagan, hará treinta.
Bermudo en lugar del Rey,
Dice al Cid : si vos aquejan
El cansancio de las lides,
O el deseo de Ximena,
Id vos á Vivar, Rodrigo,
Y dexadle al Rey la empresa,
Que hombres tiene tan fidalgos,
Que no volverán sin ella.
¿ Quien vos mete, dixo el Cid,
En el Consejo de Guerra,
Frayle honrado, á vos agora
La vuesa cogulla puesta ?
Subid vos á la tribuna,
Y rogad á Dios que venzan,

Que non venciera Josué
Si Moyses no lo ficiera.
Llevad vos la capa al coro,
Yo el pendon á las fronteras,
Y el Rey sosiegue su casa
Antes que busque la agena;
Que no me faran cobarde,
El mi amor y la mi queja,
Que mas traygo siempre al lado
A Tizona que á Ximena.
Home soy, dixo Bermudo,
Que ántes que entrara en la Regla
Si no vencí Reyes Moros,
Engendré quien los venciera;
Y agora en vez de cogella
Quando la ocasion se ofrezca
Me calaré la célada
Y pondré al caballo espuelas.
Para fugir, dixo el Cid,
Podrá ser, padre, que sea,
Que mas de aceyte que sangre
Manchado el habito muestra.
Calledes, le dixo el Rey,
En mal hora que no en buena.
Acordársevos debia
De la jura y la ballesta.
Cosas tenedes el Cid,
Que farán fablar las piedras,
Pues por qualquier niñería

Faceis campaña la Iglesia.
Pasaba el Conde de Oñate
Que llevaba la su dueña,
Y el Rey por facer mesura
Acompanóla á la puerta.

XI.

Reconvencion de Alfonso VI. al Cid.

Si atendeis que de los brazos
Vos alce atended primero,
Si no es bien que con los mios
Cuide subiros al cielo.
Bien estais afinojado,
Que es pavor veros enhiesto,
Asiento es asaz debido
El suelo de los soberbios.
Descubierto estais mejor,
Despues que se han descubierto
De vuesas altanerías
Los mal guisados sucesos.
¿En que os habeis empachado,
Que dende el pasado invierno
Non vos han visto en las Cortes,
Puesto que Cortes se han fecho?
¿Por que, siendo Cortesano,
Traeis la barba y cabello
Descompuesta y desviada
Como los padres del yermo?

Pues aunque vos lo pregunto,
Asaz que bien os entiendo,
Bien conozco vuesas mañas
Y el semblante falagueño
Quereis decir que cuidando
En mis tierras y pertrechos
No cuidades de aliñarvos
La barba y cabello luengo.
Al de Alcalá contrariásteis
Mis treguas, paz y concierto,
Bien como si el querer mio
Tuviérades por mi vueso.
A los fronterizos Moros
Diz que teneis por tan vuesos
Que os adoran como á Dios;
Grandes algos habréis dellos.
Quando en mi jura os hallásteis
Despues del triste suceso
Del Rey Don Sancho mi hermano,
Por Bellido, traydor muerto;
Todos besáron mi mano
Y por Rey me obedeciéron;
Solo vos me contrallásteis
Tomándome juramento.
En Santa Gadea lo fice
Sobre los quatro Evangelios,
En el balleston dorado,
Teniendo el quadrillo al pecho.
Matérades á Bellido,

Si ficierais como bueno,
Que no ha faltado quien dixó
Que tuvísteis asaz tiempo.
Fasta el muro lo seguísteis,
Y al entrar la puerta adentro;
Bien cerca estaba quien dixo,
Que non osásteis de miedo.
Y nunca fuéron los mios
Tan astutos y mañeros,
Que cuidasen que Don Sancho
Muriese por mis consejos.
Murió, porque á Dios le plugo,
En su juicio secreto,
Quizá porque de mi padre
Quebrantó sus mandamientos.
Por estos desaguisados
Desavenencias y tuertos,
Con título de enemigo
De mis reynos vos destierro.
Yo tendré vuesos Condados
Fasta saber por entero
Con acuerdo de los mios
Si conúiscárvoslos puedo.
No repliquedes palabra;
Que vos juro por San Pedro
Y por San Millan bendito,
Que vos enforcaré luego.
Estas palabras le dixo
El Rey Don Alonso el sexto

Inducido

Inducido de traydores,
Al Cid, honor de sus Reynos.

XII.

Respuesta del Cid.

Téngovos de replicar
Y de contrallarvos tengo,
Que no han pavor los valientes,
Ni los non culpados miedo.
Si finca muerta la honra
A manos de los denuestos,
Ménos mal será enforcarme
Que el mal que me habedes fecho.
Yo seré en tierra humildoso
A guisa de vueso siervo,
Que teniendo los mis brazos
Cuido alzarme sin los vuesos.
Cúbranse, y non vos acaten
Los eciosos falagüeños,
Que magüer yo no lo soy,
Me puedo cubrir primero.
Dos vegadas hubo Cortes,
Desde antaño por invierno,
Diz que por la pro comun,
O por los vuesos provechos.
Vos en Leon las ficísteis,
Pero yo en los campos yermos,
Faciendo las mias, desfice

Del contrario los pertrechos.
Lo fecho en Alcalá vedes
Non lo que fué primero,
Y es mal juzgador quien juzga,
Sin notar todo el proceso.
Folgá que el Moro de allende
Respete mis fechos buenos,
Que si non me los respeta
Non vos guardarán respeto.
Asaz me semejais blando,
Porque de tiempo tan luengo,
De apretarvos en la jura
Vos duele el escocimiento.
Mentirá el que me achacare
Del traydor Dolfos el tuerto
Que sabedes lo que fué,
Y lo que no fué en el reto:
Ademas, que sin espuelas
Cabalgué entónces por yerro.
Vencen pesadas falsías
Al noble y sencillo pecho:
Y pues gasté mis haberes
En prez del servicio vuéso,
Y de lo que hube ganado
Vos fice Señor y dueño,
Non me lo confiscarédes
Vos ni vuesos compañeros,
Que mal podrédes tollerme
La facienda que no tengo.

De hoy mas seré facendoso
Pues hoy de vos me destierro;
Y de hoy para mí me gano
Pues hoy para vos me pierdo.
Estas palabras decia
El noble Cid, respondiendo
A las querellas injustas
Del Rey Don Alfonso el sexto.

XIII.

Reconciliacion del Rey con el Cid.

Ceñid los membrudos brazos
Al cuello que bien os quiere,
Por ser asaz de tal dueño
Que el mundo otro par no tiene.
No rehuyais de abrazarme,
Que abrazos de home tan fuerte
Desentollecen mis tierras
Y las de Moros tollecen.
Facedlo, que bien podeis,
E cuidá no me manchedes,
Que aun finca en las vuesas armas
La sangre Mora reciente.
No atendais tuertos que os fice
Pues tan buen premio merecen,
Que no quise en mi servicio
Home á quien le sirven Reyes.
Si vos desterré, Rodrigo,

Fué porque á Moros que crecen,
Desterreis sus fechorías
Y las vuesas alto vuelen.
No vos eché de mi Reyno
Por falsos que vos mal quieren,
Sí porque en tierras agenas
Por vos mi valor se muestre:
De Albar Fañez vuestro primo
Recibí vuestro presente,
No en feudo vueso, Rodrigo,
Sino como de pariente.
Las banderas que ganásteis
A Sarracenos de allende
Por vuesa mandadería
En San Pedro las verédes:
La vuesa Ximena Gomez
Que tanto vos quiso siempre,
Porque la demaridé,
Mil pleytos contra mí tiene.
Non escucheis sus querellas
Quando á mí las enderece,
Que á las fembras mas astutas
Qualquier enojo las vence.
Atended en su presencia,
Que cuido que vos atiende
Mas ganosa de vos ver,
Que vos venides de verme.
Que si malos consejeros
Facen oficios que suelen,

En cambio de saludarme,
Atendéiedes mi muerte.
Non atendais, home bueno,
Así os valga San Llorente,
Y riñas, de por San Juan,
Sean paz que dure siempre.
Prended al cuello mis brazos
Que vuesos brazos bien pueden
Prender en paz vueso Rey,
Pues en guerra cinco prenden.
El Rey Don Alfonso el Sexto
Le dice esto al Cid valiente,
Que de lidiar con los Moros
Victorioso á su Rey vuelve.

XIV.

Las hijas del Cid.

Al cielo piden justicia
De los Condes de Carrion
Ambas las fillas del Cid
Doña Elvira y Doña Sol.
A sendos robles atadas
Dan gritos que es compasion,
Y no las responde nadie,
Sino el eco de su voz.
El menosprecio y afrenta
Sienten; que las llagas non;
Que es dolor á par de muerte

En la muger un baldon.
Tal fuerza tienen consigo
La verdad y la razon,
Que hallan en los montes duros
Y en las fieras compasion.
A los lamentos que hacen
Por allí pasó un pastor,
Por donde no puso pies
Cosa humana si ahora no.
Danle voces que se acerque,
Y él non osa de pavor;
Que son hijos de inorancia
El empacho y el temor.
Por Dios te rogamos, home,
Que hayas de nos compasion,
Así tu ganado vaya
Siempre de bien en mejor.
Nunca le faltan las aguas
En el estío y calor;
Las yerbas no se le sequen
Con la helada y con el sol.
Tus tiernos fiyuelos veas
Criados en bendicion,
Y peynes tus blancas canas
Sin dolencia y sin lesion,
Que desates nuestras manos,
Pues que las tuyas no son,
Como las que nos atáron
Con malicia y con traycion.

Ellas en estas palabras,
Don Ordoño que llegó,
En hábito de Romero
De órden del Cid su Señor,
Prestamente las desata,
Disimulando el dolor.
Ellas que lo conociéron
Juntas lo abrazan las dos.
Llorando les dice, primas,
Secretos del cielo son,
Cuya voz y cuya causa
Está reservada á Dios:
No tuvo la culpa el Cid,
Que el Rey se lo aconsejó;
Mas buen padre teneis, dueñas,
Que vuelva por vueso honor.

XV.

Querella del Cid contra los Condes.

Años hace, Rey Alfonso,
Que solo en vueso servicio
El arambre de Tizona
Apénas lo he visto limpio,
Y que mi pobre Ximena
Nacida en contrario sino
Fué por mí sola de padre,
Como por vos de marido.
Ella en mi ausencia ha llorado

El medio lecho vacío,
Miéntras que yo derribaba
Mil estandartes Moriscos.
Testigos tengo presentes,
Y vos Rey, sois buen testigo
Que he atropellado mas lunas
Que el sol ha durado siglos.
Fuí en mi juvenil discurso
Rayo en vuesos enemigos,
Como agora son mis canas
Terreros de mal nacidos.
Todo lo gobierna el cielo
Con su nivel y destino
Desde la tierra á su altura
Y desde el cielo á su abismo.
Al pavon le dió sus pies,
Al águila el corbo pico,
Y al leon la calentura
Porque estén ménos altivos.
Dos fillas tengo, Señor,
Y porque robé al serviros
El tiempo del engéndrarlas,
Las engendré con delito:
Agraviaronlas traydores,
Y por haberse atrevido
Aunque mi brazo pudiera,
Solo al vueso lo remito.
Dos alevosos cobardes,
Cuyos corazones tibios

Al temor hacen altares,
Y le ofrecen sacrificios;
Carrion les da tributo
Como la fama al olvido,
Y como yo me querello
De tal injuria ofendido.
Levante vuesa justicia
El peso con el cuchillo,
Que aunque suyo sea el peso,
El pesar ha de ser mio.
Si la justicia en las armas
Falló el natural abrigo,
Ya sirvo yo con las mias;
Faced justicia y castigo.

PARTE IV.

ROMANCES CORTOS Y LETRILLAS.

I.

Sol resplandeciente,
Que con luz dorada
Doras y matizas
Mi querida patria;
Tú que de jazmines,
Y de perlas sacas
El rubio cabello
Y la frente ornada;
Y el lecho oriental
De la esposa amada
Dexas viudo y solo
Lleno de esmeraldas;
Pues ahora sales,
Y dexas sus faldas
Del precioso aljófar
Que llora, bordadas;
Y el concierto dulce
De los que bien aman
Alegre lo miras,

Y triste lo apartas;
Las torres soberbias,
Que ya fuéron guardas
De amorosos hurtos
Victorioso asaltas:
Y el lecho que tiene
Dos cuerpos y una alma,
Que tiempo los junta
Y amor los enlaza;
Tú rompes sus treguas
Y escalas la casa,
Quando las dos bocas
Se beben las almas.
Alegras el mundo,
Y las aves cantan
De tu luz divina
Gloriosa alabanza.
Los montes de yelo,
Que al cielo se ensalzan
En cristales puros,
Te rinden sus parcas.
Y con rayos de oro
De las sierras altas
Desnudas la nieve,
Porque vean tu cara.
Al pie de una de ellas
Vive una Serrana
Mas helada que ellas,
Y que ellas mas alta,

En su blanco pecho
Hay como en montaña
Mármoles cubiertos
De la nieve blanca.
Cuidados produce,
Libertades mata,
Atropella glorias
Y huella esperanzas.
De verde vestida,
De belleza armada,
Persigue las fieras
Y prende las almas.
Así goces, sol,
Del oro y la plata
Que en las venas crias
De la rica Arabia;
Y el copioso censo
Que la mar te paga
De varias riquezas
En sus conchas varias;
Que si vieres hoy
A mi amada ingrata,
Tus rayos ardientes
Su yelo deshagan.
Pero no podrá
Tu fuego ablandarla,
Porque con su fuerza
Es la tuya flaca;
Pues no han sido parte

Para

Para deshelarla
De mi ardiente pecho
Las ardientes llamas.

II.

Del tiempo infinito
La imágen anciana
Contempla Riselo,
Y aquesto le canta.
Oye mis desdichas,
Inventor de usanzas
Que lo crias todo,
Y todo lo acabas.
De tus alas libres
Pinceles se sacan
Para el desengaño
Que es pintor de faltas.
Tu guadaña afilas
Entre las pizarras
De nuestros descuidos
Y de sus mudanzas.
Y luego con ella
Tan sin duelo talas
Arboles humildes,
Como altivas palmas.
Fugitivas sombras
De prisa señalan
Las noches que olvidas,

Los dias que gastas.
A la muerte entregas
Las desdichas largas,
Quando el curso tuyo
No pudo estorbarlas.
Por los males nuestros
Vagaroso pasas,
Por el bien apénas
El ayre te alcanza.
Del Indio remoto
Margaritas caras
Ciñeran tus sienes,
Lucieran tus alas:
Los metales ricos
Te dieran medallas,
Los pobres comunes
Eternas estatuas;
En tus aras vieras
Las jamas halladas
Preñeces ocultas
Y partos de Arabia;
El colmado cuerno
De sus abundancias,
Favor de la tierra
Tesoro del agua,
Venerablemente
Amaltea sacra
Por mí le vertiera
En tus nobles canas;

Con tal que tu industria
Le diese á mi alma
Soltura en mi pecho,
Prision en quien ama.
Para el pensamiento
No te pido nada,
Que yo le castigo
Si no me regala.
No será posible
Tiempo que me valgas,
Duros son mis yerros
Mas que tu guadaña.
Si la vida sobra,
Si la muerte falta,
Si penas consuelan,
Si consuelos cansan;
Que me otorgues quiero
Tus horas menguadas,
Y que de mi vida
Volando te vayas.

III.

La niña morena
Que yendo á la fuente
Perdió sus zarcillos
Gran pena merece.
Diérame mi amado
Antes que se fuese
Zarcillos dorados

Hoy hace tres meses.
Dos candados eran
Para que no oyese
Palabras de amores,
Que otros me dixesen:
Perdidos lavando,
¿Que dirá mi ausente
Sino que son unas
Todas las mugeres?

Dirá que no quise
Candados que cierren,
Sino falsas llaves,
Mudanza y desdenes:
Dirá que me hablan
Quantos van y vienen,
Y que somos unas
Todas las mugeres.

Dirá que me huelgo
De que no parece
En Misa el Domingo,
Ni en mercado el Juéves:
Que mi amor sencillo
Tiene mil dobleces,
Y que somos unas
Todas las mugeres.

Diráme: traydora,
Que con alfileres
Prendes de tu cofia

Lo que mi alma prende;
Quando esto me diga
Diréle que miente,
Que no somos unas
Todas las mugeres.

Diré que me agrada
Su pellico el verde
Muy mas que el brocado,
Que visten Marqueses.
Que su amor primero
Primero fué siempre,
Que no somos unas
Todas las mugeres.

Diréle que el tiempo
Que el mundo revuelve
La verdad que digo
Verá si quisiere:
Amor de mis ojos,
Burlada me dexes,
Si yo me mudase
Como otras mugeres.

IV.

Blanca y bella niña
De los ojos bellos,
Huye los peligros
Del hijo de Vénus.
Los oidos tapa

A sus mensageros,
Como el aspid libio
Al sabio hechicero.
No digas: soy libre,
Resistille puedo;
Que muchas cautivas
Lo mismo dixéron.
Eres delicada,
Y él fuerte en extremo,
No están dél seguros
Los muros del cielo.
Mira como siguen
Su triunfo soberbio
Salomones sabios,
Davides guerreros.
Y el que solo mata
Los mil Filisteos
Un rapaz desnudo
Le corta el cabello.
Ante el carro suyo
En mil formas puesto,
Va el supremo Jove
Aherrojado y preso.
Danle las coronas
Vasallage y sueldo,
Y sus leyes siguen
Los que las hiciéron.
Ciérrale la vista,
Que ella es el comienzo

Por donde á las almas
Camina su fuego.
Que amor, como Ulíses
A los Polifemos,
La luz de los ojos
Les ciega primero.
Son los gustos suyos,
Quando los contemplo
Engañosas aguas,
Dorado veneno.
Míranse sus daños
Los ojos abiertos,
Sus dichas y glorias
Pasan entre sueños.
Vívora en el vientre
Son sus pensamientos,
Matan á la madre
Que los tuvo dentro.
Traen sus bienes alas,
Pártense ligeros,
Y sus males plomo
Para estar de asiento.
Mil placeres suyos,
Dixo un sabio de ellos,
A montar no llegan
Un solo tormento.
¿Pues que si á tu alma
Martirizan zelos?
Líbrete amor, niña,

De tan duro infierno.
Coge el labrador
Del arado suelo
El fruto del grano,
Que escondió en su seno.
Si recibe trigo,
Trigo da á su tiempo;
Y si flor, da flores
El campo risueño.
Mal haya semilla
Que dá el fruto avieso,
Y mal haya fruto
Della tan ageno!
Acá sembrarás
Amor verdadero,
Cogerás olvido
De un ingrato pecho.
A la niña hermosa
Del rubio cabello
Una escarmentada
La da este consejo.
Ella de ser libre
La hizo juramento
Y amor que la escucha
Se queda riendo.

V.

Mal hayan mis ojos,
Madre que los puse
En otros que abrasan

Negando su lumbre !
Fuérame yo, madre,
Al mercado un lúnes,
Miento, Mártes era,
Mil azares tuve.
Compróme mi Pedro
Un dorado estuche,
Echéle mal grado
Cordones azules.
Sin mirar en ello
Del mercado truxe
Con yerros dorados
Zelos que me apuren.
Topóme el hidalgo,
Aquel que le rugen
Mucho los gregüesos,
Y tañe laüdes.
Díxome, Serrana,
Los rayos ilustres
De tus bellos ojos
Mil bienes descubren.
Permite si mandas,
Que mi fe se apure,
Con las esperanzas,
Que en la tuya puse.
Habló tan ñublado,
Que aguardando estuve
Quando me mojaran
Sus preñadas nubes.

Respondíle á tiento:
En otras procure
Emplear sus galas,
Y en mí no se ocupe.
Asióme la mano,
Soltar no me pude,
Que me adormeciéron
Sus palabras dulces.
Pedro que nos via
Maldades presume,
Que burlas en veras
Diz que no las sufre.
Llaméle yo triste,
Respondió, no busques
Voluntad villana,
Que la noble injurie.
De mis esperanzas
Ya llegó el Octubre,
No quieras Pastores,
Si atropellas Duques,
De mi vista, madre,
Con esto escabulle
El que en mis entrañas
Tan de asiento tuve.
¡Ay de mí que muero!
¡Ay que me destruyen
Sospechas de agravios,
Que hacer yo no supe!
Plegue á Dios, cuidado,

Pues tan mal me luces,
Que porque te acabes
Viva me sepultes;
Y al hidalgo malo,
Pues por él me arguyen,
Que cautivo muera
En Argel ó en Túnez.
Madre, la mi madre,
No es justo que duren
Mis ansias que tienen
Mortales vislumbres.
Busquen los mis ojos
Quien su llanto enxugue,
Sin que lloren tanto,
Que mi vida enturbien.
¡Ay malvados hombres
De ingratas costumbres!
El mejor de todos
Muera de arcabuces.

VI.

Riñó con Juanilla
Su hermana Miguela,
Palabras la dice,
Que mucho la duelan.
Ayer en mantillas
Andabas pequeña,
Hoy andas galana
Mas que otras doncellas:

Tu voz son suspiros,
Tus cantos endechas,
Al alba madrugas,
Al gallo te acuestas:
Quando estás labrando
No sé en que te piensas.
Que al dechado miras,
Y los puntos yerras.
Dícenme que haces
Amorosas señas;
Si madre lo sabe,
Habrá cosas nuevas.
Clavará ventanas,
Cerrará las puertas;
Para que baylemos
No dará licencia.
Mandará que tia
Nos lleve á la Iglesia,
Porque no nos hallen
Las amigas nuestras.
Quando fuera salga,
Dirále á la dueña,
Que con nuestros ojos
Tenga mucha cuenta.
Que mire qnien pasa,
Si miró á la reja;
Y á quien de nosotras
Volvió la cabeza.
Por tus libertades

Seré

Seré yo sujeta;
Pagarémos justos
Lo que malos pecan.
¡Ay Miguela hermana,
Que mal que sospechas!
Mis males presumes,
Mas no los aciertas.
A Pedro el de Juana,
Que se fué á la sierra,
Aficion le tuve,
Y escuché sus quejas.
Mas visto que es vario
Despues de su ausencia,
De su fe fingida
Ya no se me acuerda.
Fingida la llamo,
Porque quien se ausenta
Sin fuerza y sin gusto,
No es bien que le quieran.
Ruégale tú á Dios,
Que Pedro no vuelva,
Responde burlando
Su hermana Miguela;
Que el amor comprado
Con tan ricas prendas,
No saldrá del alma
Sin salir con ella.
Creciendo tus años
Crecerán tus penas,

Y si no lo sabes
Escucha esta lettra:

Si eres niña y has amor,
¿Que te harás quando mayor?
Si al niño Dios te ofreciste
Desde niña, con la edad
Le darás mas facultad
De la que le prometiste:
Si pequeña te atreviste
En ténerle por Señor,
¿Que te harás quando mayor?

Como estás hecha á querer
Desde que sabes amar,
En faltando á quien amar,
Te verás aborrecer:
Segun esto, podrás ver
Si eres niña y has amor,
¿Que te harás quando mayor?

VII.

Elisa dichosa,
Haga larga el cielo
La corta madexa
De tus años tiernos.
Goza siglos largos
Ese rostro bello,
De la vista flecha,
Y de amor terrero.

Crezcan, niña hermosa,
De uno en otro extremo
Las trenzas doradas
Del vírgen cabello:
Si á la Iglesia fueres,
Compóngante versos,
A quien rinda parias
Y se humille el viento.
Quando al bayle fueres,
Al son del pandero
Tu donayre encienda
Libres pensamientos.
Tenga tu ganado
Próspero suceso
La lana en verano,
La leche en invierno.
Aquel que bien quieres
Goze de tu lecho
Con blandos abrazos,
Y amorosos besos.
Al son de los ramos
Esos ojos bellos
Reposen la siesta
Vencidos del sueño.
Quando salga el alba
De Apolo correo,
Encuentre tus soles,
Y tórnese dentro.
Tras todo, Señora,

Vivas en el suelo
Mil siglos dichosos
A pesar del tiempo.
Niñez, hermosura,
Amores, extremos,
Las trenzas doradas,
La Iglesia, y el viento,
Abrazos, amores,
Ramos, ojos, lecho,
Alba, sierra, soles,
Sueño, siglo y tiempo
Todo me falte junto en este suelo,
Si no eres tú, dichosa Elisa, un cielo.

VIII.

Eran dos Pastoras
Libres de aficion,
Una blanca y rubia
Mas bella que el sol;
La otra morena
De alegre color,
Con dos ojos claros
Que dos soles son.
Y viéndose libres
Del tirano amor,
Hacen burla de él
Entrámbas á dos.
Dicen que no temen
Su furia y rigor,

Pues en mil encuentros
Nunca las venció.
Y viendo que en muchos
Las acometió,
Júzganlo por flaco
Y sin municion.
Cuenta la morena,
Que en una ocasion
La tiró mil flechas,
Y nunca la hirió.
Y que viendo el niño
Que no aprovechó,
Sus lazos y redes
De secreto armó.
Ella con sus ojos
Todo lo abrasó,
Y el niño corrido
La empresa dexó.
Dice la que es blanca
Que lo deslumbró.
Y que estando ciego
No tiene valor.
Y burlando de él,
Como así lo vió,
Quitándole el arco
Se lo desarmó.
La morena un dia
Esto me contó,
Y yo agradecido

Consejos les doy.
Y aunque para darlos
Me falta valor,
Fiado en su gracia
Soltaré mi voz.
Pastoras hermosas,
Pues el cielo os dió
Tantas gracias juntas,
Tened discrecion.
No fieis, pastoras,
De lo que pasó,
Que contra el rapaz
No hay reparo, no.
Su sosiego incierto
Suele dar pasion,
Su quietud mil penas,
Su gusto dolor.
Estad sobre aviso,
Pues que yo os le doy,
Que sobre el descuido
La ruina es peor.
Tu blancura hermosa
Busca con razon,
Y quando no pienses,
Verás su traycion.
De tus hebras de oro
Texerá un cordon,
Y con él al mundo
Lo pondrá en prision.

Tus ojos, morena,
De claro arrebol,
Guárdate no sean
Tu mismo dolor.
Que podrá en su centro
Meterte el traydor,
Y de allí encender
Fuego al corazon,

IX.

Fertiliza tu vega,
Dichoso Tórmes,
Porque viene mi niña
Cogiendo flores.
De la fértil vega
Y el estéril bosque
Los vecinos campos
Maticen y broten
Lirios y claveles
De varios colores,
Porque viene mi niña
Cogiendo flores.
Vierta el alba perlas
Desde sus balcones,
Que prados amenos
Maticen y broten:
Y el sol envidioso
Pare el rubio coche,
Porque viene mi niña
Cogiendo flores.

El céfiro blando
Sus yerbas retoce,
Y en las frescas ramas
Claros ruiseñores
Saluden el dia
Con sus dulces voces,
Porque viene mi niña
Cogiendo flores.

X.

Miéntras duerme mi niña,
Céfiro alegre,
Sopla mas quedito
No la recuerdes.
Sopla el manso viento
Al sueño suave
Que enseña á ser grave
Con su movimiento:
Dale el dulce aliento,
Que entre perlas finas,
A gozar caminas
Y ufano te vuelves,
Sopla mas quedito
No la recuerdes.

Mira no despierte
Del sueño que duerme
Que temo que el verme
Causará mi muerte:
¡Dichosa tal suerte!

¡ Venturosa estrella !
Si á niña tan bella
Alentar mereces ,
Sopla mas quedito
No la recuerdes.

XI.

Pensamientos me quitan
El sueño , madre ,
Desvelada me dexan ,
Vuelan y vanse
Tristes pensamientos
De alegres memorias
Con escuras glorias
Y claros tormentos
Vienen por momentos
A verme , madre ,
Desvelada me dexan , etc.
Cada qual procura
Que mi lecho sea
Campo á la pelea
Y paz mal segura :
Sueños sin ventura
Me espantan , madre ,
Desvelada , etc.
Mis ojos despiertos
Las noches y dias
Lloran mis porfías
Por bienes inciertos :

Ya vivos, ya muertos
Mis males, madre,
Desvelada, etc.

Dichoso el sentido
Que desengañado
Despierta el cuidado,
Del pecho ofendido
¡Ay que me han vencido
Desdichas, madre!
Desvelada, etc.

XII.

Alamos del prado,
Fuentes de Madrid,
Como estoy ausente
Murmurais de mí.

Todos van diciendo
Mis tristes congojas,
El viento en las hojas,
Las fuentes corriendo:
A todos diciendo
Lisongera os ví,
Como estoy, etc.

Con razon me espanto
Dando al despediros
Las plantas suspiros,
Y las aguas llanto;
Que fingierais tanto
Nunca lo creí,
Como estoy, etc.

Estando en presencia
Música me-hicístes,
Luego me vendístes
Que vístes mi ausencia:
Dios me dé paciencia;
Miéntras peno aquí,
Como estoy, etc.

XIII.

Con el viento murmuran,
Madre, las hojas,
Y al sonido me duermo
Baxo su sombra.

Sopla un manso viento
Alegre y suave
Que mueve la nave
De mi pensamiento;
Dame tal contento
Que ya me parece,
Que el cielo me ofrece
El bien á deshora,
Y al sonido me duermo
Baxo su sombra.

Si acaso recuerdo,
Me hallo entre las flores,
Y de mis dolores
Apénas me acuerdo.
De vista los pierdo
Del sueño vencida,

Y dame la vida
El son de las hojas;
Y al sonido me duermo
Baxo su sombra.

XIV.

A coger el trébol, damas,
La mañana de San Juan,
A coger el trébol, damas
Que despues no habrá lugar.
Salid con la aurora
Quando el campo dora;
Y veréis bordado,
De aljófar el prado;
Cogeréis las flores
De varios colores,
De que en vuestras faldas
Texeréis guirnaldas,
Con que al niño ciego
Podréis coronar:
A coger el trébol, etc.
Veréis como el alba
Hace al mundo salva,
Y cantan las aves
Con voces suaves:
Cristal transparente
Que por mil soslayos
Le hieren los rayos,

Adonde

A donde del fresco
Podréis bien gozar :
A coger el trébol, etc.

Cogeréis la rosa
La violeta hermosa,
El jazmin preciado,
Y el lirio morado,
Los roxos claveles
Con los mirabeles,
Y á vueltas de grama
Pagiza retama,
Con otras mil flores
Dignas de loar :
A coger el trébol, etc.

XV.

¡Ay ojuelos verdes,
Ay los mis ojuelos,
Ay hagan los cielos
Que de mí te acuerdes!

El último dia
Quedásteis muy tristes
Y os humedecístes
En ver que partia;
Con el agonía
De tantos pesares
Quando te acostares,
Y quando recuerdes;

¡Ay hagan los cielos
Que de mí te acuerdes!

Tengo confianza
De mis verdes ojos,
Que de mis enojos
Parte les alcanza;
Ojos de esperanza
Y de buen agüero,
Por quien amo y quiero
Los colores verdes;
¡Ay hagan los cielos
Que de mí te acuerdes!

¡Ay Dios quien supiese,
A que parte miras,
Y quando suspiras
La causa entendiese!
Y si te sintiese
Un cierto dolor,
De que un servidor
Verdadero pierdes:
¡Ay hagan los cielos
Que de mí te acuerdes!

Un solo momento
Jamas vivir supe
Sin que en tí se ocupe
Todo el pensamiento.
Mis ojos, si miento,
Dios me dé el castigo;
Y si verdad digo,

Mis ojuelos verdes,
¡ Ay hagan los cielos
Que de mí te acuerdes!

XVI.

Ventecico murmurador
Que lo gozas y andas todo,
Hazme el son con las hojas del olmo,
Miéntras duerme mi lindo amor.

Hoy, ventecico suave,
Has de dar reposo á quien
Sabe desvelar mi bien,
Y dormir mi mal no sabe.
Procura tu mi favor,
Pues lo gozas y andas todo;
Hazme el son con las hojas del olmo,
Miéntras duerme mi lindo amor.

Tú que entre las verdes hojas
Andas alegre, y murmuras
De mis pasadas venturas
De mis presentes congojas,
Fresco, manso y bullidor,
Que lo gozas y andas todo,
Hazme el son con las hojas del olmo,
Miéntras duerme mi lindo amor.

XVII.

Ten, amor, el arco quedo,
Que soy niña, y tengo miedo.

Dicen que amor ha vencido
A las deydades mayores,
Y que de sus pasadores,
Cielo y tierra está ofendido;
Y habiendo aquesto sabido
No es mucho temer su enredo,
Que soy niña, y tengo miedo.

Unos dicen el estrago,
Que en Piramo y Tisbe híciste,
Otros quan tirano fuiste
Con la Reyna de Cartago;
Y viendo que das tal pago,
Atemorizada quedo,
Que soy niña, y tengo miedo.

No es, amor, mi condicion
Para sufrir tus temores,
Tus engaños, tus terrores,
Tus zelos y compasion;
Y en esta jurisdicion
No me cogerás, si puedo,
Que soy niña, y tengo miedo.

XVIII.

Aunque con semblante airado
Me mirais, ojos serenos,
No me negaréis al ménos,
Ojos, que me habeis mirado.

Por mas que querais mostraros
Airados para ofenderme,

¿Que ofensa podréis hacerme,
Que iguale al bien de miraros?
Que aunque de mortal cuidado
Dexeis mis sentidos llenos,
No me negaréis al ménos,
Ojos, que me habeis mirado.

Pensando hacerme despecho
Me mirástes con desden,
Y en vez de quitarme el bien,
Doblado bien me habeis hecho;
Que aunque los hayais mostrado
De toda clemencia agenos,
No me negaréis al ménos,
Ojos, que me habeis mirado.

XIX.

Ojos bellos, no os fieis
Del buen tiempo que gozais;
Porque si hoy de mí os burlais,
Mañana me lloraréis.

Como estais acostumbrados
A alcanzar siempre victoria,
Desterrais de la memoria
Mis dolores y cuidados.
La vida me acabaréis,
Si en mi daño porfiais,
Y quando así me perdais,
De véras me lloraréis.

Con tanta seguridad
Vivis de vuestra belleza
Que ese rigor y aspereza
Es igual con la beldad:
Si con estar qual me veis,
Del remedio no curais,
Avertid que os condenais,
A que muerto me lloreis.

De esta burla habrá mudanza
Al tiempo que el tiempo acierte
A descubriros mi muerte
En la qual no habrá tardanza:
Entónces vos perderéis
Ese rigor que mostrais,
Y aunque de burlas matais,
De véras me lloraréis.

Al compas del disfavor
Va creciendo mi tormento;
Mis suspiros lleva el viento,
Y mi esperanza el dolor.
¿Que suceso pretendeis,
Pues siempre en calma os estais,
Sino que vivo querais
Enterrarme, y vos lloreis?

XX.

El alba nos mira,
Y el dia amanece;
Antes que te sientan
Levántate y vete.

Dexa los blandos regazos
Aunque el dueño se detenga
Antes que á la tierra venga
El sol desparciendo abrazos.
No hay gusto sin embarazos,
No hay contento sin pasion,
Y á los cuerdos la ocasion
Jamas les negó el copete;
Levántate y vete.

Si mi amor tu pecho inflama
Con honroso intento justo
Por darle á mi alma gusto
Olvida los de la cama;
Que mi fama está en tu fama,
Y mi honor está en tu honor:
Levántate que el temor
Ya que aquí estés no consiente,
Levántate y vete.

Aunque con el sueño luchas
Es justo que fin le des,
Porque el gusto de una vez
Podamos gozarle en muchas.
Es gran razon que te acuerdes,
Que el gusto que ahora pierdes
Mayor gusto nos nos promete:
Antes que te sientan
Levántate y vete.

XXI.

En la cumbre, madre,
Tal ayre me dió,
Que el amor que tenia
Ayre se volvió.

Madre, allá en la cumbre
De la gentileza
Miré una belleza
Fuera de costumbre,
Cuya nueva lumbre
Ciega me dexó,
Que el amor, etc.

Quísolo mi suerte
Fragua de mis males,
Que con ansias tales
Llegase á la muerte,
Mas un ayre fuerte
Así me trocó,
Que el amor, etc.

Dulce ausente mio,
No te alejes tanto,
Mueva ya mi llanto
Ese pecho frio,
¡Mas ay! que un desvío
Tal pena me dió,
Que el amor, etc.

XXII.

Romped, pensamientos,
El ayre sutil,
Y á mi bella ingrata
Mi mal le decid.

De todas sus señas
Os quiero advertir,
Que es en forma humana
Bello serafin:
Y para si acaso
Se olvida de mí,
A mi bella ingrata
Mi mal le decid.

Decidla que quedo
Cerca de morir,
Y de mí muy léjos
Despues que la ví.
Y aunque se resista
Y no os quiera oir,
A mi bella ingrata
Mi mal le decid.

Halláreisla en medio
De su verde Abril,
Esparciendo rosas,
Clavel y jazmin:
Y aunque os espantase
El hallarla ansí,

A mi bella ingrata
Mi mal le decid.

XXIII.

De tu vista me privas
Con tu resplandor,
¡Quien águila fuera
Que mirara al sol!

Despides tus rayos
Con tanto furor,
Que á los que te miran
Ciega tu arrebol:
Tus hermosos ojos
Dos luceros son,
Que llenan el mundo
De su resplandor.
¡Quien águila fuera
Que mirara al sol!

¡Bendígate el cielo,
Gloria de las que hoy
Renombres de hermosas
Las concede amor.
Qualquier criatura,
Puesta en parangon
De aquesa belleza,
Pierde su valor.
¡Quien águila fuera, etc.

Luces mas que el oro
Puesto en el crisol,

Pues naturaleza
No hizo qual tú dos.
Los cielos te alaben,
¡Bendígate Dios,
Honra de este siglo,
Que por tí es mejor.
¡Quien águila fuera
Que mirara al sol!

XXIV.

Trúxome á la muerte,
Madre, un disfavor,
Porque siempre zelos
Engendran dolor.

De favorecida
Vine á desdeñada,
Quanto ante encumbrada
Despues abatida;
Viéndome perdida
Creció mi temor,
Porque siempre zelos
Engendran dolor.

Fué sordo á mi llanto,
Y á mis tristes quejas
Cerró las orejas
Qual sierpe al encanto.
Creció mi mal tanto
Quanto el disfavor,

Porque siempre zelos
Engendran dolor

XXV.

Lágrimas que no pudiéron
Tanta dureza ablandar,
Yo las volveré á la mar,
Pues que de la mar saliéron.

Héme en lágrimas desecho,
Que la mar de amor me ha dado,
Y habré de salir á nado,
Pues mar del amor se han hecho:
Lágrimas que así creciéron
Sin poder á vos llegar,
Yo las volveré á la mar,
Pues que de la mar saliéron.

Hiciéron en duras peñas
Mis lágrimas sentimiento,
Tanto que de mi tormento
Diéron unas y otras señas;
Pero pues ellas no fuéron
Bastantes á os ablandar,
Yo las volveré á la mar,
Pues que de la mar saliéron.

PARTE V.

ROMANCES JOCOSOS.

I.

Llegó á una venta Cupido
A la mitad del invierno,
Las alas todas mojadas,
Roto el arco, y muerto el fuego.
Viéndole tan destrozado
Dixo el bueno del Ventero:
Hermanito, no hay posada,
Pique, que cerca está el pueblo.
Bien quisiera su venganza
Ponella luego en efecto;
Mas como se vió sin armas,
Probó palabras y ruegos.
Díxole como era hijo
De la bella diosa Vénus,
A cuyo cetro y corona
Todo el mundo está sujeto.
Mas como la cortesía
Jamas cupo en baxo pecho,

Haciendo burla del niño
Responde con menosprecio :
Para ser hijo de reyna
El trae muy bellaco pelo,
Y aquí no hacemos nada
Por amor y sin dinero.
Sepa si tuvo poder,
Que ya se pasó aquel tiempo,
Quando cantaban sus triunfos
Con discantes a lo viejo :
Quando por ver á su dama
Iba el otro majadero
Hecho pez á media noche
Nadando de Abido á Sesto;
Aunque mejor que tanta agua
Fuera una azumbre de añejo,
Y echarse en su cama á nado,
Y saliera salvo á puerto.
Aunque en medio de las ondas
Halló de su alma el remedio,
Pues bebió tal parte de ellas
Que apagó de amor el fuego.
Y tambien el otro bobo
Del Babilónico suelo,
Que porque halló roto el manto
Rompió con su espada el pecho.
Y luego la necia Tisbe
Añadiendo yerro á yerro,

Se mató, queriendo echar
La soga tras del caldero.

Y si no ve aquestas cosas,
Sepa que es porque está ciego:
Desatápese los ojos,
Verá la razon que tengo

Cupido entre aquestas burlas
Fué las veras conociendo,
Y de aquí adelante puso
Nueva ley, y otro uso nuevo:

Y es tan discreto que tiene
Ménos costa y mas provecho:
Y tambien manda á las damas
Que en su amor hagan concierto;

Y que tengan sus medidas
Conformes á cada precio,
Y que al amante que diere
No le envien descontento.

Y al que no diere le digan
Lo que le dixo el Ventero:
Hermanito no hay posada,
Pique, que cerca está el pueblo.

II.

Mariana, Francisca y Paula,
Ines, Costanza y Elvira,
Heridas de aquella vira,
Que cuenta Amadis de Gaula,

Con pensamientos conformes
Y con deseos forzados,
Tienden sus paños lavados
Sobre el arena del Tórmes.
¡Ay Tórmes como te ensanchas,
Dixo Elvira, en ondas claras,
Solo con mi pecho avaras
Pues no le quitan las manchas!
Pero no tengo razon
En decir tal desatino,
Pues no son telas de lino
Las telas del corazon.
Volvió Juana su canasta,
Y sobre ella mal sentada
Con la ventura empeñada
Por la esperanza que gasta;
Tomó de arena un puñado
Considerando su pena,
Y dixo: como esta arena,
Es el bien de mi cuidado.
Digo que quando procuro
Apretarle dentro el alma,
No me hallo mas que la palma,
Porque no hay amor seguro.
Alzando la voz Inez,
Dixo al agua suspirando:
Agua no pases callando
Por dó está mi Portugues.
Dale cuenta de mis duelos,

Dile que lloro, y no llora,
Que le adoro, y que él adora
A la causa de mis zelos.
Que si tus ondas no dan
Estas señas conocidas,
Irán lágrimas perdidas
Donde palabras no van.
Costanza que no tenia
Dolores de pensamiento,
Dixo: mohina me siento
De escuchar vuestra agonía.
¿Por hombres teneis enojos?
¿De véras llorais por hombres,
Traydores hasta en los nombres,
Y hasta el fin de sus antojos?
¡Que donosa ceguedad!
Volved, amigas, la hoja,
Pues sabeis que es su congoja
Mudanza y facilidad.
Haciendo son con las palmas
Paula, que tendido habia,
Esta lettrilla decia,
Que es el mote de sus almas:

Amor quien no te conoce,
Este te compre.

Con vasallos te regalas,
Maltratas Reyes y Reynas,
Villanos cabellos peynas,
Desprecias rizos y galas:

Para el mal te nacen alas,
Para el bien eres un monte,
Ese te compre.

Empeñas nuestras verdades,
Y con mentiras nos pagas,
Las voluntades estragas,
Destruyes las amistades;
Y para hacer crueldades
Traes un velo que te emboce,
Ese te compre.

Naciste en hora menguada
Y en señal de mal agüero,
Eres hijo de un herrero,
Y de una muger errada.
Haces la noche alborada,
Y alboreas á la noche,
Ese te compre

O que donayre ha tenido,
Paula, tu copla donosa
Dixo Costanza quejosa
Del lavandero Cupido.
Díme si quieres ahora
¿Cuyo es ese consonante?
¿De aquel señor estudiante
Que visita á mi señora?
Ines que está algo prendada
De amores de Don Gaspar,
Así comenzó á cantar
Muy zelosa y muy lavada:

Aquel pagecito de aquel plumage,
Aguilica seria quien le alcanzase:
Aquel pagecito de los ayrones,
Que volando se lleva los corazones,
Aguilica seria quien le alcanzase:
Francisca se desmayó,
Y á concierto la traian
Las amigas que sabian
De su mal el sí y el no:
Y asida su ropa blanca,
Puesto el sol que la secó,
La esquadra en ala marchó
Camino de Salamanca.
Y mostrando llevaban
Mas contento que truxéron
Alegres se despidiéron,
Y esta letrilla cantaban:

Mas prende amor que la zarza:
Mas prende y mas mata.
Hace montes llanos
Y poblados yermos,
Sana los enfermos
Y enferma á los sanos.
Humilla los vanos,
Y humildes ensalza,
Mas prende y mas mata.

Los finos amores
Que del sayo pasan,
Los yelos abrasan

Doblan los ardores.
Son nuestros dolores
Sus perlas y plata,
Mas prende y mas mata.

III.

Topáronse en una venta
La muerte y amor un dia,
Ya despues de puesto el sol
Al tiempo que anochecia.
A Madrid iba la muerte
Y el ciego amor á Sevilla,
A pie llevando en los hombros
Sus caras mercaderías.
Yo pensé, que iban huyendo
Acaso de la justicia;
Porque ganan á dar muerte
Entrámbos á dos la vida.
Y estando los dos sentados,
Amor á la muerte mira;
Y como la vió tan fea,
No pudo tener la risa,
Y al fin la dixo riendo:

Señora, no sé que os diga,
Porque tan hermosa fea
Yo no la he visto en mi vida.
Corrida la muerte de esto,
Puso en el arco una vira,

Y otra en el suyo Cupido,
Y hácia fuera se retiran.
Con un lanzon el Ventero
De por medio se metia,
Y haciendo las amistades
Cenáron en compañía.
Fuéles forzoso quedarse
A dormir en la cocina,
Que en la venta no habia cama
Ni el Ventero la tenia.
Los arcos, flechas y aljabas
Dan á guardar á Marina,
Una moza que en la venta
A los huéspedes servia.
Aun no bien amanecido,
Quando amor se despedia;
Sus armas al huesped pide
Pagando lo que debia.
El huesped le dá por ellas
Las que la muerte traia,
Amor se las echó al hombro,
Y sin mas mirar camina.
Despertó despues la muerte
Triste, flaca, desabrida;
Tomó las armas de amor,
Y tambien hizo su guia,
Y desde entónces acá
Mata el amor con su vira
Mozos, que ninguno pasa

De los veinticinco arriba.
A los ancianos á quien
Matar la muerte solia,
Ahora los enamora
Con las saetas que tira.
Mirad qual está ya el mundo
Vuelto lo de abaxo arriba,
Amor por dar vida, mata,
Muerte por matar, da vida.

IV.

Dueña, si habedes honor,
Mirad bien por mi facienda,
Que ya debria ser tiempo
Que mi dolor os empezca.
Non pongais en al las mientes,
Que non es de buenas dueñas,
A quien tuerto non les face
Facer injurias derechas.
Miémbreos, Señora mia,
Que face esta primer fiesta
Seis años, non dende ayuso,
Que os fastidian mis reqüestas.
Y en todos estos seis años
No firiéron mis orejas
Razones de vuestra boca,
Que mis congojas desmientan.
En los dos años primeros

Me dístedes por respuesta,
Que érades niña en cabello,
Para usar homes pequeña.

Los otros quatro, Señora,
Non remediástes mis penas,
Temiendo veros en cinta:
¡Ay Dios quien en cinta os viera!

En los dos últimos meses
Partíme á las lueñes tierras,
Volví, y hallévos casada:
¡Triste de quien fia en feembras!

Dístedesme por escusa,
¡Triste de quien la creyera!
Que el viejo de vuestro padre
Vos fizo casar por fuerza.

Que bien sabe el de lo alto
Quantas lágrimas os cuesta,
Porque vuestra voluntad
Non es conmigo mañera.

Si ello es vero, ó non, yo fio,
Que esta vegada se vea,
Pues ya no podrá estorballo
Ser niña, ni estar doncella.

Faced como vais, Señora,
Mañana á la Madalena
A ganar la perdonanza
Con quien puridad os tenga.

Venid vos á mis palacios,
Donde tendrémos la siesta,
Y folgarémos en uno
Sin que mis homes lo vean.

Que si así satisfacedes
Mi aficion y vuestra deuda,
Veré que non es falsía
Ni mal querencia la vuestra.

Donde no, cuidad, casada,
Que tarde ó temprano sea,
Que destos desaguisados
Tengo de tomar enmienda.

Esto escribió Gerineldo,
Camarero de la Reyna,
A la dueña Quintañona
Estando en celada puesta.

V.

Cierta dama cortesana
De las de arandela y toldo,
De las de buen talle y pico,
Y pícara sobre todo,
Picóla con sus saetas
Amor de amores de un mozo,
Mas que Narciso galan,
Y mas que galan zeloso.
Gozó de ella algunos dias
Sin pechar, que no fué poco,

Porque

Porque es la primer franqueza,
Que en sus archivos conozco.
Cobróla el ninfo aficion,
Y puso en su bolsa cobro;
Porque con sola su gala
Pensó conquistallo todo.
Pidióla zelos un dia,
Y á vueltas del alboroto
Algo enojado el galan
La dió un puntapié en el rostro.
Ella que nunca habia visto
Semejantes terremotos
En el cielo de su cara,
Tocó á ñublo y conjurólos.
Y fué la conjuracion,
Que en yéndose de allí á un poco,
Le escribió aqueste papel,
De que yo doy testimonio.
Dexe zelosas sospechas,
Que vive Dios, que es un tonto,
Quien no dando todo el gusto,
No piensa pasar por todo.
Huélguese pues que le dexan
Y juegue, pues vamos horros,
Y aunque encuentre mil encuentros,
No me baraje uno solo:
Y sepa vuesa merced,
Que calzo, que visto y como
A costa de mis costillas,

Por ser tan flacos sus lomos :
Y entienda que es necedad
Pretender con sus adornos,
No siendo el Marques del Gasto,
Ser Conde de Puñonrostro.
Sepa que ya con las damas
Un metal que llaman oro,
Es el discreto, el galan,
El gentil hombre, el gracioso.
Por este metal que digo,
Habla el mudo, y anda el coxo,
Alcanza el que está sin brazos,
Y es de pluma el que es de plomo.
Por aqueste hábitos verdes,
Y descendientes de Godos
Dan su lado á quien los tiene
En campo amarillo roxos :
Por este amable metal
En maridable consorcio
De bien diferentes sangres
He visto yo hacer mondongo.
Por este arbola bandera,
Quien en su vida vió moro;
Ni sabe que es centinela
Rebellin, trinchera ó foso :
Pues si este por quien se alcanza
Qualquiera premio dichoso,
Le falta á vuesa merced,
Y yo en el mundo no sobro,

¿Por que se mete en honduras,
Adonde el mar es tan hondo,
Que suele anegarse en él
Un hombre aunque sea de corcho?
Con las damas de este tiempo
Es muy sabido el negocio,
Que por un Magno Alexandro
Trocaran catorce Apolos.
Pasó ya el dorado siglo,
Que Angélica con Medoro
Se gozaban en la selva,
Pagando un amor con otro.
Belerma muy afligida,
Hechos fuentes los dos ojos,
Lloraba cinco ó seis años
Sobre el corazon mohoso.
Gastaba la gran Cleopatra
Sus tesoros con Antonio,
Dábase Tisbe la muerte,
Y llevábala el demonio.
Catalina por Pascual
Andaba catorce Agostos,
Y al fin de ellos sus amores
Paraban en matrimonio.
Ya está tan mudado el tiempo,
Que aun negras de monicongo
Se van tras el interes,
Y dan al amor de codo.
Yo por un poco fuí necia,

Mas basta la burla un poco;
Busque, si encuentra, otra boba,
Con quien él sea ménos bobo:
Y con ella su merced
Sea mudo, ciego y sordo;
Que á todo aquesto se obliga,
Quien quiere mucho y da poco.
Leyó el galan el papel,
Y dixo entre risa y lloro:
Quien zelos no tiene es simple,
Y quien los pide es un loco.

VI.

Ventanazo para mí
Despues de un año de ausencia,
Mal año para mis ojos,
Si os vieren á vos, ni á ella.
Quebraránseme las manos,
Hermosa niña de á treinta,
Primero que á la ventana
Subieran á ver las vuestras.
Por nuestro Señor que estuve
Por daros con una teja,
A no saber que hay en casa
Un majadero de piedra,
Que necio y favorecido
Yo no dudo que saliera
A vengar el tuerto hecho
A la vuestra delantera.

Mas respetando los picos
De vuestra honrada chinela,
Acogíme á San Miguel
A rezar en vuestras cuentas.
Y de todo aquel recibo
De fe falsa y obras muertas
Hallo que os tengo alcanzada,
Y que os alcanza qualquiera.
Y si de esto estais quejosa,
Y estuvístes satisfecha,
¿Por que se cierran ventanas
A quien se abriéron las puertas?

Hame dicho cierto amigo,
Que me hicístes harta afrenta,
Porque habeis dado en beata,
Y decis que sois doncella.
Beata con lechuguillas,
Y que á media noche reza
Amorosas devociones,
No quiera Dios que lo crea.
Que de su vida y milagros,
Los que la tratan, se quejan,
De haber llevado á hartas partes
Brazos y piernas de cera.
Respondeis que hicísteis voto,
Estando ociosa una fiesta,
De castidad incurable,
De que siempre andais enferma:

¡O voto lleno de filos,
O por ventura de mellas!
Pues ya no hay sangre que corra,
Cortad deseo y vergüenza:
Que si dan tormento á indicios,
Yo se muchos que confiesan,
Que orillas de Guadiana
Apacentáron sus yeguas,
Y si entre tantos testigos
Se conociera mi letra,
¿Por que se cierran ventanas,
A quien se abriéron las puertas?

No importa, hermosa beata,
Huélguese su reverencia,
Que yo sé, que dixe Prima,
Quando ella rezó Completas.
Que el zapato que desecho,
Yo me huelgo que la venga;
Pues ya ni será tan justo,
Aunque piense que le aprieta.
Ya he sabido que es bonete;
Para bien, Señora, sea,
Y tan lozano de cola,
Que en vos deshace su rueda.
Que contento quedaria,
Pues no ha sido cosa nueva,
De verme cerrar el cielo,
Donde ví vuestras estrellas.
Que como yo no soy niña,
Que de mañana soy vieja,

Al que espera vuestra gloria
No quisístes darle pena;
Colérico estoy por Dios;
El ponga tiento en mi lengua.
Que aunque allá dístes el golpe,
Dentro del alma me suena:
No quiero ser vuestro Páris,
Ni que vos seais mi Elena,
Aunque tuviera mas fuego,
Que Troya tuvo por esta.
Ya, enemiga, me declaro
Que la sangre se me altera,
Y el son de aquellas ventanas
Me toca al arma en las venas.
Desengaños de palabras
O de papel buenos fueran,
Pero sabed, que son malos
Desengaños de madera;
Y pues lo estábades vos
De que yo era mal poeta,
¿Por que se cierran ventanas,
A quien se abriéron las puertas?

VII.

Decidme, recien casada,
¿En que vos ofendo yo,
Que sin faltar justa causa,
Ausentades vuestro sol?
Magüer non viene la noche,
Que en guisa de peleador

Erguida la mi cabeza
Contemplo vuestro balcon.
Bendigo vuestras andanzas,
Para que vos logre Dios;
Y por vervos dos vegadas,
Hasta que el sol sale, estoy.
Mírovos con tierno pecho,
Y miraisme con rigor;
De que se aumentan mis males,
Y crece mas el mi amor.
Quando subides acaso
En el vueso mirador,
Non tenedes membramiento,
Como está el mi corazon.
Para encender mas mi fuego
Vos servides de eslabon,
Con que de mis fechorías
Está agostada la flor.
Las dueñas de vuestra casa
Me pregun'an, si es amor,
O si en alguna batalla
Arrastráron mi pendon.
Y si vades á visita,
Porque yo presente estoy,
Para ausentar vos de mí,
Tomades de esto ocasion.
Tanto desden y desdicha,
Señora, causaislo vos,
Que ya non puedo llevallos,

Magüer porque muchos son.
Atended solo á decirme,
Para quitar mi aficion,
Si vos ofendo en mirar
Los rayos de vueso sol.
Que vos faré juramento
Por Señor San Salvador,
De non causarvos pesar
A costa de mi dolor.
Mis barraganes preguntan,
Quien es de mi mal autor;
Y porque non vos maldigan,
La respuesta non les doy.
Mal pagades mis andanzas,
Quiza que non son de pro;
Empero suple el deseo,
Donde mengua la razon.
Pásase el tiempo ligero,
Quando contemplo en los dos;
En mí la verde esperanza,
Y de ella la flor en vos.
Cerrádesme las ventanas;
Empero bien sabe Dios
Que vos me cerrais ventanas,
Yo vos abro el corazon.
Aquesto cantaba Celio,
De Marfisa cantador,
Mirando de sus mexillas
El transparente arrebol.

POESÍAS

DE LOPE DE VEGA.

LA CIRCE,

POEMA.

CANTO I.

Llega Ulises á la isla y casa de Circe, donde le refiere su peregrinacion, y lo que le sucedió con los Lestrigones y Lotófagos.

Tu que del sacro artífice del oro
Científica y hermosa procediste,
Circe, que al blanco cisne, al rubio toro,
En variedad de formas excediste,
De la excelencia del Castalio coro
La humilde musa de mis versos viste:
Harás que las corrientes del Leteo
Presuman otra vez que canta Orfeo.

Tú que pudiste dar con imperiosa
Voz, que tembló sin resistencia alguna
El sol en su corona luminosa,
Y en su argentado cóncavo la luna,

Naturaleza no, mas prodigiosa
Forma á la humana, que corrió fortuna
En el Tirreno mar, con nueva forma
Un Platónico cisne me transforma.

Vos, única excepcion de la fortuna,
Que no suele premiar merecimientos,
Ilustrísimo Conde (*), á quien ninguna
Pudo aumentar mas altos pensamientos:
Vos ya del sol resplandeciente luna,
Que con su misma luz los elementos
Bañais de claridad y de alegría,
Entre dos mundos dividiendo el dia:

Si vuestro padre honró en Italia á España,
Y en España la sangre, que en Sevilla
Por tan alto valor, por tanta hazaña
Dió Reyes generosos á Castilla:
¿Que pluma os sirve? ¿Que lisonja engaña?
Pues en lugar tan alto maravilla
Que hablando en vos, aunque artificio sea,
La verdad á la pluma lisonjea.

Para satisfacer á vuestro claro
Ingenio, excelso Príncipe, debiera
Daros elogios, que de mármol Paro
Y oro inmortal la eternidad vistiera.
Las letras, de quien hoy divino amparo,

(*) Habla con el Conde Duque de Olivares.

Por las que vos teneis, os considera
España, á vuestra sombra de honor llenas,
Crecen, y os llaman ínclito Mecénas.

Así veneracion en la florida
Aurora de la edad vuestra dichosa
Os dió por tanto lustre agradecida
Del Tórmes la Academia generosa:
Y así de vuestra gloria enriquecida,
En Pimpla y Helicon Euterpe hermosa
Os dá la proteccion que tuvo solo,
Como á sacra deidad, el mismo Apolo.

Oid pues, generoso descendiente
De aquel heroyco Pedro y claro Henrique,
A quien Sidonia coronó la frente,
Sin que en la vuestra novedad implique;
Oid de Ulíses la virtud prudente,
Por mas que Circe venenosa aplique
La confeccion de su hermosura y gracia,
Veneno igual al Músico de Tracia

Ya la discordia por muger nacida
De la hermosura fácil y el deseo,
En sangre, en fuego, y en furor teñida,
Y esparcido el cabello Meduseo.
De la llama fatal de la encendida
Mísera Troya, en hombros de Apogeo,
Vestida de una nube polvorosa
Miraba la tragedia lastimosa.

Ya

Ya caminaba fugitivo Eneas,
Incrédulo á la flecha de Laocontes,
Con los Penates y las sacras Deas,
Que trasladó por varios orizontes:
Coronado de mimbres y de neas
El Tibre levantaba á siete montes
La florida cerviz, y el orbe Hesperio,
Nido á las aves del Romano Imperio.

Hécuba triste entre cenizas viles
Sus muertos hijos trémula buscaba:
Por otra parte la crueldad de Aquiles
Con triste voz Andrómaca lloraba:
Con puntas de marfil hebras sutiles
Casandra sobre el tálamo peynaba
De su difunto esposo, y de oro y nieve
Labraba su dolor sepulcro breve.

Páris traydor con flecha rigurosa,
A su venganza bárbaro trofeo,
Sobre las aras de la fe piadosa
Dexaba muerto al hijo de Peleo:
En el jazmin y la purpúrea rosa,
Y en la flor que nació de su deseo,
Por su amado Memnon perlas llovia
La mensagera del luciente dia.

Como de polvo tronador al vuelo
Cayó perdiz sobre la yerba, y como
Tórtola blanca desde el nido al suelo,
Herida de los átomos de plomo:

Entre los pechos de nevado yelo
Descubre apénas el dorado pomo
De la daga de Pirro, Polixêna
En roxas aras víctima azucena.

Arcos, teatros, cúpulas, colunas,
Palacios, templos, muros, puertas, baños,
Rebelados en prósperas fortunas
Al cetro inevitable de los años:
Fábricas á las nubes importunas,
Cubiertas de mortales desengaños
Yacen en polvo, y lo estarán de olvido:
Así dexa de ser quanto es y ha sido.

Troya desierta al fin, Troya abrasada,
Fénix que en plumas reservó la vida
Por los engaños de Sinon vengada,
La fama infame del famoso Atrida:
Prudente Ulíses con su Argiva armada
Por el azul tridente conducida,
Surgió en la Isla Eolia derrotado
De las fortunas de Neptuno airado.

El Rey allí de los discordes vientos
En una piel de buey los prende y ata
A la obediencia de su imperio atentos
Con hilo sutilísimo de plata:
Furioso en la prision, sus movimientos
El Aquilon Septentrional desata,
El Abrego, dexando el Mediodia,
Romper la cárcel rápido porfia.

El hijo del Aurora, que valiente
La línea Equinoccial Levante llama,
Y el que purpúreo el mar vuelve en su Oriente,
Aura fértil de Abril, del árbol rama:
Los rumbos deciseis con torva frente
Murmuran presos que perdiéron fama,
Por no ser cárcel de Leon sangriento,
En que se ve que la soberbia es viento.

Lascivo solo con las velas juega,
De las flores anhelito amoroso,
Céfiro blando: Ulíses luego entrega
El pardo lino al soplo vagoroso:
Mas quando el mar pacífico navega,
Y olvido de sus hados perezoso
Sueño le infunde, en que sus penas venza,
Nuevas desdichas Némesis comienza.

Dormia Ulíses (que quien tiene imperio
Se obliga á breve sueño) y los soldados
Hablaban de su honor en vituperio,
Por los cables y bordes arrimados:
El griego Laomedon del Reyno Iberio,
Mostrando los venenos heredados
De Colchôs, en que fué su nacimiento,
Con estas quejas dió silencio al viento.

¿Habeis visto, soldados valerosos,
La hinchada piel que Ulíses lleva oculta,
Sin apartar los ojos cuidadosos,
De que tan justa presuncion resulta?
¿Los que valientes siempre y animosos

Halló para trabajos, dificulta
Para guardar secretos? Mal responde
A nuestro amor, quien lo que lleva, esconde.
Sabed que ha sido tanta la riqueza
Del robo y saco del troyano incendio,
Que parece imposible su grandeza
Ser reducida á número y compendio.
Nosotros conducidos por nobleza,
Que no por tan inútil estipendio,
Para comprar el dárdano tesoro
Dímos la sangre, que ha trocado al oro.
Bastaba á un capitan la dulce gloria
De haber vencido; que á ningun soldado
Atribuyó la fama la victoria,
Aunque por él se hubiese conquistado.
Quando se escriba la Troyana historia,
Será el prudente Ulíses celebrado;
Vosotros no, si bien por tanta herida
A ver la muerte se asomó la vida.
Vosotros al rigor del yelo frio,
Ya en la campaña con la escarcha al yelo,
Ya en la embreada tabla de un navío,
Sin tierra el cuerpo, y por cubierta el cielo:
Vosotros en la fuerza del estío
Pisando vuestra sangre, mas que el suelo,
Sufriendo los Troyanos esquadrones;
Y ellos durmiendo en altos pabellones.
Creedme que esta piel toda es diamantes,
Egipcio buey con las entrañas de oro,

Abrilde y lo veréis, ó Griegos, ántes
Que, si despierta, le guardeis decoro:
Rompelde, pues hay causas tan bastantes,
Aunque fuera este buey de Europa el Toro,
Que no es justo, si cumple lo que debe,
Que á Grecia el oro y honor se lleve..

Entónces los soldados presumiendo,
Que llevaba en la piel (¡que injusto pago,
La ambicion al respeto preferiendo!)
El oro y joyas del Troyano estrago;
Miéntras estaba el capitan durmiendo,
Rompen la piel, y por el ayre vago
Salen los vientos, porque coge vientos
Quien siembra codiciosos pensamientos.

No de otra suerte, si de noche el fuego
La materia veloz dispuesta enciende,
La gente por el humo denso y ciego
Sino la puerta, la ventana emprende.
Que aqueste arroja aquel, y el otro luego
Entre las mismas llamas le defiende,
Restalla en torno pertinaz Vulcano,
Inexôrable al elemento cano.

Pues apénas saliéron, quando embisten
Con las seguras naves y soldados;
Que con lo mismo que el furor resisten,
Su injusta perdicion miran turbados.
Los que á la aguja y al timon asisten,
La vitácora dexan desmayados,

Y arrepentidos ya de sus cautelas,
Acuden á las xarcias y á las velas.
El campo undoso, como fácil boya,
Nadan entre la rota obencadura
Las vanderas, que ya terror de Troya
Dos lustros respetó la mar segura.
Coge en lugar de la preciosa joya
La escota el Griego, y la rompida amura:
Mas cayendo y culpando el vil tesoro
En espumosas ondas bebe el oro.
Como suele dormido en verde prado
Abrir pobre pastor á los balidos
Del esparcido tímido ganado
Primero que los ojos los oidos,
Y al intrépido lobo, que acosado
De los perros con ásperos aullidos
No sabe á qual emprenda, y mira atento
Iguales la venganza y el sustento:
Así despierta Ulíses, y esparcidas
Mira las naves del Corinto Egeo,
Que con velas y flámulas tendidas
Despreciaban el golfo de Nereo:
Las esperanzas de volver perdidas
Al patrio suelo, fin de su deseo,
Reservadas al cielo y á las naves,
En lágrimas bañó los ojos graves.
Cerca una isla el mar Tirreno, al monte
Opuesta, donde en hierro y bronce duro
Estérope feroz, desnudo Bronte,

Defensas labran al celeste muro :
Aquí el ardiente padre de Faetonte
A Circe truxo en plaustro mas seguro,
Si el agua del Erídano que inflama,
Lámpara de cristal fué de su llama.

Habia dado Circe al Rey su esposo
Veneno sin razon, en que descubre
El alma de su pecho cauteloso :
Y el sol con ser tan claro á Circe encubre;
Que la sombra de un hombre poderoso,
Claro en linage, mil delitos cubre :
Pues muchas cosas de sufrirse duras
La misma claridad las hace escuras.

No le recibe en nítido palacio,
Dorado signo, que humillando el vuelo,
Nueva Eclíptica forma, nuevo espacio
Entre los peces de la mar y el cielo.
Temió Circe el furor del Rey Sarmacio,
Llamando al claro sol que estaba en Delo :
Temióle con razon, porque sucede
Odio al amor, quando el agravio excede.

Que habiéndose con ella desposado
Por hermosura humana y luz divina,
Fué quererle matar enamorado,
Del linage del sol baxeza indina :
Un monte que pirámide elevado
El rostro de la luna determina,
Verde gigante al sol bañado en plata,
De sus eclipses el dragon retrata.

De mármoles y jaspes guarnecido
Ocupa de la isla tanta parte,
Que de pequeñas márgenes ceñido
Darle no pudo habitacion el arte:
Circe en su centro, ya de fieras nido,
Sus palacios esplendidos reparte,
Que por la natural arquitectura
Fundó la artificiosa compostura.

Sobre mármoles blancos, que al Indiano
Marfil en lustre vencen, oro esmalta
La insigne puerta Dórica, y de plano
Perfil el claro pedestal resalta:
Quanto permite el arte en diestra mano,
En él levantan proporcion tan alta
Dos columnas de jaspe de Corinto,
De bronce y oro el capitel y el plinto.

Aqui llegó perdido y derrotado
El Capitan de Grecia tristemente,
Su leño solo en tantos reservado,
Que pobláron el húmido tridente:
Alzó los ojos al peñasco helado
Que en pardas nubes escondió la frente:
Que la sombra del mar por gran distancia
Obligaba á mirar tanta arrogancia.

Y como mas al monte al vespertino
Crepúsculo la sombra dilataba,
Por ella Ulíses á la márgen vino,
Donde la puerta habitacion mostraba:
Y señalando fácil el camino

Que el arena entre céspedes formaba,
A Euríloco mandó, sabio y valiente,
Que el verde monte penetrar intente.

Apénas con sus Griegos compañeros
Selectos de los otros desembarca,
Quando cercado de animales fieros
Temió el rigor de la vecina Parca:
Pero al sacar los fúlgidos aceros
Viendo en las olas fluctuar la barca,
Los que temió llegar armados de ira,
Postrados á sus pies humildes mira.

Al umbral de la puerta las criadas
De Circe lisongeras los reciben,
Y á los valientes Griegos inclinadas,
Los brazos, no las almas aperciben:
De la fingida risa acreditadas
Les muestran los palacios donde viven,
Asegurando que su Reyna bella
Es Vénus de aquel mar, del sol estrella.

Su gente anima Euríloco engañado
A ver á Circe en tanto mal dispuesto,
Que á quien grandes desdichas ha pasado,
La esperanza del bien le engaña presto.
Hallan los Griegos en un alto estrado
De alfombras ricas de Zeylan compuesto
La bella Circe con Real decoro,
Quitando como el sol la gloria al oro.

Las piedras del dosel y las figuras,
Con los vestidos varios en colores,

Supliéran en las noches mas escuras
De la corona Austral los resplandores.
Lágrimas densas del aurora en puras
Conchas del mar abiertas, como en flores,
Pendian por los hilos de oro al suelo,
Hurtando lustre al sol, cristal al yelo.

Circe de Regia púrpura vestida,
Sembrada de azucenas de diamantes,
Mostró la hermosa perfeccion unida,
Admirando los Griegos circunstantes.
La madeja bellísima esparcida
Por los hombros en ondas fulgurantes:
Preciándose de ser mayor tesoro
No permitia distincion al oro.

Eran los ojos esmeraldas vivas,
Qual no las vió jamas el Gange Indiano,
Con dos almas de fuego tan lascivas,
Que eran la esfera del deleyte humano.
No suelen á la Aurora primitivas
Mostrar apénas el dorado grano
Las hijas de los pies de Vénus bella,
Como resplandeció púrpura en ella.

Sucediendo al marfil tan viva ardia,
Que compitiendo en su celeste velo,
El carmin de la boca desafia,
Como si fuera de diverso cielo:
Era lo que la risa descubria
El nácar que en clavel condensa el yelo,

Si se atreve la frígida mañana
Tal vez con perlas á bordar su grana.

Bruñida al torno la coluna hermosa
Este edificio cándido y rosado
Sustentaba con pompa generosa
De tan divinos miembros ilustrado :
Que siendo de aquel alma cautelosa,
Y de tan falso espíritu habitado,
El principio y orígen de la vida,
Perdió tener la estimacion debida.

¡O quantas hermosuras han perdido
Del imperio mortal la gloria y palma,
O por tener el corazon fingido,
O por manifestar bárbara el alma!
Blandura celestial, perdon te pido,
Si alguna vez, que me tuviste en calma,
Pensé que no era el alma que tenias
Fénix de las humanas gerarquías.

Euríloco mirando finalmente
La bella Circe, al suelo derribado,
Le dice : O Reyna, ó sol resplandeciente,
Deste palacio esférico dorado :
El Griego Ulises, Capitan valiente,
Reliquia del heroyco y desdichado
Exército, por quien yace en la arena
Troya con Páris robador de Elena,

Llega á tu monte en una nave solo,
Despues de mil naufragios y desvelos,
Con que ha visto del uno al otro polo

Tantos diversos mares, tantos cielos:
Así los rayos de tu padre Apolo
Adore Delfos, y respete Delos,
Que de su error, que de su mal te duelas
Que ni armas tiene ya, xarcias, ni velas.

Ampara un Rey que en Itaca y Zaquinto
Tuvo tan alto imperio, porque vuelva
Al mar de Grecia deste mar distinto,
Antes que el fiero Boreas le revuelva:
Dexó por el undoso laberinto
De Griegas naves una blanca selva;
Duélete de sus hijos y su esposa
Años ausente, poca edad, y hermosa.

Aun él no sabe que su ilustre casa
Ocupan hoy villanos pretendientes,
Cuya libre aficion su hacienda abrasa,
Que á todo están sujetos los ausentes:
Ignora como dueño lo que pasa,
Y sabe los agenos accidentes:
Que esta es la causa, porque muchos vienen
A hablar en faltas que ellos mismos tienen.

No porque no es Penélope tan casta
Como la fama de sus obras muestra;
Mas la porfía que los montes gasta,
Mejor podrá la resistencia nuestra:
Que para exemplo de recelos basta
Traydor Egisto, ingrata Clitemnestra:
Que ni la nieve al sol está segura,
Ni en ausencia del dueño la hermosura.

Diez

Diez veces nuestra Argólica milicia
Sobre Troya miró flechando á Croto,
Y otras tantas el toro de Fenicia
Pacer estrellas al celeste soto.
Finalmente venció nuestra justicia,
El alto muro de Dardania roto,
Cayendo, como tiene de costumbre
Toda gloria mortal, que vió su cumbre.

Cobramos, Reyna, la robada Elena,
No porque ya cubriese el roxo labio
Cándidas perlas, ó por ser tan buena,
Que nos moviese á deshacer su agravio:
Que nunca la muger, que ha sido agena,
Venera el amador, ni estima el sabio:
Que aun en los brazos el agravio suele
Hacer que el fuego del amor se yele.

Venganza fué, que quando el fin alcanza,
No hay hombre que contento la posea,
Que es condicion de la mortal venganza,
Que no sin daño de los dueños sea:
Tanto, que se ha perdido la esperanza
De que ninguno de nosotros vea
Su casa, esposa y hijos, convertidos
En peces por las aguas sumergidos.

Castigo fué tambien en parte alguna
De haber entrado los Troyanos muros
Con invencion tan alta, que la luna
Temió su sombra en sus cristales puros.
Estaban del rigor de su fortuna

Los engañados Dárdanos seguros,
Que aun el honor para el ageno daño
No quiere la venganza en el engaño.

Fingió partirse nuestra Griega armada,
Y en unas Islas se quedó escondida,
Aumentando la selva, que enramada
Juntó la verdadera á la fingida:
Con los olmos vecinos abrazada
De suerte se miraba entretexida,
Que las naves le diéron troncos rudos,
Y ella vistió sus árboles desnudos.

Con esto los Troyanos presumiendo
Que las ondas marítimas rompia,
Andaban por la playa discurriendo
Que aun despojos inútiles tenia.
Quantos miras aquí de aquel tremendo
Caballo para el parto de aquel dia,
Ocupamos el vientre, en que estuvimos,
Y á ser fuego de Troya á luz salimos.

Mal defendida la ciudad, su gente
(Como salió del sueño la defensa)
Mas llora, que pelea, y tristemente
Hallar piedad entre los Dioses piensa:
De Aquiles Pirro imitacion valiente,
Perpetra entre sus aras tal ofensa,
Que solo basta á despertar la ira
Del sol que su ciudad cenizas mira.

La venerable barba revolviendo
El fiero mozo á la siniestra mano,

Sin respetar su edad, con golpe horrendo
La cabeza cortó del Rey Troyano,
Sobre la sangre mísera cayendo
Del triste hijo, que defiende en vano:
La que estaba del padre desunida,
Quisó ayudar á quien le dió la vida.

Estas crueldades y otras, que tuviéron
Entónces la disculpa en la venganza,
Por ventura despues la causa fuéron
Del castigo que á todos nos alcanza.
Al mar, al viento y á la luna diéron
Los cielos la firmeza en la mudanza;
Y en nuestro error mudó naturaleza,
Sin admitir mudanza su firmeza.

Fundó por nuestro mal con Febo ardiente
Neptuno, Rey del mar, los muros Frigios,
Por esto navegando su tridente
Las ondas vuelve ya lagos Estigios.
Escucha tú de Ulíses eloqüente
Las iras, los portentos, los prodigios,
Dando licencia que te adore y vea,
Y sacro asilo tu presencia sea.

El te dirá como los dos Atridas
En la Isla de Ténedos surgiéron:
Y como las esquadras divididas
Distintos rumbos por la mar siguiéron:
Porque todas las cosas sucedidas
Los marítimos Dioses, que las viéron,

Las contáron á Palas, y ella á Ulíses,
Y aun al Troyano sucesor de Anquíses.

El roxo Menelao con ser discreto,
Volvió á su casa la traydora Elena:
¡Que necio amor, si fué de amor efeto!
Pero lloró muger, cantó sirena.
Callar un hombre el deshonor secreto,
No por todos los sabios se condena;
Pero el público agravio es tanta culpa,
Que aun no puede el amor darle disculpa.

¡O nunca de Nestor se dividiera
Con ménos amistad, que atrevimiento!
Que ya los puertos de sus Islas viera,
Y gozara á Penélope contento.
¿Quien vió tanto blason, tanta bandera,
Tanta lengua de bronce hablando al viento,
Tantos árboles mas que Egipcias piras,
Que imaginara las celestes iras?

Dímos velas al viento sonoroso.
Hinchada pompa de las lonas pardas;
Las flámulas pintadas el undoso
Piélago peynan libres y gallardas:
Las naves con el céfiro amoroso
Juzgan las alas de los remos tardas,
Y como cisnes la nevada pluma,
Desatando cristal, cortan espuma.

Mas luego un uracan, y travesía,
Tan fiero, tan voraz, tan iracundo,
Las acomete al espirar del dia,

Que midiéron el cielo y el profundo :
La Isla Eolia tenebrosa y fria,
Cárcel del ayre, que sustenta el mundo,
Casi en el fuego y cerca de la luna,
Nos recibió para mayor fortuna.

Circe mostrando sentimiento y pena
De ver que el Griego Euríloco lloraba
Bañó la pura rosa y azucena
Con perlas, que á dos soles destilaba :
Maldice á Troya, llama infame á Elena,
Por quien sin culpa el mar peregrinaba
Tan fuerte Capitan, casado, ausente,
Sujeto á todo fácil accidente.

Fingiendo en fin el pecho enternecido,
Los manda regalar : las mesas ponen,
Veneno en los manjares esparcido,
Que de yerbas venéficas componen :
Los cuidados, las armas y el vestido
Los soldados famélicos deponen :
Comen, hablan, blasonan, rien, brindan,
Hasta que al sueño la memoria rindan.

Euríloco discreto, como suele
El que mira pasar otro delante,
Y quando de su ciego error se duele,
Retira el pie que le afirmó constante,
Mas quiere que la hambre le desvele,
Y que el duro cansancio le quebrante,
Que no verse despues tal, que no pueda
Volver con vida donde Ulíses queda.

No bien sobre las mesas se caian
Los Griegos, ya de Baco satisfechos,
Quando de hirsutas pieles se vestian
Las cervices, las manos y los pechos:
Los unos elefantes parecian,
Los otros ya rinocerontes hechos,
Qual, tigre que engendró Scítica Hircania,
Y qual, leon de la Oriental Albania.

Mover queria Ericto la turbada
Lengua: quando cubrio flexîble trompa
La boca descompuesta, y con la armada
Frente Elpenor no hay árbol que no rompa:
Dulinto fué á tomar su fuerte espada,
Antes que transformándose interrompa
El racional distinto encanto fiero,
Y con las uñas derribó el acero.

Quejarse quiso con acento humano
De tal crueldad el joven Antidoro,
De Ulíses Almirante en el mar cano,
Cuyos labios cercaban hilos de oro:
Mas con mugido fiero y inhumano
La rígida cerviz de airado toro
Mostró feroz, y en una clara fuente
Se vió las medias lunas de la frente.

Del modo que bañándose Diana
Fugitivo miró las ramas nuevas
En la plata del baño mas cercana
El transformado Príncipe de Tébas,

Queriendo articular la voz humana
Peneo vió, ¡que horror! ¡Que injustas pruebas!
Las armas de la infamia, á que se obliga
Quien por buscar muger halló enemiga.

No ménos tú, belígero Atamante,
A quien dió nacimiento la Morea,
Crítico de las Musas arrogante,
Viste tu hermosa forma en la mas fea:
Al animal mas rudo semejante
Circe permite que tu imágen sea,
Quedándote en aplauso vil plebeyo,
No el alma, la corteza de Apuleyo.

En un dragon alado se transforma
Alcidamante, bárbaro poeta,
Sin agradarse Palas de su forma:
Que era Palas científica y discreta.
Un caballo feroz Tebandro informa
Que ni á espuela, ni á freno se sujeta;
Al extremo del monte alarga el paso;
Que quiere de sus cumbres ser Pegaso.

Por burlarse de todo (puesto en duda
De Grecia si era Heráclito) Penteo,
En ximio, ó cercopíteco se muda,
Gracioso en gesto y en acciones feo.
Euríloco pidiendo al cielo ayuda,
Sale del monte al campo de Nereo,
Y embarcado agradece á su templanza,
Que le libró de tan cruel mudanza

Enternecido el hijo de Anticlea,
Las manos alza á Júpiter divino:
Llora de ver que tantos años sea
De Tétis naufragante peregrino:
Que no llegue á la tierra que desea,
Y que le niegue el vasto mar camino,
Habiendo en tantos rumbos vueltas dado
Al clima adusto, al frígido y templado.

En esta confusion, en este asombro,
A la tierra bexó la noche helada,
El manto desprendiéndose del hombro,
Y la cara de nubes rebozada:
¡Ay! dixo, ó gran Mercurio, pues te nombro,
En toda accion mirándome inclinada
De trino tu retórica influencia,
Por quien mi patria alaba mi eloqüencia:

Dame remedio en tanta desventura,
No permitas que dexe los soldados
Que perdonó la mar, en la figura
De animales tan fieros transformados:
Mejor será que tengan sepultura
Con los demas Argivos desdichados,
Que no que el alma en tal fiereza oculten,
Que alzar el rostro al cielo dificulten.

Enseña la moral Filosofía,
Que el hombre que jamas del baxo suelo
Al cielo levantó la fantasía,
Viviendo en pie para mirar al cielo,
Es fiera, que la Libia ardiente cria

En su arena abrasada, ó en su yelo
Scitia feroz, sin que en su bien redunde
El alma racional, que Dios le infunde.

Abriendo entónces con dorada llave
El gran nieto de Atlante, el Argicida,
La puerta celestial, tres veces ave,
En nube de oro y resplandor vestida,
Sobre la gabia esclareció la nave,
Qual suele exhalacion, quando encendida
Despues de tempestad serena el cielo,
Y retrató su luz el mar en yelo.

Y sacudiendo con la diestra mano
El dragon duplicado al caduceo,
Con tierno afecto, con acento humano,
Así fué de la mar celeste Orfeo:
Gran hijo de Laértes, que el Troyano
Incendio priva, que del patrio Egeo
Los puertos goces: tanto Vénus llora
Su ciudad en los ojos del Aurora:

No temas el rigor de los encantos
De la hija del sol, ni el ver tus Griegos
En varias formas de animales tantos
Por los montes indómitos y ciegos:
Toma esta yerba, que los cielos santos
Penetráron tus lágrimas y ruegos,
Que con ella podrás vencer la fiera,
Diomédes de esta bárbara ribera.

Aunque á la madre del Troyano adoro,
Dulce monstruo de amor, parto de espumas,

No es lícito al valor de mi decoro,
Que en tu favor ingratitud presumas.
Dixo, y alzando los coturnos de oro,
Resplandeciéron las talares plumas,
Y la senda de luz al movimiento
Hurtó á la vista poco á poco el viento.

Era la yerba de raiz redonda
Negra en color, de flor vistosa y blanca:
No hay veneno que della no se esconda,
Pero con gran dificultad se arranca.
Circe espera, que Ulíses le responda:
La casa ofrece liberal y franca,
Y de su amor en viéndole segura
Previene en el espejo la hermosura.

Riza el cabello, y en sortijas pone
Pendientes mil diamantes, y la cara
Al fingido jazmin fácil dispone
Agua confeccionada entónces clara:
Despues de pura rosa la compone
Densa en el medio, en los extremos rara,
Y las cejas en arco á los despojos
Previene con las flechas de los ojos.

Como en hibierno suele añadir nieve
El deleyte mortal al agua fria,
A la blancura, que á los cielos debe,
Circe añadir la artificial porfia.
A la garganta cándida se atreve,
Que los dientes lustrosos desafia
Del mas sabio animal, y de azucena,
Teniéndola tan propia, viste agena.

Hacen lo mismo con igual deseo
Y ilustre adorno sus hermosas damas :
El ámbar vuelve el ayre prado Hibleo
Con fácil nube en olorosas llamas.
Prevenidas al jóven Anticleo
Las telas de oro, y las bordadas camas,
Y á vueltas el veneno, da licencia
Que venga con su gente á su presencia.

Ulises dexa al mar las blancas velas,
Y mas fingido que de Europa el toro,
La yerba prevenida á las cautelas,
A tierra sale con Real decoro :
Sobre dos toneletes, ó escarcelas
Cota de tela azul y escamas de oro,
Pendiente el manto desde el hombro al suelo,
Y el atado laurel revuelto al pelo.

La espada en un tahalí, que tachonaban
Ricos topacios y diamantes finos,
Que la celeste ecliptica imitaban,
Senda del sol por sus dorados signos :
Su venerable aspecto acompañaban
Los Griegos mas famosos y mas dignos,
Euríloco, Auriflor, Polidamante,
Filemo, Palamédes y Toante.

Todos caminan de esperanzas llenos
De hallar en Circe prospera ventura,
Que no hay para sentir males agenos
Fé firme, limpio amor, lealtad segura :
Circe aumentando luces y venenos,

Y juntando al engaño la hermosura,
Sale á la puerta, y con fingidos lazos
Le recibe en los ojos y en los brazos.

Con blanca nieve, cuyo efecto es fuego,
Tierna le ciñe la robusta mano,
Por ver si fácil de la vista el Griego
Le entrega el pecho que conquista en vano:
Discreto Ulíses con mayor sosiego.
Defiende el álma del primer tirano.
¡Ay de quien necio por la mano bebe
Veneno ardiente en áspides de nieve!

Así le lleva por las altas salas
De oro vestidas y pinturas bellas,
Aumentando los ámbares y galas
Lascivo resplandor en sus estrellas:
Tiernos Cupidos las purpúreas alas
En torno mueven, y derriban dellas,
Las flechas encendidas sin efeto:
Que era la yerba defensor secreto.

Y para que moviese, como suele,
Lo imaginado mas que la hermosura,
Quiere que el sueño honesto le desvele
De los famosos quadros la pintura:
Mira la madre del amor que impele
Corriendo el ayre, y de la sangre pura
Las hojas de la rosa agradecidas,
Curando á los jazmines las heridas.

Adónis rio ya, que al mar Fenicio
De las faldas del Libano desciende,

Diestramente

Diestramente pintado, al exercicio
Del campo, no á la Diosa, libre atiende:
Con blando rostro, con piadoso oficio,
Que persiga las fieras le defiende,
Tan bella, que la rosa con los zelos
Ser lirio quiso, y lo pidió á los cielos.

En otra parte el baño de Diana
Desnudas le mostró Ninfas tan bellas,
Que el Indiano marfil, la Tiria grana
No presumiéron competir con ellas:
Vestido blanca pluma, risa y cana,
El que lo está de sol, luna y estrellas,
Engañaba de Leda la hermosura,
Pero con mas efecto la pintura.

Valiente quadro, abriéndose los cielos
La lluvia de oro espléndida enseñaba,
Que á pesar de cuidados y desvelos
Entró donde jamas de amor la aljaba:
Enfrente Egina los nevados hielos
Al mentiroso fuego calentaba:
Todo lo mira el Griego, mas de un modo
La severa virtud lo vence todo.

Descansan en estrado que pudiera
Ser el sitial del sol, y los soldados
Con menos gravedad hacen esfera
A los rayos que miran eclipsados:
No templa á todos rígida y severa
La virtud de Caton, que están templados

En las leyes comunes; y estos tales
Convierte Circe en fieras y animales.

Sentado estaba el Griego, y le tenia
Circe la mano diestra, mas la hermosa
Presencia que miraba, suspendia
La fuerza de la vara venenosa:
El encanto á los ojos remitia
Arsénico mortal, flecha amorosa.
Indecisa se vió la Esfinge, ó Lamia;
Que hechizos, si hay belleza, son infamia.

Pero viendo que el hijo de Laértes
No la miraba tierno, con la vara,
Que dió tan fiera causa á tantas muertes,
Vencerle quiso, y al tocarle para.
El Griego entónces con las manos fuertes
El golpe venenífero repara,
Y sacando la espada, ardiente rayo,
Cubrió sus ojos de mortal desmayo.

Pero animada del temor cobarde,
(Que hay ánimo tambien que es cobardía)
Le ruega que la escuche y que la aguarde,
Y el acero con lágrimas desvia:
De sus ruegos al fin vencido tarde,
Como en la yerba mercurial confia,
Paró el rigor: que nunca fué sangriento;
El hombre de sutil entendimiento.

Circe promete al cielo, y interpone
La autoridad de su Milesio hermano,

No hacerle agravio, y en la statua pone
De Júpiter Olímpico la mano.
Con esto mereció que la perdone,
Y que la mire con semblante humano:
Y luego amor en dulces amistades
Con los brazos juntó las voluntades.

Sucede en esto con aplauso y fiesta
La artificiosa luz á la del dia,
Porque la noche tímida intempesta
Con la sombra del monte el mar cubria.
La mesa y cena espléndida se apresta,
Y entre tanto á la forma en que vivia,
Vuelve todo soldado, y las crueles
Armas desnudan con las duras pieles.

Qual suele el que salió de algun cuidado,
En que su loco error le tuvo asido,
Contento, libre, alegre y admirado,
Cobrar nueva razon, nuevo sentido;
Desnudo de animal todo soldado
Está con los amigos divertido:
Danse estrechos abrazos, y en la mesa
La memoria del mal trágica cesa.

Ya Baco enciendé á Vénus, ya los vasos
En los aparadores altos suenan,
Ya los siervos, los platos y los pasos
De las salas los cóncavos atruenan:
Refieren los alegres tristes casos;
Unos dicen amores, y otros cenan;

Quales mirando están tantos tesoros,
Quales oyen cantar distintos coros.

Ya mira Circe á Ulíses sin recato,
Quien tierno mira, blandamente ruega:
Ya no responde el Capitan ingrato,
Que mas concede quien de presto niega:
Y puesto fin al opulento plato,
Con altas voces á la usanza Griega
Himnos al alto Júpiter ensalzan,
Agua previenen, y las mesas alzan.

En rico estrado sin guardar se sientan
Lo que se debe á las honestas damas:
Ellas mirando la hermosura aumentan,
Y ellos de amor las encendidas llamas:
Con privacion los Griegos se contentan,
Y como suelen por las verdes ramas
Las tórtolas gemir arrullos tiernos,
Llaman breve esperar siglos eternos.

La noche estaba sin temor de Apolo,
Y en el collar del Can resplandecia
La estrella mas vecina á nuestro polo,
Que airada entónces abrasaba el dia:
Quando el astuto, en las desdichas solo,
Vencido del amor y la porfía
De Circe, que no hay cosa que no venza,
Así su historia trágica comienza.

Despues de haber Agamenon vengado
La infame afrenta del tirano fiero,

No sé qual Dios con nuestra gente airado
Vibró de su rigor el fuerte acero.
Yo mas, que quantos fuéron, desdichado,
A la conquista, aunque al honor primero,
Tales tormentas padecí, que admiro
Como en articulada voz respiro.

Contarte por extenso mis historias
Seria loco error, Circe divina,
Y revolver ahora las memorias
Y tragedias de un alma peregrina:
Que como alegran las pasadas glorias,
A que el gusto mortal fácil se inclina,
Le mueven á dolor penas presentes,
Que se han de referir, estando ausentes.

Entre otras desventuras con mis naves
Y dulces compañeros llegué un dia
A Lestrigonia, que entra peñas graves
Del mar de Italia su defensa fia.
Aquí gente cruel, si no lo sabes,
Bárbara en todo, aunque con Rey, vivia,
Gigantes de estatura y de fiereza,
Que dellos se admiró naturaleza.

Antifátes su Príncipe, excediendo
La gran proceridad del Centimano,
Era de aspecto furibundo, horrendo,
Fuera del natural límite humano:
La hirsuta barba y el cabello haciendo
Feroz el rostro, entre vermejo y cano,

Daban temor, á quien formaban lazos
Dos ramas de laurel como dos brazos.

De marítimas conchas guarnecido
Vestia un peto y espaldar, trabadas
Con firmes puntas de metal bruñido,
De los rinocerontes imitadas:
Desnudo el brazo, á la mitad vestido,
Las piernas de coturnos enlazadas
De correas de tigres y leones,
Tachonadas de evillas y botones.

Por arma designal un fuerte pino
De sus menudas hojas despojado,
Que parece que el monte le previno
Por una verde línea dilatado.
Yo triste y derrotado peregrino
Pacífico llegué como engañado:
Dos soldados prevengo á la embaxada,
Con dos paveses y una antigua espada.

Parten Cinto y Ladon con el presente,
Pidiéndole licencia un nuevo Acátes,
Para que tome tierra nuestra gente
Con los primeros de la mar embates:
Pero apénas la voz del Griego siente,
Quando el gigante bárbaro Antifátes
Dexa caer el pino, en quien impreso
Quedó revuelto en sangre el cráneo y seso.

Apénas le miró, que palpitando
Estaba en el arena, quando asiendo

De un brazo el cuerpo, se le fué arrancando,
Y con estruendo horrísono comiendo:
La sangre de la boca destilando,
Por la cerdosa barba discurriendo
Entre calientes linos y pedazos,
Le bañaba los pechos y los brazos.

Suenan los cartilágines, y suenan
Los huesos con horribles estallidos,
Como en el fuego la montaña atruenan
Los ramos nuevamente divididos.
Viendo Ladon que bárbaros condenan
La ley de Embaxador en los rendidos,
Antes que como á Cinto se la quite,
La vida al vuelo de los pies remite.

Qual suele el Irlandes perro animoso,
Dividiendo las ondas que no bebe,
Formar en ellas círculo espumoso,
Mansas cristal, y removidas nieve;
Se arroja al agua el joven temeroso,
Y en el cabello y ropa las embebe:
Aborda, dale un cabo, y en la popa
Sacude ántes de hablar cabeza y ropa.

Pero apénas refiere la fortuna
Del mísero Ladon, quando feroces
Cercan la márgen sin defensa alguna,
Con armas, que el furor ministra, y voces.
No suelen espantados por laguna,
Quando vímos los bárbaros atroces,
Anades por las cañas escondidas,
Del Aguila voraz librar las vidas;

Como nosotros, viendo la fiereza,
Con que nos acometen los gigantes,
Arrojándonos peñas de grandeza
No vista de los montes circunstantes.
Levo la amarra, con igual presteza
Las alas de los árboles volantes
Al ayre entrega, haciendo que las hayas
Azotando la mar dexen las playas.

Mas ellos en mis Griegos compañeros,
Cercando quanto mira el orizonte,
Intentan juntos con peñascos fieros
Cubrir el mar y deshacer el monte:
Allí quedáron muertos los primeros
Lisandro, Alfeo, Pelias y Filonte,
Capitanes de naves, que diez años
Sufriéron sobre Troya eternos daños.

Como el furioso Alcídes revolviendo
El brazo, en que tenia al desdichado
Lícas, al mar le echó con grito horrendo,
Sin alma por el ayre levantado:
O como suele, círculos haciendo
Del cáñamo texido, en verde prado
Disparar el pastor, porque se espante,
Al ganado la piedra resonante;

Así del brazo un Lestrigon despide
A Doricleo como fácil pluma,
Que donde el agua túmida divide
Las ondas penetró con breve espuma:

Con su estatura prócera se mide
(Porque el valor en el morir presuma)
Dulinto Acayo, y quando mas anhela,
No llega con la espada á la escarcela.

Pero arrojóle con el pie de suerte,
Que haciéndole pedazos las costillas,
Iba tras él círculos la muerte,
Y le alcanzó del agua en las orillas.
Las naves de uno y otro encuentro fuerte
Temblaban de las gabias á las quillas,
Rechinaba la xarcia, y los extremos
Mezclaban las antenas y los remos.

Alargado á la mar, sin retirarme
Mas de lo que bastaba á no perderme,
Si bien mil veces intenté arrojarme,
A no venir Penélope á tenerme:
Mas della y de Telémaco acordarme
Aun no sé si pudiera detenerme,
Palamédes bastó, que un grande amigo
Es el mayor poder para conmigo.

Y mas quando miré, que por las ondas
Iban algunos bárbaros gigantes,
Que hasta los centros, que no alcanzan sondas,
Sepultaban los Griegos naufrágantes:
No así en los rios por las partes hondas
Dexan pasar los cuerdos elefantes
Los pequeños primero, antes que crezcan
Las aguas con los grandes, y perezcan.

Con griega sangre el vasto mar teñia
Las algas de la bárbara ribera,
Los juncos en corales convertia,
Come si el tronco de Medusa fuera:
No escupe celestial artillería
Mas balas de granizo, que la fiera
Gente peñas al mar, que á la montaña
Surtiendo el agua los extremos baña.

Así desafiada, con valiente
Brazo suele tirar piedras, ó barras
Con aplauso vulgar rústica gente,
Como ellos peñas, troncos y pizarras:
El mar sembraban lastimosamente
Xarcias, baupreses, gumenas y amarras,
Escudos, lanzas, armas y vestidos,
Tiñendo el agua cuerpos divididos.

Qual saca la cabeza medio vivo
Para cobrar aliento; pero en breve
Se la sepulta el golpe executivo,
Y propia sangre entre las ondas bebe.
Aquí de aliento ¡ay mísero! me privo,
Tanto el dolor mi sentimiento mueve:
Pues ya que de la vida los despojan,
Para comerlos, á la mar se arrojan.

Y como el fiero armado cocodrilo
Se arroja de la márgen Egipciana
Al pez, ó barca del fecundo Nilo,
Al apuntar la cándida mañana;
Entre las ondas por el mismo estilo

Comen y beben carne y sangre humana,
Haciendo que la mar su freno exceda,
Como tan llena de los cuerpos queda.

Decirte yo que lágrimas vertia,
Mirando las tragedias lastimosas,
Era llegar al término, en que el dia
Rie en jazmines, y amanece en rosas.
Dexé aquel mar, y la tristeza mia
Aumentaba sus ondas procelosas,
Sintiendo que dexaba con vil guerra
Lo mejor de mi armada entre agua y tierra.

Dos dias no comí, pero al tercero
Persuadido de Albante y Clorinardo,
Vencí con el sustento el dolor fiero,
Y el triste fin de mi fortuna aguardo:
Con la bonanza que jamas espero,
Todo el velamen de las lonas pardo
Doy al favonio occidental, y vea
Que por jardines de cristal paseo.

Trece veces habia el sol vestido
De luz y claridad el polo opuesto,
Y tantas por las ondas sumergido
Con encendido círculo traspuesto:
Quando el piloto me llevó el oido
Con voces de la tierra descompuesto,
Cuyos celages suspirando miro,
Y quando mas mi patria espero, espiro.

Era parte del Africa, que tienen
Los Trópicos en medio en dos gigantes

Escollos defendida, que detienen
Por el Líbico mar los navegantes:
Los que á Cartago fluctuando vienen,
Temen su arena y olas arrogantes:
Sirtes las llaman; pero en fin perdonan
Mi nave entre las peñas que coronan.

Hacia el mar unos profundos lagos,
Recodos de su márgen y surgimos
Por ellos con temor de los estragos,
Que ya por tantas partes padecimos:
Habitaban allí los Lotofagos,
A quien licencia para entrar pedimos:
Mas quedáronse allí Celio y Penteo,
Ni volviendo á la nave, ni al deseo.

Yo entónces á morir me determino,
Que ya la vida, ó Circe, me cansaba,
Desesperado á la ciudad camino,
Con arco persa y con pintada aljaba:
Luego su Rey á recibirme vino,
Su Rey que Licofronte se llamaba:
Todos con paz y amor me abrazan, todos
Me muestran almas de diversos modos.

Mas luego por mis tristes compañeros
Pregunto con dolor, y ellos sin pena,
Depuestos con los mantos los aceros,
Me les muestran dormidos en la arena.
No somos, dicen, Lestrigones fieros,
Que esta tierra que veis fértil y amena,

Produce

Produce la ocasion que sueño infunde,
Sin que otro daño al huésped le redunde.
Hay un árbol somnífero nacido
En estos campos fértiles y sotos,
De bacas como el mirto revestido,
Negro de ramas, á quien llaman Lotos:
De tan suave fruto, que comido,
Quedan los estrangeros tan remotos
De su memoria, y de su patria ausente,
Que no vuelven á verla eternamente.
Ninfa dicen que fué, Ninfa Africana
Aquel árbol primero, que temiendo
De un feo amante la traicion villana,
Rústico Apolo, que la fué siguiendo,
La forma, que primero tuvo, humana
En su corteza dura convirtiendo,
Le dió su nombre: y fué de amor tributo,
Que nazca de un desden tan dulce fruto.
En fin porque mis dulces compañeros
No comiesen tambien, y se olvidasen,
Despertando con voces los primeros,
Eché un bando que todos se embarcasen:
Temí que las lisonjas, monstros fieros,
Mis Griegos detuviesen y engañasen:
Que no los puede haber de mayor daño,
Que con dulces palabras dulce engaño.
Con solo el treo salgo poco á poco,
Y en refrescando el viento doy las velas;
Mas luego vuelve enfurecido y loco,

Si en tantos males algun bien recelas :
¿ Que cielo ofendo ? ¿ que deidad provoco ?
¿ A quien hiciéron daño mis cautelas ?
Que tal persecucion solo seria
De gran poder, ó gran desdicha mia.

¿ Mas quien tan brevemente imaginara,
Quando parece que mi mal se alivia,
Que el viento al mar de Italia me arrojara
Desde la márgen del que baña á Libia ?
Donde el rigor de mi fortuna para,
Donde imagino que el rigor entibia,
Hallo vida y desdichas : que mi suerte
Ya tiene por piedad darme la muerte.

Levántase un espeso torbellino,
Toldo previene al mar nube tronante,
Cerrando por las olas el camino
Con promontorios líquidos delante :
Pálido trepa hasta la gabia Alcino,
Suspenso por el cáñamo bramante :
Amayna, dice, amayna, quando mira
Que se arma el Orion de rayos de ira.

Suspende sobre el agua el vil grumete :
El cuerpo que aligera asido á un cable :
No huelga triza, troza, ó chafaldete,
Todo trabaja en acto miserable :
Las roxas hayas, que en las ondas mete
Con firmes pies y con furor notable
El remero veloz, convierte en pluma,
Y á costa del sudor levanta espuma.

Las rocas altas huyo, aunque parezca
Error de su firmeza dividirme,
Que no hay con que el furor mas encarezca,
Que con ver que me alejo de lo firme:
Ya no hay amarra, ó cuerda que me ofrezca
Remedio ó fuerza, en que poder asirme:
Que á la furia del Euro yacen rotas
Muras, brazas, filácigas y escotas.

Dichoso aquel que al esconder turbada
La escura noche tenebrosa y fria,
Los diamantes, que á veces descuidada
Con las manos del sol le roba el dia,
Despierta entre la cándida manada
Al eco de su rústica armonia,
Y desatando del redil la puerta,
La lleva á apacentar por senda incierta.

Allí le ofrece el prado varias flores,
Las puras fuentes el cristal deshecho,
Y escucha de las aves los amores,
En el duro cayado puesto el pecho:
No las templadas caxas y atambores,
Ni del aliento por el bronce estrecho
El ayre transformado en voz tan viva,
Que del sosiego, ó del honor le priva.

¿Quanto es mejor con restallar las ondas
Recoger á la noche las ovejas,
Que ver por las murallas y las rondas
Sangrientas muertes, lastimosas quejas?
Prado es el mar, quando espumosas ondas

Retratan del ganado las guedejas :
Mas no es cabaña una velera nave
Que admite sueño, ni sosiego sabe.

La nuestra con tan áspera tormenta
Ya no conoce rumbo por quien vaya,
Ya en el fondo del mar nos aposenta,
Ya como el alba las estrellas raya :
Con altas olas túmido rebienta,
Y solo es el morir última playa :
Todo se rompe, todo se deshace,
Y entre las xarcias la esperanza yace.

El arrogante mar, nuevo Tifonte,
Por escalas de espuma sube al polo,
Para ser de una vez del sol Faetonte,
De muchas que por él se esconde Apolo.
A la luna subió de monte en monte;
Pero templóle con mirarle solo
Vénus su hija, que con presto vuelo
Baxó á la tierra, serenando el cielo.

CANTO II.

Prosigue Ulises su relacion con los amores de Polifemo y Galatea; y lo que le sucedió hasta que salió de la Isla.

Reyna del mar Mediterráneo mira
Sicilia á Italia por espacio breve,
Que de ella á viva fuerza se retira,
Y á sus montañas fértiles se atreve:
Aquí por varias partes fuego espira
Vestido un monte de perpetua nieve,
Imágen natural de la hermosura,
Alma de vivo fuego en nieve pura.

Por varias sendas, prados y caminos
Corre Aretusa hermosa y diligente
Al mar con los coturnos cristalinos,
Por belleza deidad, por rigor fuente:
Tocar parecen los celestes sinos
Tres puntas en triángulo eminente
De Pachino, Peloro y Lilibeo,
Prisiones del intrépido Tifeo.

Aquí me truxo mi contraria suerte,
Por donde mira la feroz Cartago,
A darme mas desdicha y menos muerte,
Que pudo el Lestrigon y el Lotofago:
Vénus entónces del rigor me advierte,
Si puede ser; de mi fatal estrago,

Y con sus rayos fúlgidos me guia,
Hasta la aurora del siguiente dia.

Veo una Isla de Sicilia enfrente
De solos animales habitada,
Y de algunos Pastores pobre gente,
Que hay de Calabria allí breve jornada:
Tiene fácil el puerto, y una fuente
De laureles y Mirtos coronada,
Que dividida en diferentes venas,
A donde coge flores dexa arenas.

Sin aferrar las áncoras surgimos,
Y por la verde y libre selva entramos,
Revestida de yedras y racimos,
Que formaban doseles de los ramos:
A los silvos y voces que le dimos
Correspondientes ecos escuchamos,
Que la repercusion de nuestro acento
Al mar pudo dar alma y voz al viento.

Quando pobre pastor se nos presenta:
A quien pieles de cabras montesinas
El negro cuerpo adornan, que alimenta
El fruto de las rústicas encinas:
La Griega gente á su consuelo atenta
Conduce por los bosques y marinas,
Donde los arcos y persianas flechas
Quedáron de los tiros satisfechas.

Los ciervos traen acuestas los soldados,
Abren, desuellan, parten, cortan, hienden
Los verdes ramos, que en el fuego echados

Con el humor que lloran, se defienden;
La carne enclavan en los mas delgados
Que medio asada, envuelta en sangre emprenden,
Y Febo á ser antorcha del convite
Sale por las espaldas de Amfitrite.

Allí sobre la yerba parecia
Que era lotos la caza que comiéron,
Quando igualando el sol la sombra al dia,
Estas palabras sin rigor me oyéron:
No perdamos, ó dulce compañía,
La memoria del mal, que nos truxéron
Tristes hados aquí, ni descuidados
Nos halle en ocio y sueño sepultados.

Sepamos á que tierra nos conduce
La fortuna cruel, si bien entiendo,
Que un breve bien tan fácil os induce
A que olvideis el mal que estais sufriendo:
Agua y sustento este lugar produce,
Mas no para que en él vivais muriendo
Tan léjos de la patria, en que tenemos
Las dulces prendas que perdido habemos.

Entónces Triptolemo, que tenia
Ménos de Baco, y mas de entendimiento,
Rogó al pastor, que nos sirvió de guia,
Satisfaciese mi forzoso intento:
El que que la lengua Dórica sabia,
Por el silencio dió la voz al viento,
De suerte que aun suspensa en su corriente
Dexó tambien de murmurar la fuente.

No soy como pensais, famosos Griegos,
Pobre pastor, que soy tambien soldado,
Yo ví la guerra y los Troyanos fuegos,
A Hector muerto, á Menelao vengado:
De Policena los humildes ruegos,
Y á Pirro en sangre y en dolor bañado,
De su valor y edad hazañas feas,
Y fugitivo con su padre á Enéas.

Aquí me truxo vuestra misma estrella
Arrojado del mar y de un navío,
Digo á Calabria, porque vivo en ella,
Siendo Corinto nacimiento mio:
Mas ha de un lustro, ó Griegos, que por ella
Llevo al invierno helado, al seco estío,
El ganado que veis: mirad si puedo
Con lo que de ella sé poneros miedo.

Esa vecina Isla es Siracusa,
Habitacion de Ciclopes gigantes,
Gente sin ley, República confusa,
A los fieros Bracmanes semejantes:
De las tirrenas ondas circunfusa
Parece que la cierran tres Atlantes:
Si bien nadie se atreve á su conquista,
Que causa espanto, desde léjos vista.

Estos son los ministros de Vulcano,
Que á Júpiter forjaban en su monte
Los rayos, por quien hoy Briareo tirano
Yace en las negras aguas de Aqueronte:
De la tierra y del cielo soberano,

Dicen, que fuéron hijos Harpes, Bronte,
Estérope, y Piracmon el desnudo,
Autor de la celada y del escudo.

Pero de todos estos apartado
Vive en un alto monte Polifemo,
Que mirándole no he determinado
Qual es el monte y de mirarle temo:
Que puesto que se ve proporcionado,
La frente mide con su verde extremo,
Tanto que el monte de árboles se vale
Sobre las peñas, porque no le iguale.

Pero por mas que crezca, al fin le excede,
Y es tal la pesadumbre de su exceso,
Que se queja la mar de que no puede
Dos montes sustentar de tanto peso:
No hay yedra que pared de muro enrede,
Como la barba y el cabello espeso
El rostro y frente, en quien un ojo solo
Imita al cielo, miéntras duerme Apolo.

Un peyne tiene, que de juntas cañas
Hizo para igualarse las guedejas,
Que á una Ninfa cruel de estas montañas
Le dice enamorado tiernas quejas:
Tanto que entre unos lirios y espadañas
Escuchándole solas sus ovejas,
Dicen, que al son de su zampoña un dia
Estos rústicos versos le decia.

O mas hermosa y dulce Galatea,
Que entre las mimbres de la encella helada

Cándida leche pura de Amaltea,
Que en el cielo formó senda sagrada:
Mas blanca me pareces, aunque sea
De tus hermosas manos apretada:
Que si quieren entrar en competencia,
De tu parte será la diferencia.

O Ninfa mas hermosa, que á mis ojos
Las verdes cañas de alcacer que nace,
Pasados del invierno los enojos,
Quando esta pura nieve el sol deshace:
Blanco jazmin entre claveles roxos
Ménos á quien te mira, satisface,
Que tu boca amorosa, quando iguales
Muestra la risa perlas y corales.

El mas temprano almendro, el mas florido
Preludio de la dulce primavera,
Entre cándido y nácar dividido
No iguala, imita tu beldad primera:
Yo he visto de mastranzos guarnecido
Este arroyuelo, que la mar espera;
Mas no tienen olor, aunque pisados,
Como tus miembros de correr cansados.

Si miro alguna cándida azucena,
Se me acuerdan tus pies, quando desnudos
Con breve estampa al campo y á la arena
No dexan senda de sus pasos mudos:
Sale una fuente en esta orilla amena,
Jamas tocada de animales rudos,
Y aquellos golpes, con que vuelve arriba,
Me parecen tu risa fugitiva.

Calle la flor azul del verde lino,
Calle este monte, quando vuelve Apolo
Su nieve en plata en el ardiente sino,
Que fué del Griego Alcides triunfo solo:
Murmure este arroyuelo cristalino
Del marfil de tus pies Lidio Pactolo:
Pues que bañando en él mayor tesoro
Engendras perlas por arenas de oro.

El vuelo vences de la limpia garza,
Quando baxa el azor, rayo de pluma,
En el olor la flor de espino y zarza,
Aunque de Vénus el rosal presuma:
El palido vallizo y la gamarza
En vista por Abril, aunque consuma
Tal vez el trigo, y desde léjos solas
En sangriento esquadron las amapolas.

Mirto pareces, quando estás sentada,
O Galatea, en estos verdes llanos,
Un cedro, ó cinamomo levantada,
Y rayos de cristal tus blancas manos:
Abierta en el Otoño la granada
Descubre aquel exército de granos;
Así mostrar á tornasoles sueles
En tu rostro jazmines y claveles.

O mas sabrosa Ninfa, aunque eres fiera,
Que dulce miel del líquido rocío,
Que de los vasos de la blanda cera
Se destila al calor del seco estío:
Mas bella vienes tú de la ribera,

(Quan varia de color, firme de brio)
Que el pintado esquadron, quando al Aurora
Desnuda el campo y los panales dora.

¿Que becerrilla tierna mas lozana
Retoza en verde prado y hace amores
A la yerba, saltando tan liviana,
Que apénas puede lastimar las flores:
Como te ví pasar una mañana
Entre aquestos laureles vencedores,
Cogiendo aquí y allí de estas orillas,
O ellas á tí las blancas maravillas?

Durmiendo estabas una siesta ardiente
Al fresco de esta fuente sonorosa,
Y en tus mexillas roxas y en tu frente
Me pareció el sudor rocío en rosa:
Mas todo aqueste bien turbar consiente
Tu condicion conmigo rigurosa
Amando un hombre indigno, amando un mozo,
Que apénas tiene la señal del bozo.

Yo sí que tengo crespa, barba y yerta,
Como ha de ser en hombres belicosos,
De la color del sol, quando despierta
Entre rayos apénas luminosos:
Pero la boca en ella descubierta,
Cuyos labios tan gruesos, como hermosos
Descubren, si te ven, con blanda risa
Mas blancos dientes, que el marfil de Orisa.

Mas tú, cruel, que por matarme tienes
Gusto de amar un jóven delicado,

Con

Con poco honor de tu hermosura, vienes
A verle por el monte, selva ó prado:
Con él desde el Aurora te entretienes,
Pues luego que la mira el sol dorado,
Dexas el mar, y por decirle amores,
Desprecias el coral, y pisas flores.

Si yo te quiero hablar, así te enojas,
Que apénas llego á verte, quando airada
Desde la blanca playa al mar te arrojas,
De círculos de plata coronada:
Pero con ser tan fieras mis congojas,
Al cortar de las aguas, Ninfa amada,
Templan la furia á mis zelosas iras
Las perlas que, arrojándote, me tiras.

Si canta ese rapaz, sutil parece
Su voz de grillo negro en verde trigo:
La lira que le adorna y desvanece,
Sierra en nogal tan desigual conmigo:
Mi voz los altos montes estremece,
Y asombra el mar de mi dolor testigo,
Donde me escuchan, con sus Ninfas bellas,
Los peces igualmente y las estrellas.

Querer con mi grandeza y hermosura
Sus partes competir afeminadas,
Era igualar al sol la sombra escura,
Supuesto que de mí jamas te agradas:
Diga el cristal de aquesta fuente pura,
Quando estaban las ondas sosegadas,

Si pudiera ser yo con poco aviso
Más disculpado, que lo fué Narciso.

Compite en igualdad conmigo en vano
El mas alto cipres, el mayor pino:
Puedo alcanzar estrellas con la mano,
Y sacarte del mar, si al mar la inclino:
Que quando viene el sol del orbe Indiano,
Primero que á este monte convecino,
Me toca á mí, y al irse al Occidente
Se parte con la sombra de mi frente.

Si me estimaras tú, si me quisieras,
Hermosa Galatea, quanto ingrata,
¡Que regalos de mí, que amor tuvieras!
Que vale mas amor que el oro y plata:
¡Que huertas tengo yo, si tú las vieras!
Y en ellas un manzano, que retrata
Tus pechos en su fruto, y en sus flores
De tu divina cara las colores.

No léjos de mi cueva se levanta
Un pomposo nogal, á cuya sombra
Mil ovejas sestean, porque es tanta
Que hasta la márgen de la mar asombra:
Tengo la fruta de una verde planta
Que sabe amar, alfócigo se nombra,
Sin hembra no produce, y triste muere,
Que sin sentir su semejante quiere.

Guardado tengo un limpio canastillo
De conservados nísperos y servas,
Y ántes que llueva, el pálido membrillo,

Para que dure entre olorosas yerbas :
Mánchase en oro un cándido novillo ,
Que si por estos montes le reservas ,
Tendrás un toro , que les dé codicia
A las damas de Creta y de Fenicia.

Cogidos en los ásperos hibiernos
Dentro en su cueva tenebrosa y fria
Dos osos tengo que retozan tiernos ,
Atados á la puerta de la mia :
Pero mis males , que ya juzgo eternos ,
Mis regalos , mis ansias y porfía ,
¿Como podrán vencer tantos desdenes ,
Quando otro amor entre los brazos tienes ?

Mas conforme parece mi deseo
Con tu valor , que el de pastor ninguno ,
Si eres hija de Tétis y Nereo ,
Y yo del Rey del mar , del gran Neptuno :
Mas pues tan firme y áspera te veo ,
Que no me queda ya remedio alguno ,
Yo mataré tu gusto , Galatea ,
Aunque te pierda , aunque jamas te vea

Mordiéndose los picos una siesta
Prevenian sus hijos dos torcaces ,
Y dixe yo : ¡que dulce vida es esta ,
Quando zelos y amor confirman paces !
Mas pardo gavilan el vuelo apresta ,
Abre las puntas corvas y voraces ,
Mata el esposo arrullador : y digo :
Lo mismo haré con Acis y contigo.

No fué vana amenaza, pues un dia
Que este pastor en su regazo estaba,
Al tiempo que el Aurora se reia,
Y pensaban las flores que lloraba:
Polifemo, que al valle descendia,
Alzó una peña que la mar bañaba:
Acis corrió, mas eran, ¡triste caso!
Cien pasos suyos del gigante un paso.

Rompióse por el ayre la gran peña,
Y alcanzóle de tantas una parte:
Aunque á sus manos y furor pequeña,
Tal que las sienes le penetra y parte:
Cayó como la blanca flor de alheña
Al sol ardiente, ó al furor de Marte
Opuesta vida, y espiró en el viento:
Así fué el golpe rígido y violento.

Volvióse luego en líquido rocío,
Y poco á poco fuéron sus despojos
Formando arroyos, que el lugar sombrío
Cubriéron de cristales y de enojos:
Porque si no se transformara en rio,
Le hiciera Galatea de sus ojos:
Puesto que fué despues su llanto ausente
Del rio aumento, y de sus aguas fuente.

Acis, decia la Nayada hermosa,
Puesto que lloro tu infelice suerte,
Mas siento, que por mí la rigurosa
Mano de un monstruo vengativo y fuerte:
Como derriba el sol la fresca rosa,

Te marchitase en brazos de la muerte,
Quitándote la vida, que en la mia
Por forma y por primera accion vivia.

¡O fiero monstruo! si lo son los zelos,
Tú lo debes de ser contra mi olvido,
Tú lo debes de ser; tú, que los cielos
Ningun monstruo mayor han producido:
¡O quieran que jamas sus puros velos
Tus verdes prados en Abril florido
Cubran de yerba, ni sus mansas lluvias
Tus blancas eras con espigas rubias!

Envidioso pastor de ponzoñosas
Yerbas siembre el arroyo y la corriente,
Que beben tus ovejas, y de rosas
De adelfa, para tí, la mejor fuente:
Las que tú quieres mas, las mas hermosas
Rabioso lobo emprenda y ensangriente:
Y quando mas esta montaña asombres
Te mate el mas astuto de los hombres.

Acis, contigo se acabó mi vida,
Aunque soy inmortal, pues con tu muerte
El alma, que en los dos estaba unida,
Se divide, se parte y se divierte:
Mas no porque la tuya se divida,
Dexará mi memoria de quererte:
Que imprime amor la tuya con mis quejas
En la mitad del alma que me dexas.

Ya no saldré del mar, como solia
Al regalado son de tus amores,

Ni estos prados verán estampa mia
De ramos de coral, fingiendo flores:
Ni yo la márgen desta fuente fria,
Que en vez de sus cristales y colores
Viviré las arenas mas escuras,
En soledad de tus estrellas puras.

En tanto que estas cosas referia
El perdido soldado, ó Circe hermosa,
Retrataba mi libre fantasía
Del gigante la imágen portentosa:
Deseos tan ardientes me encendia,
Que apénas de Titan la amada esposa
Salió otra vez, y descansó mi gente,
Quando me fuerzan que buscarle intente.

Parto á la Isla con favor del viento,
Y sin amayna, vira, ní zaborda,
Con silencio, valor y atrevimiento
Mi nave con sus árboles aborda:
Entre laureles, que de ciento en ciento
Formaban una selva muda y sorda,
Me ofrece su espantoso frontispicio
Un natural rústico edificio.

Entónces yo, que siempre por lo astuto
De notables peligros me he librado,
Hago cargar un cuero del tributo
Al Dios de los racimos dedicado:
Era tan fuerte y parecido fruto
A Ismaro fértil en que fué criado,
Que derribara al hombre mas valiente
Con solo que le asiera de la frente.

Entramos poco á poco por la cueva,
De donde el fiero dueño ausente estaba,
Donde hallamos tambien por órden nueva
La hacienda de pastor en que trataba:
En tablas que con alta cuerda eleva,
De diez en diez los quesos que guardaba,
Con mas labores de texidas mimbres
Que tienen los follages de los timbres.

Los vasos que corriendo estaban suero,
Los barreños labrados y los tarros,
Donde la leche se ordeñó primero,
Las esteras, encellas y los jarros:
No se pudiera el aparato entero
Mudar con mulas en sonantes carros:
Que no vió á Polifemo, ni oyó el nombre,
El que llamó pequeño mundo al hombre.

Tenia los corderos divididos,
Los tiernos cabritillos apartados,
Y en mas abrigo los recien nacidos,
Como de mas calor necesitados:
Mis compañeros ménos atrevidos,
Aunque en igual fortuna exercitados,
Me rogáron que luego me partiese,
Robándole de allí quanto pudiese.

Mas yo que tantas cosas visto habia,
No queriendo perder la mas famosa,
Hago que enciendan fuego, porque el dia
Bañó el Ocaso de color de rosa:
Sentados á cenar con osadía,

Estremeció la cueva tenebrosa
Con silvos el pastor, y habiendo entrado
En nosotros el miedo, entró el ganado.

Derriba un haz de mal partidos ramos
De la dura cerviz, y luego cierra
Con peña tan inmensa, que temblamos,
Y se espantó pariéndola la tierra:
Hácia la escuridad nos retiramos;
Pero él nos siente, y prevenido á guerra:
¿Quien sois, ladrones, dice, que fortuna
Os truxo aquí, si hay en mi daño alguna?

Griegos, respondo yo, gran Semideo,
Desde Troya perdidos y arrojados
Por alta mar, que Agamenon Atreo
A su venganza nos llevó soldados.
Ver vuestra nave, respondió, deseo,
Y los despojos de que vais honrados,
Mas yo que le entendí, le digo: ¡ay triste!
La que lienzo vistió, nácares viste.

Que por haber á Troya destruido
Sinon con el caballo Durateo,
Arrastrado al gran Hector, y teñido
A Andrómaca de humor sangriento y feo;
Los Dioses, Polifemo, han permitido,
Que al pie del Siciliano Lilibeo
Se rompiese la nave, y sus riberas
Sepultasen de Troya las vanderas.

Mas tú temiendo á Júpiter, que ampara
Los huéspedes, y dió muerte á Diomédes,

Honra de algun presente á quien tu cara
Merece ver, porque en su gracia quedes.
El dixo entónces : ignorante, para,
Para y estima, que mirarme puedes :
Yo no temo los Dioses, que á ninguno
Respeto debe el hijo de Neptuno.

Diciendo así frenético arrebata
Dos tristes compañeros, y de suerte
El golpe con la tierra los maltrata,
Que nuestras caras salpicó su muerte :
Con ellos el estómago dilata,
Cruxe el hueso mas sólido y mas fuerte,
Y hartándose de leche, no pequeño
Lugar ocupa, y se remite al sueño.

Yo entónces que le ví sacar del pecho
El ayre en los pulmones detenido,
Saqué la espada en lágrimas deshecho,
Mas fuí de Oróntes Délfico advertido :
Pues era hacer sepulcro mas estrecho
Matarle entónces, ó dexarle herido,
Teniendo un esquadron fuerza pequeña
Para poder aligerar la peña.

Pasó la escura noche, detenida
En este miedo mas que en su tardanza,
Quando el aurora entró de luz vestida;
Mas no vino con ella la esperanza :
Que levantado el bárbaro homicida
Dió principio á su rústica labranza,
Ordeñó sus ovejas, y vacías
Puso á las madres las balantes crias.

Luego otros dos soldados rinde al suelo,
Con tremendo estallido, y almorzando
Voraz la carne, sale al claro cielo
El ganado solícito guiando:
Y de que no me huyese con recelo
El peñasco á la cueva acomodando,
Como si fuera fácil puerta en quicio,
Por verdes selvas prosiguió su oficio.

Yo triste la venganza imaginando
Halléme cerca un gran baston de oliva,
De que una braza, ó poco mas cortando,
Hice una aguda punta en lo de arriba:
Tostéle bien al fuego, y ocultando
La muerte que esperaba executiva,
Hice eleccion de quatro compañeros,
Que me ayudasen á los golpes fieros.

El sol de su carrera desmayado
Cayóse en el cristal del mar Tirreno,
Y el Héspero planeta levantado,
El ayre puro esclareció sereno;
Quando á la cueva entró con su ganado
Las ubres llenas del herbage ameno:
Cerró la puerta, y alargó la mano
Al Tracio Floro, y al Arcadio Albano.

Yo entónces de aquel vino colmo un vaso,
Y le digo atrevido desta suerte:
¿Qual hombre, ni de estancia, ni de paso
Querrá venir desde su tierra á verte?
Los Dioses mueva tan horrendo caso,

Como ofrecer á la violenta muerte
Los inocentes huéspedes, y tomen
Venganza de hombres que los hombres comen.

Mas como suele perro que otro mira,
Quando la presa entre los dientes tiene,
Que con envidia dél ladra y suspira,
Cruxiendo un hueso para mí se viene:
Alzo la taza por templar su ira,
Y la color del vino le detiene
Con el olor que al gusto le fué grato,
O ya fuese la vista, ó el olfato.

Bebió, y alzando la robusta frente
Diô muestras del contento que sentia,
Y me pidió otra vez, que diligente
Le dí con humildad y cortesía:
Y díxome: licor tan excelente
Parece dulce néctar y ambrosía;
El vino de Sicilia, aunque es suave,
Es inferior, ó Griego, al de tu nave.

Un don te quiero dar por este gusto.
Díme tu nombre, que por bien tan grande
Te mataré el postrero, que es injusto
Que á la razon el apetito mande.
Yo dixe: Si es honor de un varon justo
Que liberal con peregrinos ande,
Baucís y Filemon te dan exemplo,
Que de los Dioses huéspedes contemplo.

Mira con la piedad que les laváron
Los pies, y aquel panal sabroso diéron,

Con que tanto á los Dioses obligáron,
Que sacerdotes de su templo fuéron:
Inmortales en árboles quedáron,
Que de la muerte el tránsito no viéron;
Pero quien trata mal á un noble amigo,
Presto verá de su maldad castigo.

Esto decia yo, quando turbados
Los ojos, y la boca retorcida,
Al suelo dió los miembros dilatados,
La cabeza fantástica dormida:
Ninguno, dixe, soy, destos soldados
Ya Capitan en Troya destruida,
Ninguno me llamó mi padre en Grecia;
Si no eres tú, ninguno me desprecia.

Ninguno, replicó, casi trabada
La lengua, ¡que placer! ¡que bien me has hecho!
Mucho, ó Ninguno, este licor me agrada,
En mi vida me ví tan satisfecho.
Aquí perdió la voz, aquí turbada
Volvia el ayre ambiente al ronco pecho:
Y así quando otra vez le despedia,
El vino por la barba difundia.

Entónces pues el leño al mismo fuego,
Porque se calentase, y avisando
Mis quatro compañeros, parto luego,
Si te digo verdad, todos temblando:
Las túnicas le paso, y dexo ciego,
A la dura membrana penetrando,

Que

Que toma su principio del celebro,
Y los nervios y músculos le quiebro.
Las manos echa al leño dando voces,
Y de los huesos con furor le saca,
Crece el rigor con ansias tan atroces,
Que le vimos morder la fiera estaca:
Acudiéron los Ciclopes feroces,
Porque en toda la noche no se aplaca:
Y todos á la puerta en que se juntan,
La causa de las voces le preguntan.
¿Quien te ha herido? le dicen, ¿quien ha sido
La causa de tus voces, Polifemo,
Que por toda la mar no se ha sentido
Ligera vela, ni pintado remo?
Ninguno me mató, Ninguno (herido
Responde á su querido Tepolemo)
Ninguno fué, porque ninguno hubiera,
Que mas astuto que Ninguno fuera.
Duerme, responden, si te hirió Ninguno,
Que ninguno pudiera hacerte ofensa:
Todos se parten, sin que entienda alguno
Que fuí el Ninguno que el gigante piensa.
Con esto el hijo del feroz Neptuno
De la puerta quitó la peña inmensa,
Porque atentando las paredes iba,
Á un lado de la cueva se derriba.
Sentóse en medio y el ganado llama,
Porque atentando los que van saliendo,
Pugiese aquel Ninguno que desama,

Los oidos y el tacto previniendo :
Pensé yo el hecho entónces de mas fama
Que han referido historias, eligiendo
Los mayores carneros, y que hacian
Escobas de la lana que vestian.

De tres en tres los ato, y pongo en medio
Un compañero atado, de tal suerte
Que no pueda atentarlos, y remedio
El peligro forzoso de la muerte.
¿Quando se vió ciudad en duro asedio
Con enemigo tan airado y fuerte?
Pues salir, ó morir era preciso,
Antes que á los demas les diese aviso.

Coronada de flores la mañana
Asomó por un monte la cabeza,
Teñido el puro rostro en nieve y grana,
Aunque esperada con igual tristeza :
Salió el ganado, y en la crespa lana
Las manos ocultaba su fiereza,
Exâminando á todos pelo á pelo,
Mas nadie ofende á quien defiende el cielo.

Yo que escogido un gran carnero habia,
Y en su grandeza y lana vida espero,
Que un toro de seis años parecia,
Salir quise de todos el postrero :
Asióle y conocióle en que tenia
El vellon y grandeza que refiero :
Y llorando sin ojos, con prolixo
Razonamiento estas palabras dixo :

Querido manso mio, que criado

Fuístes á blanca sal de vuestro dueño,
¿Como el postrero sois de mi ganado,
Qual suele el que es mas débil y pequeño?
¿Sentis por dicha el miserable estado,
En que el Griego furor, rendido al sueño
Puso quien os crio, y amaba tanto?
Troquemos mi razon á vuestro llanto.

Agua me falta, ya lo veis, pues vierto
En vez de tiernas lágrimas un rio
De humor sangriento, y que abrazar no acierto
Vuestro cuerpo, que fué regalo mio:
Paréceme que estais mas crespo y yerto,
Y que al campo salis con ménos brio,
La esquila y el collar os han quitado
De piel de tigre y de metal dorado.

¡Que lozano os ví yo por esta puerta
De mi ganado capitan famoso,
El alba apénas cándida despierta,
Barriendo flores por el valle umbroso!
Ahora con el sol purpúreo abierta
Desmayado salis y perezoso:
Que como no escuchais mi voz sonora,
En la noche en que estoy, no veis aurora.

¿Quien primero que vos por las orillas
Destos arroyos los dexó afeytados
De blancas y doradas manzanillas
Con el hocico y dientes afilados?
¿Quien primero que vos las campanillas
Roxas y azules de los verdes prados?

¿ Quien los tomillos, retozando á saltos,
Por los repechos de los montes altos ?

¿ Sentis el verme aquí morir rendido
Por la maldad de aquel traydor Ninguno ?
Ay ! si para mostrármele escondido
Hubiera en vos entendimiento alguno.
Quitóme con engaños el sentido,
Rindióse á Baco el hijo de Neptuno :
Eran contrarios, y se hiciéron guerra,
Bebí mi muerte, y abracé la tierra.

Dixo, y dexó salir el manso, y luego
Que yo me ví apartar, lo que bastaba,
Del arrogante monstro, airado y ciego,
Dexé el lugar, donde escondido estaba :
Con mis soldados á la nave llego,
Que escondida en las peñas me esperaba,
Llevando por delante del ganado
Lo mas lucido, que embarqué forzado.

Lloráron mis soldados de alegría,
Y luego por los muertos de tristeza,
Que engendra en tanto mal la compañía
Mas tierno amor, mas ansia y mas firmeza.
Ya se esforzaba al sol dorando el dia,
Y sacando del agua la cabeza,
Quando vuelan los remos como plumas,
Y del cerúleo mar surten espumas.

En viendo yo por alto mar la nave,
Quanto bastó para escuchar mis voces,
O Polifemo, digo : ó huesped grave,

Mi voz escucha, si mi voz conoces:
Mira si castigar Júpiter sabe
Los pecados de bárbaros atroces,
Pues por comer la noble gente amiga,
Con tan horrible pena te castiga.

¿Eras el que sus rayos no temias?
¿Eras el que arrogante blasonabas?
¿A un hombre como yo matar querias,
Y de los altos Dioses blasfemabas?
Mira si fuéron necias tus porfías,
Mira con el poder que te burlabas,
Que por hacerla en tu soberbia fiera,
Te ha muerto con un rayo de madera.

Para Encélados fuertes y Tifontes
Toma Júpiter rayos de Vulcano,
Para el fuerte valor de Oromedóntes
Toma la llama trífida en la mano:
Para tí, que eres fiera de estos montes,
Rayo de oliva fué mostrarse humano:
De roble se le dieran las montañas,
Tan duro como fuéron tus entrañas.

Oyendo aquesto, airado se levanta,
Y con hórridas voces al mar viene,
Los animales de la selva espanta,
Y los arroyos líquidos detiene:
Pone en la playa la disforme planta,
De una mina de mármoles previene
Un gran peñasco, y tan feroz le arroja,
Que la cara del sol retira y moja.

Tan cerca dió la peña de la nave,
Que creciendo las aguas, vino á tierra,
Las ondas abre, y con el peso grave
En las arenas fáciles se entierra.
Turbado pido un remo: el cielo sabe,
Que en quanto la fortuna me destierra,
Peligro no temí, como el que digo:
En fin la aparto, y en hablar prosigo.

Detiénenme mis fuertes compañeros,
Mas no aprovecha el ruego á la venganza,
Vuelvo á decir: Si alguno de los fieros
Ciclopes ántes de morir te alcanza;
O por ventura llegan estrangeros
Por fortuna de mar, ó por bonanza,
Y quisieren saber, quien fué el valiente,
Cuyo valor te penetró la frente,

Ulises soy, aquel varon famoso,
El Hijo de Laértes y Anticlea,
De Itaca señor, y dulce esposo
De Penélope, casta Semidea:
En las Troyanas guerras animoso
Coronado me vió la luz Febea
Dos lustros por hazañas inauditas,
Que en la inmortalidad quedan escritas.

Tan eloqüente soy, y tan sutiles
Mis argumentos dulces y razones,
Que de estas armas del divino Aquiles
Me adorno entre magnánimos varones:
No he castigado tus hazañas viles

Con armados y fuertes esquadrones,
Con sola industria fué: que tu fiereza
Excede la comun naturaleza.

¡Ay triste! con la voz trémula dixo,
Que esta desdicha muchos años ántes
Tepolemo mi amigo me predixo:
¿Mas quien pensara engaños semejantes?
Alguna Parca airada me maldixo,
Por humillar mis fuerzas arrogantes,
Pues ese Ulíses no pensé que fuera
Hombre tan vil, ni que á traicion viniera.

¿Quien pensara que fuera tu estatura
Tan desigual, y que por tal camino
Me vinieras á dar muerte tan dura
Vencido de la fuerza de aquel vino?
Morir á manos yo fuera ventura
De un hombre fuerte de mi muerte dino,
Que no viniera de traiciones lleno
Con aquel aromático veneno.

Mas vuelve Ulíses, vuelve, vuelve, amigo,
Tu industria alabo y tu valor venero,
Nueva amistad y paz haré contigo,
Darte por huésped un presente quiero:
No pienso yo, que hicieras tú conmigo
Esta crueldad, si habláramos primero:
Que la vida tambien de quien la ofende
Por natural derecho se defiende

Mi padre el gran Neptuno tiene imperio
En todo el mar, que vienes navegando,

Desde que Menelao el adulterio
Vengó de Páris, su ciudad postrando:
Para que salgas del distrito Hesperio,
Y te pueda llevar céfiro blando
A Grecia libre y á tus dulces Griegos,
Le venceré con amorosos ruegos.

Admírame, respondo, tu ignorancia,
Fiero devorador de humana gente,
Que ya no son engaños de importancia,
Por mas que tu grosero ingenio intente:
Aquí pienso que estoy breve distancia
De tu furor y espíritu impaciente:
Quisiera haberte muerto, y que tu grave
Cabeza fuera lastre de mi nave.

Desatinado entónces, dixo, alzando
Las manos: O Neptuno, ó padre mio,
O gran muro del mundo, que cercando
Siempre le estás con tu elemento frio,
Si soy tu sangre, y si te acuerdas, quando
(Que suele amor pasar de Lete el rio)
La amabas tiernamente, oye mi ruego
Por el incendio de tu dulce fuego.

No llegue, si es posible, á salvamento
Este Griego traydor, ni goce y vea
A su casta Pénélope, y el viento
Contrario siempre á sus intentos sea.
Luego arrancó de su nativo asiento,
Ayudando á la fuerza gigantea

La ira, un gran peñasco, y con furioso
Golpe rompió otra vez el mar undoso.

Nosotros casi muertos, y de espuma
Y agua las xarcias, que bañó, cubiertas,
La nave hicimos con los remos pluma,
Y escribimos al mar letras inciertas:
Temiendo la cruel frígida bruma,
A donde son las tempestades ciertas,
Porque si al Capricornio el sol llegaba,
El solsticio vernal amenazaba.

Dimos priesa á los remos, y llegamos
A la Isla del Rey Eolo Hippota,
Donde los vientos en prision hallamos,
Que quando quiere, esparce y alborota:
Allí todas las xarcias renovamos
De la menor filáciga á la escota:
Tal nos dexó la nave Polifemo
De la popa al baupres, del lienzo al remo.

CANTO III.

Pide Ulises á Circe licencia : parte á la Isla Cimmeria : baxa al infierno con Palamédes, donde Tiresias le cuenta lo que le ha de suceder hasta que llegue a su casa.

Ya llamaba el Aurora en los cristales
Del palacio de Circe, y los herian
Los rayos de su padre transversales,
Con cuya nueva luz resplandecian :
Quando acabó sus lástimas fatales,
Que los ojos á lágrimas movian,
Sin que pudiese hallar lugar el sueño,
Con ser de quanto vive entónces dueño.

Así nos mueve á admiracion y espanto
Un caso estraño y triste la memoria,
Así provoca á compasion y llanto
Una nueva y cruel trágica historia :
Lasciva Circe presumió entre tanto
Tan larga pena reducir á gloria,
Del Capitan prudente enamorada,
Mas atenta á su ingenio, que á su espada.

Miraba su persona honesta y grave,
De su cuerpo la ilustre compostura,
La dulce lengua y el mirar suave,
Del ánimo interior firme hermosura :
La valentía de dexar su nave

Entre escollos del mar á la ventura,
La industria de vencer peligros tales,
Tal vez contra las iras celestiales.

Era Ulises un hombre bien formado,
De cuerpo no muy alto, aunque fornido
De músculos y nervios relevado,
Copioso de cabello y esparcido:
Moreno de color algo tostado,
Pero no le salió del patrio nido,
Que en los trabajos no hay color segura,
Que harán mudanza en una piedra dura.

Los ojos eran negros, y las cejas
Gruesas y en arco, largas las pestañas,
La voz sonora y grave, dulce en quejas,
Que moviera las ásperas montañas:
La lengua y las entrañas tan parejas,
Que en la lengua se vieran las entrañas;
Pero tambien astuto en ocasiones,
Que no es defecto en ínclitos varones.

Sufrido en los trabajos y fortunas,
Eloquente, sagaz, determinado,
Y tan dichoso y próspero en algunas,
Como en ponerse en ellas desdichado:
Corrido habian ya dos nuevas lunas
Su rápido, veloz curso, argentado,
Y él firme honestamente defendia
La lealtad, que á Penélope debia.

Circe solicitaba el mal nacido
Fuego de su lascivo pensamiento,

Diligencias que hubieran divertido
El mas firme de amor conocimiento :
Mas puestas á la vista y al oido
Contra el combate de su loco intento
Las guardas del respeto y del recato ,
Ni ella fué victoriosa , ni él ingrato.

Amaba Circe á Ulíses , no tenia
Correspondencia amor , faltaba Anthéros ,
Sin quien poco se aumenta , aunque se cria ,
Sin pasar de los términos primeros :
¡ Con quanta diferencia sucedia
En sus ya descansados compañeros !
Todos amáron , y por varios modos
Sugeto de su amor halláron todos.

Amó á Dórida Antimachô , mancebo
En el extremo de su edad florida ,
Quando se suele ver con poco cebo
A todo amor la voluntad rendida :
A Casandra bellísima Corebo ,
Natural de Micenas , y á Deifilida
El valiente Filemo, hijo de Antaudro ,
A Lísis Timo , á Nísida Alexandro.

Los verdes ojos de Neofile hermosa
Enlazáron el alma de Toante ,
Capitan de la nave mas famosa ,
Que vió el tridente en todo el mar de Atlante :
Rindió toda su fuerza belicosa
A la bella Antiflor Polidamante :

Que

Que donde estaba Circe; Ulíses solo
Se pudiera librar de polo á polo.

Dilataba las hebras del cabello,
Que fué del sol envidia y competencia,
Por el marfil del mas hermoso cuello,
Que tuvo con la nieve diferencia,
Phílida al viento: cuyo rostro bello
Pudiera mas con ménos diligencia,
Y fuéron dulces y amorosas redes
Del Achâtes de Ulíses, Palamédes.

Aunque con poca edad, con alto ingenio,
Y no ménos donayre y hermosura,
Rindió la hermosa Andrómeda á Partenio,
Mozo de honesta, y grave compostura:
Y aunque en edad mayor, Lisandro Armenio
A la suave voz, á la dulzura,
A la belleza de Amarílis bella,
Sirena de aquel mar, del cielo estrella.

A los campos Elíseos parecian
Los palacios de Circe semejantes,
De dos en dos la soledad vivian,
Que dió la antigüedad á los amantes:
Ya por las fuentes, que cristal corrian,
Penetrando los montes circunstantes,
Ya ribera del mar, donde la nave
Ni teme el viento, ni del dueño sabe.

Solos Circe y Ulíses monte y prado
Habitaban con gusto diferente;
Ella le sigue triste, él huye airado,

Lila zelosa llora, él muere ausente:
Lila siente el desprecio, y él turbado
La desengaña astuto y eloquente;
Mas que no bastan las palabras creo,
Remitido á las obras el deseo.

Salió Circe al mar tan cuidadosa,
Que cerca de las aguas parecia,
Tocándole la espuma bullicíosa,
Venus, que de ellas cándida nacia:
Como se suele abrir pimpollo en rosa,
Primera risa del naciente dia,
Quando en las hojas con cristales bebe:
Así mezclaba el nácar en la nieve.

Tal vez en una horra defendida
Del rayo de su padre, que baxaba
Mas presto al mar por verla, y guarnecida
De tapetes, que el agua rodeaba:
Los desdenes de Ulises atrevida
Con lascivo mirar solicitaba,
Por ver si hallaba su amorosa guerra
Mas dicha por el agua, que en la tierra.

Severo el Griego á Circe entretenia,
Tan cortés y galan, como discreto,
¡Ay del amor pagado en cortesía!
Que no quiere el amor tanto respeto:
Los infernales dioses maldecia
Desesperada Circe, en lo secreto
Del alma; viendo su poder burlado
De un hombre vivo en hielo retratado.

Si en la caza tal vez, última prueba,
Quedaban de sus damas divididos,
Nunca de Eneas confirió la cueva,
Ni a Venus le pidió rayos fingidos:
Resistencia al amor única y nueva,
Que enfrenar la virtud á los sentidos
En tan dulce pasion, es un exemplo
Digno de eterno bronce, fama y templo.

No quedó yerba ni conjuro alguno,
Que los dioses espíritus llamase,
Ni cerco sobre el carro de Neptuno,
O que la luna en el retrogradase;
Que con aspecto feroz y importuno
No hiciese, no hacase, no intentase:
Y así decia al mar, al monte, al viento,
Vencida deste loco pensamiento.

Dulce pasion de amor, dulce homicida
De un tierno corazon, ¿por que me matas?
Si á quien me obligas que remedio pida,
Aun las palabras ha tenido ingratas?
Si no puedes con yerbas ser vencida,
¿Para que por las venas te dilatas?
Que para tan helada resistencia
Ni bastan la hermosura, ni la ciencia.

¿Que peregrina hubiera regalada
Muger como yo soy, que ingrato fuera
Llegando con su nave destrozada
Sin velas al favor de mi ribera?
¿Soy Lotofago, o Lestrigon airada?

¿Devoré por ventura, aunque pudiera,
Como el hijo del mar, sus compañeros?
¿Fui alguno yo de los Troyanos fieros?

¿Maté á Protesilao? ¿Quité la vida
Como Hector á Patroclo generoso?
¿O como Páris, que habitaba en Ida,
Quité el honor á Menelao famoso?
¿Fui como Elena incasta y fementida
Al lecho conyugal del noble esposo?
¿Soy Clitemnestra yo? ¿Quando me han visto
Matando á Agamenon, y amando á Egisto?

Era ya la sazon, en que se via
El arco Austral de la corona hermoso,
Que con sus quatro estrellas difundia
Los rayos de su imperio luminoso:
Quando Filemo Acayo, que tenia
Zelos de Palamedes belicoso,
Por no atreverse á desnudar la espada,
A Ulises dixo con la lengua airada.

¿Hasta quando presumes, fuerte Griego,
De la patria vivir tan olvidado?
Años ha ya desde el Troyano fuego,
Que vives por los mares desterrado.
¿Es posible que tienes por sosiego
Tan triste, injusto y miserable estado,
Vencido de una hermosa encantadora,
Que te lleva á la muerte de hora en hora?

Conozco tu virtud y resistencia,
Pero no lo dirá despues la fama,

Que la conformidad y la asistencia,
Aunque sin obras, la opinion disfama.
¿Que puede prometer tan larga ausencia
De tu querida esposa, que te llama?
Mira que la memoria con los años
Se rinde fácilmente á los engaños.

No digo yo que no eres tú dichoso
Entre quantos ausentes no lo han sido;
Mas para la inquietud de ser zeloso
Basta el temor, sino es agravio olvido:
Repara en que Telémaco amoroso
Apénas puede haberte conocido:
Déxale, Ulises, que te llame padre,
Como esposo Penélope, su madre.

El peligro tambien, si alguno intenta
Decir, que ya eres muerto, con engaño,
Y la fama del mal, que siempre aumenta
Las nuevas, que han de ser para mas daño,
Quando no surta en deshonor y afrenta,
Alegando la fama al desengaño,
Podrá casarse, y ocupar tu cama
Varon de mas presencia, y ménos fama.

¿Que quieres de nosotros desdichados,
Por tanta tierra y tanto mar perdidos?
Ya muertos de Antifates anegados,
Ya de un gigante bárbaro comidos:
No todos hallarémos bien casados
Los lechos despreciados defendidos,

Quando dichoso tú la patria pises ?
No son todas Penélopes, Ulises.

Vuelve á la patria, y dexa el ocio infame
De esta hechicera vil y sus conjuros,
Aunque presa de amor provoque y llame
Contra tí los espíritus impuros :
No quieras que otro hibierno airado brame
El cierzo aquilonal entre sus muros,
Que bien podrás vencer con tu prudencia
Su amor, si no es fatal su resistencia.

Ulises conociendo que Filemo
Le aconsejaba bien, aunque ignoraba
Que eran zelos de Lisis, que en extremo
Desde el instante que la vió, la amaba ;
De Antifates cruel y Polifemo
El peligro menor imaginaba,
Que estar de Circe en la prision cautivo
Muerto á la fama, y á la infamia vivo.

Entró luego en la quadra, en que dormia,
Que no la resistiéron las criadas,
Que aunque era novedad, no era osadía,
Así todas estaban enseñadas.
Abrió los ojos Circe, tuvó el dia
Mas sol, mas oro, y vieronse adornadas
Las cortinas de luz resplandeciente,
Como al nacer del sol el roxo Oriente.

Circe tenia en el marfil un velo
Transparente y sutil, que descubria
Nieve animada, como muestra el suelo

Con arena de plata fuente fria :
Tal suele puro arroyo á medio hielo,
Que por nevados mármoles cerria :
Las anchas mangas descubrian los brazos,
Todo prision de amor, redes y lazos.

La garganta bellísima coronan
Los tesoros del Sur, que afrenta fueran
De los que tanto de Cleopatra abonan
La hazaña, que otras plumas vituperan :
Los cabellos undigavos perdonan
(Como eran rizos, como soles eran)
El adorno al diamante, que distinta
Los prende junto al cuello breve cinta.

¿Que quieres, dixo, dulce ingrato mio?
¿Por dicha tu desden mudó semblante?
¿Rindióse ya tu desdeñoso brio?
¿Labró mi sangre tu feroz diamante?
Si ya cesó el rigor de tu desvio,
No desconfie despreciado amante :
Pues yo te tengo, quando tal estuve,
Que ni aun señales de esperanza tuve.

Diciendo así, Los blancos brazos luego
Extiende al cuello de su amado ingrato;
Mas detenidos, suspendióse al ruego
De Ulises, retirada á mas recato.
No vengo, dixo, de amoroso fuego
Vencido, ó Circe, ni por largo trato,
Ni por obligacion á tu hermosura,
Donde no hubiera libertad segura.

Yo te amo con aquel conocimiento,
Que debo á tu belleza soberana,
Y á tu divino y claro entendimiento,
Indigno de admitir pasion humana.
Eres hija del sol, que vive esento
De toda mancha y opresion tirana:
En tí sus limpios rayos acrisola,
Que por hija del sol te llaman sola.

Piedad me trae de mis tristes Griegos,
Que lloran por la patria desterrados,
Desde que viéron en los Teucros fuegos
De Troya los Penates abrasados:
Pidiéronme con lagrimas y ruegos,
De sus hijos y esposas obligados,
Que te pidiese esta licencia justa,
Circe, si tu Deidad no se disgusta.

Ya sabes mis trabajos, ya mis penas,
Ya mis destierros te conté, Señora,
Por puertos de tan bárbaras arenas,
Que ni las peyna el mar, ni el sol las dora:
Quando rompió de Troya las almenas
La máquina de Palas vencedora,
Debiera yo morir: que aborrecida
Es larga muerte dilatar la vida.

Quando en el vientre horrísono estuvimos
Del preñado caballo cien soldados,
Como suelen estar en los racimos
Los granos ya maduros apretados:
La fiera lanza de Laocoon sentimos,

Y sonando los árboles dorados
Dió tan cerca de mí, que si pasara,
La vida que desprecio, me quitara.

Faltárale sugeto á la fortuna
Para lucir sin mí, si allí muriera,
Yo descansara sin ofensa alguna,
Y ella la fama, que le di, perdiera:
Hallara yo de tantas muertes una,
Que dulce fin á mis trabajos diera:
Pues no hay rigor, Señora, mas airado,
Que hacer vivir por fuerza un desdichado.

¿Que penas faltan ya para matarme?
¿Que agravios, que rigor para ofenderme?
¿Que enemigo ha dexado de probarme?
¿Que amigo se ha olvidado de venderme?
Penélope cansada de aguardarme,
Con esperanza de mis brazos duerme;
Pero quando es tan larga la esperanza,
Sucede á gran firmeza gran mudanza.

Sabeslo tú, divina esposa mia,
Sabeslo tú, que nunca te hice ofensa.
¡O quien pudiera aquel tan dulce dia
Llevarte para hablar en mi defensa!
Que si tu gran valor no me desvia
Desta firmeza y voluntad inmensa,
¿Adonde hallara yo mejor testigo,
Pues con tan casto amor viví contigo?

Si tu hermosura, Circe, si tus ojos
Rayos de amor, gastando tantas flechas,

Solo tienen del alma los despojos,
Donde tal vez sin cuerpo me sospechas:
Si tus regalos ya, si tus enojos,
Y obligacion de las mercedes hechas
No han podido mudar mi pensamiento,
Serán para Penélope argumento.

Permíteme que vea el hijo mio,
De cuya ausencia nace mi tristeza,
Que en tu piedad, sino en tu amor confio,
Efecto que nació de la nobleza.
Tu ciencia no ha forzado mi albedrío,
Lo que mejor pudiera tu belleza,
¿Pues que aguardas de mí, que ausente muero,
Y no te quiero, Circe, porque quiero?

O clara hija del mejor planeta,
Da lugar á mi gente, que en la playa
Aderece la nave, que sujeta
Al fácil viento por las ondas vaya:
En pocas horas quedará perfeta
De blancas velas, y de remos de haya,
Y saldrá con tus armas y tu nombre,
Que espante el mar, y que la tierra asombre.

Mi partida es forzosa, que bien sabes,
Que si pudiera yo, no me partiera;
Trabajos, dicen, que me esperan graves,
Quien te llega á perder ninguno espera.
De Ténedos salí con siete naves,
Y apénas una truxe á tu ribera;
Si me dexas partir amante ingrato,
No por lo ménos huésped de mal trato.

O cruel, le responde, (que el semblante
Mudó con el enojo la hermosura)
Astuto en ser traydor, no en ser amante,
¡Que bien has castigado mi locura!
Alma tienes de indómito diamante,
No forma substancial, materia dura:
Pues miéntras mas te labra mi paciencia,
Ménos puede limar tu resistencia.

Ventura fué, que no me la hayas dado,
Porque es diamante, y diérame veneno,
Aunque en el pecho hubieras acabado
Este amor inmortal de engaños lleno.
Vete, y primero que Neptuno airado
Muestre á tu nave su zafir sereno,
En duro escollo se te rompa, y sea
Donde, aunque muera yo, morir te vea.

Si amáron las Deidades, si pasiones
De amor padece amor, si amor alcanza
Donde no peregrinas impresiones,
A todas ruego que me den venganza:
Mira, cruel, que en occasion me pones,
Perdida de tus brazos la esperanza,
De desear, por verme aborrecida,
Estar sin alma, porque estes sin vida

¿Es posible, cruel, que no respondas
A tanta fé, si quiera con engaño,
Que el cuerpo en piedra, el alma en hielo escondas
A mi abrasado amor despues de un año?
Veniste aquí, desprecio de las ondas,

Propio traydor, y peregrino estraño,
Arrojado del agua, y en mi zelo
Hallaste mas piedad que en tierra y cielo.

Truxiste el alma que esta deuda niega
Apénas en el pecho, que resuelves
A tal crueldad, y con tu gente Griega
Cargado de almas á tu patria vuelves.
¿Que estrella, que deidad, que amor te ciega,
Que tantos lazos de amistad disuelves?
¿De que contrariedad, de que aspereza
Nacieron tu crueldad y mi firmeza?

Esto decia Circe, y como hacia
Afectos de muger desesperada,
La nieve de los brazos descubria,
Artificiosamente descuidada:
El Griego, no mirando lo que via,
Entre las olas fluctuando nada,
Quien no se ha visto en tan confuso abismo
No sabe que es guardarse de sí mismo.

Decis (prosigue con mayor locura)
Si amais alguna vez, que os hechizamos;
Ahora el desengaño os asegura,
Pues veis que de vosotros lo quedamos:
El trato puede mas que la hermosura,
Con él quando lo estais, os obligamos,
No á tí, que entre los hombres peregrino
Eres mortal con proceder divino.

Que ninguna muger servir se vea,
Que se queje de amor, ni indigno trato,

Y que yo sola desdichada sea;
¿De que tienes el alma, Griego ingrato?
O padre, ó sol, ¿quien ha de haber que crea,
Que soy tu hija yo, ni tu retrato?
Pero si dí veneno al Rey mi esposo,
Venganzas son del cielo riguroso.

Diciendo así, con miseros efetos
Dexó caer el rostro entre las manos
Del Griego Capitan, que los afetos
En la patria del alma siente humanos,
Las lágrimas prisien de los discretos,
Y á los que no lo son, lazos tiranos,
Imprimiéron en él tanta clemencia,
Que casi se turbó la resistencia.

Descomponerse quiso la armonía
De las potencias con piadoso intento,
Mas á la voluntad, que se rendia,
Le dió la mano el cuerdo entendimiento:
Y dixole mas tierno que solia,
Con mas vivo dolor y sentimiento:
No permitas, Señora, que al partirme
Tú dexes de ser sol, yo ausente firme.

Ni yo partiera bien, ni tú quedaras,
Si amor á lo que puede nos rindiera,
Mas de verme partir te lastimaras,
Mas de verte quedar morir me viera:
Donde no tiene amor prendas tan caras,
Ni el alma teme, ni el temor espera:

Que donde quedan libres las memorias,
Ni sienten penas, ni imaginan glorias.

Mucho quisiera yo, si yo pudiera
Ser tuyo, ó sol, del sol efecto hermoso;
Tu esposo fuera yo, si libre fuera,
Y fuera digno, como fuí dichoso.
Bien sabes que Penélope me espera
Con fé de amante y lealtad de esposo:
Pluguiera á Dios que el alma dividida
Se pudiera partir como la vida.

Ay! le replica Circe lastimada
De tantas arrogancias y desprecios,
Amar un alma donde no es amada,
Mas es de desdichados, que de necios!
No harás, ingrato Ulises, tu jornada,
Si estiman Dioses los humanos precios,
Que yo con inauditos sacrificios,
Para tenerte, los tendré propicios.

Dexarte, dixo Ulises, despreciada
Fuera, habiendo engañado tu hermosura,
Yo siempre te serví desengañada
De aquesta voluntad honesta y pura:
Ingrata has sido tú, pues siendo amada
Con esta noble y grave compostura,
Dando lugar al exterior sentido,
Quieres amor que esté sujeto á olvido.

El que yo con el alma te prometo
Es amor inmortal, amor tan casto,
Que tiene al mismo cielo por objeto,

Como la tierra el que es amor incasto :
Es un amor tan cándido y perfeto,
Que en su virtud á defenderme basto
De tu hermosura humana, con que ha sido
Este divino amor encarecido.

Ya te conozco yo, Circe, responde,
Y conozco tambien vuestras verdades :
Todo es fácil, si amais, todo se esconde,
Todo, si no quereis, dificultades.
Esto, replica Ulises, corresponde
A las debidas del amor lealtades :
No puedo mas, permíteme, Señora.
Ver en el agua la primera aurora.

Por tu querido padre, así le veas
Medir los tiempos infinitos años,
Antes de ver las márgenes leteas,
Sin sentir los efectos de sus daños :
Por los silvestres Dioses, por las Deas,
Que habitan selvas, y refrescan baños,
Que nos dexes partir tras tanta guerra
De tierra y mar á nuestra amada sierra.

Lloraba el Griego venerable, y tanto
Movió de Circe el pecho, que le dixo :
No quiera, ó Capitan, Júpiter santo,
Que dure mas destierro tan prolixo :
Parte, y consuela de tu gente el llanto,
Advirtiendo primero que predixo
Mayor desdicha el hado á tus fortunas,
Porque aun te faltan de sufrir algunas.

Para sáberlas, y saber que estado
Tienen tus cosas, baxarás primero
Al Reyno de Pluton, dexando atado,
Hércules nuevo, el rígido Cerbero.
Tiresias finalmente consultado,
Dando licencia Radamanto fiero,
Te dirá los sucesos que te esperan,
Que yo quisiera que felices fueran.

Lloraba Ulises, viendo que faltaban
Mas penas que sufrir, mayores males,
Que ya mortales hombros no bastaban
Para oponerse á desventuras tales.
Enfin le preguntó, que pues baxaban
A tal lugar sin muerte los mortales,
Le dixese, por donde, ú de que modo:
Y ella amorosa le informó de todo.

Vistióse de oro y nácar, y un vestido
Dió á Ulises sobre azul de tersa plata:
Ella a la hermosa madre de Cupido,
Y él á Marte beligero retrata.
Ya suena la partida, ya el olvido
Los fuertes lazos del amor desata
A los alegres Griegos de los cuellos,
Y ellas mirando el mar, lloran por ellos.

Cubre de aljófar cándido rocío
Los claveles do Dórida llorando,
Como al primero albor líquido y frio
Se mira entre las hojas relumbrando.
¿En fin te vas, ingrato dueño mio?

A Antímaco le dice suspirando :
Y él responde sin lengua á sus enojos,
Poniéndose las manos en los ojos.

Filida hermosa tiernamente asida
Del fuerte Palámedes, tambien llora;
Pero él tiene los ojos en Deifrida,
Que por Filemo de secreto adora.
Filemo que dió causa á la partida,
De zelos en ausencia se mejora :
Que donde para zelos no hay paciencia,
De los dos males es menor la ausencia.

Andrómeda, que ya parece tanto
A la que atada al mar en alta roca
Dió principio á sus perlas con su llanto,
Las de la playa á lágrimas provoca :
Neofile de Toante asiendo el manto,
Esmalta los corales de la boca
De los tiernos diamantes que corrian,
Por ver si el llanto y voz le detenian.

Con blancas manos cuello y pecho enlaza
De Alexandro tambien Nisida bella,
Y si jamas la olvida, le amenaza
Con que Circe sabrá volver por ella :
Lisis á Timo dulcemente abraza,
Porque quedaba retratado en ella :
Que como temen que volver no puedan,
Algunos que se van, tambien se quedan.

Llora Antiflor, Polidamante siente
Con mas rigor la fuerza en la partida,

Y Amarilis discreta tiernamente,
No quiere que Partenio se despida
La Isla queda sola, Amor ausente
Donde no ha de volver, dicen, que olvida:
No soy testigo yo, que no se atreve
Su fuego á penetrar mi helada nieve.

Tendida sobre el agua, entre alga y nea,
Calafetean la olvidada nave.
A los árboles dan nueva librea,
Y ya la estrena el céfiro suave:
Ya grita la zamola, ya vocea,
Ya siente el cano mar el peso grave,
Ya suena mal conforme á las estrellas
En ellos la alegría, el llanto en ellas.

Ara líquida sal la fuerte quilla
Con los pinos y abetos de Tesalia,
Ocupa con la aguja la alta silla
Lauro ya diestro en todo el mar de Italia.
No estaban una legua de la orilla,
Quando apénas tocando la sandalia
De Circe el agua, por la blanca espuma.
Qual cisne pasa, sin mover la pluma.

Ata un cordero negro y una oveja
A la mesana, y entre dientes habla;
Temblando Ulíses proseguir la dexa,
Y ella sus rumbos mágicos entabla:
Vuélvese al mar, y quanto mas se aleja,
Mas vivos se descubren en la tabla
Los caractéres roxos que escribia,
Turbando esta tristeza su alegría.

Mas trabajos nos faltan, compañeros
Ulíses dice, no penseis que vamos
Con velas y con remos tan ligeros
A la querida patria que esperamos:
Los Reynos de Pluton, los Reynos fieros
De Radamanto y Minos conquistamos,
Que consultar me manda mi destino
El alma de Tiresias adivino.

Aquí todo placer prorrumpe en llanto,
Y como van contentos y seguros
De los trabajos que sufriéron tanto,
Por los pasados lloran los futuros.
Cerca una Isla con horrible espanto
Helado el mar entre peñascos duros,
De los fieros Cimerios habitada,
Digna de tales hombres tal morada.

Siempre cubierta de tiniebla escura,
En negro horror caliginoso yace,
Donde ni fuente cristalina y pura,
Ni flor de buen olor produce y nace:
Ni Filomela canta en su espesura,
Ni brama toro, ni cordero pace:
Húyela el sol, y apénas amanece,
Quando se cubre el rostro y anochece,

A la diestra del Ponto está sentada,
No léjos de su Bósforo, en la nieve,
De quien eternamente coronada
Frias el sol exâlaciones bebe.
Aquí llegó la nave descansada,

Que con soplo veloz céfiro mueve,
Y de cipreses lúgubres cubierto
Halló entre peñas por la costa el puerto.

Saltan en tierra Ulises el prudente,
Y el belicoso Palámedes, quando
Desde las puertas del rosado Oriente
Estaba el sol á Dafne contemplando.
Ulises á la Mágica obediente,
Con la espada beligera cavando
La madre universal, al sacrificio
Previene el agua y el piadoso oficio.

Hecho á las sombras de los manes frios,
Al rededor oyó tristes clamores,
Que daban en los cóncavos vacíos,
Viéndose de la luz habitadores:
Luego buscó los infernales rios,
En cuya márgen vió sierpes por flores,
Por árboles tambien espinos secos,
Y le diéron terror los tristes ecos.

Aquí donde lloró cantando Orfeo,
A quien las liras trágicas imitan,
Y templáron su pena en su deseo
Las almas, que en eterna noche habitan:
Privado ya del resplandor Febeo,
Sin que lugar las sombras le permitan
Llegó el astuto Ulises por un monte,
Que se mira, sin verse, en Aqueronte.

Desotra parte en una parda peña,
Que de cárdeno moho le servia,

El tostado y nervioso cuerpo enseña
Fiero Caronte, que á dormir yacia:
De sucio lienzo túnica pequeña
Parte adornaba, y parte descubria,
La cana barba casi azul pendiente,
Con mil arrugas por la negra frente.

Culebra parda, quando al sol se enrosca,
Parece el fiero monstro, que al ruido
De humana planta tímida se embosca,
Así era el cuerpo infame, así el vestido:
Y así tambien por la corteza tosca
A círculos estaba dividido,
Mostrando tal fiereza el pardo vulto,
Como suele cadáver insepulto.

Intrépido le llama, y él desata
La horrible barca, á una cadena asida
De un seco tronco, y á los polos ata
Dos viejos remos de haya carcomida.
No dividen cristal, ni azotan plata,
Que la turbia corriente removida
En negras ondas encrespó las aguas,
Que templa el hierro á las ardientes fraguas.

Apénas en la márgen contrapuesta
Aborda y mira los valientes Griegos,
Quando les dice (y la partida apresta,
Brotando llamas de los ojos ciegos)
¿Que presuncion? ¿Que libertad es esta,
Donde las amenazas, ni los ruegos

Tienen lugar? Volved, volved, humanos,
A la luz de los cielos soberanos.

Detente, le responde el eloqüente
Duque de Grecia, ó gran Caronte, y mira,
Que la hija del sol resplandeciente,
Circe, cuya hermosura y ciencia admira,
No con soberbia y ánimo impaciente,
Como el esposo entró de Deianira,
Nos envia á saber futuros casos
Del gran Tiresias con humildes pasos:

Acosta el barco sin temor, que llevas
A Ulises y al valiente Palamédes,
No al gran Teseo, al Hércules de Tébas,
De quien ahora recelarte puedes.
Ya tengo, dixo, de vosotros nuevas:
Pues ¿por que, replicó, no me concedes
El paso libre al Tártaro profundo,
Si por desdichas peregrino el mundo?

Tengo, replica, en la memoria vivo
El duro estrago del Tebano fiero:
Rompió este muro eterno, y vengativo
Ató las tres gargantas del Cerbero,
Quiso robar á Proserpina altivo,
Y volverla otra vez al hemisfero
Que baña el sol, huyendo sus injurias
Las Euménides, Górgonas y Furias.

Valióse el Griego allí de su eloqüencia,
Y tanto pudo, que acostó la barca,
Y despues de prolixa resistencia,

Donde almas embarcó, cuerpos embarca.
El peso siente el barco, y la licencia
Que no les dió la inexôrable Parca,
Parte el viejo feroz, haciendo extremos:
Y mueve en los escálamos los remos.

Salta en la tierra Ulises, llega al muro
De rígido diamante, y al Cerbero,
Dió sueño con el rombo de un conjuro,
Que Circe sabia le enseñó primero:
Por negras sendas sobre hierro duro
Llegó al palacio del horrible y fiero
Amante de la bella Proserpina,
Y con humilde paz la frente inclina.

Era todo el palacio de un escuro
Diamante, que no claro, fabricado
Dentro de un fuerte y inexpugnable muro,
De jaspe y negro pórfido labrado:
En un roxo sitial de bronce duro
Estaba el Rey flamígero sentado,
Con el hórrido cetro que gobierna
Sin tiempo y luz la confusion eterna.

Cercáronle los Manes infernales,
Por ver un cuerpo, y admirarle mudos,
Donde jamas tocáron pies mortales,
Sino solos espíritus desnudos:
Y viniéron las sombras desleales,
Que en vida fuéron animales rudos,
A ver por novedad un casto ausente,
Que nuestra humana condicion desmiente.

Entre ellos mira el Griego á Clitemnestra,
Y asi le dice en lágrimas bañado:
¿Que fortuna tan misera y siniestra,
O Reyna, te ha traido á tal estado?
Que si el castigo los delitos muestra,
Graves deben de ser, pues no has pasado
Al campo Elisio, en que descanso tiene
Quien á los Reynos de la noche viene.

Ausente Agamenon, responde, ¡ay triste!
La sombra en sangre y en dolor bañada,
Con quien á Troya por Elena fuiste,
Mi hermana, mas dichosa y mas culpada:
La ausencia que muger tan mal resiste,
Me dió ocasion de amar, de Egisto amada:
Volvió mi esposo de la guerra, y luego
La privacion de amor aumentó el fuego.

Matámosle los dos con esperanza
De gozarnos mejor; pero creciendo
Mi hijo Orestes, que de Electra alcanza
La vida, que yo andaba persiguiendo,
Executó de suerte la venganza
De Agamenon su padre, que volviendo
Ya con adulta edad, nos dió la muerte:
Dixo, y de sombra en ayre se convierte.

Ulises admirado del suceso
Temió el peligro de su ausente esposa,
Que se debe temer qualquier suceso
De ausencia larga, y de muger hermosa.
Con este miedo en la memoria impreso

Pas

Pasó temblando la ciudad fogosa,
Hasta llegar al fiero Radamanto
Juez del Reyno del eterno llanto.

Allí tuvo licencia, y libremente
Fué mirando las almas inmortales,
Que en privacion del sol eternamente
Padecen penas á su culpa iguales.
Vió la soberbia de ánimo impaciente
Cercada de gigantes desiguales,
Que haciendo al hombro de los montes alas
Pusiéron al celeste globo escalas.

No lejos vió tendido un nuevo Atlante,
Y conociendo á Polifemo huyera,
Si no viera ponérsele delante
El fuerte vencedor de la Chimera:
En pie se puso el bárbaro gigante,
Diciendo: Espera, Ulises, Griego, espera,
Vengaré la traicion que me traido
Desde el Reyno del sol al del olvido.

No me matáras tu, si no truxeras
El vino, que ya fué muerte de tantos,
Para veneno de mis fuerzas fieras,
Decreto oculto de los cielos santos.
Polifemo, respónde, si tuvieres
En tu cueva piedad de nuestros llantos,
Si fueras noble huésped, hoy gozaras
De los rayos del sol las luces claras.

Tú tienes el castigo que merece
Tu villano rigor inhospitable:

Diciendo así, se aparta y desvanece
Con un suspiro horrendo y miserable.
La Ira luego en forma se aparece
De un tirano feroz inexòrable,
Y cerca la Ambicion y la Codicia,
La injusta Deslealtad y la Malicia.

La Desverguenza vió con rostro infame,
Y la Lisonja y Amistad fingida,
Tan digna de que el mundo la desame
Por perjura, engañosa y fementida.
No hay aspid de la Libia que derrame
Mayor veneno, ni la humana vida
Tiene de que guardarse mas castigo,
Que del engaño vil de un falso amigo.

El Amor desonesto, el Odio injusto
Estaban juntos, siendo tan contrarios;
La dormida Pereza de robusto
Cuerpo entre topos y animales varios:
Los fieros Zelos con mortal disgusto,
De la cobarde Ausencia tributarios:
Que en vano el nombre imitan á los cielos,
Si en el infierno han de vivir los zelos.

La ingratitud, que al mismo cielo asombra,
La Ignorancia preciada de discreta,
Lo que Servir ¡que estraño mal! se nombra,
Y la Crueldad á la traicion sujeta:
La fiera Envidia de los buenos sombra
En figura de bárbaro Poeta,
La Confianza, el Ocio y el Desprecio,
La Gravedad de un poderoso necio.

Allí la melancólica Tristeza,
A quien la muerte de su engaño avisa,
Y la Necesidad con la Baxeza,
Que á coces el honor deshace y pisa:
Allí la Necedad con la Simpleza,
Naturales del Reyno de la Risa,
La Vanagloria vil, Pompa y Locura,
Y el Juego, indigno de honra, en cárcel dura.

Con Miserable voz y compasiva
Entre uno y otro anhélito y singulto
Un espíritu vió, que se derriba
De un pardo risco, donde estaba oculto.
Detúvose la sombra fugitiva,
Formando un blanco, aunque sangriento bulto,
Y el corazon de Ulises, vivo apénas,
Previno á horror el alma de las venas.

Qualquiera, ó fiero espíritu, que fuiste
En el orbe luciente que habitaste,
Ulises dixo, á que ocasion veniste,
Que con tu propia sangre me bañaste?
Palamédes, responde con voz triste,
Que á tan horrible muerte condenaste,
Palamédes soy yo, mas no el amigo
Que al Reyno de Pluton viene contigo.

Quando por no dexar moza y hermosa
Tu querida Penélope en Zacinto,
Fingiste le locura cautelosa,
Efecto vil de tu valor distinto:
Viendo que Agamenon con imperiosa

Mano te daba término sucinto
Para partir, yo descubrí tu engaño,
Y á Troya te lleváron por mi daño.

Aira lo tú despues, que me escribia
Con Priamo dixiste, y afirmabas
Que á Agamenon y á Menelao vendia,
Con la fingida carta que mostrabas:
Con esto y tu eloquencia, que podia
Persuadir quantas cosas intentabas,
Con piedras me dan muerte, y me sepultan,
Mi error publican, y tu infamia ocultan.

Mas yo pienso que estoy de tí vengado
En los grandes trabajos que has sufrido,
Sin los que esperas de Neptuno airado,
Por la muerte del Ciclope ofendido.
Tú, Palamédes, ménos desdichado,
Y á mí solo en el nombre parecido,
Huye de su amistad, que en muchos años
Tendrás por grande amor grandes engaños.

Por tí, responde Ulises, Palamédes,
Por tí me veo en tanta desventura,
Si no lo estás de mí, vengarte puedes
En que tiene Penélope hermosura:
Pero en quejarte la razon excedes,
Pues contra la amistad sincera y pura
Descubriste el secreto que sabias,
Causa fatal de las desdichas mias.

En estos monstruos ocupado estaba
El astuto eloqüente peregrino,

Quando sabiendo ya que le buscaba
El alma sabia de Tiresias, vino:
O tú, le dixo, sin Hercúlea clava,
Sin escudo de Marte diamantino,
Transgresor de las leyes infernales,
¿Como pisas los Tártaros umbrales?

¿Que me quieres á mí, que no tenia
De hablar con hombre vivo pensamiento?
¿Que privilegios tienes? ¿Quien te envia,
Exceso del mortal atrevimiento?
O Tiresias, le dixe, ¿quien podia
Venir á tal lugar sin fundamento?
Deidad me envia, que movió mis pasos
Para saber de tí futuros casos.

Yo soy Ulises, hijo de Anticlea
Y del viejo Laértes, que el estrago
De Troya me conduce, donde vea
Las negras sombras del Estigio lago,
Entre Italia y el golfo de Malea,
Entre el Cimerio Bósforo y Cartago
Pasé grandes fortunas: ¿Mas que digo
Tan olvidado de que estoy contigo?

Circe me envia, Circe, aquella hermosa
Hija del sol, responde al ruego suyo,
Movida de mi mal, alma piadosa,
Que estoy pendiente del remedio tuyo.
La mar, le respondió, la mar quejosa,
A quien tus desventuras atribuyo,

Contraria al fin de tu esperanza temo,
Porque diste la muerte á Polifemo.

Mataste, Griego, al hijo de Neptuno,
Sagrado Emperador del Oceano,
¿Como te puede dar favor alguno,
Miéntras habitas por su imperio cano?
Con sacrificios á la Diosa Juno
Pide favor que no serán en vano:
Ella te llevará, mas tarde creo,
Al término que tiene tu deseo.

Zelosa Circe de la hermosa Scila
Vertió veneno en una pura fuente,
Que el Lilibeo Siculo destila,
Y bañóse una siesta en su corriente:
De suerte entre las aguas se aniquila,
Que solo desde el pecho hasta la frente
Quedó muger, que lo demas es fama,
Que en pez ligero se vistió de escama.

Por esta has de pasar, temiendo enfrente
De la voraz Caribdis el veneno,
A quien con el ignífero tridente
Júpiter hizo escollo al mar Tirreno.
Primero que vengado se contente
El fundador de Troya de ira lleno,
Para gozar la patria que deseas,
Las Sirenas verás Partenopeas.

La Isla Ogigia entre los mares yace
Fenicio y Sirio, allí Calipso vive,
Allí sus rombos y conjuros hace,

Y en la hermana del sol letras escribe.
Siete veces verás que en Aries nace,
Y que la blanca plata le recibe
De los peces del Eufrátes, en tanto
Que te detiene con su dulce canto.

Istmos, Islas, Peninsulas y rocas
Varias verás entre las ondas fieras,
Monstruos marinos, cetos, altas focas,
Antes de ver las Itacas riberas:
Pero todas serán desdichas pocas,
Quando llegues á ver el bien que esperas,
Y tu muger con alma compasiva
Entre sus castos brazos te reciba.

Ella te aguarda aunque deshecha y triste
De tu ausencia, y de ver tantos amantes,
Que dos años despues que á Troya fuiste
Le sirven y pretenden arrogantes:
Con ingeniosa castidad resiste,
Con esperanzas firmes y constantes,
Su loco amor: que es alta resistencia
En pecho de muger, y en tanta ausencia.

De rendir su constancia á su porfia
Para el fin de una tela dió palabra:
Mas deshace de noche quanto el dia
De oro y varias colores texe y labra.
Al hermoso Telémaco, que cria,
Le obliga siempre á que los ojos abra,
Para ver tu valor, y con recato
Le provoca y enseña tu retrato.

El jóven como el águila le mira,
Sin perturbarle el sol, y á la venganza,
Si tardas tú, con arrogancia aspira,
Que ya sabe empuñar espada y lanza:
En el fuerte bridon el vulgo admira,
De tus vasallos única esperanza,
Que en tantas desventuras quiere el cielo,
Que estas nuevas te sirvan de consuelo.

Este amor debes á tu casta esposa:
No vence su firmeza la distancia;
Mira que has de volver á Circe hermosa,
Guárdate de ofender tanta constancia.
Con esto queda en paz, que la forzosa
Ley deste centro á mi perpetua estancia,
Volver me manda, tú la lumbre pura
Goza del sol, y yo la noche escura.

Dixo, y volviendo Ulises á la barca,
Si bien en tiernas lágrimas bañado,
Del vil Caronte, que á los dos embarca
De verlos tan pacíficos templado:
En la opuesta ribera desembarca,
Y vuelve al puerto, donde ya turbado
Lloraba su esquadron su larga ausencia:
Que no sabe el amor tener paciencia.

Con esto al mar el Capitan se alarga,
Vira dice el piloto, y todos vira,
Donde con mano impetuosa y larga
El blando viento los trinquetes gira:

Ya siente el mar undísono la carga,
Y del peso parece que suspira;
Ya llegan donde Circe los recibe,
Que aun tiene amor, y en esperanzas vive.

Vos honor de las letras, vos Mecénas,
Aliento de las Musas que espiraba,
Por quien están de aplauso y gloria llenas,
Quando sin voz, quando sin alma estaban;
En tanto que la sangre de mis venas
Los elementos de mi vida acaban,
Seréis mi sol, sin que otra luz alguna
Respete en sus tinieblas mi fortuna.

Fin del Tomo Segundo.

ÍNDICE

DE LOS POETAS

Cuyas composiciones escogidas se contienen en este Tomo segundo.

Diego de Mendoza..... p. 3
Francisco de Figueroa..... 9
Jorge de Montemayor..... 14
Gil Polo..... 18
Pedro de Espinosa..... 28
Luis Barahona de Soto..... 37
Vicente Espinel..... 49
Juan de Arguijo..... 54
Balthasar de Alcazar..... 64
Gaspar de Salinas..... 70
Luis Martin..... 71
Lupercio Leonardo de Argensola..... 72..140
Bartolomé de Argensola..... 86..163
Estevan Manuel de Villegas..... 107

Romances Marinos..... 173
——— *Pastoriles*..... 233
——— *Heroycos*..... 270
——— *Cortos y Letrillas*..... 306
——— *Jocosos*..... 345
Lope de Vega..... 366

FIN.

Romances Morlacos ..... 1[illegible]
——— *Pastoriles* ..... 23[illegible]
——— *Heroicos* ..... 27[illegible]
——— *Cartas y Letrillas* ..... [illegible]
——— *Jocosos* ..... 3[illegible]
Lope de Vega ..... 36[illegible]

FIN.

JUL 22 1931